

L

A

HELENE
FLOOD

C

O

M

U

N

I

D

A

D

se

Por la autora de *La psicóloga*

Lectulandia

En Kastanjesvingen, un vecindario silencioso a un paso del tumulto de la ciudad habitado por doctores, artistas y gente del mundo de la televisión, nunca pasa nada, es el tipo de lugar que todos querían para sus hijos. Allí vive Rikke, en uno de los cuatro espaciosos pisos del complejo, con su familia: su marido Asmund y sus hijos Emma y Lukas. Sus vidas son tranquilas, armoniosas, perfectas.

Pero todo cambia cuando aparece el cuerpo de uno de los vecinos, Jørgen, apuñalado en su casa. A medida que la policía investiga y la prensa acecha a los vecinos, resulta evidente que todos tenían un motivo para asesinar a Jørgen, hasta la propia Rikke, que pronto se da cuenta de lo poco que sabe realmente sobre la gente que vive a su lado. Quizás no se llevaban tan bien y quizás todos esconden algo, porque... ¿Cuánto saben realmente los unos de los otros?

Helene Flood

La comunidad

ePub r1.0

Titivillus 26.03.2022

Título original: *Elskeren*

Helene Flood, 2021

Traducción: José Arconada Rodríguez & Inger-Lise Ostrem

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Índice de contenido

Primera parte. Prometo no estorbarte

El primer sábado

Primer domingo

Lunes

Martes

Noche del martes

Segunda parte. Disonancia cognitiva

Miércoles

Noche del miércoles

Primer jueves

Viernes

Víspera del segundo sábado

Tercera parte. «Hello, darkness»

Segundo sábado

Segundo domingo

Segundo jueves

Cuarta parte. Solo un pobre diablo

Último día

La última noche

Sobre la autora

Hay quienes deambulan en la oscuridad,
hay quienes toman el camino de la luz.
Y solo vemos a aquellos en la claridad.
Quienes se hallan en lo oscuro permanecen invisibles.

BERTOLT BRECHT,
La ópera de dos centavos^[1]

Primera parte
Prometo no estorbar

Me preguntas que cuándo conocí a Jørgen. ¿Te puedes creer que no me acuerdo? Debió de ser en el jardín o en la escalera o en el portal de casa, pero no lo recuerdo. Mi hijo había nacido justo después de la mudanza y había sido prematuro. Eran tantas las consultas en el hospital, tantas las cosas que nos preocupaban... No lo digo por eludir el tema. Es la pura verdad. Sencillamente no me acuerdo.

Pero sí que me viene a la memoria la primera vez que lo vi. Tuvo que ser a principios de julio del año en que nos mudamos. Lo puedo situar con precisión porque fue pocos días después de adquirir el apartamento, una calurosa tarde de verano, cuando Åsmund y yo aún vivíamos en el viejo y ya no pude aguantarme más: tenía que ir a ver la casa donde estaba a punto de empezar nuestra nueva vida.

Ellos estaban sentados en la terraza del jardín cuando llegué. Ya sabes que el camino de la entrada pasa justo al lado. Los miré al cruzar, preparada para saludarlos, pero estaban comiendo en la mesa y ni siquiera me vieron. Eran cinco, y por lo visto buenos amigos. Yo estaba sola. Me encontraba en las últimas semanas del embarazo, con una tripa enorme, y había caminado a paso rápido, así que estaba sudando muchísimo. Además, no los conocía. Me encerré en mi nuevo hogar.

El apartamento estaba vacío. Los anteriores dueños se habían llevado sus cosas, pero habían quedado sus olores. No olía a nosotros, ¿sabes a lo que me refiero? Cuando nos hicimos con el apartamento era como si hubiésemos comprado también un cierto estilo de vida, un espacio social, algo así. Como si, por alguna razón, fuéramos más distinguidos que antes solo porque éramos los propietarios de esa casa, en esa dirección. Pero ahora que el apartamento se ha vaciado de su elegante mobiliario, ahora que mis pasos resuenan entre las paredes, desnudas y con agujeros de clavos, me asaltan las dudas. No encuentro otra manera de explicarlo: tengo la impresión de haberme disfrazado con unos zapatos demasiado grandes para mí.

En la cocina, me acerqué a la ventana y observé la terraza y a quienes estaban sentados allí. No abrí la ventana aunque hacía calor. No sé. Tal vez no quería importunarlos. Por lo visto habían terminado de cenar. Había algunas botellas de vino en la mesa. Charlaban y yo oía sus voces pese a que las ventanas estaban cerradas; no lo que decían exactamente, pero sí el tono. Fuera el tema que fuese, el debate parecía intenso, si bien el ambiente era bueno. De tanto en tanto rompían a reír, los cinco a coro. Eran tres hombres y dos mujeres. Reconocí a uno de los hombres: era un cineasta que había realizado un polémico documental un par de años atrás. No recuerdo sobre qué..., los refugiados, su integración o algo así. La prensa había escrito mucho sobre ello. También una de las mujeres me sonaba; tenía la impresión de haberla visto en la televisión. Sentados a uno de los lados largos de la mesa había un hombre y una mujer que claramente eran pareja. Él tenía el brazo apoyado en el respaldo de la silla de la mujer, y, en una de esas, cuando algo los hizo reír a todos, ella se volvió hacia él sonriéndole y le retiró algo de la mejilla. Luego él movió el brazo y se lo puso en la parte baja de la espalda. La mujer se acercó hacia la mesa para decir algo. Llevaba el pelo largo, de un rojo intenso, recogido en una trenza espesa y bien atada, y al inclinarse hacia delante para hablar la trenza se le deslizó a un lado. Su marido, sentado junto a ella, la tomó con cuidado para recolocarla en su lugar. La mujer se volvió hacia él, consciente de que la tocaba, y siguió hablando sin dejar de sonreírle. Tal vez estaba contando algo que habían vivido juntos.

El hombre me daba la espalda, de modo que no me resultaba fácil verle el rostro, pero cuando miró hacia un lado pude apreciarlo. Era guapo, con el cabello ondulado tirando a gris. Pómulos prominentes y una sonrisa amplia y seductora que parecía usar a menudo. Le eché cuarenta y pico, quién sabe si ya rozaba los cincuenta.

Era Jørgen. Aquella fue la primera vez que lo vi. Como no parecían advertir mi presencia, me quedé allí y seguí mirándolos: cinco amigos que hablaban de cosas importantes en torno a una mesa durante una noche de verano en un jardín de Kastanjesvingen.

La mujer de la trenza se levantó. Cogió una bandeja vacía de la mesa y se dirigió hacia el camino que lleva al portal de la casa. A mitad de trayecto me vio. Era evidente que yo estaba ahí, de pie, en medio de la ventana. No es que estuviera fingiendo que no los observaba. Me había quedado como fascinada, y no se me ocurrió que tendría que haberme apartado de allí. La mujer se detuvo para mirarme. Alcé la mano en un gesto de saludo.

La mujer no se movió. No me devolvió el saludo. No me sonrió, pero tampoco parecía molesta. Su expresión era casi neutra. Se quedó un instante ahí mirándome, solo un momento, luego siguió su camino. Desde donde estaba la oí abrir la puerta del portal. Me alejé apresuradamente de la ventana, avergonzada por haberlos estado observando con tanto descaro. Lo noté en el estómago: me había comportado de manera inapropiada. Me sentí abochornada.

El primer sábado

Los árboles que me rodean son de hoja caduca, con copas enormes y ramas robustas, muy distintos a los abetos del bosque cercano a la casa donde crecí. Y, sin embargo, sé, a la manera en que saben los que sueñan, que me encuentro en el bosque de mi niñez. Lo conozco bien: sé lo fácil que es desaparecer en su interior. Recorres senderos que conoces. De repente te sales del camino siguiendo el ruido de un ciervo o porque atisbas unos arándanos exuberantes un poco más allá, y, al volver, todo ha cambiado. Mires donde mires, hay árboles oscuros y silenciosos, hileras y más hileras, y ninguno se parece a los que ya conoces.

En el sueño estoy buscando a alguien que ha desaparecido. Al principio no sé de quién se trata. Luego caigo en la cuenta de que son mis hijos. ¡Lukas!, grito, y echo a correr. ¡Emma! Ante mí, el bosque se abre a un calvero. No es grande, como mucho cinco metros hasta que el bosque espeso empieza de nuevo, pero aquí el sol se cuela entre las copas; es un sitio luminoso y cálido, en las laderas crece hierba joven. Me detengo. El lugar es hermoso, pero algo no encaja. Siento un nudo en la garganta y me cuesta respirar. Algo espantoso ha sucedido.

En el salón hace frío por las mañanas. Cierro a mis espaldas la puerta del dormitorio con sigilo: no quiero despertar a los demás. En la luz sin relieves de la mañana, el salón me resulta desconocido. Tal vez mi cuerpo aún esté sumido en la pesadilla, porque los muebles parecen enormes y severos. Los estantes parecen cerrados y la mesita del café, desacostumbradamente pulcra. Mis pies absorben el frío del suelo. Junto a la entrada encuentro mis zapatillas. Me las calzo y voy a la cocina.

También aquí me sorprende la pulcritud. Anoche Åsmund y yo compartimos una botella de vino mientras veíamos una película bastante mala, aunque quién sabe si luego mejoró algo. Me entró sueño y me fui a la cama a media película. Åsmund debió de limpiar cuando acabó. La luz roja del lavavajillas me dice que el programa ha terminado, de modo que, por una vez, se acordaría de ponerlo en marcha antes de acostarse.

Me apoyo en la encimera de la cocina. Este espacio es el principal argumento en la venta de nuestro apartamento. Fue aquí donde se tomó la fotografía que ocupaba por entero la primera página del folleto que nos mostraron en nuestra primera visita. La cocina es grande y luminosa, y mientras que el resto de las ventanas dan o bien a un muro lleno de vegetación que se levanta detrás de la casa, o bien al edificio de al lado, las de la cocina se asoman al jardín. Para aprovechar más la luz, el arquitecto que diseñó el edificio allá por los años cincuenta hizo de esta pared una larga sucesión de ventanas. Hemos colocado la mesa de la cocina justo delante, de modo que, cuando nos sentamos ahí, podemos ver el pequeño jardín entero: la terraza con sus muebles de exterior, el añoso manzano, la hilera de buzones y la valla de listones blancos. Más allá se extiende Kastanjesvingen, la calle sin salida que termina en una rotonda a unos cuarenta metros de nuestra puerta. Al otro lado de la calle hay casas unifamiliares; algunas de ellas datan de la década de los cincuenta, como nuestro edificio de cuatro apartamentos, pero otras son más recientes. Y más allá de esas casas se alza Bakkehaugen, la colina que nos separa del centro de la ciudad. Y, aunque no pueda verla desde las ventanas de la cocina, saber que la ciudad está justo ahí detrás me produce una cálida sensación de hogar. Pensar que vivimos así, en una apacible calle cerrada, pero con la ciudad tan a mano que casi se puede tocar.

Me siento. Estoy en silencio, a la escucha. ¿Hay alguien despierto ahí arriba? ¿Se mueve? ¿Los ruidos que oigo provienen de él? Es demasiado pronto, eso sí que lo sé. Puede que sea yo la única que no duerme en toda la casa. Con todo, el silencio no es total. Las paredes no están bien aisladas; se oyen incluso vientos moderados, las ramas del castaño cuando chocan contra la ventana del salón, el crujido de los tablones cuando algún vecino camina.

Todavía tengo sueño y me desperezo. Anoche me dormí profundamente. No he oído a Lukas subirse a nuestra cama. Me he despertado a oscuras y asustada por la pesadilla; al abrir los ojos, he visto su cabello revuelto, su manita cerca de la mía, los deditos con mugre bajo las uñas y una tirita verde que le cubría una herida invisible en el dedo índice. He sentido un alivio enorme después del sueño. Allí estaba él. Todo estaba bien. Le he revuelto el pelo. ¿A qué hora habrá entrado en la habitación?

Al otro lado de la calle veo a Rikard Hoffmo salir de su casa marrón. Se detiene en los escalones de la entrada y mira a su alrededor como un terrateniente que vigila sus dominios. Tiene los brazos en jarras, las manos a cada lado de su voluminosa barriga. Se estira, lleva las caderas a un lado y luego al otro; la barriga le cuelga y se balancea por encima de la cintura. Se

prepara para salir a correr, pues él es así: ya ha cumplido los setenta y va a correr dos veces por semana, haga el tiempo que haga. Su conjunto deportivo azul, con una tira blanca en cada pierna, es un superviviente de los años setenta, lo que le confiere un aspecto si cabe aún más cómico. Pero Hoffmo tiene algo, una especie de autoridad natural, que te quita las ganas de encontrarlo risible. Nos llevamos bien, él y yo.

«¿Has salido a correr últimamente?! —me suele gritar desde su cerca cuando me ve—. Ya sabes que el movimiento es bueno para el cerebro, Prytz. *Mens sana in corpore sano*».

Nos llamamos por el apellido a modo de broma. Ahora se dobla hacia delante. Toca el suelo. Es ágil para un hombre de su edad y corpulencia. Vuelve a erguirse, hace un estiramiento y ya está listo para correr. Levanto la mano para saludarlo desde la ventana, pero no me ve.

Oigo pisadas de niño antes de que Lukas entre en la cocina, con esos piececitos veloces que golpean en el suelo. Se agarra a mí y se me sube al regazo. Me apoya la cabeza en el hombro y cierra los ojos. Sería perfectamente capaz de quedarse allí dormido; es capaz de dormirse donde sea. Una parte de mí quisiera que lo hiciera y pasar el tiempo así, sentada en paz con el niño adormilado encima.

—Lukas —le digo—, ¿esta noche has entrado tú solito a nuestro cuarto?

Abre los ojos y me mira.

—Sí.

Pero no es una afirmación, sino más bien una pregunta. ¿Sí? ¿Yo hice eso?

—Es que no te he oído entrar —le comento.

No considera que esto merezca respuesta. Apoya de nuevo la cabeza en mi hombro y cierra los ojos. Respiro hondo, atenta a señales de vida en el apartamento de arriba. Lukas abre de nuevo los ojos.

—Mami, ¿podemos buscar mi tiranosaurio grande?

Me levanto y veo a Hoffmo correr con pasos cortos y ligeros por el camino de acceso a su garaje. Se apoya en el portón y me ve. Alza la mano para saludarme y le devuelvo el saludo con un gesto militar en honor a su hazaña deportiva, lo que le produce una risa que sacude en oleadas su voluminosa humanidad.

Después de desayunar, hacemos las camas y nos preparamos para un día que se presenta de lo más ajetreado. Ya hace tiempo que lo hemos planificado todo. Ahora solo falta poner los planes en marcha. Así serán nuestros fines de semana hasta diciembre. A veces pienso que somos hámsteres en una rueda, de camino a una cita para luego acudir a la siguiente, en una cuesta arriba que no termina jamás. Hace algunos años fantaseaba con la idea de poner la casa en alquiler, retirar nuestros ahorros del banco y comprar cuatro billetes para volar a Vietnam. Vivir allí de un hotelito que tendríamos junto a la playa. Vivir en el ahora. Disponer de tiempo para nosotros, para los niños. Ver los días pasar. No vivir contra reloj, cumpliendo tareas y terminándolo todo antes de desplomarnos en la cama para recuperar fuerzas y empezar de nuevo al día siguiente. No. Yo quiero vivir. De verdad. Una vida auténtica, en contacto con la naturaleza. Hoy ya no pienso así. En la playa de Vietnam habrían pasado otras cosas: nos habría preocupado la rentabilidad del hotel; a los huéspedes les habría molestado esto o aquello; habríamos sufrido inundaciones y temporadas de sequía; las tuberías estarían deterioradas por los años y resultaría demasiado caro reemplazarlas. Y así sucesivamente.

Åsmund rescata una camiseta de entre la ropa que se amontona en un rincón. Mientras hago la cama le hablo de mi sueño, aunque ya no logro recordar los detalles: estaba buscando algo y tenía miedo.

—Debo de haber dormido profundamente —le digo—, porque Lukas entró en el cuarto y se acostó entre los dos sin que me despertara.

—Tenemos que quitarle esa costumbre —comenta Åsmund mientras se ajusta el reloj a la muñeca—. Ya es lo bastante mayor como para dormir solo.

—Solo tiene cuatro años —replico.

—A los cuatro años Emma dormía toda la noche en su cama —señala Åsmund—. Y eso de dormir de día..., de verdad que eso tiene que acabar, Rikke. Ya es muy mayor para necesitar una siesta por las mañanas.

—Claro —contesto sin ganas de seguir discutiendo.

Lukas es mi niño de la suerte. Nació dos meses antes de tiempo. Estábamos mudándonos al apartamento cuando llegó. Yo estaba sacando tazas y abriendo cajas cuando un dolor muy agudo se me extendió por el

estómago y la espalda. No sé dónde estaba Åsmund, probablemente trayendo muebles nuevos. Emma se hallaba en casa de la abuela. Yo me encontraba delante de los armarios vacíos de la cocina y pensé: ¿Me habré pasado? ¿Habré hecho demasiados esfuerzos? ¿Debería sentarme un rato?

Llegué al hospital ya casi de parto. Llamé a Åsmund mientras esperaba al taxi. Se precipitó al coche y llegó al hospital justo a tiempo. Se llevaron al niño en cuanto nació: tenían que hacerle pruebas, medirlo, pesarlo. El tiempo era oro y algo de información debió de perderse en medio de aquel frenesí, o puede que me extraviara en las brumas del parto, porque no entendía la situación, porque no sabía cómo estaba el niño. ¿Estaba vivo o no? Solo sabía que se lo habían llevado. Me volví hacia Åsmund:

—¿Hemos vuelto a ser padres?

Åsmund estaba llorando, pues él es así, no lo puede evitar, se le saltan las lágrimas en bodas y bautizos. Entró una doctora, ceño fruncido y labios apretados, y yo al verla así pensé: El niño ha muerto. Sentí el miedo primero como un golpe en el estómago, pero luego se extendió por los brazos y las piernas, se apoderó de todo mi cuerpo. Ni la doctora ni Åsmund se dieron cuenta, pero en los segundos que pasaron antes de que nos dijera que todo estaba bien, que el niño era pequeño pero fuerte, que habría que hacer un montón de pruebas, que tal vez resultase necesario realizar un seguimiento en el hospital, pero que todo saldría bien..., durante esos segundos estuve segura de que lo había perdido. Era mi realidad. Y luego, al caer en la cuenta de que no lo había perdido, probablemente, mi alivio fue tan grande que todo lo demás, el riesgo de asma y de TDAH, o los posibles problemas pulmonares, no me preocupó lo más mínimo. He vuelto a ese momento una y otra vez. Aún lo hago. Mi niño de la suerte. De una forma u otra es un premio. Lo había perdido. Lo recuperé.

—Ya estoy —dice Åsmund.

Va vestido de ciclista, conjunto negro con rayas amarillas. Mientras yo llevo a Emma al teatro del colegio, y desde ahí iré a un café donde he quedado con mi hermana, él se llevará a Lukas de paseo a Bærum para que vea a amigos. Claro, va con la bici eléctrica, pero vestido como si fuese a correr un maratón. Ha engordado algo en estos últimos años. No tiene nada de extraño, estas cosas pasan. Sus amigos también han cogido peso. Algo les ha ocurrido mediada la treintena. Algo que ha dejado huellas físicas.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—¿Qué pasa de qué?

—¿Qué me miras?

Sonrío.

—Tu atuendo —le contesto.

—Ya. Eso. ¿Me aprieta? ¿Me queda muy justo?

—No, para nada. Se ve muy profesional.

Me hace un guiño.

—El Tour de Tåsen, cariño —dice mientras va al salón.

Lo oigo alzar a Lukas en alto y soltar un rugido. Lukas se ríe. La culpa me raja el estómago, rápida y dolorosa. Allá va. El padre de mis hijos, el hombre al que prometí amar y honrar. Termino de hacer la cama y recojo la ropa sucia del suelo. Arriba el silencio sigue siendo total.

—De todas formas —le dice la madre de Lea a la de Saga—, a mí toda esta historia me resulta de lo más desagradable.

—¡Uf! —responde la madre de Saga con una mueca.

Yo estoy de pie, apoyada en una columna cerca del telón, escuchándolas mientras observo el escenario. En este momento está vacío. Los actores, si se les puede llamar así, van de la primera fila a los bastidores, donde dos madres encargadas del vestuario les toman medidas. Hace un rato he estado allí, pensando que podría ver a Emma, pero me la he encontrado con un grupo de amigas y no me ha hecho caso. Han llamado a una de ellas para tomarle las medidas, y una de las madres que se ocupan del vestuario, armada con una cinta de medir y alfileres, le ha dicho: «A ver, ¿qué talla tienes?». La niña se ha sonrojado y balbucido algo. Emma y sus otras dos amigas se reían. He mirado a mi hija; es alta y delgada, sin el menor indicio que apunte a formas de mujer adulta. Son así, aún niñas, pero aquella a la que le tomaban las medidas ya tiene pecho y cintura. Me he ido. Allí no pintaba nada.

Las madres que están a mi lado forman parte del equipo que organiza el programa. Todavía no las conozco bien. Saga es una de las nuevas amigas de Emma, y sé que su madre es periodista en uno de los periódicos más importantes. A veces veo su foto en algún artículo. No hace mucho escribió uno sobre la presión que hay en lo referente al aspecto físico y lo rápido que crecen las chicas hoy en día. La madre de Lea se dedica a sus labores, por elección propia, dicen, pues por lo visto tiene un máster de una prestigiosa universidad inglesa. Cuando empezó el curso, en agosto, su marido y ella invitaron a su casa a todas las chicas de la clase. Viven en un caserón en lo alto de Tåsen. Fui a recoger a Emma con la intención de no dejarme impresionar por las dimensiones de la casa ni por el exquisito jardín que adorna la parte delantera.

—Por lo que he oído, el pobre gato estaba vuelto del revés —dice el ama de casa con un máster—. Las tripas desparramadas, y el resto, piel y huesos, me imagino, colgando del portón de hierro forjado.

—Es espantoso —contesta la otra.

—El pobre chico que lo encontró es muy joven. Diez, once años, creo. Y las pobres gemelas, las dueñas del gato, están destrozadas. Están en la misma clase que mi pequeña, y su madre ha dicho que han tenido que quedarse en casa un par de días. Ya sabes cómo se encariñan con los animales a esa edad. Una cosa es que desaparezcan, pero que los maten así...

—Pobres crías —dice la madre de Saga.

Apoyo la cabeza en la columna y me digo: no me voy a meter. Me quedo fuera.

En el escenario, los jóvenes actores están vestidos y listos para empezar. Emma y sus amigas forman un corro a la derecha, y en un sofá en medio de la escena están sentados el chico de cuarto de secundaria que interpreta a Mack el Navaja y dos chicos más que hacen de coprotagonistas. El director les habla desde su asiento en primera fila para explicarles lo que quiere que hagan. Las chicas no le hacen caso. Emma dice algo que no oigo porque estoy demasiado lejos. Las cuatro chicas que la acompañan se ríen al unísono. Sus risas tienen algo de afectado, me parece. Es como si reaccionaran a una señal, sin importarles que fuera o no algo gracioso.

—Y ya sabes —dice el ama de casa— que tampoco es la primera vez.

—No lo es, no, ahí está la cosa —afirma la madre de Saga—. Mira los de esta primavera.

—Así es —contesta el ama de casa—. Primero el que encontraron en el parque Godal, y luego apareció otro en un jardín de la parte baja de Tåsen. ¿Te acuerdas? Lo habían colgado de un árbol, con nudo corredizo y todo, como en una horca. Suerte que lo descubrió un adulto.

—Sí. Eso es —conviene la madre de Saga—. Puede afectar muchísimo a los niños.

—Pueden quedar traumatizados —dice la madre ama de casa.

Se callan un momento, como degustando la gravedad del asunto, dándole espacio a la inquietud.

Desde su asiento en primera fila, el director ha terminado de hablar con los chicos. No se acerca a las chicas, solo les habla a voces:

—Y acordaos de estar atentos en todo momento, ¿vale?

Es muy joven, alto y delgado, con abundante cabello castaño, y lleva gruesas gafas de montura de carey, de las que lucen los veinteañeros cuando quieren demostrar que son creativos.

Lo contrataron antes del verano. Cuando se presentó ante la asamblea de padres y docentes dijo llamarse Gard; que se había graduado hacía poco y que quería trabajar con adolescentes porque es en ese momento de la vida cuando

más abierto se está a los impulsos. Quería introducirlos en la literatura universal. La primera obra de teatro sería *La ópera de dos centavos*, de Bertolt Brecht. No se le podía acusar de falta de ambición. Los alumnos podían apuntarse a teatro como asignatura optativa, pero había logrado despertar su interés, y los profesores de alemán, noruego y música le habían cedido algunas horas de curso para dedicarlas a los ensayos. Aquel arreglo había acelerado la captación de actores, y Emma, que al principio no se había mostrado interesada, se apuntó al entender que podría estar en escena en lugar de estar conjugando verbos en alemán.

—¿Estáis listos? —les grita a los que están en el escenario mientras se pasa la mano por el espeso cabello—. Bien, se supone que esta parte lleva música, pero como hoy no está Merete, lo haremos sin ella. Aseguraos solo de marcar el ritmo. Una, dos y ta-ta-ta-tam.

Tiene una voz grave impresionante, a pesar de su aspecto frágil. Pero su tarareo no se parece en nada a los acordes profundos y sugerentes de Merete con el piano que deben acompañar la escena.

El ama de casa pregunta:

—¿No ha venido Merete?

—Por lo visto se ha ido de acampada con Filippa —responde la madre de Saga—. Además, ya sabes que Jørgen no está muy metido en lo del teatro.

—De acampada —repite el ama de casa alzando una ceja—. ¿Cuándo es el preestreno?

«Como si los demás no prefiriéramos dedicar los sábados a otras cosas —dice la ceja—. ¿De verdad queremos estar aquí, nosotras, en este gimnasio que aún huele a sudor, por mucho que se hayan cubierto las paredes con los telones de la escena? ¿No tenemos chalés que cerrar para el verano o abrir para el invierno? ¿No tenemos jardines que rastrillar, casas que cuidar, esquís que preparar a tiempo antes de que empiece la temporada?». »

Yo no digo nada. Emma regresará con Saga después del ensayo porque he quedado con mi hermana en un café. Me escabulliré dentro de una hora. Más no puedo dar.

En primera fila está sentada Nina Sparre, vicedirectora del colegio y nuestra vecina de rellano.

Veo su cabeza, con el cabello muy corto, subir y bajar en movimientos rápidos, como si tuviera un resorte en lugar del cuello. ¿Qué estará haciendo aquí?, me pregunto. ¿Por qué dedica los sábados a esto? Puede que haya

venido en representación de las autoridades del colegio. A principios de otoño hubo una cierta polémica en torno a la producción. Algunos padres consideraban que Brecht había metido demasiadas prostitutas en la obra, lo que provocó un acalorado intercambio de correos electrónicos. El colegio lo resolvió haciendo algún que otro cambio en el texto, y ahora las prostitutas son bailarinas. Aun así, puede que la dirección prefiera pecar por exceso de precaución y delegue en Nina el poner remedio a nuevas manifestaciones de descontento. La veo estirar su cuello de pajarito y, aunque solo distingo su nuca, me la puedo imaginar inspeccionándolo todo, mirando a diestra y siniestra como si su pundonor le prohibiera perderse detalle alguno.

—Ay, sigo pensando en esos gatos —dice la madre de Saga. Me mira y pregunta—: ¿No fue en tu calle donde encontraron uno de ellos, Rikke?

—No —respondo apresuradamente—. Fue en el callejón Hauge. Un buen trecho más allá.

La madre de Saga asiente con un gesto. El ama de casa me dirige una mirada cargada de dudas. En mi opinión, el vecindario se ha tomado estos sucesos —gatos que desaparecen o que aparecen muertos— un poco demasiado en serio. Claro que son cosas que ponen los pelos de punta, y entiendo que afecten, pero este pánico colectivo es desproporcionado. Se sueltan palabras rimbombantes como maldad, traumático, criminal. Hubo una persona que hasta llamó a la policía.

—Y ya sabes —continúa el ama de casa—, esto puede pasar en cualquier lugar de Tåsen. Cuando alguien así, un psicópata, hace esas cosas, nadie en el barrio está a salvo.

Ambas muestran en el rostro profundas arrugas de preocupación.

—¿Qué se le pasa por la cabeza a una persona que hace esas cosas? —pregunta la madre de Saga quedamente.

No me puedo contener:

—¿No estamos exagerando un poco? —Las dos me miran—. Es natural que la gente se alarme cuando ocurren estas cosas cerca —digo—, pero con tanto revuelo lo vemos todo desde una perspectiva más negativa.

—El animal fue torturado —indica el ama de casa un poco a la defensiva—. Y, según la policía, ningún gato se cae así encima de un portón de hierro.

—Estoy segura de que ha sido horroroso —añado—, pero creo que eso que has dicho, eso del papel del mal en todo esto, es una exageración. A mí no me extrañaría que hubieran sido solo unos chavales que se encontraron un gato muerto y decidieron divertirse un poco.

Trato de decir esto último con un toque de humor, como queriendo quitarle hierro al asunto, pero me doy cuenta de que me he pasado. Demasiado brusca, demasiado arrogante. Estoy descalificando lo que dicen, ignorando sus miedos. Pero tengo razón. Al menos creo que la tengo. Solo que las palabras no me salen bien, me hago un lío. Me miran. Esto será recordado. Cojo aire, preparándome para añadir otra cosa, pero antes de poder hacerlo aparece un padre con tejanos descoloridos y una pistola de pegamento al cinto.

—Han llegado las *pizzas* —anuncia.

El ama de casa se cuelga el bolso del hombro y se va detrás de él. Lleva los pantalones de yoga pegados al cuerpo. Es toda piel y huesos.

Al final resulta que mi hermana, por desgracia, no puede acudir a nuestra cita. Me apoyo en la columna mientras leo su mensaje de texto. Ha ocurrido algo verdaderamente importante, escribe, y no tiene más remedio que ocuparse de ello. Justo a mi lado está la madre de Saga, también ella sumergida en su teléfono. Hemos quedado en que Emma volverá a casa acompañada de Saga al acabar el ensayo. A Åsmund y Lukas les quedan aún unas horas para estar de vuelta. Tendré la casa para mí sola.

Y Jørgen está solo arriba. Me escribió ayer por la mañana para decirme que Merete y Filippa estarían fuera hasta el domingo, y que él pasaría todo el fin de semana en casa, escribiendo. Insinuaba una invitación que decidí pasar por alto. «Buena suerte con la escritura», le respondí, dejándolo correr.

En el escenario, Peachum está moviendo hilos para hacer que arresten a Mack. El director de las gafas con montura de carey ha comentado los dilemas morales de la obra. Le he visto hacerlo en más de un ensayo:

—Mack comete verdaderas atrocidades sin que nadie reaccione, pero cuando seduce a Polly, hija de Peachum, algo que, dicho sea de paso, es legal, Peachum opina que Mack debe morir. ¿Podemos comprender la ira de Peachum, siendo Mack quien es? —pregunta el director retóricamente—. ¿O no será que en realidad Peachum se convierte en el villano cuando denuncia a Mack y, al hacerlo, lo condena a muerte?

Los jóvenes actores no tienen nada que opinar al respecto; les preocupa más su vestuario y quién le va a meter mano a quién en escena.

Las chicas se han sentado en las butacas para el público. Emma se arregla el cabello con unos gestos rápidos a los que, es obvio, está acostumbrada. Hay algo adulto en ello, algo femenino. Tiene el cabello claro, como yo. La gente suele decir que nos parecemos. Veo que vuelve la cabeza mirando hacia el fondo. Quizá me esté buscando, porque su mirada se demora en la columna en la que me apoyo y se encuentra con la mía. Le sonrío. Algo se ha movido en su cara como si reconociera discretamente que me ha visto. Vuelve a

contemplar a escena y ya solo distingo su cuello, sólido y fuerte, y su moño de cabello rubio.

—¡No soy un delincuente! —dice Peachum en escena. Ha puesto en la voz un tono aflautado y desagradable que me pone la piel de gallina—. Soy solo un pobre diablo.

Es la escena en que justifica su denuncia y que permite al chico que lo interpreta demostrar sus dotes de actor. Hay movimiento en la segunda fila. Emma y una de sus amigas se ríen. Peachum se vuelve con rapidez hacia ellas, tal vez piensa que se ríen de él. El director corta la escena.

—Vaya. Empieza otro *round* —me comenta la madre de Saga con un suspiro.

—Sí. Tiene toda la pinta —respondo esperando que este intercambio signifique que la cordialidad entre nosotras ha quedado restaurada.

Estoy pensando: No escribiré a Jørgen. Claro que no. No, voy a aprovechar estas horas que me han quedado libres y las voy a usar para mí. Para salir a caminar, o leer un libro. Ya tengo ganas de ello. Me apoyo en una pierna y luego en la otra. ¿Podré marcharme ya o será muy pronto? ¿Cómo se vería si me fuera ahora?

—Bueno —dice el director—, ahora viene cuando canta Filippa, pero, como no está por eso de la acampada y tal, no trabajaremos esta escena ahora.

Hay un debate en el escenario. Nina Sparre se acerca al director, que asiente sin mucho convencimiento a lo que le comienza a decir. Peachum está mirando hacia la sala y sonríe a alguien que está detrás de mí, creo; al volverme, veo a Simen Sparre haciendo gestos hacia el escenario.

—Hola —le digo. Simen me mira, me sonríe amable y me devuelve el saludo—. ¿De vuelta al lugar del crimen? —le pregunto.

El año anterior terminó en Bakkehaugen y ahora está haciendo bachillerato en un colegio del centro.

—Estoy echando una mano con la producción —responde—. Luz, sonido y eso.

Es un chico muy guapo, aunque todavía no ha alcanzado todo su potencial, y puede que no sea el chico más popular del colegio. Lleva unos pantalones color caqui algo raros, y se ha afeitado de forma desigual alrededor de los granos. Pero es flor tardía. De aquí a un par de años las chicas se lo rifarán.

—¡Qué bien! Y así ayudas a Nina, ¿no?

Contesta un poco a la defensiva mientras contempla la escena:

—Me pagan por ello.

Permanecemos uno o dos minutos de pie el uno junto al otro sin decir palabra, observando el escenario. Es posible que Simen esté pensando en la iluminación o a la espera de que se le encargue alguna tarea. A pie de escenario, su madre sigue con la intensa conversación con el paciente director, pero Simen no la mira a ella, es como si no la conociera. Cuando los veo juntos en el jardín, en la escalera o en la calle, él suele estar callado, ahora que lo pienso, mientras que a su madre le encanta charlar. Su padre lleva una agencia de empleo temporal, si lo tengo bien entendido. Gana un montón de dinero, habla a voces y es grandullón; a veces suelta cosas fuera de lugar con el pretexto de ser «comunicativo» y es bastante dado a decir «las cosas como son». Simen tiene diecisiete años y es, tal vez por oposición a su padre, de una cortesía exquisita.

Cuando a Nina no le queda nada por decir y el director les grita algo a los que están en escena, Simen se mete las manos en los bolsillos y se despide antes de cruzar la sala. Peachum lo sigue con la mirada cuando desaparece detrás de la cortina que cubre la salida. Dejo pasar medio minuto antes de recoger mi chaqueta y acercarme a la madre de Saga:

—Me tengo que marchar —digo—. ¿Puedes mandar a Emma a casa a eso de las seis, por favor?

Las luces están encendidas en la cocina de Jørgen. Estoy en la puerta y observo la fachada como si mirara mi casa, y no buscándolo a él. El edificio tiene algo profundamente noruego, como si fuese portador de ciertos valores fundamentales: la igualdad de oportunidades, el desarrollo, la libertad y el progreso. Fue construido en los años cincuenta y exuda política de vivienda socialdemócrata y optimismo de posguerra. Desde entonces, el neoliberalismo ha arrasado en el vecindario, y todos los apartamentos de nuestro cuádruplex, igual que otros como el nuestro, se han ido modificando para incorporar en unos casos el ático y en otros el sótano. Se han renovado y mejorado de manera exquisita, y, pese a ello, vistos desde fuera parecen modestos y baratos, con la frugalidad de antaño a modo de recatado rebozo sobre la riqueza del interior. Respiro hondo. El jardín está desierto. Las ventanas a oscuras. Puede que muchos de los vecinos no estén en casa. Pero las luces están encendidas en casa de Jørgen. Tampoco es que eso signifique nada.

La puerta del portal, en marcado contraste con el modesto exterior de la casa, es grande y moderna. La instalaron hace apenas un año, y la comunidad de vecinos, bajo la dirección de la emprendedora Nina, se decidió a favor de un mastodonte negro como el carbón de madera maciza.

—Parece de una cárcel de máxima seguridad —le comenté a Åsmund cuando la instalaron.

Y Åsmund, que en un momento de debilidad se había dejado convencer por Nina para ser miembro de la junta de vecinos, se limitó a efectuar un gesto de resignación.

—Ya sabes que esta puerta se le había metido entre ceja y ceja desde que la presentaron en la reunión de la comunidad —dijo—. Es de las buenas, ¿eh? Tienen fama de ser muy muy seguras.

Yo no sé de dónde ha salido esta paranoia colectiva, porque viene de antes de que empezaran a desaparecer gatos en el barrio. En esta puerta tan moderna no hay una cerradura con su orificio para la llave: se abre con un código numérico. Cada apartamento tiene su propio código para la puerta del portal, código que ha de modificarse a intervalos regulares; regularidad que depende, claro está, de la voluntad de cada vecino, según me dijo Nina un

martes por la tarde, cuando casi se me echó encima al encontrarme en la escalera. Me comentó entonces que Svein y ella iban a cambiar el código una vez al mes.

—Es lo que hay que hacer, Rikke —indicó—. Hacedlo por sistema. El primero de cada mes. Anótalo en el calendario.

Åsmund y yo seguimos sin cambiarlo, y usamos el que escogimos en su momento, hará un año en otoño. Es 1812, la fecha de nuestro primer beso. Somos así de románticos. O, al menos, lo es Åsmund, pues fue él quien se ocupó del trámite.

La escalera está desierta y en silencio. En el tablero de mensajes junto a la puerta hay una lista de trabajos voluntarios para el otoño. La puso Nina hace un par de semanas, y la verdad es que no faltan cosas que hacer: hay cercas que pintar, raíces que desraizar, césped que cortar y piedras que retirar. Hay mucho trabajo, escribió al final del mensaje, pero, si todos arrimamos el hombro, será pan comido. Hasta dibujó una carita sonriente. Ni Åsmund ni yo nos hemos apuntado. Paso de largo y abro la puerta de casa. Me apoyo en el marco y me digo: Quedan horas para que lleguen los demás. Aquí dentro huele a familia, a comida y a ropa de abrigo, y hay un tufo a basura que tendríamos que haber sacado hace tiempo. Se extienden ante mí unas cuantas horas.

No me siento. El libro que estoy leyendo está en la mesa del salón, y en la mesa de la cocina sigue el periódico de hoy, pero no tengo la paz mental para la lectura. Se me ocurre que igual hago un poco de limpieza, una contribución al bienestar familiar. Arriba el silencio es total. Ni un sonido. Qué raro, ¿no? Las luces estaban encendidas, y él dijo que estaría en casa. Es la una y diez. No voy a enviarle un mensaje de texto ni a averiguar si está o no. Ni mucho menos preguntarle si todavía quiere que pase a visitarlo. Los platos del desayuno siguen en la encimera de la cocina, y los pongo en el lavavajillas. La leche que quedó en los cereales se ha cortado y los granos se han hinchado del tiempo que llevan en remojo. Menuda papilla. Vacío los cuencos uno tras otro. En todo caso, lo que haga Jørgen no es asunto mío. Los cuencos están ya en el lavavajillas. Miro alrededor. Todo parece limpio y ordenado. Quizá tendría que haber salido a caminar, como había pensado hacer.

Resisto treinta minutos antes de escribirle, con algo de vergüenza, porque en ningún momento he dudado de que lo haría: por descontado que lo iba a hacer. Lo he tenido claro desde el instante en que mi hermana ha cancelado

nuestra cita para tomar un café. Y me resultan deprimentes los propósitos que me he hecho de ponerme a limpiar o de leer un libro.

Jørgen no responde. Hasta donde yo sé, ni siquiera ha visto mi mensaje.

Limpio las mochilas de los niños. Åsmund dijo que lo haría él, pero se le ha olvidado. Coloco los zapatos en el vestíbulo, par con par en ineludible sociedad, pues el uno no sirve sin el otro. Recojo los juguetes de Lukas. Ahora sí que no queda nada por hacer, y el teléfono permanece en silencio. Pero él sí que está en casa. Las luces continúan encendidas. Igual está tan absorto en su trabajo que ha perdido la noción del tiempo y el espacio. Ya ha sucedido con anterioridad. Quizá ni haya pensado en mirar el móvil.

Podría subir sin más. Tocar la puerta y decir hola. Ver si está libre. Y como ayer me escribió diciendo que sí que lo estaba, en realidad no tengo por qué esperar su respuesta. Eso es lo bueno de ser vecinos. Animada por la idea, les devuelvo la forma a los cojines del sofá y reviso el correo que se deja encima del baúl del vestíbulo. Sigue sin responder. Ha pasado una hora y tampoco es que dispongamos de todo el tiempo del mundo, así que cierro la puerta y subo la escalera.

En la planta superior hay dos puertas: una es la del piso de Merete y Jørgen, la otra la de Saman y Jamila. En la de Merete y Jørgen hay un felpudo donde pone THIS IS A GREEN HOME. En una placa de bronce fijada a la puerta se lee TANGEN. Ahora que estoy aquí me asalta la duda: ¿soy una descarada? ¿Me estoy pasando? ¿Peco de exceso de confianza? Es lo malo de ser vecinos. Jørgen y yo ya hemos hablado de eso: de la necesidad de espacio, de discreción. Él y yo no somos los únicos vecinos: nuestras familias también lo son.

Estoy casi a punto de retirarme, de volver a casa. Miro por la escalera hacia la ventana que se abre en el descansillo entre la planta alta y la baja. Quedarse ahí podría haber sido una buena idea. Me habría sentido una buena chica, la que se resistió a la tentación. He llegado hasta aquí, pero lo dejo. Y, sin embargo, ahora no me decido. Estoy aquí parada, dispuesta a recorrer ambos caminos. La sensación de disponerme a hacer algo que está mal es absolutamente deliciosa. Me siento ligera y fluyo. Puede pasar cualquier cosa. Mis encuentros con Jørgen ocurren fuera de la rueda giratoria del hámster. Jørgen tiene la capacidad de detener el tiempo, de sacarme de lo que parece una sucesión inevitable: tienes hijos; los hijos crecen; te ocupas de ellos; empiezan la guardería y pasan al colegio; planificas vacaciones y otras cosas que necesitas; entran en secundaria mientras ahorras para la jubilación pensando en qué querrás hacer con tu vida; comienzan el bachillerato y te preocupas por si volverán a casa por la noche; te preguntas qué será de ellos; se marchan de casa y nos decimos que el espacio ganado viene bien; les das apoyo económico; tratas de retenerlos cuando ellos lo que quieren es marcharse; ya tienes unos años y la jubilación no queda tan lejos; has ahorrado lo suficiente y de pronto la vida profesional ha tocado a su fin; tus hijos han tenido hijos y tú haces planes y más planes, viajas, vas a casas de campo con amigos y te ocupas de tus nietos... Como si todos esos planes fueran la vida misma, como si fuera de la máxima importancia quedar con gente y concertar citas antes de morir o acabar en una residencia de ancianos. Sí, ya sé que es una simplificación, una caricatura. También hay atisbos de felicidad: atardeceres en una terraza con una copa de vino blanco, los niños

durmiendo en Nochebuena, o las alegrías cotidianas, como la de mirar el castaño vestido de hojas naranjas y amarillas cuando vuelves en bici del trabajo a comienzos del otoño. Pero hasta esos instantes están marcados por el paso del tiempo, por los agotadores esfuerzos por detenerte, vivir el ahora y recuperar el aliento. Con Jørgen esa sucesión desaparece. Nuestros encuentros se producen fuera de ella. ¿Quién puede resistirse a ver el tiempo desaparecer, aunque sea solo un momento?

Llamo a la puerta. Mis nudillos golpean la madera. Silencio. Estoy a la espera de oír sus pasos. A lo mejor le llevará un rato dejar lo que esté haciendo; estará enfrascado en alguna reflexión y le hará falta despertar, como quien dice, para acercarse a abrir. Le doy tiempo. Nada. Toco otra vez. Con golpes fuertes, enérgicos. Espero. Silencio.

¿Habrá salido? Pero ¿y las luces? Y había escrito que hoy estaría en casa: «Estaré solo aquí arriba todo el fin de semana, por si encuentras un momento». Sigo ahí parada. ¿Y ahora qué hago? No contaba con esto. Me vuelvo a la escalera. Pues nada, bajar de vuelta a casa, dejar pasar la oportunidad.

En el alféizar de la ventana hay un tiesto con begonias. Una planta de lo más resistente, la verdad, porque muchas atenciones no es que reciba, y, pese a ello, ha sobrevivido a un frío invierno y a un verano seco y caluroso. Todos los vecinos sabemos que debajo del tiesto, en el fondo de la maceta, hay una llave de la puerta de Jørgen y Merete. Todos hemos regado sus plantas, recogido su correo y revisado esto o aquello durante sus ausencias. ¿Tal vez Jørgen tiene los auriculares puestos? Me lo puedo imaginar en su despacho, sumergido por completo en su ordenador, concentrado en lo que esté haciendo, como es habitual. Quizá totalmente absorto en vídeos de YouTube, fotografías de soldados talibanes o en una conferencia sobre la historia reciente de Afganistán desde Oxford o Harvard, grabaciones de los más reconocidos expertos que llegan a su ordenador aquí, en Kastanjesvingen. No es fácil oír que llaman a la puerta con los auriculares puestos. Más difícil aún es oír que llaman cuando estás escuchando la voz del profesor tal o cual, doctor en geopolítica.

Hurgo con los dedos en el fondo de la maceta y doy con la llave. No está enganchada a un llavero; nada la decora. Es un solitario trozo de metal en el fondo de la maceta. La aprieto con fuerza en la mano. Todavía está mojada por la humedad de la tierra. Vuelvo hacia la puerta de Jørgen, introduzco la llave en la cerradura y la hago girar. La puerta se abre y entro.

Dentro todo es silencio. Huele a limpio y hay un tenue aroma a algo más. Algo agradable, como el olor a bosque cuando ha llovido. Me detengo en el vestíbulo, de cara al salón. Ahí está el reluciente piano de cola de Merete, con su tapa levantada como si contemplase algo, boquiabierto. El sofá, con su funda de lana de color entre crema y blanco; la biblioteca de madera tropical. La puerta del despacho está cerrada. Puede que esté ahí dentro, pero me contengo. Sigo allí de pie, completamente inmóvil. Mis pies no se mueven ni un centímetro de la entrada. Hay algo allí que me produce repulsa.

El salón está desierto y algo lo hace parecer abandonado. Es casi extraño de lo limpio y ordenado que está. Solo tengo que abrir la boca y pronunciar el nombre de Jørgen. O mover un pie y entrar en el salón. Acercarme a la puerta de su despacho y abrir. Pero no me muevo. Noto una discreta corriente de aire. Estoy respirando a bocanadas rápidas y cortas. Miro de aquí para allá, de los cojines dispuestos con esmero en el sofá a la alfombra perfectamente centrada, o a un haz de luz que entra desde la cocina y dibuja una línea recta en la pared del salón y en la puerta cerrada del despacho. Aquí hay algo que huele a peligro. No lo puedo situar; no sé qué es, pero entiendo que debo largarme. Tengo que marcharme, pero no me puedo mover. Pasa un instante, después otro. Sigo allí parada y respirando, mirando a un lugar y luego a otro, olfateando el aire, hasta que me muevo del suelo que piso. Salgo de una larga zancada y cierro la puerta de golpe. Trato de mantener la mano firme para poder introducir la llave a la primera y girarla en la cerradura, pero estoy temblando, de modo que me lleva un par de intentos. Ahora se trata de controlar la respiración. Me digo: No hay nada que temer. Me digo: Me he asustado por nada. Me meto la llave en el bolsillo y justo cuando me doy la vuelta para correr escaleras abajo, oigo una ligera tos a mis espaldas.

De pie, junto a la otra puerta del rellano, está Saman.

—Hola —me dice.

—Hola —le contesto con un hilo de voz, apenas un susurro.

Me sigue mirando y yo trato de recomponerme. Trago saliva varias veces. Me digo: ¿Qué estará pensando? Me ve allí de pie, jadeando como si viniera de correr. ¿Que me he dejado las llaves dentro de casa? No. Me parece que no, pero no puedo descartarlo, y de cualquier modo lo que él ve es que estoy allí, en ese momento, cuando Jørgen está a solas. Carraspeo un par de veces tratando de recuperar la compostura.

—Solo quería... —empiezo a decir, pero me siguen temblando la voz y las manos. Me cuesta pensar—. Solo quería pedir algo prestado. Huevos. Voy a hacer algo de repostería y he visto que no nos quedan. Tendría que haber mirado, pero no se me ocurrió...

He olvidado respirar. Inspiro aire al mismo tiempo que trago saliva; se me junta todo en la garganta. Toso una, dos veces, y vuelvo a tragar.

—No se me ocurrió antes de empezar —continúo—, así que he subido a ver si me dejaban alguno, pero no hay nadie en casa.

Saman asiente:

—Merete está de viaje.

Por lo visto, todos están al tanto. Aquí es así. Sales una noche y al día siguiente todos los vecinos te preguntarán qué tal lo has pasado. A veces es agradable. A veces agobia.

—Puede que tengamos algún huevo —dice, y se vuelve—. Espera un segundo.

Desaparece dentro de su apartamento. La puerta queda entreabierta y alcanzo a ver parte de su casa minimalista, tan moderna y ordenada que Jamila bien podría haberse hecho las fotos allí si hubiese querido. La llave que llevo en el bolsillo es pequeña y no sobresale, pero de todos modos me estiro el jersey hacia abajo.

Sale de nuevo con dos huevos, uno en cada mano. Marrones, de gallinas criadas al aire libre.

—Aquí tienes —dice.

Me los entrega y yo los cojo tratando de que no me tiemblen las manos. Los siento fríos y redondos al tacto.

Ya de vuelta en casa, me siento en la encimera de la cocina. Al cabo de diez minutos oigo pasos en la escalera y, por el ritmo rápido y preciso, sé que es Saman. Dejo transcurrir siete minutos desde que le oigo cerrar la puerta del portal y salgo otra vez a la escalera. Subo y me detengo delante de las begonias. Mientras dejo caer la llave en el fondo de la maceta, miro por la ventana, hacia la colina donde no pasa nada, donde los arbustos crecen de cualquier manera porque nadie poda ni pasa el rastrillo. Apoyada contra la tapia, hay una escalera de mano; quién sabe si alguien ha previsto arrancar el musgo; o tal vez haya un nido de avispas en la cumbrera del tejado. Sigo allí, sin moverme. Si alguien me viera creería que estoy pensando en esa escalera, en que alguien tendría que haberla guardado en el trastero del jardín para que

no se oxide. Cuando bajo de nuevo a casa he dejado de temblar casi por completo.

Åsmund llega a eso de las cuatro y media. Tiene gotas de sudor en la frente y lleva puesto el casco de la bici.

—¡Hola! —grita, y su voz llena la casa entera.

Ya tenía ganas de verlos volver, después del mal rato que he pasado arriba y que el transcurso de las horas apenas ha atenuado. Pero ahora que está aquí es demasiado gritón. Me obligo a sonreír. He perdido el juicio y no sé por qué; no hay motivo. No logro identificar nada que me haya provocado el mal rato que he pasado. De verdad que es una tontería. Tengo que reponerme. Puede que haya tomado demasiado café en el teatro del colegio, o a saber si después de todo es por lo de los putos gatos.

Empezaron a desaparecer justo después de las Navidades. Los gatos son así, eso lo sabe cualquiera, pero de pronto se esfumaron tres al mismo tiempo. Luego otro, y otro. Pasaron casi seis meses hasta que encontraron al primero, y a las dos semanas apareció el segundo colgado de una cuerda en un jardín, en una calleja muy cerca de Kastanjesvingen. Pasaron unos meses, y no habían localizado aún a ninguno de los gatos perdidos, hasta que hace unas dos semanas dieron con Garfield, el bosque de Noruega de una familia que vive en la manzana ajardinada, empalado en la verja de la finca Bakkehaugen. Para entonces, los comentarios ya habían alcanzado su apogeo y habían corrido por la comunidad desde el primer caso. Y ahora no han hecho más que multiplicarse desde los últimos hallazgos. La gente habla de ello por la calle, en las tiendas, en sus jardines. Cada uno tiene algo que aportar, una opinión sobre lo que significa, alguna teoría que explique la causa, un comentario —de primera o segunda mano— que alimente el relato colectivo. Entre esas voces destaca la de Hoffmo.

Hace pocas semanas, justo después de que encontraran el segundo gato, tocó el timbre de Nina Sparre para desahogarse. Su estentórea voz resonaba en el vestíbulo, de modo que Åsmund y yo lo oímos todo:

—Qué mal está esto, Nina. ¿Cómo es que la comunidad no ha hecho nada desde el principio?

Nina, presidenta de la comunidad de vecinos y autoproclamada defensora del vecindario, respondió como mejor pudo:

—Lo que importa es lo que vaya a hacer la policía, por no hablar de la agencia de medioambiente urbano. La gestión de los animales de compañía le compete también al ayuntamiento, de modo que en última instancia es su responsabilidad.

—La policía —resopló Hoffmo—. La policía no hará nada. ¿Qué vamos a hacer, Nina?

—Les he pedido a todos los que hayan visto algo que vayan a la policía —respondió Nina dándose importancia—. Ahora es su responsabilidad.

Hoffmo resopló con mofa otra vez. Es otro de los autoproclamados defensores del barrio y, en lo que a protección se refiere, el buen hombre es tan devoto como Nina Sparre. Ha dedicado su vida laboral al Ministerio de Defensa. Se habrá jubilado hace unos diez años, pero el tiempo no parece haber minado su necesidad de actuar ante el peligro; un peligro que en este caso puede que esté encarnado en adolescentes que se divierten, aunque quien escuche a Hoffmo pensará que son los ruidos de sable de un Estado enemigo.

Hace algunos años, poco después de que Åsmund y yo nos mudáramos aquí, hubo actos de vandalismo en el barrio. Nada grave ni generalizado más allá de algún que otro grafiti, pero Hoffmo, genio y figura, se lo tomó como un ataque personal. En un determinado momento en que, en su opinión, la policía había demostrado no haber tratado el caso con la seriedad merecida, decidió coger el toro por los cuernos. Instaló minúsculas cámaras de vigilancia, de las baratas, en el parque de juegos y a lo largo de los setos que rodean Kastanjesvingen; tendió cables trampa alrededor de su vivienda y patrulló por el vecindario por la noche. La campaña no pudo calificarse de éxito: le robaron o rompieron la mitad de las cámaras; su esposa fue la única que cayó con el cable trampa, y el único resultado concreto de su patrullaje nocturno fue una relación pormenorizada de los probos ciudadanos de Kastanjesvingen que llegaban más tarde a casa o en mayor estado de embriaguez.

La policía se mostró activamente desinteresada en los resultados de la operación y, cuando se supo que había estado filmando el barrio de tapadillo, el abogado de la esquina resolvió intervenir. No se pueden instalar cámaras ni filmar lo que sucede en espacios públicos, sentenció el abogado. De hecho, está prohibido. La bronca resultante podría haberse prolongado mucho de no haber sido por las severas amonestaciones de la señora Hoffmo a su marido, tras lo cual Hoffmo reconoció su derrota y llegó incluso a presentar unas desganadas disculpas.

—Algo hay que sacrificar para tener paz en casa, Prytz —farfulló cuando le pregunté.

Tampoco quiso abundar en la operación ni en la subsiguiente retirada. Parecía un poco abochornado por el episodio.

No obstante, aquella campaña de vigilancia fue un trastorno para Nina, responsable de que todo funcione y salga con arreglo a lo previsto en Kastanjesvingen. Entre nuestro apartamento y el de la familia Sparre hay un problema de aislamiento. Si se abre el armario de la cocina que oculta la caldera, se puede oír lo que sucede en su cocina como si ocurriese en la nuestra. No es algo que hagamos a menudo, pero un par de días después de que Hoffmo presentase sus disculpas a regañadientes, abrí ese armario casi por casualidad y la oí hablando con su marido. Se sentía aliviada, por lo que entendí, de que por fin reinase la paz de nuevo en el vecindario. Lo repitió una y otra vez. Lo que le dijo a Svein cuando apareció el primer gato muerto no lo supe nunca, pero la he oído comentar a vecinos y a padres del colegio que siempre anima a todo aquel que haya visto algo a acudir a la policía. A decir verdad, la policía se presentó en Tåsen: tomó fotos y habló con algunos de los vecinos antes de llevarse el cuerpo del gato. Tal vez fuera porque Nina presentó un caso convincente o puede que hacerle caso fuera tan solo una manera de quitársela de encima.

—Ha venido la policía por lo de los gatos muertos —le dije a Åsmund al final de la jornada de la visita policial y de que fotografiaran la escena del crimen del gato asesinado—. Ahora yo también lo he visto.

—Hay que entender que la gente está asustada, Rikke —replicó Åsmund.

En la reunión de la comunidad de vecinos hubo gente que se puso a llorar. Åsmund quedó conmovido y me encontró cínica. A mí me parece que él es un sentimental, pero entiendo que soy la única que piensa así, por lo que me lo callo. Hoy me he ido de la lengua con las madres del colegio y ya lo estoy lamentando.

¿Por qué me irrita tanto? No sé la respuesta. La dureza de mi tono me sorprende a mí misma. ¿Será que después de todo también yo estoy asustada y no me he dado cuenta? ¿Sería por eso que me he sentido tan incómoda hace un rato en casa de Jørgen? ¿Acaso sería eso lo que me ha despertado esta mañana, lo que ha perturbado mis sueños y me ha arrancado de la cama a las seis? Jørgen sigue sin responder a mi mensaje de texto. Por lo visto aún no lo ha leído. Arriba todo sigue en silencio.

Lukas se ha acurrucado en el sofá, listo para su dosis vespertina de televisión infantil; estoy pasándole el mando cuando Åsmund me llama desde la cocina:

—Rikke, ¿qué hacen estos dos huevos en la encimera?

Freno en seco. Me quedo inmóvil con el mando en la mano. Oh, no. Me había olvidado de los huevos. Y mira que he tenido cuidado, que he puesto la llave de nuevo en el tiesto, que hasta me he detenido en la escalera para mirar por la ventana, de modo que cualquier posible observador pensara que estaba contemplando la posibilidad de poner o no en el compost los hierbajos del muro del fondo del jardín. Lo tenía todo calculado. Y voy y me olvido de los huevos. De verdad.

—Se los he pedido a Saman —digo con voz tensa—. Se me ocurrió que quizá podría hacer unas magdalenas.

Le doy al mando; me equivoco de botón y pongo la BBC. Lukas lloriquea como protesta. A mis espaldas oigo que Åsmund se acerca al salón.

—Hay huevos en la nevera —dice.

—Ah, ¿sí? —respondo mientras manipulo el mando tratando de recordar cuál es el botón—. No los he visto.

Aprovecho que estoy de espaldas a él para respirar hondo con el diafragma y dar con el botón del canal que busco. En la pantalla aparecen dibujos animados de alegres colores. Detrás de mí, Åsmund suelta una risita.

—Bueno, ¿qué? ¿Hay magdalenas?

—No —contesto.

Dejo el mando en la mesa y me vuelvo hacia él, que está reclinado en el marco de la puerta. Se ha dado una ducha después de su paseo en bici y tiene el cabello mojado y pulcramente repeinado.

—Se me quitaron las ganas —replico—. Mucho lío. No sé.

—Vale. Entonces los cojo. Quizá debiéramos hacerlos ahora que llevan un tiempo fuera de la nevera.

Me vuelvo hacia el niño de cuatro años que está sentado en el sofá y le revuelvo el pelo. Lukas se encoge para evitarme. Sigue pegado a la pantalla.

—Sí, claro. Lo que quieras.

Åsmund se separa de la puerta y vuelve a la cocina.

—Lástima que no hayas hecho esas magdalenas —me dice por encima del hombro—. Me merecía una después de la vuelta en bici.

En cambio, me acuerdo perfectamente de la primera vez que estuve en su apartamento. Recuerdo que el aroma a limpio me había impresionado: un aroma sin olores. En nuestra casa huele a vómito y a comida, y hay olores ligeros de esos que uno rechaza: a cuerpos, alientos y pañales. Sin embargo, en su apartamento el aire era todo delicadeza. Como si allí no viviera, respirase, sudase o digiriese nadie, como si esos aspectos de la vida humana allí no existieran. Recuerdo haber estado de pie en su salón y preguntarme: ¿cómo lo hacen?

Merete nos había invitado a subir. Lo habíamos hablado un par de veces durante nuestro primer año de vida en Kastanjesvingen. «Quedemos para cenar algún día —nos habíamos dicho—. Tendríamos que vernos más». Nos llevó un año. Åsmund y yo habíamos tenido a Lukas; habían llegado las noches en vela, las citas con los médicos, las visitas al hospital, un examen tras otro. Lukas había cumplido once meses, y era la primera vez que salíamos juntos por la noche desde su nacimiento. Yo llevaba el vigilabebés colgado de una cinta al cuello cuando tocamos a su puerta. A Åsmund aquello le había hecho gracia y había dicho que el suelo entre ambos pisos era tan fino que no lo íbamos a necesitar.

No sé cómo fue para ti la primera vez que entraste; puede que estuvieras pensando en cualquier cosa salvo en la decoración interior. Yo me quedé embargada por algo así como una especie de deslumbramiento, como si entrase en una galería de arte: los cuadros en las paredes, los libros de arte renacentista o de fotografía contemporánea; todo eso de la mano de ensayos de tal o cual académico sobre el conflicto de Cachemira, la República de Weimar o los procesos ideológicos que dieron paso a la Revolución rusa. En un rincón, al lado de la cocina, descansaba un piano de cola tan reluciente que una podía mirarse. Tanto es así que no me atreví a ponerle un dedo encima por miedo a dejar manchas de grasa en la superficie.

Tenía la tapa cerrada, pero me imaginaba las teclas, blancas, negras, una junto a la otra, y me imaginaba los dedos fuertes y delgados de Merete sobrevolándolas. No podía creerme que algo tan extraordinario pudiera ocupar un salón igual que el nuestro.

Se lo comenté cuando pasamos a la mesa. Jørgen se había sentado frente a mí. Iba con una tersa camisa de lino un poco abierta a la altura del cuello; lucía bastante más elegante que Åsmund, que había subido con la misma camisa arrugada que había llevado todo el día en la oficina. Nos habían servido vino blanco y cenamos un *risotto* con vieiras y cangrejo de río.

—Es un Steinway —informó Merete—. No es el mejor de los mejores, pero a mí me va más que bien. Lo compré cuando daba conciertos. Entonces sí que lo necesitaba.

—¿Ya no das conciertos? —preguntó Åsmund.

Merete guardó silencio y, durante un rato, todo cuanto se oyó fue nuestra masticación. Cuatro adultos devorando comida. Luego contó que en la época en que conoció a Jørgen tocaba con mucha frecuencia y que, modestia aparte, su carrera parecía prometedora. Era joven, claro, pero en pleno ascenso. Trabajaba mucho y viajaba a menudo.

—Es una vida muy cansada —dijo—. Y nada fácil de conciliar con la vida familiar. Cuando decidimos que queríamos niños, quedó claro que algo habría que hacer.

Merete tuvo que escoger entre la vida de familia y la carrera con la que había soñado desde siempre. Con veintiún años, ser concertista parecía de lo más emocionante, pero también comporta un esfuerzo inhumano, y no resulta tan glamuroso como te lo imaginas cuando eres una niña y en el colegio tu profe te dice que puedes llegar tan lejos como quieras. A la hora de la verdad, la elección fue sencilla.

—La lástima es —dijo Merete— que no hay muchas maneras de compatibilizar la profesión de pianista con la vida familiar. Tengo algunos alumnos, y toco en alguna que otra coral. A veces me salen contratos de un perfil algo más alto. Pero sí, en lo fundamental he renunciado a ello. —Soltó una risita—. Y no pasa nada. De verdad. Jamás me he arrepentido de mi decisión.

Jørgen, que no había abierto la boca durante el relato de Merete, se volvió a mirarme:

—¿Y tú qué haces, Rikke?

—Trabajo en un instituto de investigación —respondí—. Llevo un proyecto sobre los elementos cognitivos y emocionales del comportamiento del consumidor.

—Ya veo —contestó inclinándose hacia delante—. Y ¿de qué elementos estamos hablando?

—Bueno —empecé poco convencida de que su interés fuera sincero—, el sentimiento de culpa, entre otras cosas.

—¿Sentimiento de culpa?

—Sí. Estoy trabajando en la intersección entre actitud y conducta. Suele pasar que pensamos que algo es lo moralmente correcto, pero luego hacemos justamente lo contrario. Por ejemplo, pongamos que yo pienso que soy una buena persona que se preocupa por el medioambiente, pero luego hago una escapada de fin de semana a Nueva York para ir de compras: una cosa va contra la otra. La idea es que, si sabes que lo que haces es malo para el medioambiente y al mismo tiempo te consideras ecologista, es normal que te sientas culpable.

—¿Como lo de la vergüenza climática?

—No del todo. Vergüenza y culpa son conceptos distintos con funciones diferentes. La culpa nos mueve a reparar lo que hemos roto; la vergüenza nos lleva a ocultarlo.

Jørgen sonrió. Tiene un diente incisivo un poco torcido que le deja un espacio abierto y le da a su sonrisa un aire siempre comprensivo. Cuando me mira así, como ahora, es como si me invitase a entrar en la burbuja cálida y acogedora que él ocupa, donde hay lugar para ideas y reflexiones; tiempo y disposición para jugar con hipótesis, recogerlas, darles la vuelta y ver adónde llevan.

—Nosotros consideramos que en el sentimiento de culpa hay una semilla de cambio. Si alguien se siente culpable por algo que ha hecho, tratará de remediarlo. El primer paso consiste en establecer correlaciones. Enviamos un cuestionario a cuatro mil personas y, a partir de ahí, puede que hagamos experimentos.

Se produce algo de ruido con los platos cuando Merete los retira de la mesa y entrechocan. Siento un sobresalto cuando se enciende una intensa luz naranja en el vigilabebés. Åsmund posa la mano en mi brazo.

—No pasa nada, Rikke —dice—. Si se pone a llorar, lo oiremos.

Miro a Jørgen sonriendo mientras retiro el brazo.

—¿Y tú, Åsmund? —pregunta Jørgen—. Tú trabajas para el Estado, ¿no es así?

—Así es —replica Åsmund—. Asistencia informática para el Departamento de Educación.

Se da palmadas en el pecho con un gesto que no le he visto hacer antes y que le hace parecer simiesco. Merete ha puesto una pila de cuencos para el postre delante de Jørgen. Intercambian una mirada; Merete alza las cejas con

un mensaje más que explícito y Jørgen, muy despacio, separa los cuencos y nos los coloca delante:

—Y ¿qué hace un informático en el Departamento de Educación?

Åsmund se pone a explicárselo. Entra en demasiados pormenores, pero al menos se ve que conoce bien su trabajo y es capaz de darle a Jørgen respuestas adecuadas. Merete ha traído el postre a la mesa.

—Se llama *mud cake* —anuncia—. Me ha dado la receta una amiga de Filadelfia. Tiene una pinta rara, pero esa es la idea. Rikke, ¿te animas con el primer trozo?

Cojo la pala para la tarta.

—Parece riquísima —comento.

Merete me dedica una sonrisa apagada. Hay algo en su forma de expresarse que da la impresión de que está en otro lugar y que no presta atención de verdad a lo que se dice. Imagino que tal vez ellos han reñido justo antes de que llegáramos, pero a lo mejor solo es cansancio. Cuando estiro el brazo para partir un pedazo, oigo a Lukas gemir por el aparatito. Dejo caer la pala y me levanto antes de que Åsmund vuelva a ponerme la mano en el brazo.

—Perdonadme —digo, y salgo de la cocina; paso junto al resplandeciente piano de cola que parece mirarme de reojo hasta la escalera. Bajo al trote haciendo crujir la madera de los peldaños y abro la puerta de casa. Noto el olor agrio de vómitos y pañales y restos de cena, y también el olor a niños, olores que dicen, pese a todo, que aquí vive una familia. Entro en la habitación y encuentro a Lukas de pie en su cuna; se sujeta de las barras y me mira. Dos lágrimas paralelas le corren por las mejillas. Lo cojo en brazos y lo aprieto contra mí. Siento que puedo respirar de nuevo cuando noto su cuerpo cerca del mío.

Cuando vuelve a dormirse subo poco a poco la escalera. Abro la puerta con todo el cuidado que puedo. Al menos así lo recuerdo, aunque no tengo razones para ir con tanto sigilo. Puede que sea porque quiero escuchar lo que dicen. Mientras me quito los zapatos, los oigo charlar en la cocina. Åsmund está hablando:

—Aquello fue una locura total —dice—. Ahora lo entiendo. Quiero decir, cuando pienso en ello hoy. No puedo ni imaginar qué mosca nos había picado. Pero ya sabéis cómo es uno de joven. Uno quiere ser guay, y luego las cosas se salen de madre. Ahora que tengo un niño me da un miedo tremendo.

Nos podríamos haber matado. Pero en aquel tiempo no lo veía así. Yo solo quería ver si mi amigo era capaz de coger curvas al volante. La verdad es que fue un milagro que pasara lo que pasó. El coche resbaló en la calzada y se llevó por delante el quitamiedos, y lo único que nos salvó de rodar veinte metros abajo fueron un par de árboles en el margen de la carretera. Uno de los árboles perforó el coche como si fuera de mantequilla. De haber entrado medio metro más, hubiese matado al que iba en el asiento de atrás. La puerta de mi lado chocó contra la barrera y se dobló hacia dentro. Me ha quedado una cicatriz enorme en el muslo, donde me abrió una raja. Perdí un montón de sangre y unos cuantos nervios de esa zona quedaron dañados. Todavía tengo poca sensibilidad alrededor de la cicatriz, pero tampoco es algo que me quite el sueño por las noches. —Se ríe. Me da la impresión de que nadie se ríe con él—. Y el impacto de la puerta me fracturó el fémur. Pasé una semana hospitalizado y varios meses con la pierna escayolada. No pude ir a clase en seis semanas, y tuve que repetir algún que otro examen al año siguiente.

—¡Qué horror! —exclama Merete—. ¡Qué peligro!

Me apoyo en la pared de la entrada y cierro los ojos. Ya sé adónde quiere ir a parar.

—Rikke y yo llevábamos por aquel entonces dos años juntos —sigue—. Me acuerdo de lo furiosa que estaba cuando fue a verme al hospital. Los gritos que profirió. —Suelta una risita—. Me trató como un idiota, cosa que era. ¿Cómo has podido hacer una cosa así? Y yo no supe qué decirle. Entonces se marchó, y yo me quedé convencido de haberla perdido.

Silencio en la cocina. Me lo imagino mirándolos con cara de circunstancia, o a lo mejor se ha conmovido tanto con su propio relato que tiene que tragar saliva para poder seguir. Jørgen se aclara la garganta y dice con una voz que no sé si es de broma o de compasión:

—Pero no la perdiste.

Åsmund sigue con su historia:

—Ella tenía dieciocho años —explica—. Podría haberme dejado allí sin más. Quién sabe si le hubiese salido a cuenta hacerlo. No se lo habría reprochado. Pero se quedó conmigo. Me llevaba en coche a fisioterapia. Me llevaba a todas partes, ya que a mí me quitaron el carnet durante dos años.

Vuelve el silencio. Hay ruido de platos; quizá alguien repite tarta, o puede que Merete se haya puesto a recoger la mesa.

—Es algo que no he olvidado nunca —dice Åsmund—. El amor que me demostró, ya en aquel momento, en el hospital, supe que era ella. No nos

casamos hasta pasados seis años, pero ya entonces sabía que nos casaríamos, que era ella.

Oigo risas apagadas. Jørgen dice que es una bonita historia. Merete comenta que por suerte todo salió bien y pregunta si alguien quiere café. Åsmund dice que sí, y es como si lo viera, con su sonrisa beatífica, feliz con su historia, con la importancia que le confiere. Sigo apoyada en la pared y siento una vergüenza tan grande que quiero que la Tierra me trague.

Primer domingo

Divisamos las luces azules incluso antes de entrar en Kastanjesvingen. Restallan en las paredes de las casas de detrás de la nuestra y las iluminan con un parpadeo azul, casi como en una discoteca. Son totalmente silenciosas, pero es un grito silente.

—¡Anda! —exclama Åsmund—. ¿Qué ha pasado aquí?

—A lo mejor son los bomberos —digo, y me inclino hacia el salpicadero tratando de dar con la fuente de la luz intermitente. Åsmund pisa suavemente el freno mientras rodamos cuesta abajo hasta nuestro exiguo camino de entrada.

Esta noche volvemos tarde. Lukas ya tendría que estar en la cama, y del asiento trasero solo llega silencio. Estaba previsto que la madre de Åsmund nos diera pronto de cenar, de modo que estuviéramos de vuelta en casa antes de que fuera la hora de acostar al niño. Pero al llegar me he dado cuenta de que las cosas no serían así. No era ninguna novedad: ella siempre trata de arrancarnos algo más de tiempo. «¿Ya os tenéis que marchar? —pregunta cuando me ve preparándome para la despedida—. ¿No podéis quedaros un poquitín más? ¡Si apenas habéis tocado la tarta!». Yo le digo que se hace tarde y le dirijo a Åsmund una mirada significativa, pero él hace como que no me ve. Su madre es su punto débil. ¿Qué no haría él por su pobre mamita querida? Desde el día en que murió su padre, lo llama cada vez que necesita algo. Siempre con la misma voz de coqueteo que empleaba con su marido: «Åsmund, ha llegado mi declaración de hacienda, y ya sabes que yo con los números no puedo. No hay manera. ¿Te podrás acercar a echarle un vistazo?». Åsmund se acerca y se pasa la tarde entera con la declaración mientras ella revolotea de puntillas a su alrededor y lo abruma a atenciones: le sirve café, le lleva un plato de tarta. Lo lisonjea, porque qué sería de ella sin él. Åsmund sonríe con orgullo y se come los bollos o la tarta o lo que sea que haya horneado en recompensa. Hay entre ellos todo un diálogo en ese toma y daca de favores a cambio de delicias de repostería; y, si hago una crítica a esta forma de comunicación, Åsmund se muestra herido. ¿Acaso no entiendo que son gestos de amor, que eso es lo que se hace por la gente a la que uno quiere? Así que los dejo a lo suyo. Pongo todo de mi parte por hacerle ver que

tendríamos que marcharnos a la hora convenida, y me aguanto cuando no me hace caso. Pero no me corto a la hora de dejarme caer en el asiento del coche con un mohín de abatimiento al emprender el camino de regreso a casa. Otra vez volvemos tardísimo; bueno, qué se le va a hacer. De modo que recorremos el trayecto en medio de un silencio ofendido, solo que esta vez, al salir de Ringveien, Åsmund se vuelve inesperadamente hacia mí.

—Estás guapísima hoy —dice poniéndome una mano en el muslo.

Tan sorprendente delicadeza aún flota en el aire cuando nos acercamos a las luces azules.

—¿Qué pasa, mami? —pregunta Lukas desde el asiento trasero.

Por regla general, se emociona cuando ve cualquier vehículo de emergencias, pero nuestra inquietud lo ha conmocionado.

—Debe de ser alguna alarma de incendio que ha saltado por alguna avería —digo.

—A ver si es otro gato —indica Emma, y le suelto un bufido. No quiero que le meta miedo a Lukas, que no se ha enterado de lo de los gatos porque así lo protegemos.

Pero las luces se vuelven más intensas conforme nos acercamos, y al pasar junto al castaño vemos el primer coche patrulla, aparcado a un lado de la calle y con sus luces destellando. Justo detrás hay otro, y otro más junto a nuestra entrada.

—¿Es en casa? —pregunto.

—No lo sé —dice Åsmund también echado hacia delante—. Parece que sí.

Nos quedamos callados. El coche avanza despacio hacia la entrada y aparcamos al lado de los coches patrulla, con sus barras de luz encendidas y las sirenas apagadas. La luz es machacona en su intensidad, y que no haya ruido hace que la situación resulte aún más alarmante. Åsmund detiene el coche. Más allá de los tres vehículos de la policía hay una ambulancia, también con sus faros de emergencia disparando destellos al cielo nocturno.

Nos quedamos sentados allí. Miramos a la casa. Nadie dice una palabra.

Un agente uniformado se acerca a nosotros. Se mueve con calma. Nada en su lenguaje corporal acusa urgencia; nada hace pensar en prisa ni precipitación. Åsmund baja la ventanilla de su lado del coche y el agente se inclina para mirarnos.

—¿Sí? —dice.

—Hola —saluda Åsmund—. Vivimos aquí.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunto yo incorporándome por encima del freno de mano.

El policía se aclara la garganta e informa:

—Se ha encontrado un cadáver en la casa.

Nos quedamos todos y cada uno sopesando esa frase. Han encontrado un muerto. Dicho así suena como si un completo desconocido hubiese caído fulminado en nuestro jardín, pero no va a ser eso, ya sé yo que no. Esto tiene que ver con nosotros. Me apoyo sobre Åsmund para ver mejor el edificio. Nuestro apartamento está a oscuras, como también lo está el de Saman y Jamila. Pero hay luces en el de Nina y Svein, y también en el de Jørgen y Merete.

—¿De verdad? —pregunta Åsmund.

—Sí. Por desgracia, sí —dice el agente.

Tiene la mandíbula cuadrada y pulcramente afeitada. Se le ve fuerte y un poco ajado, como los policías de las películas americanas.

—¿Dónde lo han encontrado? —pregunto.

Pero yo ya lo sé. Esa ausencia de ruido de pasos arriba durante todo el fin de semana. El mensaje de texto sin respuesta. La puerta siempre cerrada. Los escalofríos que me entraron cuando estuve en el vestíbulo de su apartamento.

—El piso de arriba a la derecha —informa el agente.

Åsmund se vuelve a mirarme. Tiene los ojos abiertos como platos; su mirada es de incredulidad. A mí se me hace un nudo en la garganta y me cuesta respirar, como en aquel sueño en el que buscaba a mis niños. Permanezco sentada, completamente inmóvil, y siento el peso de la situación: es imposible que nos mantengamos ajenos a lo que se nos ha dicho. Esto es algo que nos va a marcar a todos.

Y entonces Lukas se pone a llorar.

Ahora estamos los cuatro de pie en el césped. Lukas está en brazos de Åsmund, con la cara escondida en el cuello de su padre. Yo estoy junto a Emma. Tenemos la vista puesta en nuestro apartamento, en la larga hilera de ventanas de la cocina, y también en el piso de arriba. Dentro hay gente moviéndose; se ven sus sombras. De tanto en tanto alguien se asoma a la ventana de la cocina. Se aprecian siluetas, pero, cuando se alejan de la ventana, se puede adivinar el azul claro de sus camisas de uniforme. Estiro el brazo para atraer a Emma hacia mí. Al principio se resiste, y luego apoya su peso contra mí, apretándose contra mi cuerpo igual que Lukas con su padre, y se deja abrazar.

Nina Sparre aparece en la ventana vecina a la de nuestra casa. Es imposible no reconocer su figura: los hombros delgados y el cuerpo menudo, pequeño pero robusto. El cabello corto y en punta: un peinado moderno, como ella misma suele decir, pero que es cualquier cosa salvo eso. La nariz larga y aristocrática, y el mentón tan tímido que cuesta distinguirlo de la garganta. Está mirando a la calle. Ha de ser todo un espectáculo, visto desde su casa: el parpadeo de los coches patrulla, la gente. Me parece que nos ha visto, pero no nos hace ningún gesto. Tampoco nosotros a ella; yo desde luego no podría. Luego desaparece de la ventana.

—Esto es... —dice Åsmund.

—Sí —replico yo.

Lukas suelta un gimoteo de vez en cuando. Casi no se le oye, escondida como tiene la cara contra el cuello de Åsmund, de modo que no sé decir si está llorando. Aprieto mi abrazo contra Emma para acercármela más todavía.

La puerta del portal está abierta y por ella sale Nina, que se acerca a nosotros con paso resuelto. La miro y advierto que rara vez la he visto caminar así, como si sus pasos la impulsaran hacia lo alto. No quiero decir con esto que parezca entusiasmada; de hecho, su rostro presenta arrugas a tono con las circunstancias, pero la mueve una energía por la que no se caracteriza.

Me atrae hacia sí con un abrazo tan fuerte que siento el punto ácido de su perfume con más intensidad que nunca. Me mece a un lado y a otro unas tres

veces antes de soltarme, pero sigue sujetándome los hombros; me aleja un poco para verme mejor y suelta:

—¡Ay, Rikke!

Como si yo fuera una niña. No sé qué decirle. Sigo sin entender lo que ha ocurrido. Tengo la impresión de que todo esto es pasajero: una ensoñación particularmente vívida o una pesadilla. Si parpadeo dos veces, desaparecerá. El jardín será el de siempre. La luz azul, la gente, esta situación intensa y silente: todo se disolverá en la nada.

Nina mueve la cabeza en gesto de consternación.

—No, de verdad —dice—. Esto es tan espantoso. Es lo que le digo a Svein. No me lo puedo creer. De verdad que no puedo.

—Ya —respondo.

Tampoco yo me lo puedo creer, pero mi incredulidad es tal que no la puedo poner en palabras. Nina, a diferencia de lo que expresa, parece muy capaz de creérselo, a juzgar por la soltura con que habla de ello. Al fin me suelta y se acerca a Åsmund. Lo abraza, con menos fuerza que a mí debido al niño que llora en sus brazos. Luego le llega el turno a Emma.

—Y tú, mi pequeña Emma querida —dice Nina.

Suspira con fuerza y le da palmaditas en la cabeza. Emma la mira.

—¿Dónde está Filippa? —pregunta Emma.

Es lo primero que la oigo decir desde que el agente dejó caer aquella frase siniestra junto al coche: «Se ha encontrado un cadáver en la casa».

—Por lo que me ha parecido entender —replica Nina mirando hacia arriba, como si necesitara concentrarse para ensamblar la infinidad de fragmentos de información de que dispone—, está con Merete en algún sitio. No han vuelto a casa todavía, pero han sido informadas, como es natural. —Nina menea de nuevo la cabeza—. No, es que de verdad —empieza otra vez—. Esa pobre chiquilla. Esto es tan espantoso.

—Sí que lo es —convengo, pero me callo.

Nina me mira; su mirada está despierta, está preparada. No hay nada que desee más que ser de utilidad, contestar preguntas. Pero yo no quiero hacer preguntas. No quiero saber, al menos no por ella, estando allí en el jardín, con mi familia.

Pero Åsmund sí que pregunta:

—¿Se sabe quién es?

—A ver —dice Nina con la mirada en alto, de nuevo ensamblando información—. Aún no han dicho nada, porque no pueden, pero qué duda cabe de que es Jørgen, ¿no?

Esto último lo siento como una patada en el pecho, y me parece que es solo a causa del estado de incomprensión y de ausencia de emoción en que me hallo —en estado de *shock*, supongo— que no me desplomo al suelo. Exhalo aire con fuerza y velocidad, como si alguien me hubiera dado una patada en el pecho de verdad. Nina me contempla de nuevo.

—Sí —continúa con compasión—. Es absolutamente espantoso. Svein y yo estábamos sentados en el salón cuando llegó la policía. —No decimos nada. Miramos a la casa. Nina se vuelve para mirar ella también—. Y pensar que ha ocurrido aquí —dice—. Eso es lo que no me cabe en la cabeza. Este es un barrio tranquilo. Hace quince años que vivimos aquí y nunca jamás ha pasado algo que se le parezca.

Me duele la oquedad en el pecho. Es como si de verdad no pudiera respirar. Siento los primeros síntomas de pánico con efecto retardado y quiero entrar, alejarme de Nina y también de mi familia. Quiero estar a solas cuando el peso de todo esto me caiga encima. Pero, por lo visto, aún no podemos entrar; al menos nadie ha dicho que podamos. Vuelve a abrirse la puerta del portal y sale un policía. Nos mira y se nos acerca. Será para comprobar los datos, supongo. Le diremos quiénes somos y él nos informará; y Nina, pues claro que Nina querrá decir quién es ella, lo que nos ha dicho, contrastar sus datos con los del agente, comprobar que está en lo cierto, que sus conclusiones son sólidas. Se avecina un largo ir y venir de frases; falta una eternidad hasta que pueda sentarme a solas y dejar que la enorme ola negra que me oprime la garganta se desate y me lleve por delante. Y no sé cuánto tiempo podré mantenerla a raya, ni sé tampoco si mi voluntad tiene nada que ver con ello. Espero que sea breve, por mucho que entienda que no lo será.

El policía se detiene junto a nosotros. No se parece en nada a su desaliñado colega. Su rostro es muy joven, redondo y despejado, como si acabara de alcanzar la mayoría de edad.

—Hola —saluda al tiempo que nos tiende la mano—. Me llamo Robin Pettersen y trabajo en el distrito policial de Oslo.

Su mano es grande y blanca. Me la ofrece, y me temo que no podré corresponder a su gesto, pero mi cuerpo se hace con el mando y, como si tuviese un piloto automático, le tiendo la mano.

—Rikke Prytz —le digo.

Me sale una voz fría y mecánica que no parece la mía, pero nadie reacciona. Robin Pettersen le estrecha la mano a Åsmund y a Nina también. Nina le informa de que ya se han presentado, que vive en el apartamento de la izquierda en la planta baja, le comunica apuntando a su casa con el dedo.

Para mi sorpresa, Robin Pettersen nos anuncia, con su voz clara y agradable, que ya podemos entrar.

—Vendrá alguien para hablar con ustedes dentro de un rato —dice—. ¿Tienen previsto quedarse en casa? —Åsmund y yo asentimos al mismo tiempo—. Muy bien —concluye Robin Pettersen—. Pueden ustedes acostar a los niños o lo que tengan que hacer. No tardaremos en volver.

Se aleja hacia uno de los coches patrulla que hay cerca de la entrada y Åsmund y yo nos miramos. También Åsmund se ve cariacontecido.

—Pues nada, entremos entonces.

Nos ponemos en marcha como de un tirón. Lukas suelta un suspiro sobresaltado. Cojo con mi mano la de Emma, que siento fría e incómoda.

Me había imaginado que a Lukas le llevaría un tiempo quedarse dormido después de todo lo ocurrido, pero se le cierran los párpados después de leer una sola página de *El bosque de Hucky-Bucky*. Apenas alcanzo a apagar la luz cuando oigo su respiración lenta y acompasada.

Pero no subo. Me acuesto a su lado. Oigo arriba los pasos de Åsmund, que tal vez esté ordenándolo todo, llevando ropa del dormitorio al baño y del baño al dormitorio. Emma se ha metido en su habitación. La he oído cerrar la puerta de al lado mientras le leía a Lukas, y desde entonces no he vuelto a oír nada. Puede que tenga los cascos puestos. Tendría que ir a ver cómo está, sentarme a su lado en la cama y escucharla, decirle cosas adecuadas sobre lo que ha ocurrido, cosas que ella pudiera luego ponderar a solas en su cama, asustada. Pero no me veo capaz. Tampoco sé qué podría decirle a Åsmund. Prefiero quedarme aquí abajo con Lukas, acostada junto a mi niño dormido, bien protegida por todos los dinosaurios expuestos en el estante, un desfile de especies extintas.

Ya subiré cuando sepa cómo voy a reaccionar. Prefiero no deshacerme en lágrimas en el suelo de la cocina o algo por el estilo. No porque piense que Åsmund sospecha algo; él no es así. Su confianza en mí es absoluta, y sé que he abusado de su bondad natural, de su fe sin reservas. No, Åsmund no sospecharía nada por mucho que se me saltaran unas lágrimas, pero sería incómodo que me viese así. Como si esas lágrimas dejasen al descubierto algo indecente. Prefiero verlo cuando esté segura de que tengo la ola negra bajo control. Todavía me da coletazos en la garganta, pero ya no amenaza con desatarse como hace un rato en el jardín.

Los dinosaurios de Lukas son siluetas oscuras contra la pared. Intento no pensar, no llegar a las ineludibles conclusiones. Jørgen no ha caído desplomado a causa de una enfermedad preexistente y mortal, una sentencia de muerte escondida y al acecho en su cuerpo, lista para paralizarle el cerebro o pararle el corazón. De ser así no habría dos coches de policía fuera, ni agentes yendo arriba y abajo en la escalera; agentes que vendrán en cualquier momento para hablar con nosotros. Pero no voy a entrar en eso ahora. No quiero seguir el hilo de unas conclusiones que llevarán inevitablemente a

nuevas preguntas. ¿Qué ha ocurrido allí arriba y dónde nos hallábamos nosotros cuando ocurrió? ¿Se hizo daño él solo, o fue alguien quien se lo hizo? En una casa como la nuestra, construida en los años cincuenta con la exigencia a los contratistas de ahorrar en materiales, ¿cómo es posible que allí arriba se cometiesen actos de una violencia indescriptible mientras abajo las familias seguían sus rutinas como si nada? No quiero llevar más allá estas reflexiones. Al menos, no de momento. Me pongo a contar las respiraciones de Lukas. ¡Quién fuese un niño para poder dormir con tanta placidez cuando todo lo demás está patas arriba ahí afuera!

Solo cuando oigo el timbre le doy un beso a mi niño, le revuelvo el cabello y salgo de su habitación. Cierro su puerta sin hacer ruido. La puerta de Emma está cerrada y de su dormitorio no me llega ningún sonido. Siento una punzada en el pecho. Tendría que haber entrado a verla y conversar con ella. Eso es lo que hace una madre. Ahora ya es tarde. Ha llegado la policía y quiere hablar con nosotros. Subo la escalera con pasos abatidos y no logro apartar la fea impresión de que la he dejado en la estacada.

Es el joven Robin Pettersen quien hace las preguntas. Mientras tanto, su colega de la mandíbula cuadrada examina el apartamento. Se detiene un largo rato ante la hilera de ventanas de la cocina; las inspecciona una por una y mueve las manijas que las cierran.

Robin Pettersen se ha sentado a la mesa de la cocina. Åsmund y yo nos ponemos al otro lado, frente a él. Ya estaban en la cocina cuando he subido. Åsmund les ha ofrecido un café. Robin lo rechaza educadamente, pero Mandíbula y yo sí que aceptamos. De modo que ahí estamos, Åsmund y yo, cada cual con su taza, y Robin delante y sin taza.

—Vamos a ver —dice Robin—. ¿Qué me podéis contar de este fin de semana?

Åsmund y yo nos miramos.

—¿Lo que hemos hecho? —inquire Åsmund.

Yo me aclaro la garganta:

—Ayer Emma tenía ensayo de teatro en la escuela, así que ella y yo estuvimos allí. Hacen sus ensayos en el colegio Bakkehaugen.

—Y yo me llevé a Lukas, que había quedado con unos amigos en Bærum —explica Åsmund—. Pasamos allí casi todo el día.

—Muy bien —dice Robin con una sonrisa enorme, como si fuésemos niños que acaban de resolver un problema complicado.

Åsmund me sonríe, orgulloso del reconocimiento del agente, feliz por el aprobado. El colega de Robin sigue peleándose con la ventana.

—Conviene dejar bien sentados los tiempos y lugares de la manera más exacta posible —indica Robin—. Claro está que uno no se acuerda siempre de todo, pero haced lo que podáis.

—El ensayo comenzó a las diez —digo—. Y yo me quedé hasta la una o por ahí. Desde el colegio, Emma se fue a casa de una amiga antes de volver aquí, y yo tenía que verme con mi hermana, pero ella al final no pudo quedar, de modo que regresé a casa.

Digo todo esto sin mirar a Åsmund. Yo ya estaba en el apartamento a la una, con un par de horas libres por delante para mí sola. ¿Qué hay de sospechoso en ello? Vivo aquí. Una puede volver a su propia casa cuantas veces quiera.

—Yo debí de salir hacia las nueve y media, ¿no, Rikke?

Hago el gesto de asentir. Se oye el ruido cuando se abren las ventanas en el salón, adonde se ha desplazado el agente.

—Yo estaba con mis amigos a eso de las diez, y de nuevo en casa a las..., ¿tú qué dirías, Rikke, a eso de las cuatro?

El colega de Robin cierra la ventana de golpe y vocea:

—¿Esta ventana suele estar cerrada?

—Sí —contestamos al unísono.

—¿Y estuvo cerrada el viernes y el sábado?

Åsmund y yo nos miramos.

—Yo diría que sí —dice Åsmund.

—Sí —afirmo yo—. Solemos airear la casa por la mañana, pero solo veinte minutos o así. Cuando salimos, estaba todo cerrado.

El agente parece ponderar aquello. Silencio total en el salón; luego se oye de nuevo la manipulación de las ventanas.

—¿Y qué me decís del viernes? —pregunta Robin.

—Estábamos cada uno en su trabajo —replica Åsmund—. Pasé a recoger a Lukas a la guardería y llegamos a casa a las cuatro y media. Emma estaba en casa de una amiga y volvió a las cinco. Y Rikke llegó también a eso de las cinco, ¿no, Rikke?

—Más tarde —contesto—. Cinco y media.

—Vale, cinco y media. Y ya no volvimos a salir de casa. Cenamos *pizza* viendo la televisión. Y cuando los niños ya estaban en la cama, vimos una peli. ¿Cómo se llamaba?

Robin sonrío. Es obvio que el título de la película no tiene ninguna importancia. Yo me encojo de hombros, pero Åsmund no suelta la presa.

—¿No había en el título algo de «aliento»?

—Francamente, no creo que el título sea relevante, Åsmund.

—Y así llegamos hasta hoy —dice Robin.

—Por la mañana hemos estado aquí —continúa—. Hemos cogido el coche para ir a casa de la madre de Åsmund en Bærum hacia las doce para que Lukas pudiese echar una siesta si quería. Y cuando hemos vuelto os hemos encontrado a todos aquí. ¿No eran las siete, o por ahí?

El bolígrafo de Robin se desplaza veloz por su cuaderno, donde ha anotado escrupulosamente todas las horas.

—¿Cuándo fue la última vez que visteis a la familia Tangen? —pregunta.

—Me encontré con Merete en la escalera el viernes por la mañana —explica Åsmund—. Estaba con Filippa. Me dijo que estaban haciendo las maletas, que se iban a su casa de campo o algo así.

—¿Y tú? —me pregunta Robin.

Yo miro hacia arriba con aire reflexivo mientras pienso en el mensaje que me envió Jørgen el viernes para decirme que pasaría el fin de semana solo en su apartamento.

Sus últimas señales de vida. Es obvio que es eso lo que están buscando. Queda raro que no lo mencione. Es casi antinatural. Debería decirlo. Debería hablarles también del mensaje que le mandé el sábado y que quedó sin respuesta. Podría ser importante. Pero es que a su lado está sentado Åsmund. Si menciono esos mensajes ahora, Robin querrá verlos. Tendré que ir a por el teléfono y ponerlo en la mesa para la inspección ocular de Robin, de su colega y de Åsmund. Estaré solo en casa todo el fin de semana. Eso fue lo que escribió. ¿O acaso fue algo más explícito? Comoquiera que sea, podría llamar la atención que me haya escrito algo así. Y yo, ¿qué le respondí?

Luego me digo: Robin me pregunta que cuándo lo hemos visto por última vez. Es decir, cuándo lo hemos visto con nuestros propios ojos. A efectos técnicos, el mensaje es irrelevante.

—Me encontré a Jørgen en la escalera en algún momento de esta semana —digo en consecuencia—. Y a Merete y a su hija las vi en la tienda del Tåsensenteret el miércoles, creo que fue.

Así de sencillo. Robin anota mis respuestas. Åsmund no sabe nada de nada. Pero el mensaje no se ha borrado. Va a salir a la luz. De hecho, debería sacarlo yo misma. Hablar con Robin o con su colega cara a cara, confesar mis pecados antes de que alguno de ellos dé con el teléfono de Jørgen. Es comprensible que no hable del mensaje en presencia de Åsmund. Vergonzoso tal vez, pero comprensible pese a todo. No es un delito. Al menos no desde el punto de vista legal. Debo mencionarlo, si no ahora, luego. Buscar el número

de Robin en internet y llamarlo desde el trabajo. Mañana o, si no, otro día. Suponiendo que dispongo de algo de tiempo.

El colega de Robin ha terminado con el salón. Inspecciona de nuevo las ventanas de la cocina. Vuelve a las manijas. Robin deja el bolígrafo. Nos mira a uno y a otro, y su cara redonda de bebé es la seriedad personificada. Veo que Robin Pettersen es alguien a quien las malas noticias le entristecen de verdad. Se me ocurre que debe de pasarlo mal en la policía.

—Quiero poner en vuestro conocimiento parte de los hechos —dice con voz apesadumbrada—: El cuerpo encontrado pertenece a un hombre, probablemente de entre cuarenta y cinco y cincuenta años de edad. Hasta el momento no ha sido identificado, por lo que no quiero hacer especulaciones en cuanto a su identidad, pero, en fin, la víctima es un hombre.

Entendemos lo que nos dice. Por alguna razón, lo supe desde el principio. Pero la situación sigue siendo teórica. La ola negra del pecho me golpea en las tripas y se me escapa una exhalación. Åsmund me mira. No me coge de la mano. Yo trago y vuelvo a tragar saliva; no quiero volver a respirar así, a golpes de aire, pero siento que me viene otra vez. Tengo que irme de aquí; esta opresión está pudiendo conmigo y no puedo estar aquí, en la cocina, a la vista de mi marido, cuando me caiga al suelo.

Ambos agentes quieren echarle un vistazo al resto de las ventanas antes de marcharse. Åsmund los acompaña a nuestra habitación. Recojo mi bolsa de deporte en el vestíbulo, entro al baño y me pongo la ropa de hacer deporte. Evito verme reflejada en la ventana. Alcanzo a atisbar sin querer una sombra de mí misma. Lo que no quiero de ninguna manera es mirarme a los ojos.

Vuelvo a la entrada, recojo mi chaqueta de deporte y mis zapatillas de correr. Los otros están en el sótano, inspeccionando la ventana. Me asomo a la escalera y digo:

—Salgo un rato a correr.

Los tres se vuelven a mirarme. Åsmund está desconcertado.

—¿Ahora?

—Sí.

Trato de decirlo como si nada. Me llama la atención darme cuenta de que Åsmund y Robin se parecen un poco. Åsmund no es tan imberbe como Robin, que tiene cara de niño, pero ambos tienen el mismo rostro limpio, despejado. Viéndolos uno al lado del otro no me cuesta imaginar a Robin como el hermano menor de Åsmund.

—No se lo aconsejo —dice el agente de la quijada cuadrada.

Me quedo ahí un instante, con las manos colgando como un peso muerto a mis costados. Entiendo que pueda resultar raro que pretenda salir a correr ahora, cuando está todo oscuro y cabe la posibilidad de que un asesino loco ande suelto por el vecindario. ¿Por qué quiero salir por ahí si puedo buscar consuelo y refugio en mi marido, aquí en casa? Siento la garganta comprimida, tensa; la ola está a punto de romper y lo único que deseo es no estar aquí cuando no pueda contenerla más. Pero no puedo eludir el consejo de la policía.

—De acuerdo —concedo.

Vuelvo al baño. Sin querer me veo en el espejo y caigo en la cuenta del estado de agitación que presento: con el pelo que se me sale de la cola de caballo y los ojos abiertos de espanto. Abro el grifo de la ducha a tope. El agua sale disparada y se estrella contra los azulejos, y solo espero que el ruido oculte mis ruidos mientras me dejo caer en el plato, con una toalla apretada contra la boca, llorando como una desesperada.

Jørgen hablaba de buen grado de sus viajes, y, cuanto más arriesgadas fueran sus aventuras, más disfrutaba contándolas. Casi daba la impresión de que competía con sus colegas para ver a quién le había pasado la muerte más de cerca en un destino. En ese contexto, lo que sucedió en su primer viaje — cuando tenía veintipocos años y casi lo matan— no había sido particularmente espectacular, pero es la historia que mejor recuerdo por lo seco y desgastado de su relato, sin el menor rastro del proverbial desenfado del buen narrador. De hecho, no creo que tuviese en absoluto la intención de contármelo. Estábamos en Londres, sentados en unos mullidos sillones de un bar en Camden Town, cada cual con un *whisky*, porque nos había parecido la bebida de rigor en un lugar como aquel. Yo había comentado algo sobre un premio que le acababan de conceder —qué maravilla, pensaba yo—, pero Jørgen parecía incómodo; y entonces, sin previo aviso, me contó la historia. Cambió de postura antes de empezar, y apenas me dirigió la mirada mientras habló.

Se encontraba en un coche a las afueras de Sarajevo con un periodista bosnio y su mujer. No recuerdo adónde se dirigían y tampoco sé si lo llegó a decir. En todo caso, el coche era un trasto viejo y destartado; el motor sufría espasmos desde que habían emprendido el viaje y acabó por entregar el alma en un camino lejos de la ciudad. Los tres salieron del vehículo para evaluar la situación. El periodista maldijo su suerte, porque encontrar piezas de recambio no era tarea fácil. Salieron en busca de un bar donde les dejasen telefonear para pedir asistencia. La mujer del periodista no paraba de mirar a izquierda y derecha, y Jørgen quiso animarla diciéndole que todo iba a salir bien. Ella lo miró un instante y susurró algo. Jørgen le pidió que lo repitiera y ella dijo: «Este barrio es peligroso».

Apenas habían echado a andar cuando oyeron disparos. A partir de ese punto, su relato fue pródigo en pormenores. Jørgen le hablaba al vaso que sostenía en la mano y yo permanecí en silencio, sabiendo que no debía interrumpirlo con preguntas, que la historia sería tan larga o tan corta como él quisiera contarla. De pronto, y sin nada que lo anunciara, sintieron una explosión en la tapia que tenían a sus espaldas y se encontraron sin saberlo en

el fragor de una batalla. Movidos por el instinto, se arrojaron detrás de un coche destrozado en el margen del camino. Marido y mujer se decían atropelladamente cosas en bosnio; ella hacía gestos hacia las azoteas. Oían disparos a su alrededor, pero Jørgen daba por sentado que se encontraban a salvo, y tenía la impresión de que los disparos se alejaban.

Entonces llegaron las balas desde la azotea. La primera le pasó silbando a centímetros de la oreja y se oyó a sí mismo soltar un grito profundo y gutural. Se hallaba tendido boca abajo; el corazón le latía contra el asfalto. La chatarra tras la que se resguardaban era tan esquelética que apenas alcanzaba para esconder bien a una persona. Y Jørgen reptó hacia delante para agazaparse bajo el vehículo. Algo se agitó en su mirada al explicármelo: había sitio solo para uno y él apartó a los otros dos para guarecerse. Sepultado bajo la carrocería, oyó una explosión. Desde fuera del refugio le llegó el aullido de dolor del periodista. Jørgen se apretujó contra el asfalto. Tenía los puños apretados, los ojos cerrados. La certeza de que iba a morir.

Ahí acabó la historia. Vale, es probable que me contase que los tres habían logrado huir; que el periodista había recibido un impacto en la pierna y había sido trasladado a toda carrera a un hospital. Pero, como no mantuvo el contacto con sus amigos, a esas alturas desconocía qué había sido de ellos. Ahora que lo pienso, había presentado aquello como un dato informativo. El relato como tal terminaba allí: cuando él yacía bajo el coche, con los ojos cerrados, esperando la muerte.

Sentado en aquel sillón de Londres, Jørgen alzó la mirada del vaso con aquella media sonrisa traviesa que era su marca y con la que solía embrujar a su interlocutor, pero que a mí me hacía dudar siempre de si hablaba o no en serio. Y dijo:

—Siempre he pensado que todo lo que vino después de aquello ha sido un regalo. Podría haber muerto y aquí estoy. Por eso creo que, cuando me alcance el destino, debo darme por satisfecho. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Yo pensé en Lukas, mi regalo personal, y respondí afirmativamente. Luego se me ocurrió que tal vez no, que no lo entendía. Nunca volvimos a hablar de aquello. Justo entonces me propuso que volviésemos al hotel. Ya de regreso en Oslo traté de mencionarlo una o dos veces, pero él, sin ignorar abiertamente mis preguntas, se las arregló para cambiar de tema sin responderme. Yo reflexionaba acerca de lo que había visto en su mirada, en lo que se agitaba al fondo mientras me contaba que se había salvado él en detrimento de los otros. ¿Qué tipo de lección de vida había sacado de aquel episodio? ¿Qué decía aquello de él? Esa confrontación con la muerte, tan

intensa y repentina, cuando tienes veinte años: ¿se habría acabado la vida entonces? ¿Qué había pensado él? Y en este momento, en posición fetal en el suelo del baño, sollozando contra una toalla, se me ocurre que él, que casi muere tiroteado en las calles de la Sarajevo de los años noventa, creía que, muriera como muriese, se daría por satisfecho. Y podría hallarse algún tipo de consuelo en esta idea; a mí me lo habría parecido si alguien me hubiese contado esa historia... Pero no, no es así, para nada. Parece más bien una burla de lo que ha sucedido hoy. Como si algo oscuro se hubiese alojado en su interior cuando yacía en el asfalto; una maldición que, como castigo por haber burlado a la muerte, le hubiese dado alcance ahora, aquí en Tåsen, uno de los lugares más seguros de la Tierra, a solas en su casa. Y ahora tengo que apretarme la toalla en la boca para que nadie de ahí fuera oiga mis sollozos. Se me rompe el cuerpo; me entran temblores violentos, como si algo externo dominara mi cuerpo. Es algo que no puedo controlar, así que me dejo llevar. Pasado un rato, me desvisto y me meto bajo la ducha. Me quedo un rato pensando en la historia de Sarajevo. Así eran sus relatos, retazos de imágenes que no guardaban relación alguna con lo que hubiera sucedido antes o después. ¿Volvió a la habitación de un hotel aquella noche? ¿Se escondió bajo la manta para llorar? ¿Se lo contó alguna vez a alguien, a algún colega con quien hubiera salido a cenar tal vez, o a su jefe, o a su madre por teléfono? Ya no lo sabré jamás.

Cuando salgo de la ducha, los policías se han marchado. Åsmund está en el salón sentado delante del televisor. Paso a su lado de camino de la cocina; finjo que busco algo de comer para evitar sentarme con él, y él no me sigue. Los coches patrulla han apagado las luces. Le doy la espalda al jardín, que está a oscuras; saco pan y algo de embutido, y me preparo un bocadillo que no me apetece. Mientras como, qué remedio, pienso en el par de minutos que pasé ayer en su apartamento. Y luego Saman que va y sale al rellano. ¿Me vio abandonar el apartamento de Jørgen? ¿Sabe que estuve dentro, o me debió de creer cuando le dije que había estado llamando a la puerta? Aparto esas ideas. No quiero pensar en eso. Al menos no ahora. Me pareció que sí que me había creído, por algo me dio unos huevos. Pero hay algo que aún siento en el estómago. Si me equivoco, si me vio salir y cerrar con llave la puerta del piso, entonces tendré un problema.

Esta noche sueño que he quedado con Jørgen, que voy subiendo la escalera, pero he de hacer cosas todo el rato. Mi teléfono suena y su nombre reluce en

la pantalla. Respondo y le digo que no tardaré en llegar, que antes tengo algo que hacer. No espero su respuesta. Cuando por fin llamo a su puerta, nadie abre. Entro y cierro con llave. Llego al salón. No hay nadie. Su teléfono está en el suelo. El salón está a oscuras y no veo nada más que su teléfono, y pese a ello sé que en la oscuridad de algún rincón alguien se esconde y me observa.

El ruido en el bar era tal que resultaba imposible entender lo que se comentaba. Mi colega se había acercado por encima de la mesa para decir algo que debía de ser gracioso, porque se echó a reír incluso antes de empezar. Los demás sonrieron a la expectativa, un poco antes de lo normal. Puede que hubiesen bebido un montón. Yo me recliné en el respaldo de mi silla. También yo había estado bebiendo. El cansancio me iba subiendo por detrás de las orejas. Tendría que comenzar a pensar en volver a casa. Miraba a mi alrededor sin seguir el hilo de la conversación y me sentía a gusto observando a la clientela del bar. Sonrisas con pintalabios y brazos que alzaban copas cubiertos con bonitas blusas y camisas. Pendientes largos que tintineaban con cada movimiento de cabeza; barbas en perfecto estado de mantenimiento sobre una piel que se tensaba cuando su dueño reía.

Él estaba en la barra, apoyado en el mostrador, hablando con otra persona. Estaba contándole algo, con una sonrisita en la comisura de la boca, clara señal de que se acercaba un giro sorprendente en su relato. El otro me daba la espalda, de modo que no pude ver su reacción a lo que le explicaba. Entonces Jørgen se dio cuenta de que yo estaba allí. Dejó la frase a medias y cambió de tercio. Me dedicó una sonrisa y un saludo con la mano. El hombre con el que conversaba se volvió, y vi que era un autor conocido. Te puedo decir quién era si te parece importante. El autor me saludó con un gesto de cabeza y reanudaron su conversación. Me eché a reír sin hacer ruido. Mis colegas estaban atentos a su diálogo y no me vieron. En un momento dado, sin duda mientras hablaba el autor, Jørgen miró hacia mí y sonrió. Aquí estamos, decía esa sonrisa. Como si fuéramos los dos, él y yo, los que estuviésemos juntos allí. ¿Tú eso lo entiendes? Yo no sé si tiene explicación. Tampoco era que nos conociésemos tanto.

Al cabo de un rato pedí disculpas al grupo y me acerqué a él.

—Hola —saludé.

—Hola —dijo Jørgen.

Y me dio un abrazo. Olía a limpio con un tenue rastro de alcohol. Nada de colonia ni loción de afeitado. Sabía abrazar, apretando lo justo para que yo sintiera el contorno de su torso contra el mío. Se volvió hacia el escritor.

—Te presento a Rikke —dijo—. Vivimos juntos, pero no como te imaginas.

El escritor se echó a reír. Le di la mano y dije mi nombre, pese a que Jørgen acababa de presentarme. El escritor me dijo el suyo, que yo ya sabía, y recordé vagamente que hacía poco había publicado un libro que había despertado una gran polémica, uno de esos libros que se supone que no puedes no leer, pero que yo no había leído. Dudé si decir que lo había leído, pero el autor se volvió hacia una pareja que había al lado, y Jørgen me susurró al oído:

—¿Te apetece tomar algo?

Vacílé en aceptar. Tenía pensado irme a casa, pero me tentaba la idea de quedarme un rato más. Aun así, la verdad es que ya era tarde, y Lukas se despierta por la noche.

—Es que estaba a punto de marcharme —indiqué.

Jørgen sonrió:

—Yo también. Solo que me falta un poco para llegar a ese punto.

Allí seguimos. Me contó una historia que había sonado mucho en las noticias sobre un político que había defraudado al fisco. Me comentó, además, que uno de los que habían salido con él esa misma noche era notoriamente conocido por brindar su apoyo al político de marras, y que cuando estaban ya en los postres había hecho una ferviente apología de dicho fraude fiscal, habida cuenta de la situación actual. Me eché a reír, pensando que también yo tendría que decir algo. Dar una opinión o relatar una anécdota que abundara en la suya y demostrar así que, al igual que él, yo también sabía defenderme, que estaba al tanto de las noticias y podía situarlas en su contexto social y político, y establecer paralelismos entre la economía planificada, los yupis y la política local noruega de manera ingeniosa y clara, como si yo perteneciese a ese paisaje y me sintiera a gusto en él. Pero no se me ocurrió nada.

—¡Qué cómico! —solté. Esa fue mi aportación.

Recogió su abrigo del taburete que tenía al lado y anunció:

—Me parece que también yo me voy a casa. ¿Vamos juntos? A fin de cuentas nos dirigimos al mismo sitio.

De camino a la parada del autobús me preguntó por los niños, por si nos íbamos acostumbrando a vivir en Kastanjesvingen, por mis investigaciones y hacia dónde me estaban llevando. La parálisis que me había entrado en el bar

no se me había pasado, y tampoco la idea de que tenía que mostrarme interesante. Pero no interesante a lo intelectual de salón, no, sino activamente interesante, como cuando te formas opiniones basándote en los libros que has leído y en las observaciones que has hecho, y dices cosas como: El giro a la derecha que vemos hoy se comprende, dada la crisis financiera, pues a la derecha le suele ir bien después de los periodos de recesión, tal vez debido a que la incertidumbre y la inquietud nos hacen favorables a la idea conservadora de preservar lo que hemos adquirido. Pero se me hacía muy cuesta arriba. Quizá no fuera yo lo bastante aguda, y en cualquier caso estaba demasiado cansada. Mis respuestas eran escuetas y sin relieve. Era como si mi doble caminase junto a nosotros dos y oyese las obviedades que decía. Me consolé con la idea de que al menos esa noche estaba guapa.

¿Pensé acaso que Jørgen me planteaba aquellas preguntas para demostrar algo también acerca de sí mismo? ¿Tal vez para que yo viera que sabía escuchar, que se interesaba mucho por los demás? No lo sé, pero sí sé que luego, cuando ya lo conocía mejor, me había hecho la pregunta en más de una ocasión. A estas alturas no sé qué pensar. Su interés por los demás era auténtico, pero también le importaba que se supiera lo bien que se le daba invitar a la gente a expresarse.

Nos detuvimos en la parada de autobús. Hacía frío, ese tiempo a medio camino entre el otoño y el invierno, demasiado temprano o demasiado tarde, entre una y otra estación. Echábamos vaho por la boca. Y nos abrochamos los abrigos.

—¿De dónde eres?

—De Bærum —dije—. En Lommedal, en medio de los bosques.

—Lommedal —repitió él, y sonrió como saboreando el nombre.

—¿Y tú?

—Del mismísimo centro de Oslo —repuso—. Soy un chico de ciudad, de Boltelökka. ¿Tienes hermanos?

—Una hermana. ¿Tú?

—Un hermano y una hermana. ¿Eres la mayor o la menor?

Me eché a reír. Estaba claro que no iba a dejar que nos centrásemos en él. En aquel momento no me interesaba particularmente hablar de mi hermana. Mucha gente me pregunta por ella, como te puedes imaginar. Tampoco es que pensara que me estaba sonsacando información.

—Ella es la pequeña —dije, pero no me di por vencida—. ¿Y los tuyos?

—Un hermano mayor y una hermana pequeña. ¿Cómo se llaman tus padres?

—¿Quieres saber cómo se llaman mis padres?

Esta vez fue él quien se echó a reír.

—Así nos conocemos de verdad, Rikke.

—Claro —respondí—. ¿Cómo vas a conocerme sin saber cómo se llaman mis padres?

Volvió a sonreírme. Así de pronto le vi cara de niño. Nos quedamos un rato en silencio, sonriéndonos.

—Hay algo que siempre me he preguntado —continuó.

—¡Ahí viene el autobús! —gritó alguien detrás de nosotros.

Nos volvimos para mirar: un grupo de veinteañeros se acercaba corriendo, primero un chico, luego una chica y detrás otro chico. El último llevaba puesto un gorro de Papá Noel. Era cierto que llegaba el autobús. El chico que había gritado corría como si le fuera la vida en ello. Con todo, el bus llegó a la parada antes que él. Jørgen y yo nos subimos, y Jørgen mantuvo la puerta abierta para que los chavales pudieran subir también.

De pie uno al lado del otro, sujetándonos a la barra para no perder el equilibrio con las sacudidas, dije:

—Te preguntabas algo.

—¿Qué?

—Has dicho que hay algo que siempre te has preguntado.

—¿Yo he dicho eso?

Alzó los hombros. El autobús dobló una esquina, y la inercia me empujó contra él.

Ya en la escalera del edificio, el ambiente entre los dos era distinto. Teníamos que hablar en voz baja para no despertar a nadie. Yo sabía a ciencia cierta que Nina o Svein podían oírnos, y con los ojos de mi mente vi a Nina con la oreja contra la pared.

—¿Tu familia duerme? —inquirió.

—Eso espero —respondí con una risita ahogada. Él no me acompañó en la risa—. ¿Y la tuya? —pregunté.

—Están de viaje —dijo—. Estoy solo en casa.

Esto último quedó flotando en el aire entre nosotros. El piso de arriba desocupado, con sus muebles exquisitos, las botellas de buen vino. El sofá de color crema. Todo aquello tan a mano. ¿Qué esperaba exactamente de mí?

—Qué suerte tienes —repuse—. Que puedas descansar y todo eso.

Fue como si yo estuviera apartándonos de algo peligroso.

—Sí.

Nos quedamos así un instante. ¿Esperaba él que yo dijese algo?

—Gracias por tu compañía, Rikke —se despidió mientras se me acercaba.

Esta vez el abrazo fue más leve y su mejilla apenas si rozó la mía. Inspiré hondo durante el momento que duró el abrazo. Se volvió hacia la escalera y comenzó a subir.

—Que duermas bien —dijo por encima del hombro.

El apartamento estaba a oscuras. Cerré la puerta y me apoyé en ella. Podía oírlo. Caminaba hacia la cocina con pasos regulares. Me quedé en la oscuridad, respirando hondo, sintiendo que cada célula de mi cuerpo se incendiaba.

Lunes

Se oye movimiento en el pasillo, fuera de mi despacho. Mis colegas imprimen documentos, se preparan cafés, se asoman a otros despachos para dejar un mensaje antes de la reunión. La gente va de un lado para otro. Siento un peso en la cabeza; anoche apenas pude dormir. Frente a mí, en la pantalla del ordenador, he abierto el documento en el que estoy trabajando para tener algo que decir en la habitual reunión de los lunes, dentro de veinte minutos, pero las palabras se escurren fuera de mi alcance y me da la impresión de no entenderlas. Una pared de vidrio cierra mi despacho y yo me escondo detrás del ordenador mientras me froto los ojos cansados. Anoche bajé varias veces a ver a Lukas. Abrí la puerta con el corazón desbocado cada vez, con la certeza de que algo terrible me esperaba al otro lado; pero Lukas durmió como un bendito toda la noche. Así que me puse a recorrer la casa, comprobando que la puerta estuviese cerrada con llave y la cadena echada, y también que las ventanas hubieran quedado cerradas. Me detuve ante la puerta de Emma un par de veces. En su habitación hay una puerta de salida de emergencia que da al sótano. Quería comprobar que estuviese bien cerrada, pero no me decidí a entrar. No estaba segura de estar en mi derecho, de que no fuese un gesto intrusivo. Se ha hecho mayor. Y merece su privacidad. Pero sigue siendo mi pequeña, y hacia las cuatro he abierto su puerta lo justo para asomarme a su habitación. La encontré dormida boca arriba, con una mano cerca de la cara y la boca entreabierta, ajena al mundo. Todo está de lo más ordenado. Ha decorado las paredes con pósteres, pero no de chicos que le gustan, como hacía yo a su edad, sino de chicas posando con ropa sofisticada. Las habitaciones de sus amigas están decoradas igual, y yo encuentro algo triste que las chicas se esfuercen más por impresionar a los chicos que por centrarse en sí mismas y sus propios gustos. En el estante de encima de su cama hay una foto enmarcada de Emma con dos de sus amigas, sonriendo y cogidas de la cintura. No hay rastro de la tensión que genera la propia apariencia como se ve en las otras fotos, pero también cuenta que esta en particular data ya de hace unos dos años. Al lado de la foto está su osito de peluche, con el que durmió todas las noches hasta que cumplió ocho años. Entro de puntillas; pruebo la puerta de emergencia, que está bien cerrada, y

salgo sigilosamente de la habitación, no sin antes detenerme junto a su cama. Esa mano, y esa cara de abandono: está perdida en el país de los sueños y no puedo darle alcance. Veo en su mesilla de noche su ejemplar de *La ópera de dos centavos* y mi antiguo iPod, que ella usa porque no queremos que se vaya a la cama con el móvil ni con la tableta. Puede utilizarlos, pero no estando a solas. Me da un poco de pena que prefiera la vieja tecnología y la soledad a su tableta y nuestra compañía.

Tenía veintiséis años cuando me enteré de que estaba embarazada de Emma. Acababan de concederme la beca de investigación a la que aspiraba. El proceso había sido difícil, pero en la entrevista me mostré convincente. Recuerdo que me sentía invencible: era joven y competente, pertenecía a una nueva clase de mujer, libre del lastre que había anclado a la generación de mi madre en casa. El mundo se iba a enterar. Y entonces llegaron las insidiosas sospechas: la ausencia de menstruación, el inusual cansancio. ¿Podía ser? Entonces trabajaba como asistente de investigación para un profesor del instituto donde había hecho el máster, y ya pensaba en mi futuro empleo. A la hora de comer bajé a la farmacia de Blindern a comprar un test de embarazo. Me hice la prueba en el lavabo de la biblioteca universitaria, temiendo que alguien del instituto me encontrase en postura tan flagrante, sentada en la tapa del váter y con las piernas en alto mientras dejaba pasar los dos minutos preceptivos. Cuando vi el resultado me negué a creerlo. Me quedé allí sentada diciendo «no, no y no» y entablé una discusión con un Creador en el que hasta ese momento no había creído. «Querido Dios —dije—, ahora tienes que ayudarme. Esto lo tienes que arreglar. Quítame esto de encima enseguida. Continuamente oímos hablar de abortos espontáneos. Venga, Dios, un poco de responsabilidad».

Se lo conté a Åsmund entre sollozos. Él dijo todo lo que se espera de un joven de su tiempo: la decisión es tuya; yo estaré a tu lado hagas lo que hagas.

—¿Cómo se te ocurre decir semejante cosa? —rugí. Necesitaba un adversario, alguien a quien gritar—. ¿Cómo puedes dejarme a mí la decisión? Ese nudo de células es tan tuyo como mío.

—Yo no puedo decidir lo que hagas con tu cuerpo.

—¿Por qué demonios no puedes? —repliqué yo—. ¿Así que ahora es mi responsabilidad? ¿Qué pasa? ¿Que quieres ahorrarte la carga moral y que yo tome la decisión más dura de mi vida sola, por mi cuenta?

Quería que se sintiese tan mal como yo, ver la desesperación en su mirada.

Dijo:

—Ya llevamos juntos mucho tiempo. Nos queremos. De todos modos, tarde o temprano vamos a querer formar una familia. Vale que esto no estaba previsto, pero ¿por qué no?

—¿Y mi trabajo? —chillé.

—Te darán un permiso de maternidad.

Jugué todas las bazas a mi disposición: ¿Y qué me dices de las vacaciones de las que íbamos a disfrutar? ¿La vuelta al mundo que soñamos con hacer algún día sin importar cuándo? ¿Y nuestras amistades? Dejarán de contar con nosotros cuando lo único que nos importe sean los pañales y los cochecitos. ¿Y mi cuerpo, que va a quedar gordo y flácido y perdido para siempre jamás? ¿Y qué pasará con los largos sábados sin salir de la cama?

Y Åsmund replicó a todos mis argumentos: Podremos seguir viajando, solo que habrá que planificarlo todo de otra manera. No vamos a perder amigos, y, si los perdemos por esa razón, entonces no son tan amigos. Yo volvería a tener mi cuerpo de antes y sería igual de bonito; y él solo me querría más que antes. Y me prometió que seríamos fieles a nuestros sábados en la cama.

Yo lo miraba con incredulidad. Veía la parte de él que ansiaba todo eso, y sentí que me clavaba un puñal en la espalda.

—No lo quiero —anuncié—. Voy a abortar.

—Como tú quieras —contestó, y pareció triste, y yo lo aborrecí por tomar partido como le había pedido que hiciera.

Después de todo desistí. No podía hacerlo. ¿Qué iba a ser de nosotros si yo le negaba aquello? Cuando le había pedido que tomase la decisión por mí, también había negado la posibilidad de que al final se hiciese lo opuesto de lo que él quería: que siguiéramos como antes. También en algunas cosas llevaba razón, todo hay que decirlo. De modo que dejé para otro momento lo de pedir cita, y una noche, mientras comíamos *pizza* delante de la tele, comenté:

—Está bien. Me lo quedo. —Él me rodeó con un brazo y no me soltó—. Pero tú te haces cargo de la mayor parte de las noches en vela. El setenta y cinco por ciento.

Prometió que así sería. ¿Y qué íbamos a saber nosotros de que esas promesas no valen ni el aire que se usa en pronunciarlas?

Siento ahora la resaca de anoche. Tengo la cabeza pesada y brumosa. Todo el departamento asistirá a la reunión de este lunes. Se supone que hablaremos de los proyectos de cada uno, que haremos aportaciones y plantearemos dudas, y

con tantas idas y vueltas las reuniones se hacen interminables. El documento que me ocupa es una solicitud de financiación en la que llevo semanas trabajando, pero las frases bailan ante mis ojos.

De modo que me pongo a navegar por internet, alternando entre ambas páginas, pasando al documento cuando oigo pasos que se acercan para que nadie vea lo que estoy leyendo. Me paso los dedos por el cabello. Estoy muy cansada. No voy a poder con esto. Me encantaría dormir. También ayer estaba cansada, pero en cuanto me metí en la cama caí en un remolino de pensamientos. El mensaje de Jørgen. La cara de Saman al volverme y verlo allí en el umbral de su puerta, la incómoda sensación de haber sido pillada con las manos en la masa. La voz de Jørgen en aquel bar de Londres. «Siempre he pensado que todo lo que vino después de aquello ha sido un regalo». Los dos huevos en la mesa de la cocina. El aire sobrenatural en el apartamento de Jørgen. Dormir me fue imposible.

Ahora parece fácil. Bastaría con acostarme para quedarme dormida. Contemplo la idea de hacer una bola con mi chaqueta, ponerla sobre el escritorio y usarla de almohada. Sin duda lo habría hecho de no ser por la mampara de vidrio.

Las páginas web de los periódicos importantes hablan de una muerte en Tåsen. Me sobresalto. Era de suponer que saliera la noticia, pero, aun así, ¿no hay criterios de confidencialidad? Abro el enlace: «Hacia las cinco de la tarde de ayer, la policía informó del hallazgo de un cadáver en un apartamento en el barrio de Tåsen. Las autoridades policiales han confirmado que se trata de un varón y que las circunstancias de su muerte parecen sospechosas». Eso es todo. Las dos frases no contienen nada nuevo, pero son como un alarido y quiero que se callen. La última frase me estremece: su muerte parece sospechosa. Nuestras paredes de papel de seda; mi familia viviendo y durmiendo tan cerca. ¿Y qué quiere decir «sospechosa»?

El ambiente en su apartamento cuando estuve allí el sábado. ¿Por qué demonios hice eso? Fue una intrusión en toda regla, aquello de entrar y cerrar sin que nadie me invitase; bueno, no del todo sin invitación, pero tampoco explícitamente invitada. ¿En qué andaba pensando? ¿Qué me llevó a creer que aquello estaba bien? Quién sabe si fue incluso peligroso. Me remuevo en el asiento y me doy cuenta de lo frías que tengo las manos. ¿Y si hubiera habido allí alguien al mismo tiempo que yo, al otro lado de la pared, detrás de la puerta que no me atreví a abrir?

No logro encontrar una posición cómoda en mi asiento: ponga como ponga las piernas, algo me pellizca, me pica o me aprieta. Aún no he buscado

el número de Robin Pettersen. En algún momento tendré que hacerlo; no estoy tan aturdida como para no darme cuenta de que, cuanto más tarde, peor será. Siento un retortijón en las tripas, porque ¿qué le puedo decir a un policía que se pone triste con las malas noticias?

Alguien abre mi puerta y yo me vuelvo con un respingo.

—¿Te he asustado? —me pregunta mi compañera.

—Qué va. Estaba en otro mundo, nada más.

La noticia del periódico sigue en la pantalla, a mis espaldas. Podría verla si mirase, pero no lo hace.

—¿Vas a presentar la solicitud de financiación en la reunión? —pregunta.

—A decir verdad, tengo un dolor de cabeza de los buenos —comento—. Así que no lo sé. Igual me marchó a casa.

—Ay, pobre —replica—. ¿Mucho estrés?

Hago como si considerase la cuestión.

—Puede que sí. O falta de sueño. No lo sé.

—Que te mejores —dice al cerrar la puerta.

Siento que se me relajan los hombros en cuanto sale, como si temiera que la gente pudiera ver mi culpa. Claro está que aquí lo que cuenta es el crimen. Más allá de lo que se pueda pensar acerca de lo que he hecho, un asesinato es mucho peor. Pero tengo la impresión de que la gente no lo verá de esa manera. La gente pensará que la culpa se puede repartir, de modo que a cada cual le toca su parte correspondiente. Yo en esta historia soy culpable, si no de una cosa, entonces de otra. Y sé que tendría que llamar a Robin, el de la cara de niño, y hablarle del mensaje. Y por mucho que apueste por la hipótesis de que Saman no me vio salir del apartamento, tendría que contarlo de todos modos.

Pero me entra la duda. Quizá sea mejor esperar a que me sienta más entera. Tal como estoy ahora, ¿quién sabe qué puedo llegar a decir?

Mi teléfono suelta un pitido y vuelvo a saltar en la silla. Estoy tan nerviosa que no me puedo permanecer quieta. Veo el nombre de Jamila en la pantalla. «¿Cómo te sientes? —dice el mensaje—. Estoy conmovida. No me puedo hacer a la idea. ¿Podemos vernos? Hoy trabajo en casa. Sube cuando te venga bien». Lo leo varias veces. Tiene algo de mensaje de rutina, aunque está plagado de signos de exclamación y emoticonos. Jamila está alterada; quiere que quedemos para conversar. No es mala idea. Tendría que ir a visitar a Jamila ahora y ver qué dice. Si Saman me vio salir del apartamento de Jørgen y Merete, sin duda se lo habrá comentado. Más aún al enterarse de lo que ha pasado. Si nos vemos y no lo menciona, entonces es

que no ha visto nada. Tal vez deba sacar yo el tema, referirme a los huevos que me dio y comprobar si reacciona. Es lo que me conviene hacer antes de llamar a la policía. Le respondo que estoy en camino y que nos encontramos en su casa dentro de media hora.

Antes de marcharme llamo a la puerta de la recepcionista.

—Tengo una jaqueca de aquí te espero —le comento.

—Tengo paracetamol —dice ella, tan joven, tierna y servicial, ya con la mano en el bolso.

—Ya me he tomado uno —miento—. ¿Puedes anotar que voy al médico?

Durante los años que precedieron a la compra del apartamento en Kastanjesvingen, Åsmund y yo vivimos en un debate permanente sobre dónde debíamos establecernos. El asunto se colaba en cada charla, en cada silencio ante la mesa de la cocina, en el aire que se respiraba mientras, cargados con las pesadas bolsas de la compra, subíamos a nuestro diminuto piso. Casi todos sus amigos habían vuelto a Bærum en cuanto tuvieron niños. Se habían comprado una casa en una de las apretujadas hileras levantadas en terrenos urbanizables, incrustada entre el lindero del bosque y la línea del metro, donde las casas eran como cajas para anidar, cada cual con un exiguo jardín al frente cuyos propietarios ocupaban de inmediato con camas elásticas que parecían champiñones azules plantados en cualquier trozo de césped disponible. Las minúsculas terrazas se desbordaban de barbacoas gigantescas y muebles de jardín. Tras comprar enormes cortacéspedes y sopladores de nieve, se pasaban los fines de semana deshierbando, rastrillando y entregados al mantenimiento de sus viviendas.

—¿Tan malo te parece? —preguntaba Åsmund—. Piensa en los niños.

En una ocasión fuimos de visita a la casa de uno de sus amigos de la infancia. Estuvimos en la terraza cubierta comiendo gofres. El amigo y su esposa estaban encantadísimos con su vecindario, tan pensado para los niños, tan cerca de la naturaleza, y tan cerca del metro que podían ir a la ciudad cuando querían. Les pregunté si seguían yendo a cenar al centro en los días laborables. Se miraron uno al otro y se echaron a reír. No, no como antes, pero es por los niños. Podríamos ir si quisiéramos.

Sus hijas se habían llevado a Emma a la cama elástica, donde las veíamos desde la terraza. Las niñas le hicieron una demostración de todo su repertorio de saltos, giros y volteretas mientras Emma las contemplaba reclinada contra la valla con aire de absoluta indiferencia.

Ya en el coche de camino a casa dije:

—No pienso vivir en una caja.

—¿Porque nuestro piso no es una caja? —replicó Åsmund mientras tomaba una de las salidas para entrar en la autovía que llevaba a la ciudad.

Pensé en mi suegra, viuda reciente, que residía en un enorme y nada práctico chalé a cinco minutos en coche de la casa del amigo que acabábamos de visitar. Yo sabía cómo iba a ser aquello: las numerosas llamadas telefónicas semanales, «espero no molestar, pero verás, necesito ayuda con esto y aquello; yo es que para estas cosas soy una negada». Åsmund acudiría de prisa y corriendo; es como si lo viera: pobre mamita, claro que te ayudamos. La sola idea de tenerla tan cerca me pesaría. Sentiría su respiración en la nuca. Pero, como eso no se lo podía decir a Åsmund, salté:

—No quiero un robot cortacésped. No quiero tener que limpiar uñas sucias de tierra, ni tener que coger el coche para ir a cualquier sitio, ni pasar todas las santas noches en casa delante de Netflix porque no me quedan fuerzas para ir al centro.

Åsmund contestó:

—Vaya esnob estás hecha. Me reservo el derecho de ver todo el Netflix que me apetezca.

No dijimos ni una palabra más. Emma iba en el asiento de atrás, mirando por la ventanilla y sin abrir la boca. Bajé la mirada a mi cintura. Vestida no se notaba, pero desnuda la prominencia era notoria. El piso en el que vivíamos tenía solo dos dormitorios. Si me ponía puntillosa, solo tenía uno, porque el cuarto de Emma era tan pequeño que dudo que el tasador de una inmobiliaria lo hubiese calificado de habitación. Tenía ya ocho años. Hacía ya tiempo que necesitábamos una casa más grande.

Al entrar en la ciudad, Åsmund dijo:

—Vale, no será Bærum. Tampoco te puedo obligar.

Aquella noche, en casa, cuando Emma ya dormía en su cuchitril y veíamos la tele en aquel salón atiborrado de cosas, Åsmund comentó:

—Pero tenemos que mudarnos, Rikke.

—Lo sé —respondí—. Algo encontraremos.

Este apartamento le puso el punto final a una sucesión de discusiones que se habían ido agriando desde la visita al amigo de Bærum. Mi barriga ya no pasaba desapercibida. Åsmund quería un jardín, pero todo lo que veíamos que estaba lo bastante cerca del centro para mí era demasiado pequeño y demasiado rodeado de asfalto para él. Y entonces vimos el anuncio: un apartamento con un sótano añadido en un cuádruplex en el barrio de Tåsen. Demasiado pequeño e incómodo para los más adinerados, pero lo bastante espacioso para nosotros, y más práctico que donde vivíamos, con tres habitaciones y un jardín comunitario. Para ir a verlo subimos a pie desde Sagene, atravesamos Voldslokka y de allí en un paseo llegamos hasta Tåsen,

por entre casas y jardines, hasta el enorme castaño que da inicio a Kastanjesvingen, al final de Bakkehaugen. La casa era uno de los tres cuádruplex dispuestos en hilera, cada cual con un jardín alrededor y un empinado muro al fondo. Ya en el apartamento y con el folleto que nos había dado el agente inmobiliario, me abrí paso entre las esperanzadas parejas que también visitaban el lugar. Fui a la cocina, miré por la ventana hacia el jardín y pensé: Aquí es donde viviremos. Miré a Åsmund y él asintió. A él también le gustaba. Un jardín. Una calle silenciosa y cerrada. Tranquilidad. Verde. Y, sin embargo, a solo quince minutos a pie hasta Sagene, y un corto trayecto en bicicleta hasta mi trabajo. El precio era elevado, pero, si estábamos dispuestos a reducir gastos, comer más barato y recortar el presupuesto de vacaciones, se podía hacer. Nos volvimos a mirar. Queríamos esa casa.

Ahora hay dos coches de policía fuera. Los veo mientras subo por Kastanjesvingen. Tienen las luces apagadas y están en silencio. Justo frente a la entrada hay un vehículo con el logo de un canal de televisión. Siento una punzada, aunque en sí no tenga nada de amenazante. Hay un señor sentado en el asiento delantero, pero está ocupado con su teléfono y no me ve cuando paso a su lado y abro la verja.

La casa está rodeada por un cordón policial. Justo fuera del cordón, hay una mujer policía en cuclillas. Tiene una cámara fotográfica con la que toma fotos. No sé de qué, si del césped o de los montículos de tierra, o de las ventanas de nuestro sótano. Por lo demás, el jardín está como siempre. El césped está húmedo y cubierto de hojas amarillas; no muchas, pero ya anuncian la estación que viene.

No paso por el apartamento. Podría dejar el bolso antes de ir a ver a Jamila, pero me lo pienso. En casa todo estará en silencio. Subo directamente al segundo piso. Paso al lado de la puerta de Jørgen sin mirar. Sí miro, en cambio, a la de Jamila. Llamo a su puerta.

—Enseguida voy —la oigo gritar sin necesidad, pues no tarda ni cinco segundos en abrir—. ¡Rikke! —Su voz, aguda e incontinida, resuena por la escalera—. ¡Qué bien que hayas venido!

Jamila lleva siempre tacones altos, de modo que estoy acostumbrada a verla a mi altura. Pero en casa va descalza, y, por lo tanto, es unos diez centímetros más baja que de costumbre. Cuando me abraza, cosa que hace de inmediato, casi antes de que yo pueda abrir los brazos, alcanzo a verle la

coronilla y el pelo, que le nace negro y fuerte. Huele a champú, a cabello limpio y a flor de saúco.

Me suelta al fin. Tiene los ojos húmedos.

—¡Qué horrible es todo esto! —exclama—. Anoche apenas pude dormir.

Me pone una mano en el brazo y me guía hacia el interior. Cierro la puerta. Me precede de camino al salón. Sus pasos cortos suenan como palmadas rápidas contra el suelo y habla mientras anda. Está realmente conmovida, dice. No se puede creer que esto haya ocurrido de verdad. Saman y ella habían ido a ver a unos amigos ayer, me cuenta. La presencia de la policía le ha puesto de los nervios, por no hablar de «él, tendido allí al lado».

—Supongo que se lo habrán llevado, ¿no?

No tengo ni idea, pero asiento con un gesto. Nos sentamos a la mesa del salón, donde Jamila pone una cafetera que a todas luces ya tenía preparada, y se deja caer en el sofá frente a mí. Lleva el cabello, negro y largo, recogido en un moño. Está vestida con una camiseta y unos vaqueros que, apostaría cualquier cosa, deben de costar un ojo de la cara. Con tan sencillo atuendo, Jamila podría pasar en una foto en Instagram por una actriz de cine o un icono de la moda.

—¿A ti no te parece inverosímil? —pregunta—. ¿Tú te puedes creer que esto esté pasando de verdad?

Advierto ahora que tiene los ojos enrojecidos. Me sorprende. Claro está que la he visto hablar con Jørgen, pero siempre en el tono habitual entre vecinos, y, sin que sepa por qué, tengo la impresión de que ella no le profesaba un especial afecto.

—Lo que quiero decir —prosigue— es que lo han asesinado aquí, Rikke. En esta casa. Justo al lado. —Y, de forma repetitiva, señala con el dedo la pared que separa su salón del de Jørgen y Merete—. Quién sabe si en ese momento estábamos aquí viendo la tele, o durmiendo en la cama mientras él se desangraba al otro lado de esta pared —dice—. Te juro que solo de pensarlo me pongo mala.

Se frota los ojos. Tiene la piel un poco más gris que de costumbre. Yo cambio la postura de las piernas al son de mi ansiedad.

—Sí —replico—. Es, es tan...

—Pobre Jørgen —comenta—. Tampoco es que fuéramos íntimos ni nada. Tenía sus cosas, pero da igual: asesinado en su propia casa.

Y ahora le asoman unas lágrimas. Tiene unos ojos enormes y las pestañas en abanico les aportan más volumen, si cabe. Le brillan tanto que no hay

manera de no mirarlos. Y entonces las lágrimas desaparecen como por voluntad propia. Se pasa el dedo índice, con la uña pintada de rosa, por un ojo y luego por el otro, pero no parece que estén muy húmedos. Yo, mientras tanto, le doy vueltas a la minúscula taza de café que me ha puesto entre las manos.

—Pero ¿seguro que ha sido un asesinato? —inquiero—. Quiero decir, ¿se sabe ya? —Se queda mirándome como si le costara entender lo que le he dicho. Como si estuviese proponiendo una hipótesis y ella fuese una profesora que se pregunta si soy tonta o solo lo parezco—. La prensa hablaba de «muerte sospechosa» —insisto—, pero eso puede significar más de una cosa, ¿no? No necesariamente que fuera un... —no puedo pronunciarlo—. ¿Entiendes lo que te digo?

—Rikke —dice Jamila—. Lo han encontrado reclinado encima de su escritorio. En un charco de sangre.

Esta descripción es un rugido en mis entrañas. Jørgen doblado sobre su trabajo. Un charco de sangre. Es una imagen imposible de no visualizar. Sus palabras me atenazan el pecho y la rabia me sube incontenible desde el estómago. ¿Quién demonios se cree que es Jamila para sacar un drama sanguinolento de esto?

—¿Cómo lo sabes? —espeto en un tono más cortante del que querría.

No parece percibir mi tono.

—Entonces ¿no te has enterado?

—¿De qué?

Se queda unos instantes en una inmovilidad por la que no se caracteriza y sentencia:

—Fui yo quien lo encontré.

Jamila estaba trabajando con su Mac, retocando fotos —trabajo de sofá, como lo llama ella—, mientras escuchaba música, tomaba té y jugueteaba con los resultados de una sesión fotográfica de esa semana, cuando recibió la llamada de Merete. Estaba molesta y se le notaba en la voz. Se oía ruido de tráfico al fondo. Estaba en Skar, dijo. En un bosque en medio de Maridalen. Estaba con su hermana y Filippa esperando en un aparcamiento vacío. Jørgen había quedado en pasar a recogerlas a las tres y eran ya las tres y veinticinco, y no le cogía el teléfono. Como ella estaba en casa, ¿le importaría acercarse y ver si estaba allí?

«No te preocupes —le había dicho Jamila—. Claro que puedo ir a ver».

—Salgo al rellano en calcetines y llamo a la puerta. —Al decir esto me mira con aire de saberlo todo, y añade, con aliento contenido—: Pero no viene nadie a abrir.

»De modo que llamo a Merete y le digo que Jørgen no abre. Merete suspira y dice que eso es típico de Jørgen, pero que gracias de todos modos. Luego me pregunta si me sería mucha molestia entrar a ver. A veces él se pone los cascos para escuchar música o alguna conferencia de sabe Dios quién y se le va la noción del tiempo. La llave está en el tiesto de la escalera. Le digo que no es ningún problema. Cojo la llave y entro.

»Allí dentro estaba todo tranquilo —continúa—. En un silencio que resultaba desagradable. Había algo en el aire. No sé cómo explicarlo.

Asiento con un gesto. Sé lo que quiere decir.

Lo había buscado un poco por encima. En la cocina no había nadie, pero la luz estaba encendida. En el fregadero había un plato sin limpiar, con restos de grasa y salsa. En la encimera, una cacerola usada que no habían metido en el lavavajillas. De la cocina había vuelto al salón y allí había visto que la puerta de su despacho estaba cerrada. Me dice que es consciente de que el dramatismo de lo que vino después le tiene la cabeza hecha un lío, pero que cuando se acercó a la puerta tuvo la impresión de que ya sabía lo ocurrido. Que la idea de abrir la puerta la puso muy nerviosa.

Tenía la cabeza apoyada en el teclado. La pantalla del ordenador, apagada. Al principio pensó que se habría quedado dormido sobre el escritorio, pero entonces vio la sangre. De un rojo impresionante, explica. Por descontado que en su vida había visto semejante cantidad de sangre, salvo en las películas, y que le pareció distinta a como se la imaginaba. De un rojo más claro. Tuvo la impresión de que llevaba allí una eternidad, sin apartar la mirada hasta que cayó en la cuenta de lo que estaba contemplando.

—Como cuando ves un jarrón que se cae —cuenta Jamila—. Estás ahí, viendo el accidente pasar, viendo ya los mil añicos en que se va a romper en cuanto toque el suelo, y te parece que cae tan en cámara lenta que te crees que tienes todo el tiempo del mundo para intervenir, y te quedas ahí parada, incapaz de moverte, y lo ves suceder. ¿Entiendes? —De nuevo el gesto afirmativo—. Entonces me puse a gritar. Al menos creo haber gritado. Lo que sí recuerdo es que salí corriendo. Llorando.

Ahora baja la voz y dice con un toque de perplejidad en esos ojazos que tiene:

—Era la primera vez que veía un muerto.

Jørgen es de esas personas que no necesitan dormir mucho. Seis horas le bastan, a veces menos, y le gusta trabajar mientras todos duermen a su alrededor. En las noches que pasábamos en la habitación de un hotel, solía despertarme el ruido de sus dedos al golpear el teclado. Un charco de sangre, dice Jamila, un charco que ahora tiñe otras imágenes: Jørgen trabajando en la habitación del hotel de Londres y yo mirándolo medio dormida. Siento que va a ser así de aquí en adelante, que cada imagen que guardo de él se me presentará teñida de este modo hasta que de todo eso solo quede la mancha. Jamila ha cruzado las piernas y la veo ante mí, sentada en un sofá gris claro y minimalista, a la espera de que yo diga algo. Pero no quiero seguir hablando de esto. No quiero manchar ni uno más de sus recuerdos. Siento náuseas, pero no puedo dejar que se note. Jamila está impaciente. Hunde el pie en un cojín y, viendo que no pronuncio palabra, deja la taza en la mesa y se inclina hacia delante.

—¿Quién ha podido hacer esto? —pregunta—. Eso es lo que no me puedo quitar de la cabeza. Nos separa solamente una pared. Algo tenemos que haber visto; algo habremos oído.

—No sé qué decirte —respondo pensando en todas las cosas que espero que nadie haya visto ni oído.

Jamila no para mientes en mi escepticismo; la iniciativa le desborda. Opina que esto es algo que se puede averiguar. Quiere ir a hablar con los vecinos que encuentre en la tienda o por la calle. Y yo podría acercarme a los padres del colegio, a todas esas madres-Tåsen de las que le he hablado. Alguien tiene que haber visto algo. Además, siempre hay cosas que uno prefiere no contarle a la policía. Cotilleos de vecindario, comentarios al pasar. Vivimos cerca unos de otros. Se ven cosas. Es inevitable. Igual te parece que no son nada. Por cosas así no molestas a la policía. También puede que no quieras pasar por chismosa, o que no quieras meter a un vecino en aprietos. Pero hablar contigo o conmigo..., eso ya es otra historia completamente distinta.

—En este vecindario la gente nos tiene en buena estima, Rikke —dice. Me ha cogido una mano entre las suyas y me la presiona con una fuerza que no le suponía, con dedos flacos y huesudos que me aprietan y con anillos que me lastiman—. Confían en nosotras.

La jaqueca que había fingido en el trabajo ahora se me cuela de verdad en la cabeza. Me duele la mano que me aprieta, y me digo: ¿Qué me está sugiriendo exactamente? ¿Y por qué me lo sugiere?

—Jamila —digo retirando la mano y sintiendo un hormigueo cuando la suelta—. Esto le compete a la policía. Me parece que más nos vale no meternos ni de lejos.

—No podemos no meternos —replica.

Tiene los ojos muy abiertos; lo blanco le circunda limpiamente el iris y me mira fijo. ¿No lo entiendo? Esto es cosa nuestra solo por el hecho de vivir tan cerca. Es una cuestión de responsabilidad con quienes nos rodean el cuidar unos de otros.

—Hay algo maligno en este vecindario, Rikke. ¿Te acuerdas de los gatos muertos? He estado pensando en eso desde la primera vez que oí hablar del asunto. ¿Qué otra cosa puede llevar a alguien a hacer una cosa así sino la maldad?

Vuelvo a suspirar. Otra vez los malditos gatos. Y a Jamila le va lo dramático. Le va mucho. Hay algo maligno en este vecindario. Se ha dejado seducir por la situación; se ha zambullido de cabeza en ella. No parece darse cuenta de lo ansiosa que está. Y la horrible experiencia que ha vivido ayer me hace del todo imposible decírselo.

Pienso en su marido en el rellano; en los huevos olvidados en la encimera de la cocina, que me recuerdan mi mentira. Tenía pensado contárselo, pero ¿cómo provocar este cambio de tema ahora? No solo eso: tampoco quiero llamar su atención hacia ese asunto, y no quiero provocar enredos con esto. Y no estoy del todo segura de poder fiarme de ella.

Cuando me acompaña a la puerta, repite:

—Fue horroroso, Rikke. La sangre en el teclado. Anoche casi no pude dormir.

Y caigo en la cuenta de lo joven que es, no ha llegado a los treinta. Le pongo el brazo en los hombros; ella me mira y por un instante me siento su hermana mayor.

—Trata de no pensar en ello —digo.

Ya en el rellano me detengo ante la puerta cerrada de Jørgen. Cuántas veces la he abierto tras subir a escondidas en calcetines, con todo el sigilo posible, angustiosamente consciente de que no hay crujido de la escalera que no se oiga en los cuatro apartamentos. Percibo a mi espalda el ruido seco de la cerradura y me vuelvo a mirar. Jamila no suele cerrar nunca con llave.

Para bajar tengo que pasar por delante de la puerta de Jørgen y hago lo que puedo por evitarla pegándome al pasamanos. Un charco de sangre. A

menudo he subido con ansiosa prisa para abrir esa puerta, pero más de una vez lo he hecho con mala conciencia. Sobre todo hacia el final, como con una desgana acompañada de un deseo de hacer lo correcto, y una voz tenue y apagada que decía: déjalo estar. Vuelve a casa. Piensa en los tuyos. Argumentos todos ellos inservibles para poner freno al deseo. Y también hubo veces en que fue escasa la satisfacción allí encontrada. Y ahora todo eso ha terminado de manera irrefutable. No tengo que pensar más en ello.

Ya en casa, apoyo la espalda en la puerta de entrada. ¿Siento acaso también cierto alivio? Ya no está. Se ha acabado y esta vez no hay vuelta atrás. ¿No hay una cierta liberación en ello? Con él todo ha terminado. Ha dejado de ser algo en lo que pensar. Cierro los ojos. Trato de respirar de manera tranquila y controlada. Sí, francamente, también eso es cierto. Pero es algo que no le puedo decir a nadie. Ni yo misma debería pensarlo. La muerte de Jørgen es una tragedia y eso es todo cuanto se puede decir.

La mujer policía de la cámara no está en el jardín. Puede que ahora esté detrás de la casa. La planta superior permanece en silencio; da la impresión de que la policía se ha marchado de allí, y Merete probablemente se haya ido a otro sitio, ahora que su apartamento es la escena de un crimen. Acostumbra a estar en casa durante la jornada. Cuando yo me encontraba de permiso por maternidad, solía oírla arriba, con sus pasos suaves y rápidos. Oía también a sus alumnos al piano, notas vacilantes, o rápidas y bien tocadas, o disonantes. De vez en cuando era la propia Merete la que se ponía al piano, y nunca me quedaba la menor duda de cuándo era ella quien tocaba: el aplomo con que lo hacía era solo suyo. Las notas volaban sin esfuerzo en un encaje impecable. A veces toca cuando está a solas, por regla general los grandes compositores: Debussy, Chaikovski, Bartók... Una vez la escuché tocar a David Bowie. Ejecutó *Life on Mars* como si fuera una obra de música clásica. Me hizo gracia. Hace poco la oí ensayar *La ópera de dos centavos*, con los acordes hondos y sugerentes de Kurt Weill, a través de las paredes del cuádruplex, y el sonido era completamente distinto al que se percibe en el gimnasio del Bakkehaugen. Cómo llegó a ser Merete la pianista oficial de la obra es algo que desconozco. Puede que hablara con el joven director en la asamblea de padres de agosto, o tal vez se lo propusiera él después. Dudo que fuera ella quien se postulara. Algo en ella me hace pensar que nunca pide nada, que todo se le ofrece y que le corresponde a ella el privilegio de escoger, de decir sí o no, gracias.

El director ha estado aquí en un par de ocasiones. En una de ellas lo vi desde la ventana, y en otra me lo encontré en la escalera. Llevaba encima un montón de papeles; partituras, quizá, o el borrador de un libreto. Tampoco sé si se entendían bien. Merete, discretamente altiva y profesional hasta las uñas, no tiene tiempo para simpatías ni antipatías, pero creo haber percibido algo en su mirada en alguno de los ensayos de fin de semana, cuando Gard habla largo y tendido sobre la interpretación de la obra.

«En definitiva, la pregunta es si Mack es una mala persona —comentaba—; y si lo es, ¿es por su culpa o es acaso una víctima de las circunstancias? Y

en cualquiera de los casos, ¿es justo que muera por sus pecados? ¿Qué fechoría es tan terrible para que el malhechor merezca la muerte?».

Merete estuvo esperando a que terminara. Su rostro era de una neutralidad irreprochable, y sin embargo me pareció distinguir que torcía algo los labios, que había un discretísimo fruncir de las cejas, como si pensara: «¡Por Dios, vaya pedante!». Sea como sea, nadie podrá acusarla de haberlo expresado.

Pronto hará un mes desde que estalló la polémica por *La ópera de dos centavos*. Empezó con un airado correo electrónico de la madre de una alumna de tercero, que había leído en el libreto que a su hija le tocaba hacer de prostituta. En el libreto, el papel de su hija figuraba como «puta», algo que la madre encontraba difícil de aceptar: «¿Qué opinión nos merece esto en verdad? —escribió—. ¿Es esto aceptable para una obra teatral de colegio?». Un grupo de padres se movilizó de inmediato, y con ello llegó una avalancha de correos. En un interminable hilo de debate electrónico, se dijo que era una indecencia, quién sabía si además resultaba dañina. Frágiles adolescentes verían su sexualidad puesta en venta, y eso en el colegio, escribieron algunos. La madre de Saga envió una ferviente nota que incluía un enlace a su crónica sobre las presiones que padecen las jóvenes de hoy. Otros eran más comedidos: *La ópera de dos centavos*, cabe recordar, nos presenta un mensaje sobre las condiciones sociales en las que prospera el mal, indicó un padre que trabaja para un *think-tank* de izquierdas. ¿Acaso nuestros privilegiados hijos no necesitan saber por qué la pobreza y la marginalidad son terreno abonado para la delincuencia? Una madre, catedrática en la universidad, escribió que la obra Brecht era, al fin y al cabo, literatura universal, y que el que la obra nos hiciera sentir incómodos, como toda buena literatura, era precisamente un argumento a favor de llevarla a escena. Aquellas aportaciones no fueron recibidas de buen grado: «¿De modo que a ustedes les parece bien que niñas de doce años representen el papel de prostitutas?», contestó alguien, tras lo cual se presentaron los argumentos más duros: «¿Debemos entonces esconder las duras realidades de la vida a nuestros hijos, sabiendo que hay en el mundo sitios donde se vende a preadolescentes en matrimonio o como esclavos sexuales? ¿Hemos de ponerle mordaza a la libertad de expresión?», escribió Jørgen, quien por lo general pasaba de lo que sucedía en el colegio, pero que en esta ocasión se había lanzado al debate. En cualquier caso, estaba de lo más orgulloso de que su hija fuese a interpretar el papel de «Jenny, la de los bodegones» y de que cantara una canción sobre los estragos que puede ocasionar a una joven verse sometida a la explotación de un chulo.

Llegados a este punto, se apeló a la intervención del consejo escolar. Nina Sparre, exaltada y atemorizada a la vez por el conflicto, me interceptó por la escalera para preguntarme qué opinaba yo de la polémica desatada por la obra en el colegio. ¿Que qué opinaba? Opinaba que entre unos y otros habían exagerado el problema de forma desproporcionada, y que ni era algo tan importante como algunos afirmaban, ni tan dañino como otros sostenían. Y aunque nunca se lo confesé a Jørgen, sentí un secreto alivio cuando el consejo escolar impuso su criterio y resolvió que la pieza de Brecht sería modificada, de modo que Emma ya no saldría a escena a representar a una puta. Gard estaba desesperado y buscó aliarse con los padres que consideraban que la obra debía dejarse tal cual; pero, después de todo, optó por lo práctico y accedió a que las prostitutas fueran bailarinas y a sacar del libreto alguna que otra canción, entre otras *La balada del chulo*, la que Filippa Tangen tendría que haber cantado.

Merete no se pronunció sobre la polémica en ningún momento. De todos los progenitores, fue ella la que trabajó en más estrecha relación con Gard, y puede que él le pidiera su opinión; aun así, si le brindó su apoyo, nunca lo hizo en público. Ella es una experta en arte, y sus gustos son sorprendentemente modernos si se piensa en su elegante medida. Con todo, no me habría sorprendido de que ella, igual que yo, hubiese sentido un cierto alivio con los cambios impuestos al papel de su hija. En los ensayos posteriores al debate presentó la misma espalda erguida de siempre, pero no recuerdo haber vuelto a ver a Gard por Kastanjesvingen después de la reescritura del libreto, así que puede que se sintiera abandonado por ella.

El coche de la televisión sigue aparcado en la calle. Lo veo desde mi ventana. El manzano ha perdido su follaje y sus ramas se alzan al cielo. Es hora de podarlo. El verano pasado Jørgen y yo pasamos algún que otro rato leyendo sentados en el banco que hay a su sombra. Eso fue antes de que hubiera algo entre nosotros. Hoy parece un banco diferente. Es por el otoño, creo yo. Es por el otoño, y no porque Jørgen esté muerto.

Jørgen está muerto. Es algo muy difícil de entender. ¿Tengo derecho a estar de duelo? Ahora que lo pienso siento envidia de Jamila. Ella puede llorar por Jørgen; ella sí que tiene derecho. Para ella no es nada complicado. Yo, en cambio, tengo que controlarme. Puedo estar triste, pero no demasiado, sobre todo en presencia de Åsmund. Pobre Åsmund, él no ha hecho nada malo. Él no tiene ningún problema, no me ha rechazado. Puede que hayamos

tenido algunas dificultades, pero nunca han sido graves, nada que no le pase a cualquier matrimonio. El problema nunca ha sido él.

Cuando tenía veintipocos años, viví en un piso compartido con mis amigas. Ellas eran todas solteras y a veces yo envidiaba sus aventuras. Cada noche encerraba la posibilidad de conocer a alguien. Una boca nueva que besar, un cuerpo que desnudar, y al día siguiente una nueva historia que contar en la vivienda compartida. Pero era habitual que las historias trataran sobre lo que había salido mal: tipos que les daban plantón, las dudas e inseguridades cuando alguna se preguntaba en qué había metido la pata.

Y luego estaban los raros, los medio locos y los egocéntricos, por no hablar de los que daban miedo, los que rayaban en lo peligroso. A esto se sumaban las malas rupturas, las anunciadas por un mensaje de texto o por medio de un amigo, o las que no se anunciaban y punto, los enamorados que desaparecían sin más. Yo escuchaba sus historias y daba mi opinión y consuelo. Me guardaba para mí lo agradecida que estaba de tener a Åsmund, que no dejaba mensaje sin respuesta, que era normal y de fiar, y a quien yo amaba. ¿Valía la pena dejarlo por aquello?

La insatisfacción viene y va en oleadas. A veces las cosas iban bien, otras no tanto. A veces fantaseaba con conocer a alguien, a cualquiera. Un hombre sin rostro, sin pasado ni futuro; alguien con quien follar en los lavabos de la biblioteca, o a escondidas, en un alto del camino a casa al volver del centro. Pero nunca lo hice. Hubo alguna que otra ocasión que pude haber aprovechado. Nadie se habría enterado. Podría haberme quitado las ganas y luego habría vuelto a casa y a Åsmund; habría seguido adelante con nuestra vida de pareja y sin pensar más en ello. Pero nunca lo hice. Para mí aquello era una línea roja que, si cruzabas, no cabía vuelta atrás. Y a la hora de la verdad, no era mi estilo, así que siempre retrocedí antes de que las cosas llegaran demasiado lejos.

Åsmund está en casa cuando Lukas y yo llegamos de la guardería. Está en la cocina. Lo veo desde el jardín. El apartamento huele a carne picada y cebolla.

—Hola —digo desde la entrada con voz un poco temblorosa.

—Hola —grita él desde la cocina.

¿Está de buen humor? No más que de costumbre, pero es precisamente eso lo que me provoca una punzada en el pecho: Åsmund es el mismo de siempre. Lukas corre hacia donde se encuentran sus juguetes en el salón. Voy a la cocina y veo a Åsmund de espaldas, delante de los fogones. No me ha oído entrar, no sabe que estoy detrás de él y lo miro un momento mientras abre un armario para buscar algo; luego vuelve a ponerse delante de la sartén y coge un cucharón para remover la carne. Mientras lo hace, tararea; ninguna canción en particular, con su tono habitual. Recuerdo esa forma de tararear durante los días de mi vida en el piso compartido. Åsmund había pasado la noche conmigo allí y estaba preparando unas tortillas francesas para un desayuno colectivo. Las chicas no le escatimaron los elogios y yo les dije que parasen, que no había que exagerar, que luego se lo creía. Reconozco haber disfrutado de su envidia: yo tenía algo que ellas deseaban.

Se vuelve y me ve:

—¡Anda! —dice—, estás aquí.

—Sí.

—¿Pasa algo?

—No.

Me contempla sonriente, como tratando de subirme el ánimo. El tierno de Åsmund, siempre queriendo verme feliz. Sé que a veces me ha sacado de quicio, y hasta se lo he dicho: «¿Por qué tienes que ser siempre tan bueno conmigo? ¡Joder! Haz lo que quieras y déjate de tanta deferencia». Pero al verlo ahora no logro entender esa reacción por mi parte. ¿Acaso hay mayor prueba de amor que esta: día tras día, año tras año, haciendo de todo para que el otro se sienta bien?

Me mira y creo que va a hablar de Jørgen; se nota que está pensando en él, con ese ceño. Pero luego se relaja y pregunta:

—¿Me estabas mirando el culo?

Se gira y lo menea a izquierda y derecha. Me río, un poco forzada.

—Pues sí. Me has pillado.

Me sonrío por encima del hombro. Su cabello castaño tiene ahora algo de gris en las sienes. Siempre que pienso en Åsmund lo veo como si tuviera veinte años, pero también él se está haciendo mayor.

—Pues mira y no te cortes —dice—. Es todo tuyo.

Sin que lo vea venir, se me hace un nudo en la garganta, como si estuviera a punto de echarme a llorar de forma súbita y desconsolada. Sin decir nada, me marcho de la cocina, cruzo el salón donde Lukas busca juguetes en la caja y sigo hasta el baño. Cierro con llave y me detengo ante el lavabo. Abro el grifo para que el ruido del agua cubra mis sollozos, como la última vez. Espero. No me viene. Me esfuerzo. Frunzo el ceño, pongo cara de llorar. Nada. ¿Habré olvidado cómo se llora?

Regreso al salón.

—No saques todos los juguetes, Lukas —le ordeno sin convencimiento.

Demasiado tarde: acaba de dar la vuelta a la caja; tendré que decirle algo. Åsmund se asoma desde la cocina.

—¿Va todo bien, Rikke?

¿Que si va todo bien? No tengo ni idea.

Arriba hay cada vez más gente. Sentados en el salón frente al televisor, Åsmund y yo oímos las pisadas por la escalera. De tanto en tanto baja alguna persona, pero son menos que las que suben. El vehículo del canal de televisión ya no está, pero han llegado dos más, uno de un periódico sensacionalista y otro de un canal televisivo. Estamos viendo una serie de Netflix. Åsmund quiere poner las noticias, pero yo me niego.

—¿Estás segura? —pregunta—. Mira que igual sale nuestra casa.

—Eso es precisamente lo que no quiero —respondo. Y él se encoge de hombros.

Lukas duerme. Emma está en su habitación, ocupada con sus cosas. Está de mal humor. Se ha pasado toda la cena callada y con cara de pena; apenas si ha respondido a lo que se le preguntaba. Por lo general es más amable con Åsmund que conmigo. Cuando Åsmund se mete palillos chinos en la boca para simular que tiene colmillos o se pone a tocar la batería con los cubiertos, Emma se echa a reír como cuando era niña, con un brillo de auténtica alegría en la mirada. Eso conmigo no lo hace. Puede que tampoco yo haga tantas payasadas. No sé qué puede estar haciendo en su cuarto. Quiero y no quiero averiguarlo.

Cuando las pisadas se vuelven muy escandalosas justo encima de nosotros, ambos miramos al techo.

—¡Hay que ver qué dedicación le ponen! —comenta Åsmund en una de esas.

Pero aparte de eso no comentamos nada. Es como si, mientras no hablemos de ello, no tenga nada que ver con nosotros. Y de alguna manera es así: lo que ha sucedido en la casa de arriba no tiene nada que ver con nosotros, pero a mí se me eriza la piel igual. ¿Por qué habré subido allí el sábado? Y sigo sin contarle a la policía lo del mensaje de texto. Podría haber llamado hoy, al volver del trabajo, o al bajar de casa de Jamila. No tiene ninguna lógica, esta reticencia mía. Es incluso imprudente.

Oímos que alguien baja la escalera, pero esta vez los pasos son más suaves. También voces, pero solo el sonido, no las palabras. Un hombre y una

mujer. Ya están en nuestro rellano, y entonces oímos que alguien llama a la puerta.

Me pongo en pie de un salto, como si hubiese estado esperando este momento, aunque no es así, pero reacciono tan solo oír los golpes y ya estoy casi en la puerta antes incluso de que dejen de llamar. Åsmund me mira perplejo, pero no dice nada, y mientras me acerco a la puerta siento eso en el estómago. Me tiembla la mano que extendo hacia el tirador.

Son Robin y una mujer. Él va de uniforme; ella no, pero salta a la vista que es policía, y la reconozco al instante.

—Hola —dice Robin—. ¿Podemos hablar un ratito?

—¿Ingild? —pregunto, y su mirada de profesional se transmuta en ojos de sorpresa.

Me mira desconcertada. La he sorprendido, y eso que no parece ser de las que se sorprenden a menudo.

—Soy Rikke —digo—, amiga de Hege. ¿Te acuerdas?

Ahora sonrío. Y es una sonrisa amplia y amistosa.

—Ah, sí —replica—. Rikke. Ahora caigo. Hola.

Me tiende la mano. De no haber venido por trabajo, me habría dado un abrazo y habría resultado de lo más natural.

Cuando teníamos veintidós años, mi amiga tuvo durante un breve periodo una relación lésbica. Fue entonces cuando Ingild Fredly apareció en nuestra comunidad. Era policía. Usaba un chaquetón de cuero y tenía una moto. Era el estereotipo de mujer con quien tendrías una experiencia lésbica si te animabas a hacerlo una vez en tu vida. Ella tenía treinta años; Hege, veintidós, y le daba la razón a su pareja en todo. No había día que Ingild diera su opinión sin que Hege se mostrase de acuerdo, y no me parecía Ingild de las que agradeciesen tan absoluta devoción. Aquella historia duró solo un par de meses, pero en aquel tiempo solía venir a casa. Se sentaba a la mesa de la cocina a tomar café por la mañana y cerveza por las noches. Era de un pueblo de casas dispersas del norte, me acuerdo. Una vez nos contó que los chicos del pueblo, cuando se hacían fiestas, se ofrecían a llevar a las chavalas a sus casas a cambio de que les hicieran una felación. Recuerdo que aquello me había resultado chocante y que Ingild había dicho, de lo más lacónica, que al menos era una buena razón para tener moto.

—¿Cómo te va? —le pregunto, como si nos hubiésemos encontrado en circunstancias distintas, de visita en casa de alguien, o por amigas comunes que no sabíamos que ambas conociéramos.

—Muy bien —contesta—. Aquí, trabajando y tal. ¿Y a ti?

—Bien —digo—. Vivo aquí.

Echa un vistazo adentro y sonríe.

—¿Tienes niños?

—Dos. Chica y chico. Trece y cuatro.

—Ya —dice, y señala con los ojos a la carpeta que lleva en las manos—. Lo he leído aquí.

Las dos miramos la carpeta y ambas nos damos cuenta de que no nos hemos encontrado casualmente por amigas comunes, sino que esta es una situación en la que se espera otra cosa de nosotras. Nuestras sonrisas se desvanecen, reemplazadas por expresiones diferentes: la de ella, profesional; la mía, de reserva. Es extraño, como si las palabras amables y superficiales que hemos intercambiado siguieran flotando en la entrada. Robin nos observa a una y otra con curiosidad.

—Estoy a cargo de esta investigación —anuncia Ingvild con voz más grave y dominante—. Me gustaría hablar con vosotros dos. ¿Podemos pasar?

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Åsmund y yo juntos. Ingvild y Robin al otro lado. Ingvild se aclara la garganta:

—¿Nos podéis hablar de vuestra relación con los vecinos? —pide—. Me refiero a si conocíais bien a Jørgen y Merete Tangen.

—Pues —dice Åsmund mirándome—, ¿qué te puedo decir? No mucho, ¿no?

El corazón me late rápido y fuerte, pero me tengo que controlar. Tengo que representar el papel de vecina corriente y moliente, como si hablásemos de Saman y Jamila, o de Nina y Svein.

—Era una relación normal de vecinos —afirmo. Consigo proyectar la voz. Como si yo misma me lo creyera.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta—. ¿Os hacéis visitas? ¿Quedáis para cenar o vais juntos de vacaciones?

—En verano comemos juntos en el patio de vez en cuando —explico—. Y hacemos todos los años una especie de encuentro entre todos los miembros de la comunidad. Pero, aparte de eso... Hemos ido a cenar a su casa solo una vez, ¿verdad? —Åsmund asiente—. Y de eso hace dos años —añado.

Robin lleva las notas.

—Y ¿aparte de eso?

Hago como si hurgara en mis recuerdos.

—Los niños van al mismo colegio —respondo—. Nuestra hija está en la misma clase que la de ellos, así que, ya sabes cómo es, hay reuniones de padres y... —Se me seca la garganta. Me la aclaro—. Y están ensayando una obra. *La ópera de dos centavos*. La estrenarán antes de las Navidades, y, como actúan las dos y los padres echamos una mano, pues sí, nos vemos de vez en cuando.

Estoy segura de que hay recibos de los hoteles en los que hemos estado. En su bandeja de entrada tiene que haber información, o en la de los hoteles; y se verá que hemos compartido habitación.

—¿Nada de viajes o cosas así? —pregunta Ingvild, como si lo adivinara.

—No —digo como si nada.

¿Lo has encontrado ya? ¿Reservas de vuelos o los correos que nos hemos escrito urdiendo nuestros planes? Ingvild baja la mirada a su bloc de notas y dice:

—Hubo un viaje a una casa de campo. A finales de verano. A ver, ¿del veinticuatro al veintiséis? ¿A Beitostølen?

—Ah —dice Åsmund sorprendido—. ¿Aquel viaje de los tíos?

—Sí —contesta Ingvild.

Robin añade:

—Por lo visto, fuisteis Jørgen Tangen, Saman Karimi, Svein Sparre y tú, ¿no?

Siento que el aire se me escapa de los pulmones, lento y silencioso.

—Sí, así es —replica Åsmund—. De las fechas no estoy seguro, pero sí que fuimos los cuatro, y bien pudo haber sido a finales de agosto.

Ingvild dice:

—¿Nos puedes hablar de ese viaje?

Åsmund la mira perplejo, luego a mí y de nuevo a ella.

—No sé qué te puedo contar. Subimos un viernes a la salida del trabajo; nos preparamos la cena y poco más. El sábado salimos a caminar un buen rato, y después de eso nos metimos en la sauna. Eso es, tienen una sauna que no veas, grandísima. Es el chalé de Svein. Él era el anfitrión. Luego cenamos y nos tomamos un par de cervezas. Al día siguiente dimos un paseo corto. Después lo recogimos todo y nos marchamos. Jørgen iba con Saman, y yo en el coche de Svein.

Robin toma notas mientras Åsmund habla. El boli vuela en la hoja del bloc. Åsmund mira a uno y otro agente como preguntando si es eso lo que quieren saber.

—Y eso es todo, supongo —acaba—. No creo que haya mucho más que contar de aquel viaje. A menos que... ¿se trata de algo en particular?

—¿Se produjo alguna desavenencia durante esas noches? —pregunta Ingvild.

Hay algo eficiente y profesional en su tono. Me pregunto si es resultado de nuestras veladas juntas, de nuestras charlas regadas con cerveza o de nuestro afable diálogo de hace un momento en la puerta. Me imagino que se autoimpone mostrarse severa, dejar a un lado nuestra relación personal. O tal vez sea así en todo momento. Es una profesional, de eso no cabe duda, pero su actitud no es muy cálida que se diga. Siento que me zumban los oídos otra vez. El mensaje en el teléfono de Jørgen. Imágenes de la cámara de seguridad a la entrada de su trabajo en las que se nos ve a él y a mí entrando a altas horas de la noche cogidos de la mano.

—¿Una desavenencia? —Åsmund frunce las cejas como quien mira muy lejos, y entonces comenta—: Ah, ¿te refieres a la discusión del sábado por la noche? Pues, a ver, sí que estuvimos discutiendo sobre, bueno, ya no recuerdo sobre qué. ¿De las vacunas, puede ser? Jørgen opinaba una cosa y Saman otra, y la cosa se calentó un poco, pero nada más. Nada desagradable. Habíamos bebido un montón, y ya sabéis cómo es eso. Para nada queríamos... —Y guarda silencio—. ¿Eso es lo que estáis pensando? ¿Que lo ha matado alguno de nosotros?

Ingvild no responde, sino que dice:

—¿Qué nos podéis decir de los otros vecinos? ¿Qué tipo de relación tenéis con ellos?

—Nina y Svein Sparre ya vivían aquí cuando llegamos nosotros —informo—. Son los... qué digo, su hijo tiene unos dos años más que nuestra hija mayor, pero no van al mismo colegio. A ellos los vemos en el jardín o en la escalera, pero nada más. Nina es la subdirectora del colegio, así que me la habré encontrado allí un par de veces. Y Åsmund está en la junta que administra la comunidad de vecinos, como ella.

—Así es —confirma Åsmund.

—Saman y Jamila llegaron, a ver, hará cosa de año y medio —continúo—, poco más o menos. A él no lo conocemos muy bien, por lo menos yo. Pero a Jamila la trato más. Nos hemos visto fuera de casa un par de veces en un café y en sitios por el estilo.

—¿De qué habláis cuando quedáis? —quiere saber Ingvild.

Y recuerdo la charla de hoy: a Jamila inclinada sobre la mesa, diciendo con vehemencia que hay algo maligno en este vecindario. Y su descripción

del charco de sangre.

—Pues qué sé yo, de esto y de aquello. De la vida y eso. Ella me habla de su trabajo y yo le hablo del mío.

—Y ¿en qué trabajas tú?

—Soy investigadora en un centro adscrito a la universidad. Hacemos estudios sobre actitudes frente al clima y el consumo sostenible.

—¿Te encuentras a gusto allí?

—Mucho.

¿Lo pregunta como agente de policía o como vieja conocida? Vuelve a examinar su bloc de notas y no parece muy interesada, pero sí menos hostil que hace un instante. Alza la mirada; se vuelve a Åsmund y pregunta:

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Soy informático en la Dirección de Educación Primaria y Secundaria —contesta.

—Vale. Muy bien. Necesito que hablemos de la noche del viernes —indica con la vista puesta en su cuaderno—. Vamos a ver... —Mientras, pasa páginas o se detiene a leer. Nosotros estamos a la espera—. Me dice Robin que tú —y contempla a Åsmund— volviste a casa con Lukas, vuestro hijo, ¿correcto?, hacia las cuatro y media, y que vuestra hija, Emma, llegó media hora más tarde, ¿correcto?

—Sí —contesta Åsmund con voz grave.

—Y ¿tú volviste algo después? —me pregunta.

—Sí.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Serían las cinco y media, o un poco antes.

Miro a Åsmund, quien de inmediato pone cara de concentración. Quiere ayudarme.

—¿Abriste la puerta de entrada con el código? —inquire Ingvid.

—Sí. Es lo único que usamos. Ya no usamos llave. Cada uno tiene un código.

—Aparte de los que vivís aquí, ¿hay alguien que se sepa el código?

Åsmund y yo nos miramos.

—No —niego—. Nadie. ¿Verdad?

—No que yo sepa —añade Åsmund.

—Así que ambos volvisteis del trabajo el viernes por la tarde —recapitula Ingvid—. ¿Salisteis esa noche?

—No —respondemos Åsmund y yo casi al mismo tiempo.

—¿Estáis seguros?

—Sí.

Me aclaro la garganta.

—Sí. Estuvimos en casa toda la noche. Vimos una película. Bueno, yo, media película. Me fui a la cama antes de que acabase. ¿Tú te quedaste mucho más?

—Una hora más o así —indica Åsmund como disculpándose, como si hubiese algo de sospechoso en irse a la cama a las diez un viernes.

—¿Y los niños? ¿Emma?

—Me asomé a su habitación antes de irme a la cama —dice Åsmund—. Estaba dormida.

—¿Tenéis una escalera de mano en la casa?

Åsmund y yo nos miramos otra vez.

—¿Una escalera? —repito.

—Debe de haber una en el trastero —dice Åsmund—. Hace un par de años hubo que cambiar unas tejas rotas en el tejado. La usaron para eso.

Ingvild hace unos gestos de asentimiento y cierra de golpe su bloc de notas.

—La situación es la siguiente —explica—: El cadáver del hombre hallado en el apartamento situado sobre el vuestro pertenece a Jørgen Tangen. Supongo que eso ya os lo habréis imaginado. Aún no ha sido formalmente identificado y llevará algo de tiempo hacerlo, pero no tenemos razones para dudar de que sea así. También podemos afirmar con certeza que fue asesinado. Presentaba un corte largo en la garganta; lo más probable es que muriera desangrado en cuestión de minutos.

Un charco de sangre. Cuando estábamos en secundaria nos llevaron en autobús a una finca cerca de Hønefoss para mostrarnos cómo se producen los alimentos que comemos. El granjero nos condujo a la porqueriza y allí nos contó, con tono satisfecho, que, cuando era pequeño, a veces se sacrificaba a los cerdos de un tajo en la garganta para que brotara la sangre. Aquello nos inquietó. Algunas de las chicas hicieron gestos de estremecimiento y hubo muecas de asco. Åsmund, que no soporta ver sangre, palideció al instante y fue a sentarse fuera del establo. Yo recuerdo haber sonreído al pensar en aquellos niños de barrio bien enfrentados al origen de sus salchichas, pero lo cierto es que durante el regreso a casa en aquel autobús se notaba cierto desasosiego entre nosotros.

—Comprenderéis que, a partir de ahora, se van a abrir diligencias para una investigación sobre un asesinato. Esta noche daremos una rueda de

prensa, y es por eso por lo que estamos poniendo a los vecinos al corriente. No me cabe duda de que os hacéis una idea de la gravedad del caso.

Dicho esto, nos mira a uno y a otro con gravedad, como si nosotros fuéramos niños, y ella, una tía muy severa.

—De modo que es muy importante que nos lo digáis todo de forma exacta. ¿De acuerdo?

Ambos asentimos. Ingvild rebusca en un bolsillo de su chaquetón de cuero y saca un papel que deposita en la mesa.

—Os dejo mi tarjeta. Si se os ocurre algo, no dudéis en poneros en contacto conmigo.

Asentimos de nuevo. La tarjeta se queda en la mesa; parece como si brillara, y yo pienso: Esta es mi puerta de salida. Tengo que hablar con Ingvild. Contárselo todo.

Antes de salir de casa, Ingvild mira a su alrededor y comenta:

—Muy coqueta vuestra casa.

—Gracias —respondo.

—Muy acogedora. Y cálida.

Ya en el vestíbulo, se ponen los zapatos, se despiden de nosotros y se marchan. Apenas se ha extinguido el eco del portazo, Åsmund me mira y dice:

—¡Vaya por Dios! ¿Te puedes creer que esto haya pasado de verdad?

Aprovecho que va al retrete y le tomo una foto a la tarjeta. Entro al baño y abro el grifo, como si me estuviera cepillando los dientes. Marco su teléfono y le escribo un mensaje: «Hola otra vez. Hay un par de cosas que no he mencionado cuando habéis estado aquí. ¿Podemos hablar mañana? Saludos, Rikke». Pulso el botón de enviar sin pensármelo dos veces para no darme tiempo a cambiar de idea. Hecho esto, me siento en el suelo del baño y noto que las baldosas me calientan el cuerpo. El teléfono está en modo silencio. Veo que ha recibido mi mensaje porque justo debajo pone «Leído 21.32». Minutos después de haberlo enviado. Pero no responde.

La respuesta llega ya bien entrada la noche. Por supuesto, no me he dormido. Es medianoche pasada y voy de un lado a otro por la casa, incapaz de relajarme. Me siento al ordenador pensando en la posibilidad de buscar noticias de Jørgen en Google, pero prefiero no hacerlo, temerosa de lo que

pueda encontrar. Un tajo largo en la garganta, un charco de sangre. Por fin me decido y lo hago. Encuentro en primer lugar los artículos que ha escrito, titulares y párrafos introductorios, y también la foto de él como autor de los artículos. La miro. Un hombre apuesto de cuarenta y tantos en el momento de la foto. Cabello rizado, cejas altas, mirada intensa. Visto así podría ser cualquiera. El rostro de Jørgen cobraba vida cuando hablaba, pienso. No es que no fuera guapo, pero era sobre todo su forma de ser lo que lo hacía tan atractivo.

El teléfono vibra y yo doy un respingo. Tengo los nervios tan a flor de piel que estoy sentada en el borde de la silla, lista para huir a toda carrera. «¿Te va bien mañana a las diez?», pregunta Ingvild. Nada más. «Sí — respondo—. ¿Dónde quedamos?». Pasa media hora y es casi la una cuando responde. Solo el nombre de un café del que no he oído hablar, pero lo encuentro en internet. Queda en el centro.

«Muy bien —escribo—. ¡Hasta mañana!».

No responde a esto último. Releo sus escuetos mensajes. No creo que pueda considerar a Ingvild Fredly amiga mía.

—Fin de semana tranquilo —me anuncia Jørgen.

Está subiendo el camino de piedra que cruza el jardín con una bolsa de papel de una exclusiva tienda de alimentación en la mano. Ahora que se aproxima, anda más despacio.

—Sí —digo—. Bueno, tan tranquilo como cabe esperar. Åsmund está de viaje. Estoy sola con los niños.

Los dos reímos.

—Entiendo —asiente.

Lukas está jugando cerca de la terraza. El rojo brillante de su parka destaca en el blanco inmaculado y suave de la nieve. Ya oscurece, pero incluso con esta luz tenue resulta imposible no verlo en contraste con el fondo de blancura.

—Y tú, ¿qué hay de nuevo? —pregunto.

—Nada. Un fin de semana de paz. Merete se ha llevado a Filippa al chalé. Estoy solo en casa.

Y se le dibuja una gran sonrisa, pero enseguida se pone serio, como si de pronto cayera en la cuenta de que podría no parecer apropiado mostrarse tan contento de que su familia esté fuera de casa todo el fin de semana.

—Ya veo —contesto, y aparto delicadamente la mirada para señalar que no he reparado en su desconsiderada alegría—. ¿Algún plan interesante?

—No —dice—. Estaré trabajando. Estoy escribiendo un libro. Bueno, lo que espero que sea un libro.

—¡Ah! ¿Sobre qué?

Sonríe y contempla al niño de rojo en la terraza.

—Sobre Afganistán —responde—. Me interesa mucho Afganistán.

—¡Ay! —Me río—. Afganistán.

Nos quedamos un rato allí, parados. Da la impresión de que Jørgen trata de iniciar una explicación; contar qué es lo que le gusta del país, bien sea su naturaleza, su gente o su cocina, o tal vez vaya a hablar sobre la importancia geopolítica del país. Allí estoy yo, aguardando su comentario, y entonces dice:

—Sube si quieres y nos tomamos un vino, si te aburres ahí abajo. Prometo no darte una larga conferencia sobre Afganistán. Al menos, intentaré no hacerlo.

—Gracias —digo, y suelto una risita.

Luego se despide y sigue su camino. La puerta del portal se cierra de golpe a sus espaldas y yo me doy la vuelta para mirar a mi hijo en la nieve. No puedo evitar sonreír. Quiere que suba a su casa. No lo haré, claro que no, pero, con todo, me siento halagada.

Pasé toda la tarde dándole vueltas en la cabeza a aquella invitación: mientras los niños veían la tele y yo cocinaba, durante la cena, mientras le cepillaba los dientes a Lukas, al meterlo en la cama y durante el rato que pasé acostada a su lado, en bendito silencio, en su estrecha camita, esperando a que se quedara dormido. La cosa no iba más allá. Una copa de vino y un poco de charla con un vecino. Ya me había tomado alguna copa de vino con algunos vecinos antes; con Saman, y también con su mujer. No me sorprendió cuando Merete nos invitó a cenar con ellos. Pero esto era otra cosa. De eso estaba segura. Había algo en aquella invitación que no tenía nada de ambiguo. Puede que no pasara nada si subía. Pero había algo diferente en su propuesta en el momento en que la hizo.

Emma y yo vimos una película juntas. Ella se pasó el rato jugueteando con su teléfono y apenas le prestó atención a la historia. Al acabar la peli se fue directamente a la cama. Recogí la cocina y el salón. Me asomé a la puerta entornada de la habitación de Emma, y al oír su respiración tranquila y regular empecé a preguntármelo en serio.

¿Y si subo?

Es hora de que te comente que Åsmund es el único hombre con quien he estado en toda mi vida. No sé si te habré contado cómo nos conocimos; quizá te lo haya contado él. Estábamos en bachillerato. En primer año, fíjate tú. Llevamos juntos desde que teníamos dieciséis años. Y ahora solo me quedaban unas semanas para cumplir los treinta y nueve. Si alguna vez me pareció un poco triste haber estado con un solo hombre en toda mi vida —y sí que me lo parecía—, había llegado el momento de hacer algo al respecto.

Me había dicho que era algo que hacía por mí. Que no tenía nada que ver con Åsmund. Es cierto que habíamos pasado unos años duros: la muerte de su padre, y los primeros años de Lukas. Pero todo estaba mejorando. Y sí, al cabo de décadas de convivencia, algo pasa. Añádele unos niños a la ecuación,

sin olvidar una gravosa hipoteca y unos empleos exigentes; la falta de tiempo, las pequeñas disputas por el reparto de las tareas domésticas y los montones de ropa por lavar. Sí, todo eso es cierto, pero ¿no lo es para todo el mundo? ¿Verdad que sí? No. No es eso. Es solo algo que necesitaba hacer. Es lo que me decía. Un tropiezo antes de sentar cabeza. O antes de que fuera demasiado tarde.

Pero recuerdo los retortijones que sentía en el estómago al subir la escalera. Cómo me temblaba la mano antes de elevarla para llamar. ¿Me he vuelto completamente loca? ¿Habré perdido la capacidad de tomarme la vida en serio? ¿Es esto lo que se dice para esgrimir la pérdida de facultades mentales como circunstancia atenuante?

Abre la puerta.

—Has venido —dice, y parece sinceramente complacido, también algo sorprendido.

—Sí —replico, y me siento demasiado expuesta—. Sí. La verdad es que me aburría un poco.

—Pasa.

Había estado en su despacho, cuya puerta había quedado abierta. Fue allí donde lo encontraron, ya sabes. Llevaba una copa de vino en la mano. Ayuda a trabajar, dijo. De allí se fue a la cocina para traerme una a mí. A solas en el salón, miré a mi alrededor. Al no estar ella, se veía diferente. Menos foto de revista, más como él. Los olores, la luz, quizá también el desorden de su escritorio: el teléfono, el mando a distancia, una lata de tabaco. Nos sentamos en el sofá, cada uno con su copa. Ahora tocaba conversar. Ni el uno ni el otro dijo nada, y entonces nos aclaramos los dos la garganta al mismo tiempo y nos dio la risa.

—Habla tú primero —dijo él.

—No, no —contesté—. No era nada. ¿Qué ibas a decir?

Sonrió.

—Iba a hablarte de Afganistán, así que, por favor, empieza tú.

—No —repliqué—. Háblame de Afganistán.

¿Has leído lo que ha escrito? Nunca acabó el libro, claro. Pero ha redactado unas cuantas cosas sobre la historia y la política en Afganistán para semanarios, y si te los lees, verás cómo escribe. Parte de una crónica, que abre

como con un destornillador y aprovecha para dar entrada a doscientos años de historia afgana. Hablará de una familia que ha conocido, de cosillas que le cuentan de sus vidas cotidianas, de lo difícil que resulta encontrar a alguien que te remiende unos zapatos, por ejemplo. Y entonces, sin que te des cuenta, te ha metido en el relato de cómo los británicos trataron de someter el país bajo su control —sin mucho éxito, dicho sea de paso—; de cómo los muyahidines se enfrentaron a los rusos en los años setenta, y de ahí al régimen talibán, y a continuación a la belicosa red Haqqani. Vuela por las frases como en un juego de libre asociación, de modo que tienes que poner los cinco sentidos, porque es todo tan denso que no te quieres perder una sola palabra.

¿Cómo llevó una cosa a la otra? ¿Quién besó a quién?

De eso no quiero hablar. No es por ponerle trabas a la investigación, pero es que lo que ha ocurrido me ha pasado a mí también. Esta pena por él, que ya no está, también es mía, aunque no pueda reivindicarla. Hay recuerdos que son personales. Tal vez sea mejor que me hagas tú las preguntas, y las contestaré lo mejor que pueda. Lo que puedo decir es que me miró a los ojos antes de desnudarnos, que se apartó de mi boca, me acarició la cara y me dijo: —¿Estás segura de esto?

Y en aquel momento estaba segurísima. No fue que me dejara hacer. No fue algo que sucedió así, sin más. Yo elegí hacerlo, igual que él. Era algo que los dos queríamos.

Claro, una puede preguntarse si mereció la pena. Lo bueno que tiene que haber sido para exponerse a perder una casa y un hogar y una familia entera por ello, para que valiera el riesgo. Por no hablar de los posibles daños a los demás, a mi marido, a mis hijos. ¿Existe algo que pueda valer ese precio?

Pero luego, ya de vuelta en casa, me senté a la mesa de la cocina y me entró la risa tonta. Había imaginado tantas veces cómo sería estar con otro hombre. Lo había visualizado tanto que a la hora de la verdad me pareció imposible que fuera a ocurrir en la realidad. Aquello eran cosas que nos pertenecían a Åsmund y a mí, y pensaba que nunca podría hacerlo con nadie sino con él.

Para que luego resultara tan fácil. Como andar en bici. Vas y lo haces. Sueltas las piernas y que pase lo que pase.

Martes

Es uno de esos sitios con objetos pintorescos colgados de la pared. Utensilios de comunidades rurales de antaño presentados como ornamentación. Se ve tan estudiado que me pregunto si serán de verdad trastos antiguos, si se habrán usado alguna vez, o si no habrá empresas que se dediquen a fabricar copias baratas que luego compren hoteles y restaurantes para decorar sus paredes. Me puedo imaginar la página web, con *banners* que ponen ESTILO CAMPESTRE NORUEGO para anunciar salones para banquetes.

Llega tarde. Yo, en cambio, he venido pronto a propósito. He tenido demasiado tiempo para pensar en ello. He llamado al trabajo esta mañana para disculparme, decir que todavía estoy con jaqueca y necesito quedarme en casa. Después de llamar me he sentado a solas mientras el resto de los vecinos se marchaban. He oído cómo hacían crujir los peldaños, se gritaban *hastaluegos* en la escalera, daban portazos y caminaban con paso tan resuelto que hasta sonaban las losas al pie de la puerta del portal. Y luego ya nada. Casi no he dormido. Åsmund se ha llevado a los niños y he tenido todo el tiempo del mundo para preparar este encuentro; para pensar en lo que le voy a contar a Ingvild Fredly, en cómo presentarme ante ella.

Pero no he podido ir más allá. Tenía que venir antes. Para que así me encuentre sentada a una mesa al entrar. Para tomar yo la iniciativa; demostrar buena fe. Una quiere colaborar con la policía. Este es un caso serio, tal como nos dijo anoche con mirada admonitoria. Como si no lo entendiéramos. Como si no sintiésemos temor ninguno.

Paso el resto de la mañana delante del ordenador. En algún momento he pensado que podría avanzar algo en el trabajo, seguir con el plan de almacenamiento de datos para el nuevo proyecto. Pero no he podido con ello. En cambio, he vuelto a las búsquedas de Google de la noche anterior, todas sobre artículos de Jørgen. Escribió mucho sobre Oriente Próximo; algo sobre Rusia y Afganistán, y también sobre la República Centroafricana un par de años atrás. Los más recientes son sobre Noruega. Jørgen y una colega habían escrito, para un periódico de circulación nacional, una serie de artículos sobre

la corrupción en la industria de la limpieza, pero el grueso del artículo está reservado para los suscriptores, de modo que no he podido leerlo. Por lo que he alcanzado a leer, versa sobre blanqueo de capitales y *dumping* social. He logrado descargar la foto de los autores antes de que me lo impidiera el sistema. La de Jørgen es la misma que he visto la víspera, tomada hace un par de años.

La otra periodista se llama Rebekka Davidsen. Se la ve joven, como de treinta y pocos. Más joven que yo. Y guapa también, al menos en la foto.

Ingvild Fredly no llega hasta las diez y veinte. Entra como si fuera una parroquiana habitual. La veo de inmediato y la sigo con la mirada mientras se detiene y observa a su alrededor buscándome entre los demás clientes. El café no está lleno, pero entre los cubículos y la profusión de cacharros ornamentales lleva un tiempo reconocer el terreno.

Noto algo placentero al verla así: como si en la indefensión de su búsqueda se reinstaurase de alguna forma el equilibrio entre las dos; como si la detective mandona y de «vaya usted al grano» de anoche hubiese sufrido una leve perturbación.

Y en esto me encuentra:

—¡Qué bien que hayamos podido quedar aquí! —dice sentándose a la mesa. A continuación, me observa con una gran sonrisa; no se acerca para darme un beso, sino que me coge la mano y la mece entre las suyas con simpatía—. Luego tengo que subir a Tåsen, de modo que podría haberme pasado por tu casa, pero me ha parecido mejor aquí. —Mira a un lado y a otro contemplando los artefactos, sin el menor rastro de ironía—. Territorio neutral —indica.

Yo estoy pensando en la delgada pared que separa nuestro apartamento del de los Sparre; en esa impresión que tengo de que en Kastanjesvingen se oye todo. Le doy la razón con una mueca.

—Claro que sí —convengo—. Por mí no hay ningún problema.

Se acerca un camarero a nuestra mesa. Ingvild se pide un expreso doble y me pregunta qué quiero, que invita ella. Pido un café normal: que no se diga que soy una aprovechada.

—¿Y? —pregunta una vez que se ha marchado el camarero—. ¿Cómo lo lleváis por allí?

—Bueno —contesto con gesto de resignación—. Bastante bien, dentro de lo que cabe.

—Tiene que ser muy fuerte —comenta— que pase tan cerca de tu casa. Para mí es parte del trabajo, pero para ti, siendo tu vecino...

Parece que ha venido con ganas de charla; me habla de un caso en el que ha estado trabajando: un hombre muere asesinado y su mujer casi enloquece. Luego se descubre que alguien ha querido presentar las cosas de modo que la viuda pasara por loca, dice Ingild, pero que ella se sigue haciendo preguntas. ¿Cómo ha de ser vivir un caso policial tan de cerca, de manera tan personal? Un asesinato en tu casa. Para ella es su trabajo; ella ha seguido una formación precisamente para estas cosas. Para ella es otra historia. Yo asiento otra vez, pensando con qué pie empezar, cómo darle el giro a la conversación. El camarero vuelve con lo que le hemos pedido. Ingild le da las gracias y le pide que lo ponga en su cuenta. Abre el sobrecito de azúcar que viene con su diminuto expreso, lo abre, vierte el contenido con laboriosa meticulosidad y lo remueve. Guarda un silencio absoluto mientras oficia el rito. También yo guardo silencio, pese a que esta sería la oportunidad. La contemplo al llevarse la taza a la boca y degustar el café, como si con cada sorbo se le ocurriese una idea. Cuando parece satisfecha, deja la taza y me mira.

—Bueno, Rikke —dice—. Tú querías hablarme de algo.

—Sí.

Ha llegado la hora. En esto tendría que haber estado pensando en casa y no buscando en Google artículos de Jørgen. En las primeras palabras. Lo más cuesta arriba de todo esto se me hace, lo que convierte esta charla en algo tan difícil, es la degradación que le espera a toda la historia. Es que lo sé. Una vez contada, toda quedará reducida a una historia de infidelidades. De sexo. Lo difícil va a ser explicar el resto: la ternura que nos dábamos, la importancia que tenía él para mí, y también su amistad. Mi impaciencia por oír su opinión acerca de lo que habíamos estado hablando mis colegas y yo durante el almuerzo; o cuando leía algo en la prensa y contaba las horas para comentárselo. Lo pronto que pasó a ser un referente para mí.

El verano pasado, muchos meses antes de que tuviéramos una relación, a veces nos encontrábamos sentados el uno junto al otro en el banco que está a la sombra del añoso manzano del jardín, leyendo. Yo había empezado a sentarme allí al final de la tarde con un libro en las manos. Llevaba un tiempo pensando que debíamos sacarle más provecho al jardín. Incluso se lo había comentado a Åsmund, que tendríamos que empezar a verlo como una extensión del apartamento. En una de esas ocasiones llegó Jørgen. Llevaba un libro y una botella de cerveza.

—¿Se puede? —preguntó—. Prometo no estorbarte.

Al principio fue un poco incómodo. Yo era demasiado consciente de su presencia. No hacía gesto o movimiento que se me pasara por alto y no había manera de concentrarme en lo que leía. Pero él siguió acudiendo. Yo no; yo no iba todas las tardes al banco a sentarme, solo alguna que otra vez. Y me hice a él, con sorprendente rapidez, debo confesar. Podíamos estar sentados el uno al lado del otro y compartir con facilidad el silencio. A veces nos decíamos algo; yo le preguntaba por lo que estaba leyendo, o él a mí qué me parecía lo que yo leía. Pero no nos hacía falta hablar. Había una rara proximidad en aquella silenciosa compañía.

Pero esto a los demás no les va a importar. Lo profundo de nuestra amistad no tendrá significado alguno. Todo lo que él era para mí quedará reducido al sexo, a unos números que ya puedo ver ante mí: cuántas veces, con qué frecuencia, desde cuándo.

Y acabo de perderlo. Siento que me traspasa una aguja. ¿Me sorprende mi pena? ¿Había pensado que esto tendría un final feliz? No. Yo digo que no. O puede que sí; no lo sé. Esto tendría que haber acabado al volver cada cual a lo suyo. Tendría que haber quedado en un hermoso recuerdo; algo que llevarse a la edad madura, a la vejez. Pensar en aquel tiempo, cuando era joven y alocada; o al menos algo joven, algo alocada. Ahora es fácil pensar en ello con desdén. ¿Un hermoso recuerdo? ¿Qué tiene de hermoso?

Pero es lo que le digo a Ingild. Había algo auténtico, insisto. Procuro justificarlo. Absolverme de antemano. En un intento por completo inútil, trato de explicar lo que ni yo misma logro comprender. Ingild hace lentos gestos de asentimiento mientras le hablo. Su mirada es seria pero libre de juicio. Más bien llena de concentración. Tiene una mano apoyada en la mesa y me parece una mano bonita; del tamaño perfecto, sin uñas pintadas ni adornos. Una mano seria y por completo inmóvil. No me interrumpe, de modo que sigo hablando, intentando explicar cómo, sin más, me vi avisándole cada vez que estaba sola y con una posible oportunidad para verlo; cómo llegaron las cosas al punto de organizar mi vida familiar de manera que se presentasen tales ocasiones. Explicar que hice aquellas cosas imperdonables; yo, que no soy mejor ni peor que la mayoría de la gente.

Acabo de empezar cuando vibra en la mesa el teléfono de Ingild. Su primera contribución a la charla es:

—Perdona, tengo que atender esta llamada.

No se queda en la mesa. Coge el móvil; dice: un momento; se levanta, va hacia la barra del bar y entra en un pasillo que supongo que lleva a los servicios, y allí la pierdo de vista. El camarero la sigue con la mirada. Luego

echa una ojeada en mi dirección; cruzamos miradas un instante, él sonríe cortés, y vuelve a su periódico. Yo me fijo en el pasillo por donde ha desaparecido Ingvild, preguntándome qué habrá percibido el camarero al observarnos.

Se demora en regresar. Cojo mi teléfono para entretenerme. Jamila me ha mandado un mensaje: «¿Podemos vernos hoy?». Para ella todo es urgente. Y yo de pronto no siento urgencia ninguna. Ahora ya lo he dicho. Se ha escapado el gato; y se me aparecen en un parpadeo los gatos torturados de los que habla el vecindario. Pienso en Hoffmo, que casi pierde la cabeza; en las madres del colegio, que se regocijan en los detalles más horrendos. Esto es lo que llama Jamila el mal. ¿A que nos viene bien? ¿Acaso no opinamos que quien tortura un gato es más malvado que quien traiciona a su pareja? Al menos las muertes de los gatos no obedecen a ninguna motivación; quienes lo hayan hecho no sacarán nada de su tropelía, solo el asco... Nadie lo ve así. ¿Qué es la vida de un gato al lado de la ruptura de una familia?

Hace diez minutos que se ha ido. Cuando vuelve, veo que un surco profundo le cruza la frente. No digo nada; de pronto me he quedado sin palabras. Toma asiento; deja el teléfono entre las dos y guarda silencio, como rumiando sobre la conversación telefónica. Y luego es como si me viera sin esperárselo; se aclara la garganta, dándose tiempo a hilvanar las ideas. Mueve la taza vacía a un lado y pone la cucharilla en el platillo con esmero y precisión, como si aquellos gestos fueran de la mano con poner en orden la cabeza.

—Me tengo que marchar —anuncia—. Ha pasado algo y tengo que ocuparme de ello ahora. Tendremos que seguir con esta charla en otro momento. —Asiento. ¿Quién soy yo para esperar nada de ella?—. Pero, Rikke —dice—. Esto se lo tienes que contar a Åsmund. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Niego con la cabeza enérgicamente.

—Ni hablar. No. Eso no lo puedo hacer.

Lo veo tal como estaba ayer, preparando la cena para su familia. «No te cortes —había bromeado—. Es todo tuyo».

Ingvild se aclara la garganta.

—Puede que no deba decirte yo esto —continúa—, pero de todas formas es posible que salga a la luz uno de estos días, así que tanto da. Nada indica que alguien haya entrado a la fuerza en el número 15 de Kastanjesvingen en la noche del sábado. ¿Entiendes? La ventana del despacho de Jørgen Tangen estaba entreabierta, y se encontró una escalera de mano apoyada en la pared

justo debajo. Hemos inspeccionado el suelo al pie de esa ventana un montón de veces y no hay rastros. La tierra está mojada y blanda; lo lógico habría sido que, con el peso de una persona en la escalera, las patas se hubiesen hundido en el barro. Así que es poco probable que hayan entrado por esa vía. Y en la planta baja, ninguna de las ventanas ha sido forzada y ninguna estaba abierta.

»Aparte de eso, vuestra puerta del portal es de lo más sólida. La empresa que instaló el sistema de seguridad nos ha dado los registros, y estamos averiguando cuántas veces se abrió y a qué horas del día y de la noche. En todo caso, no hay indicios de que se haya entrado por la fuerza. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo? —No respondo. Solo la miro—. Nada sugiere que un yonqui se perdiese de camino a su casa y entrase en la de Jørgen Tangen en medio de la noche —continúa—. Da la impresión de que quien traía el cuchillo entró porque se le abrió la puerta o porque se sabía el código. —El escalofrió en el apartamento de Jørgen. La fea sensación de que algo iba mal—. Aún estamos al principio de la investigación —dice Ingvild, y me da una suave palmadita en la fría mano que tengo apoyada en la mesa—. Pero de momento debemos reconocer que los que vivís en el número 15 de Kastanjesvingen habéis tenido más ocasiones que cualquiera. Y lo que me has contado pone el foco de la sospecha en Åsmund. Le da un motivo claro. Así que, si de verdad lo quieres, se lo tienes que contar.

—Pero —suelto con voz aflautada, con miedo—, si se lo digo, todo lo que tenemos se va a hacer pedazos.

Pone una mano encima de la mía; luego me coge las dos entre las suyas, cálidas, seguras, y añade:

—Te entiendo, Rikke. No es fácil ni agradable, pero lo tienes que hacer para ayudar a tu marido. —No digo nada. Veo a Åsmund como cuando lo conocí, con su rostro joven y candoroso—. Además, es probable que salga a la luz pública. Ahora forma parte de la investigación, como debe ser.

—Pero ¿de verdad hace falta que lo sepa él? —pregunto—. ¿No puede ser algo que sepa solo la policía? ¿Que no conozca el resto del mundo? Quiero decir que es posible que nada de esto tenga nada que ver con lo que le han hecho a Jørgen.

Ingvild me mira con una pesadumbre que al principio no sé descifrar. Luego pienso: no está convencida. Cree que Jørgen ha muerto a causa de lo que sucedió entre nosotros. Como mínimo, es una posibilidad que no descarta. Pero ella no conoce a Åsmund; no sabe que no existe la menor posibilidad de que haya degollado a Jørgen. Lo único que Ingvild ve es un móvil.

—No pensarás que una cosa está relacionada con la otra —empiezo a decir, pero se me quiebra la voz. No puedo hablar de esto con calma; y el camarero está leyendo su periódico con tan puntillosa concentración que estoy segura de que nos está escuchando.

Ingvild vuelve a ordenar la cucharilla en el plato de su taza.

—Mira, Rikke —dice—: esto es lo que te puedo proponer. Hagamos un trato. Tú me ayudas. Me lo cuentas todo. Todo lo que sabes de Jørgen; vuestra relación desde el momento en que os conocisteis hasta lo que ha sucedido este fin de semana. ¿Vale? Todo lo que sepas de su familia, su trabajo, sus finanzas; todo lo que recuerdes. Me ayudas con la investigación para que podamos pillar al que le ha hecho esto.

Asiento.

—Sí, claro. Lo que haga falta.

—Mientras lo hagas yo pondré todo de mi parte para guardar tu secreto. Vaya por delante que todo esto lo tendré que poner en conocimiento del resto del equipo de investigación; y es muy posible que por nuestra relación personal tenga que dejar a otro a cargo de las pesquisas. Sería lo normal. Pero, en la medida de mis posibilidades, dejaré lo que me has dicho a buen recaudo.

—Gracias. De corazón. Gracias.

—Esto no hace más que postergar el problema —indica—. Supongo que lo sabes, ¿no? Es probable que de todas formas salga a la luz. Cuando se trata de un caso así, de un caso penal, es lo que suele suceder. Pero, de momento, te permitirá ganar tiempo para que encuentres la ocasión de hablar con él antes de que todo se difunda.

—Entiendo. Gracias.

—Y no tengo ni idea de cuánto tiempo lo podré mantener en secreto. Puede que al agente que se haga cargo de la investigación se le ocurran otras prioridades. No te vayas a creer que te sobra tiempo.

—Entiendo —replico.

Luego, mientras le quito la cadena a la bici, a un par de manzanas del café, me pregunto si de verdad lo entiendo. Si de verdad entiendo lo que va a significar decirle esto a Åsmund. Lo único que siento es el alivio de la postergación.

Pedaleo cuesta arriba por Kastanjesvingen y veo los coches: una furgoneta con el logo de un canal de televisión junto a otros vehículos, uno de ellos un coche patrulla. También hay gente. Un hombre cubierto con un chubasquero se inclina por encima de nuestra cerca con una enorme cámara al hombro. Para sortear a los presentes, me bajo de la bici y camino el último trecho. Estoy a punto de abrir la verja cuando una mujer con abrigo y bufanda se precipita para darme alcance.

—Perdona —dice—. ¿Vives aquí?

—Sí —contesto.

Sin saber por qué, me vuelvo para mirar hacia nuestra casa. Pienso en lo feliz que me hacía verla allí, aguardando mi llegada; la solución de compromiso perfecta entre los deseos de Åsmund y los míos, aunque no le vendría mal una mano de pintura. La mujer del abrigo trabaja para uno de los canales más importantes del país, me dice, y le interesaría mucho recabar la impresión de los vecinos.

—¿Cómo vives tú esto? —pregunta mientras arruga el rostro a modo de condolencia—. Debe de dar mucha impresión, ¿no?, que le pase algo así a un vecino.

Nos miramos la una a la otra. El flequillo en línea recta sobre un rostro agradable y algo en su ropa, el corte del abrigo, el largo de los pantalones, revelan claramente que es una persona que está a la última en todo. No me sorprendería que viviese en Tåsen.

—No quiero hablar de eso —replico.

—Solo te pregunto por tu experiencia. Nada más —insiste—. Y puedes mantener el anonimato, si quieres.

—No, gracias.

Abro la verja; siempre es algo incómodo abrirla lo bastante para hacer pasar la bici mientras la sostengo. La periodista me ve ocupada en ello y alarga la mano para aguantarla; mientras busca la forma de ayudarme, se produce un instante de incomodidad al tratar de coordinarnos.

—Me parece que tienes que abrir un poco más. ¿Pasarás bien ahora? Las bisagras están un poco duras. ¡Ah, ya está!

Cierra la verja una vez que he entrado y le doy las gracias, como corresponde.

—De nada —dice muy sonriente—. Estaré por aquí todavía un rato, por si cambias de parecer.

Al menos se quedan por fuera de la cerca. Empujo la bici por el camino pavimentado, tecleo el código de la puerta y la abro, esta vez yo sola. Justo cuando la puerta se cierra, con la bici ya dentro, Svein Sparre sale al rellano.

—Hola —saluda—. Menudo jaleo ahí fuera, ¿eh?

—Sí —respondo—. Por lo visto son periodistas.

Svein mira a la puerta, que está cerrada, de modo que no puede vislumbrar nada más allá, pero tal como lo hace cualquiera diría que sí que puede ver algo. Lleva una chaqueta y un bolso colgado del hombro.

—Sanguijuelas todos ellos, si quieres mi opinión —espeta—. Vienen como moscas con el olor de la sangre.

Tomo aire mientras cabeceo con un gesto de asentimiento apenas perceptible. En ocasiones, Svein y yo hemos pegado la hebra, y en un par de ellas ha sido desagradable. Es un hombre de opiniones muy arraigadas que yo no comparto. Nos miramos a los ojos. Tiene los hombros caídos. No me había percatado de lo alto que es. Alto y ancho.

—Ahí tienes una profesión que nadie echará de menos si algún día desaparece —indica frunciendo el ceño y mirando con enfado hacia la puerta—. ¿Que qué se siente cuando ha muerto uno de nosotros? Pues fatal. ¡Qué se va a sentir!

—Jørgen también era periodista —le recuerdo con recelo.

—Ya —responde él—. Y tampoco es que fuera mejor que los demás. Dale que te pego a escribir sobre pecadillos de nada que la gente honesta y trabajadora comete mientras hace lo imposible por llegar a fin de mes.

»¿Tú te has leído la legislación? Por ahí se pierde cualquiera, y no por eso mereces que te pinten como un puto negrero. —Se aclara la garganta y el carraspeo resuena en toda la escalera, de lo vacía que está—. Nunca he sentido un gran respeto por el oficio al que se dedicaba —añade, ahora con menos hiel—, pero era un vecino, y un tipo simpático a su manera. En cambio, esos de ahí fuera... Me dan náuseas solo de verlos pululando ahí, en la sangre del prójimo.

Asiento sin convicción, sin saber qué decir. Jørgen sí que tendría mucho que decir sobre la obligación de informar, sobre lo importante que es que haya periodistas que cubran situaciones espantosas, y que no es necesariamente inhumano tomar una foto en lugar de brindar ayuda

humanitaria. Pero este es un debate en el que no tengo ganas de entrar. Mucho menos con Svein, y menos en este momento.

—Sí —digo—. Vale. Te dejo, que entro en casa.

Paso junto a él guiando la bici. De camino a la puerta del sótano y movida por un impulso, me doy la vuelta y digo su nombre. Svein se vuelve hacia mí.

—Esos policías —pregunto—, ¿te preguntaron por la excursión al chalé que hicisteis este verano?

Una sonrisa grande y desagradable le aparece en el rostro y se lo separa en dos mitades. Me entra un escalofrío al verlo deleitarse en la desgracia ajena. Hace que me caiga aún peor. Me doy cuenta de que es la verdad, que no me cae muy bien, solo que nunca me lo había planteado de esa forma. También tiene sus cosas buenas. Sabe mostrarse amable, amistoso. Es buena persona a su manera. Y muy generoso con su chalé. Contribuye con los trabajos que hacen a título voluntario los vecinos de la comunidad... Pero algo tiene de malvado, con esa actitud de desearle que le vaya mal a quienes no están de acuerdo con él.

—Sí —contesta hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Sí que me lo preguntaron, y también les conté lo que pasó. Hubo una, cómo decirlo, una discusión una de las noches. A ver, los otros discutieron. Yo no. A mí el tema me traía al paio. Pero ellos sí que estaban cabreados. Sobre todo el amigo Saman. Le salía espuma por la boca. Hasta llegué a pensar que se le iba a echar encima a Jørgen.

Ahora lamento habérselo preguntado a Svein Sparre.

—Vale —digo mientras empiezo a hurgar en la cerradura de la puerta del sótano.

Pero Svein no sigue su camino. Siento que me mira mientras me peleo con la cerradura; siento sus pequeños ojos atentos a mis gestos. De pronto me entra prisa; todo lo que quiero es abrir la puerta, pero me tiembla la mano y no logro acertar con la llave en el orificio.

—Y ya puestos a contártelo —añade a mis espaldas—, tampoco tu marido se portó como un santo, que se diga. Se puso del lado de Saman, y también daba voces. Tanto que hasta era extraño. Sí. Cabía preguntarse: ¿qué le pasa por dentro a un tipo que parece tan moderado para que le den esos arranques? ¿Eh? A Åsmund lo conozco, claro, pero de no haber sido así se me habría ocurrido una cosa o dos.

Consigo meter la llave en la cerradura y tiro de la puerta del sótano. No quiero seguir oyendo. No tengo la menor confianza en la versión de Svein de

lo que sucedió. Confío mucho más en Åsmund que en este cicuta; y sin embargo salta una chispa de incertidumbre. La siento ya.

¿Podría Svein tener razón? Hasta las historias que se tuercen y retuercen para ajustarse a los planes del narrador pueden contener una semilla de verdad. Las manos me tiemblan cuando sujeto el manillar de la bici, y de no ser porque me conozco habría dicho que tengo miedo.

—Ya veo —señalo mientras coloco la bici en el rellano, situándola para llevarla escaleras abajo.

Svein asiente. Se le relajan las facciones; la fea sonrisa se le desdibuja. Cuando no está apretando los dientes tiene incluso algo de atractivo. A lo mejor de joven fue guapo, tal como su hijo va a serlo pronto. Pero cuesta imaginar que Svein haya sido joven alguna vez, que en algún momento fuera feliz y vital, y que mirase al futuro con esperanza.

—Bueno —dice—. Salgo donde esos lobos. Te veo luego.

Con su marcha, la puerta se cierra de golpe y empiezo a respirar más relajada. Mientras pongo la cadena a la bici, me digo: Svein le ha contado esto a la policía. Y por eso andan preguntando. Puede que los haya engañado, o que la policía haya querido contrastar su versión, al margen de lo poco fiable que pudiera parecerles la fuente. ¿Habrán sacado algo de lo que les contó? ¿Algo que yo no alcanzo a ver? ¿Algo que se me escapa?

Cuando Ingvild Fredly frecuentaba la cocina de nuestro piso compartido tendría unos treinta años de edad, pienso mientras recojo la cocina después de la cena. Seis u ocho años mayor que nosotras, lo que en esas edades era mucho. Nosotras éramos universitarias y estábamos convencidas de saberlo todo; pero ella era una mujer adulta. Tenía un trabajo, un piso, y lo que sabía se basaba en la experiencia. Le hacíamos muchas preguntas sobre su trabajo de policía. ¿Es como en la tele?, la interrogábamos mis amigas y yo. ¿Tienes un compañero de patrulla? ¿Hacéis labores de vigilancia? ¿Jugáis al poli bueno y al poli malo? Una de mis amigas, que estudiaba Criminología y había leído a Foucault, trató de arrastrarla a debatir sobre cómo el hecho de castigar a los delincuentes le resta humanidad a nuestra sociedad. Ingvild se empleaba con paciencia para poner fin a la discusión, pero mi amiga no la dejaba en paz. Recuerdo estar sentada al otro lado de la mesa de la cocina: los corteses intentos de Ingvild por dejar el tema y la estudiante de Criminología que no se daba por enterada. Recuerdo haber mirado a Ingvild y haber puesto los ojos en blanco, y que ella me devolvió una sonrisa de resignación acompañada de un discreto encogerse de hombros, como quien dice: ¿qué se le va a hacer? En aquel momento me sentí más adulta que las demás. Que ella y yo estábamos en un plano superior. Pero puede que su sonrisa fuese menos cómplice de lo que yo había imaginado. Quizá para ella yo fuera igual de inmadura que las otras. En aquella época nos separaba una distancia muy grande, y la percepción de aquella distancia debía de resultarle a ella más clara que a nosotras.

En una de aquellas veladas en el piso, una de las últimas, si no me falla la memoria, habíamos estado hablando de una amiga —que no estaba presente— y de sus vanos sueños de dedicarse a la música. Aquella amiga había dejado los estudios para consagrarse a la música en cuerpo y alma, y ahora quería invertir sus ahorros en una grabación. El problema estribaba en que las melodías que componía eran malísimas, y tampoco era muy buena guitarrista. Tenía buena voz, todo hay que decirlo, pero, en conjunto, el paquete que proponía no convencía y daba pena ver cómo se entregaba por entero a un proyecto condenado al fracaso. Nuestro dilema moral como amigas era el de

saber hasta qué punto podíamos mostrarnos sinceras con ella. La mayoría nos inclinábamos por dejarlo correr. ¿Era acaso nuestra responsabilidad como amigas desmontar sus ilusiones?, había preguntado yo sin esperar una respuesta. Una que hacía segundo año de Psicología opinaba que nuestra amiga entendía, en cierta forma, que su sueño no era realista, pero que de manera subconsciente se protegía de aquella lucidez, y que sería arrogante por nuestra parte pretender adelantarnos a su subconsciente.

Ingvild entró de lleno en la discusión: ¿cómo podíamos considerarnos amigas tuyas —dijo—, si no estábamos dispuestas a lidiar con la cara fea de la sinceridad? ¿Cómo podía nuestra amiga tomar una decisión informada si no contaba con todos los datos? ¿No queríamos nosotras saber lo que otros opinaban, de estar en su lugar? Unas y otras nos miramos. ¿Queríamos? Sí, dijo una. No necesariamente, dijo otra. ¿Quién no se engaña a sí mismo? ¿Cuántas mentiras no se dice la gente a lo largo de su vida? Cosas así. Ingvild Fredly no nos quitaba los ojos de encima. Daba la impresión de que no podía creerse lo que estaba oyendo. A partir de ese momento se encerró en sí misma, y aún recuerdo la sensación de haberla decepcionado. ¿La habré decepcionado hoy?, me pregunto, recostada contra la encimera de la cocina, mirando por la ventana. ¿Se sentirá obligada a decirle a Åsmund lo que le he contado? Inspiro hondo. Ahí fuera está el jardín, desierto a la luz de un atardecer que se adelanta. Los de la prensa se han marchado y no se ve a nadie en la calle. Alcanzo con la vista las casas grandes del otro lado. La de Hoffmo, con sus luces encendidas. También las farolas de Kastanjesvingen brillan ya. No, me digo. Ingvild no le dirá nada a Åsmund. Pero espera que yo lo haga y me ha exhortado a hacerlo. Se me retuerce el estómago solo de pensarlo.

Oigo pasos a mi espalda. Me digo: tengo que contárselo. Uno de estos días. En cualquier momento.

—¿Pasa algo ahí fuera? —pregunta.

—No —digo sin dejar de mirar—. Es solo el atardecer.

Nina Sparre entra hablando, sin darse casi tiempo de respirar, y eso que no ha llegado ni siquiera al salón. Ha llamado a la puerta. Åsmund le ha abierto y ella ha entrado como una tromba, ahogada en un torrente de palabras. Comienza disculpándose por molestarnos a esas horas, pero tiene algo importante que decirnos que no puede esperar a mañana ni puede dejarse en una nota en el buzón, pues se trata de algo confidencial. Åsmund y yo la miramos sin saber qué hacer. Estábamos sentados en el sofá viendo la tele cuando ha llamado; y Nina, que no tiene tiempo para preámbulos, va directa al grano. Trae consigo una lista de datos del sistema de seguridad de la puerta de la semana pasada, dice. Y como para ella es una cuestión de principios que todos los miembros de la comunidad dispongamos de la misma información que la policía, puesto que defiende la transparencia absoluta en casos como este, está repartiendo copias a todos los vecinos.

—Y aquí tenéis la vuestra —dice, y deja en la mesa dos hojas.

Åsmund y yo les echamos un vistazo. Nuestros nombres figuran en la lista: Tangen, Karimi, Sparre y Prytz/Ellingsen. Hay un código por casa, de modo que no se puede decir quién de cada casa ha entrado en cada momento; pero, aun así, da una idea de cómo es la vida en el cuádruplex. Se pueden comprobar con inquietante detalle nuestros movimientos y los de nuestros vecinos a lo largo de la semana anterior.

—¡Válgame Dios! —exclama Åsmund—. ¿Cómo es posible que sea legal darnos esto?

—Bah —responde Nina—. Solo faltaría. Si la policía puede acceder a esta información, lo mínimo es que también nosotros podamos conocerla. Fue lo que le dije al de la empresa de seguridad. Un chico muy joven. No tendría más de veinte años. Se hacía el remolón, pero le dije: escúchame, se trata de nuestra propiedad. Nuestra. Hemos sido nosotros los que hemos comprado y hecho instalar el sistema. Si le habéis dado esta información a la policía, ya me dirás por qué no vais a dárnosla a nosotros. Si te paras a pensar en ello, la verdad es que es un escándalo que haya tenido que ir yo hasta allí a pedirla. Tendrían que habérnosla hecho llegar sin solicitarla.

En los folios se pormenorizan las horas a las que cada persona ha abierto la puerta, ordenadas por el nombre del titular de cada código. Me puedo imaginar a Nina ante el mostrador de la empresa de puertas de seguridad. Sin duda habrá sacado pecho de su autoridad como presidenta de la comunidad de vecinos; quién sabe si no los habrá amenazado con esto o aquello. Habrá intimidado al pobre chaval que estaba de guardia esa noche, que no se habrá atrevido a oponerle resistencia y le habrá dado los datos. Nuestra propiedad, dice, con la ira de los justos, y de paso olvida que se ha apoderado de información sobre los vecinos. En esta casa no somos una unidad, como ella parece pensar. Somos cuatro. Al menos cuatro. Y en ese instante es como si esa idea se viniera al suelo en pedazos. Me pregunto si Åsmund y yo compartimos la misma posición en este caso. ¿Tengo ganas de que Åsmund sepa que a veces vuelvo a casa en medio de la jornada, cuando todos están fuera menos Jørgen? ¿Y cuánta transparencia habría querido Jørgen?

Observo a Nina mientras habla. Tiene cara de aguardar nuestro agradecimiento.

Ingvild ha insinuado que la policía piensa que el culpable es uno de nosotros, o alguien a quien el propio Jørgen abrió la puerta desde arriba; hay una tercera posibilidad, claro, según la cual quien fuera que hubiese entrado lo hubiera hecho porque alguno de nosotros le abrió. Sigo mirando a Nina, ahí de pie, hablando, y me pregunto: ¿Y si ha sido ella? De ser así, vaya actriz de talento. Me arropo con los brazos y pienso que, de cara a los vecinos, todos representamos un papel. Es así. El cónyuge feliz, la pareja enamoradísima, los padres comprensivos y pacientes. Todos extremamos precauciones, no vaya a ser que venga uno y te despoje del papel, pues todos ellos, aunque no son desconocidos, tampoco son amigos del alma. Y todos se acercan y tratan de entrar al terreno de lo personal. Por eso es mejor fingir que damos por bueno y cierto lo que se nos presenta a la vista. Nina suele hablar de Svein como quien habla de sus gafas, o de su gemelo mental. Todo cuanto menciona está salpicado de «y entonces le dije a Svein» o de «es como dice Svein». Sus riñas, los venenosos comentarios de Svein, las agrias críticas de Nina, lo que se gritan el uno al otro..., todo eso queda rigurosamente encerrado entre las paredes de su apartamento. De no ser por un defecto en el aislamiento de la pared al fondo del armario de la cocina, yo no estaría al tanto de todo, salvo cuando se chillan. Me doy palmaditas en los brazos, como si estuviese helándome de frío.

Lo único que registra el sistema, ha dicho Nina, es el momento en que se teclea un código. Cuando abres desde dentro solamente activas un

conmutador, y esa información no queda registrada en ninguna parte. De modo que, si alguien que está en el interior le abre a una visita para que pase, no hay manera de saberlo. Para la tarde del viernes, la lista dice que un Tangen entra a las 15.24. Supongo que debió de ser Jørgen, que volvió pronto del trabajo para sentarse a escribir en su despacho hasta bien entrada la noche. Diez minutos más tarde un Sparre abre la puerta; habrá sido Nina, o Simen, porque Svein suele llegar después. Las 16.17 y las 16.51 figuran a nuestro nombre. Son Åsmund y Lukas, y después Emma. Un Karimi sale anotado a las 16.54, y luego somos nosotros otra vez a las 17.25. Esa soy yo. Luego un Sparre a las 17.32, probablemente Svein. La última anotación es de un Karimi a las 22.54. Según mis cálculos, a esa hora estábamos todos en nuestras casas, con la posible excepción de uno de los Sparre, si es que madre e hijo no entraron juntos a las 15.30. A las 00.14, técnicamente ya en sábado, hay un nuevo registro a nombre de Sparre; tal vez de Simen, que habría salido. Y ya luego nada hasta el día siguiente.

—Gracias —le digo a Nina al tiempo que recojo los folios.

Ella sigue hablando y, cuando la interrumpo, está en plena formulación de una idea, pero termina por reconocer la indirecta; sonrío sin ganas y dice:

—De nada.

Åsmund la acompaña a la puerta. Regresa, alza los ojos al cielo y suelta:

—¡Dios mío! Podría haberme caído al suelo y ella habría seguido dale que te pego con lo suyo.

Las hojas han quedado en un estante de la biblioteca. Sé que esta noche las cogeré de allí y me dedicaré a espiar a mis vecinos y a mi familia; que seguiré los movimientos de Åsmund, y los de Emma también. Comprobaré si han estado en casa cuando se les suponía fuera. ¿Hará Åsmund lo mismo? Hace ya dos semanas volví un día a casa a mitad de la jornada para verme con Jørgen, pero da igual. Todos esos datos... Nunca había pensado que existieran, y mucho menos que estuvieran tan a nuestra disposición; que bastaba con imprimirlos y llevártelos a casa. Y aborrezco a Nina por hacer que esta vil excavación de nuestras respectivas vidas resulte tan fácil y accesible, tan irresistible.

Åsmund vacía el lavavajillas escuchando música. Yo ordeno la sala: recojo los juguetes, pongo los cascos de bici en su lugar y doblo los periódicos y los dejo encima de la odiosa lista de la empresa de seguridad para ocultarla. Lo oigo en la cocina. Canturrea de vez en cuando y hace ruido con los platos.

Podría haberlo hecho ahora. Es en este momento cuando tengo la posibilidad de hacer lo que dice Ingvild Fredly. No tengo sino que escoger el instante adecuado. Finjo planteármelo, como si de verdad contemplase la idea de acercarme a él, ponerle una mano en el hombro y comentarle: «Åsmund — podría empezar—, tenemos que hablar. Debo decirte algo». «¿Qué?», preguntaría él. Y entonces voy y lo suelto. Esa parte ha de ser rápida, como cuando se quita una tirita.

Pero lo que sucederá después, eso sí que no será rápido. Visualizo el cambio en su cara; me lo puedo imaginar apartándose de mí. Y entonces todo lo que hay entre nosotros, mi derecho absoluto y natural a tocarlo, a besarlo, a rodearlo con mis brazos, desaparecerá. El carácter bondadoso que ahora espero de él: que me pregunte cómo estoy, que proponga poner las sobras de la cena en un recipiente para que me lo lleve como almuerzo mañana..., eso va a desaparecer. Quizá para siempre. Basta con tan poco.

Ese riesgo siempre ha existido. Todo esto ya lo sabía cuando subí al segundo piso por primera vez aquella noche de enero. En aquel momento, tras evaluar la situación, resolví que valía la pena. Åsmund tararea al ritmo de la música. Vale, me digo, conocía los riesgos, pero es que entonces los vi de otra manera. A ese lado de la balanza había otra cosa. Recuerdo estar aquí mismo aquella noche, de pie, inmóvil, antes de subir con Jørgen por primera vez, y pensar: Åsmund se puede enterar, todo saltará en pedazos. Y pensar también: Pero, y si no lo hago, ¿llegaré a lamentarlo? ¿Recordaré este momento y me diré: ojalá lo hubiera hecho? El año que viene cumplo cuarenta. He parido dos niños y se nota; no tengo ya el mismo aspecto que con veinticuatro. A decir verdad, me parezco menos a esa yo con cada año que pasa. ¿Cuándo será demasiado tarde? ¿Cuándo dejarán de hacérseme proposiciones? ¿Y si fuera esta la última vez que se me invita a algo que me apetece aceptar? Entonces las cosas me parecieron más simples. Y también mucho más importantes.

¿Acaso no se dice que solemos llorar más por lo que nunca hicimos que por lo que hemos hecho?

Ya sé que hoy no le voy a decir nada a Åsmund. No puedo. Creo. Debo estar mejor preparada. Reflexionar sobre qué le voy a decir. Sobre cómo he de decirlo. Esta va a ser una de las conversaciones más importantes de nuestra vida de casados, y no tengo la intención de entrar en ella sin la debida preparación. Menos aún cuando acabo de comprar tiempo a cambio de prometerle a Ingvild que le revelaré mis más íntimos secretos. Por descontado que es un tiempo que aprovecharé. Mañana se lo digo. Creo. Me pasaré el día preparándome y hablaremos por la noche, cuando los niños estén en la cama. Dispongo de veinticuatro horas.

Mis pies ya no forman una buena pareja. Pruebo a ponerme de costado o boca arriba, pero no sirve de nada: mis pies se estorban el uno al otro; no hay manera de que encajen. Entonces los separo; pongo uno delante del otro. Tampoco. No lo siento natural. Me vuelvo y me revuelvo. A mi lado, Åsmund duerme con la boca medio abierta y una arruga discreta que le frunce la frente, como si se hubiese quedado dormido cuando se concentraba en algo complicado que estaba por decir. Cambio de nuevo los pies de posición. No me acuerdo de cómo suelo ponerlos. Nunca antes se me había ocurrido que esto pudiese suponer un problema. ¿Cómo he podido meterme en la cama, década tras década, sin preguntarme cómo tenía que colocar los pies?

Al final salgo de la cama. Avanzo de puntillas hacia la puerta y me asomo al salón. Todo está a oscuras. Me recuesto contra el marco de la puerta de la habitación. Me esfuerzo por no mirar hacia los recovecos más oscuros. Quienquiera que matara a Jørgen entró porque él lo dejó entrar o porque vivía en la casa. Seguro que es lo primero, no puede ser lo segundo. Aquella noche éramos seis los adultos presentes: Saman y Jamila, Nina y Svein, Åsmund y yo. En un momento de horror me imagino a uno de nosotros camino de su apartamento. Saman cruzando de puntillas el rellano; la voluminosa figura de Svein inclinada sobre la espalda de un Jørgen sentado frente al ordenador; Åsmund con un cuchillo entre las manos. Siento un vahído, como si me hallara ante un precipicio y cada una de esas imágenes mentales fuera un paso más hacia el borde del abismo. Me quedo completamente quieta y aguzo el oído, casi a la espera de oír unos pasos, un carraspeo gutural, un cuerpo en movimiento. Respiro a bocanadas rápidas. ¿Qué me garantiza que quien se la tenía jurada a Jørgen no me la tenga jurada a mí o a nosotros? No se oye nada. Solo el murmullo del viento, las ramas del castaño rozando la ventana. Soy la única que está en vela. Me acerco a la puerta que da al rellano; compruebo que está cerrada con llave y pongo la cadena.

Me detengo junto a la mesa de la cocina y miro hacia el jardín desierto. Apoyo las manos en la encimera y me digo: Vale. Me digo: Es ahora cuando

tienes que pensar con claridad. Me digo: Eres una persona racional. Te dedicas a la investigación, y siempre te ha gustado ese carácter apolítico e impersonal de la ciencia. Te agrada que no sea una ideología, sino un método con el que abordar un problema. ¿Y qué nos enseñan en metodología? A recabar datos sistemáticamente. A aplicar la lógica. Premisa, premisa y conclusión. Dado *a*, entonces *b*; *a* por lo tanto *b*. Lógica. Dialéctica. Respiro hondo. Veo mi reflejo en el vidrio de la ventana. Aquí también está todo a oscuras, de modo que solo distingo mi silueta y que estoy apoyada en la encimera. Con esta luz podría decirse que es el reflejo de una mujer joven.

Aquel sábado en el apartamento de Jørgen. Fue abrir la puerta y hallarme sumergida en un gran desasosiego. Es algo que raya en lo sobrenatural, podría pensar si creyera en esas cosas; casi como si algo dentro de mí supiera lo que se escondía al otro lado de la puerta que cerraba el despacho. Pero son supersticiones. Es como creer en fantasmas, o que cosas que en apariencia ocurren por casualidad forman en realidad parte de un plan cósmico superior, determinado por la posición de los astros en el instante de tu nacimiento, o por lo escrito en los posos del café al fondo de tu taza. Descarto todo eso. No hay un plan cósmico. La posición de los cuerpos celestes o, mejor dicho, la situación de la Tierra con respecto a ellos no tiene nada que ver con los giros que pueda dar la existencia. No fue un sexto sentido lo que me hizo abandonar el apartamento de Jørgen aquella mañana. Aquella inquietud puede encontrar una explicación. Era la suma de pequeños detalles, ninguno de los cuales destacaba lo suficiente para percibirlo por sí solo, pero que juntos sí que bastaban para señalarme que había algo peligroso. Me siento en una silla de la cocina.

¿Qué fue lo que vi allí arriba? ¿Qué me llevó a retirarme? Mis mensajes habían quedado sin respuesta, y ya eso me había preocupado un poco. La luz de la cocina estaba encendida; tenía que estar en casa, y sin embargo no respondía. Eso por una parte, pero hay más. Frunzo las cejas, miro por la ventana. Las farolas iluminan las paredes de las casas al otro lado de la calle. Observo la casa de Hoffmo y me recuerdo sentada aquí esa mañana, cuando lo vi salir con su cómico atuendo deportivo. Veo a Hoffmo hablando de los gatos con Nina: «¿Qué hace la comunidad, Nina? ¿Nos ves quietos, sin hacer nada, contemplando la destrucción de nuestro vecindario, de brazos cruzados?». En este momento su casa está envuelta en la oscuridad. La calle está desierta, pero veo al fondo los faros gemelos de un coche; desaparecen y reaparecen entre la vegetación a medida que el coche avanza por

Kastanjesvingen. El reloj del horno marca las doce menos diez. Sigo los faros del vehículo con la mirada.

Hay algo aquí que se me escapa. Hay algo más que escarbar en mi recuerdo, en los segundos que permanecí de pie en el piso de arriba, en la puerta cerrada. El coche entra en mi campo visual: es pequeño y blanco. Trato de reconstruir en mi memoria el interior de su despacho, con la ventana abierta, tal vez para hacer pensar que alguien podría haberse metido por allí con la ayuda de la escalera de mano. Me desagrada pensar en ello, en lo calculado del papel de la escalera. Me desagrada pensar que alguien la había sacado del trastero del fondo del jardín; en lo fácil que debió de ser para quien lo hiciera si sabía de antemano que se encontraba allí. El coche blanco se detiene frente a nuestra entrada.

¿Por qué no logro encajar las piezas? ¿A qué se debe que no pueda señalar con el dedo la causa del miedo que me entró? ¿Será por Saman y aquello de los huevos? ¿O que todo lo que sucedió a continuación ha desordenado el recuerdo? ¿O acaso se trata de algo que no quiero recordar, y que por ello estoy boicoteando yo misma mi razonamiento? Se abre la puerta del coche y sale una mujer. Camina hasta el otro lado. Se abre la puerta del acompañante y sale otra mujer. Con la distancia y la oscuridad se me hace difícil distinguirlas bien, pero casi por instinto me hago una idea de quiénes son. La conductora abre ahora la puerta trasera y sale una tercera mujer, una joven lo bastante delgada para ser una niña. Las tres se detienen allí, mirando hacia la casa. Yo estoy sumida en la oscuridad, de modo que ellas no me ven, pero yo sí puedo observarlas.

Había algo más, creo. Ni el mensaje sin respuesta, ni la luz de la cocina, ni que yo misma abriera la puerta bastan de por sí. Hay más cosas. Minucias, detalles irrelevantes, cosas que advertí en su momento, pero en las que no me detuve a pensar. Tengo que concentrarme. Cierro los ojos y reconstruyo la escena: estoy quieta frente al salón y miro alrededor. ¿El piano? ¿Los estantes de libros? ¿Algo en el suelo? ¿O algo suspendido en el aire? De no haberme encontrado luego con Saman, si no me hubiera distraído el pánico que sentí durante mi exploración, lo recordaría todo con más claridad. De no haber sido por aquella distracción, ahora podría reconstruir aquellos segundos en el apartamento y dar con lo que me había asustado tanto. Las tres mujeres de fuera se ponen en movimiento. La que conducía saca algo del maletero. La otra adulta abre la verja del jardín y entra. La chica la sigue. La que no lleva bolso le pone el brazo sobre los hombros a la joven y las tres se aproximan a la casa. La que camina junto a su hija la atrae más hacia sí, como para darle

ánimos, aunque cabe preguntarse quién anima a quién. Por un instante alcanzo a verle el rostro, pálido y tenso. Entonces me deslizo de la silla al suelo para que no me vean cuando estén más cerca y durante un rato me quedo así, con la espalda apoyada en el horno. Oigo el chasquido de la puerta del portal y sus pasos en el rellano. Merete ha vuelto.

Estaba previsto que fuese cosa de una sola vez, un último truco. También el primero. Y entonces sentaría la cabeza. Lo peor fue que funcionó. Las semanas que transcurrieron después fueron buenas. No sé si sería una coincidencia, pero Åsmund parecía de mejor humor. Quizá fuera por mí, que me volví más espontánea. Una vez, un miércoles, así sin más, le preparé ese plato de pollo que tanto le gusta, el que le hago para su cumpleaños y que en los últimos años ni siquiera había cocinado. En otra ocasión, estando yo en el centro, lo llamé por teléfono y lo invité a comer en la ciudad. Le daba un beso todas las mañanas antes de que saliera y todas las tardes al volver a casa. Empezamos a hacer el amor más a menudo y con más entusiasmo, y probábamos cosas para las que antes de que naciera Lukas no teníamos energías. Charlábamos como solíamos hacerlo de jóvenes.

¿Qué lamentas haber hecho?, me he preguntado alguna vez, y me ha sorprendido ver que, sinceramente, nada. Al contrario. Me alegraba haberlo hecho. No me acosaba la culpabilidad. Quién sabe si hasta fue necesario, pensaba, porque bastaba con vernos. Lo bien que estábamos. Había llegado a creer incluso que nos había ido bien.

Unas semanas antes de la noche en que subí a casa de Jørgen, me había visto con una vieja amiga. Hanna. Igual te acuerdas de ella. Yo había insinuado que en la vida de una pareja había circunstancias que podían justificar una cana al aire. Que en algunos casos hasta podía resultar saludable, como una inyección de vitaminas.

Hanna lo negó; la regla general es que el adulterio destruye la relación en lugar de salvarla.

Pero ¿no sería posible que, pese a ello, fuese importante hacerlo?, pregunté yo. ¿Para una misma? ¿En lo personal? ¿Acaso no lo han hecho, y de forma reiterada, grandes hombres como Bjørnstjerne Bjørnson, John F. Kennedy o François Mitterrand? Y, qué sé yo, sin duda también muchos otros tíos, a saber si la mayoría. ¿Y acaso sus esposas no los han perdonado una y otra vez? ¿No se aplica ahí un doble rasero? ¿Por qué no pueden las mujeres darse el gusto que se dan los hombres como si tal cosa?

Hanna dijo:

—Pero es que, Rikke, no se trata de la igualdad de oportunidades, sino de la confianza en tu pareja, de cultivar la relación y no de salir corriendo cuando las cosas se complican.

Me retracté:

—Sí, claro que sí. No me refería a ninguno de nosotros en particular; era solo una hipótesis aplicable a cualquier pareja.

Y terminé por no contárselo a nadie. Tampoco me hacía falta. Lo sentía como algo íntimo. Cuando me encontraba con Jørgen en la escalera o en el jardín nos saludábamos como de costumbre, con sonrisas y un gesto de la cabeza de reconocimiento, y nos preguntábamos cómo nos iba, y nos deseábamos un buen día. Puede que en aquellos intercambios se adivinase algo distinto, que llevaran una carga de algo las discretas sonrisas que nos dirigíamos antes de seguir cada uno su camino. No había invitación en ello. No había roces de la mano sin querer al abrir la verja del jardín. En las semanas siguientes a aquel sábado de enero, yo confiaba en que la vibración que reverberaba entre nosotros se disiparía con el tiempo, que la olvidaríamos. Pero entonces mi suegra sufrió un resbalón en el hielo.

Åsmund me había llamado por teléfono con el corazón en un puño.

—Mamá está en el hospital. Me voy a verla. ¿Podrás ir tú a recoger a los niños?

Le dije que por supuesto y que si quería podíamos encontrarnos con él. Dijo que no, que nos quedáramos en casa. Supuse que prefería estar a solas con ella.

Le dieron el alta esa misma noche. Tenía un esguince en el tobillo y moratones por todo el cuerpo a causa de la caída, pero no hizo falta hospitalizarla. Åsmund estaba desesperado. Pobre mamita. ¿Cómo podían darle el alta? ¿No veían lo asustada que estaba? Le preparó la cena y fue a comprarle cosas de comer. Lo acongojaba la idea de dejar a su madre, pero su hermano iba a pasar la noche haciéndole compañía. Åsmund haría guardia la noche siguiente. Las semanas siguientes fue a verla a diario. La tuvo que ayudar en todo, no solo en lo que no podía hacer por llevar una escayola, sino también todo lo demás. Ella se deshacía en agradecimientos por todo. Por lo rico que le quedaba el café, por lo bonito que se veía el porche ahora que

había quitado la nieve..., mucho mejor que cuando lo hacía ella. Åsmund estaba orgulloso y feliz. ¡Venga ya!, decía. Si quitar la nieve no es nada.

Nunca se me invitó a ir a verla. Y él prácticamente dejó de ir a buscar a los niños. Volvía a casa tarde y a veces los fines de semana se quedaba a dormir con ella. A ella le venía tan bien... Y no se sentía segura estando sola de noche. Vale, dije yo. Haz lo que tengas que hacer.

Y entonces, un viernes por la tarde, me encontré con Jørgen en la tienda de comestibles.

Noche del martes

Mis dedos martillean el teclado. No me doy cuenta hasta que he acabado, y debo de llevar sentada aquí un buen rato. Son ya las tres y media. Han transcurrido varias horas. Cuando empecé a escribir el correo electrónico, lo hice con calma; no quería hacer ruido ni despertar a nadie. Pero algo ha debido de ocurrirme mientras escribía, como si me hubiera olvidado de mí, como si hubiera estado escribiendo en trance, y ahora que se me ha pasado siento la espalda rígida. Debo de haber estado encorvada. He estado acurrucada en el sofá con el ordenador en el regazo, completamente absorta. Creo recordar haber oído pasos arriba. Merete, o tal vez su hija. He oído a Åsmund toser dormido una o dos veces, y puede que el ruido de la puerta del portal en algún momento, pero apenas si me he dado cuenta; así estaba de concentrada. El mensaje del correo está atiborrado de texto: la historia entera, desde cuando conocí a Jørgen hasta cuando hablé con él por última vez, y también la noche en que sucedió. Voy hacia atrás; palabras y oraciones me saltan encima: «Respiraba hondo un aire caliente, sintiendo que brillaban todas y cada una de mis células. Y me tiendo entre sus brazos». Me siento rara desprendiéndome de esto; no parece un correo electrónico, sino una anotación de diario o una confesión con elementos apologeticos. Ya noto en la piel espigas de vergüenza. ¿Esto lo leerá Ingvild Fredly con ojos de agente de la policía? ¿O se lo dará a leer a sus colegas? ¿A Bebé Robin? ¿Será un anexo en el expediente, convertido en elemento probatorio? ¿Mis pensamientos más íntimos, mis actos más privados, así como sus motivos? Creo que esto es algo de lo que podría llegar a arrepentirme, pero no puedo ni pensar en empezar de nuevo, así que escribo: «Y eso es todo; espero que sirva de algo. Espero verte pronto. Saludos, Rikke». Y le doy a enviar.

Aunque no me lo esperaba, no lamento haberlo enviado. Siento alivio al haberlo hecho. Ahora ya me da igual; he cumplido con mi parte, nadie podrá acusarme de no haber colaborado con la policía. Me reclino en el sofá. Estiro el torso hacia delante para estirar las lumbares. Me alegra que ya esté hecho. ¿Me sentiré así cuando hable con Åsmund? Tal vez entonces también note un alivio, porque ahora me atenaza la aprensión; se me forma un nudo en el estómago cada vez que lo pienso. Quién sabe si no sería mejor ponerlo por

escrito y entregárselo en mano. No tener que ver su cara desencajada cuando pronuncie las palabras que tanto me pesan; no verla pasar de la escucha atenta al ultraje, al desprecio, a la pena. Sobre todo a esto último. No soporto la idea de hacerle daño a Åsmund. Los calambres del estómago se vuelven tan fuertes que tengo que apretármelo con las manos para aguantar el dolor. Son casi las cuatro. A efectos técnicos es miércoles, y antes de que acabe el día tengo que hablar con él sin falta. Solo necesito encontrar las palabras. Practicar, pensar en cómo quiero decirlas. Para que entienda que no es por su culpa, que no tiene ninguna importancia. Al menos no la importancia que él creará que tiene. Y que nunca volverá a suceder. Sobre todo eso. Eso es algo que sé en mis entrañas. Se acabó. No solo porque Jørgen ya no esté. No. La ansiedad que tenía se ha ido. Era como una comezón: yo procuraba no rascarme, pero al final me di por vencida; y me dio gusto, así que me rasqué un poco más, hundiéndome las uñas. Me rasqué hasta hacerme sangrar. Y ahora poco a poco se va formando una costra, y no puedo ni siquiera imaginarme rascándome la herida otra vez. Cierro los ojos. Esto no lo volveré a hacer jamás. De eso estoy convencida. Ay, Åsmund, ¿no podemos dejar esto atrás y seguir con lo nuestro?

Pero antes de eso tengo que hacerle daño. Y entonces lo dejaré rabiar y odiarme; tendré que aguantarlo. Y después de eso, podremos ser amigos otra vez. Él me perdonará y yo tendré que hacer penitencia. Debo demostrarle que puede fiarse de mí. Me perdonará, ¿verdad? Seguro que sí. Es Åsmund. Hemos sido novietes desde que yo era una niña; apenas unos años mayor de lo que es Emma ahora. Me pincha el abdomen; un miedo opresivo que irradia hacia brazos y piernas, que es peor que antes, pues solo ahora caigo en la cuenta de lo que he hecho. No solo como una teoría, sino como algo real: cabe la posibilidad de que Åsmund me deje para siempre.

Así que me pongo a dar vueltas por el apartamento. No logro tranquilizarme. Se me ocurre que debería procurar dormir y me acuesto en la cama. Trato de calmar mis nervios, de contar de cien a uno, de encontrar el nombre de una ciudad para cada letra del abecedario, de obligar a mi mente a soltar la presa. Åsmund duerme boca arriba y ronca. El aire que inspira hace como si le saltara un tapón en la garganta; un ruido de lo más raro, distinto de cualquier otro sonido que suelta estando despierto: un castañeteo profundo que le resuena en las cavidades de la garganta y el pecho. Me ha irritado muchas veces con ese ruido, y cuando ronca le hincó un codo huesudo en el costado,

pero ahora me limito a seguir tendida ahí y a mirarlo. Imagínate dormir a solas, sin él. Sin su cuerpo grande y seguro, sin sus ronquidos, sin la cómica cara que pone cuando duerme con la boca entreabierta, como a punto de decir algo. Él duerme del lado de la cama que da a la puerta, así me protege de todo posible agresor. ¿Quién me cuidará si Åsmund me deja?

A las cinco y veinte me doy por vencida. No he dormido ni un segundo, pero de todas formas ya casi es por la mañana. Puedo ir a la cocina, hacer el café, buscar el periódico y disfrutar de un momento de tranquilidad a la mesa. Y es lo que hago. Me encamino a la cocina, pero siento la cabeza nebulosa y pesada, como si tuviera algodón en la laringe, como a punto de echarme a llorar. Tengo el cuerpo muy cansado; todos mis deseos se reducen al de dormir. Y ese instante matinal de café y periódico promete ser un calvario de principio a fin. Pero sigo adelante. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Pongo el café, me abrigo con una chaqueta encima del camisón, meto los pies en las botas de goma y salgo al hueco de la escalera fría y desierta, donde mis pisadas resuenan.

Fuera hace frío. Una niebla espesa oculta el paisaje; a duras penas alcanzo a distinguir las casas al otro lado de Kastanjesvingen, ni las farolas se ven bien. La niebla es de un blanco grisáceo y huele bien, a fresco, y mi pesada y dolorida cabeza se despeja un poco. Cuando era pequeña representaba la niebla como si fueran nubes que habían caído a la tierra, y así es como la siento ahora, como nubes de algodón que hubiesen rodado cuesta abajo sobre Tåsen mientras yo trataba de dormir y hubieran transformado por completo nuestro jardín, envolviéndolo y tapándolo, hasta convertirlo en un lugar de cuento de hadas. No parece que esté en la ciudad. Me invade un júbilo inesperado cuando doy los primeros pasos por el camino de piedra.

Los buzones están fijados a un soporte instalado por dentro de la cerca. A causa de la niebla, no lo veo hasta que casi lo toco. Distingo una sombra suspendida junto al último buzón, y al principio creo que es algo que alguien ha perdido, un gorro o una bufanda. Y entonces veo los contornos de la cabeza, torcida en un ángulo antinatural; y le veo los hombros, si es que se puede hablar de hombros tratándose de un gato, y las patitas delanteras y traseras colgando en línea recta, como los brazos y las piernas de un ser humano, con las extremidades suspendidas a ambos lados. No sangra. El cuerpo pende de una cuerda de nailon azul rematada con un nudo corredizo, y doy un respingo: cuelga de una horca. Lo peor es la cabeza. Tiene las orejas erguidas como las de un gato vivo; el pelaje gris se ve terso y sano; y es tan chiquito, como un cachorro, que te entran ganas de cogerlo en brazos y

hacerle mimos en la cabeza. Pero tiene los ojos abiertos, como cuentas de vidrio; y la cuerda, y la horca.

Todo es silencio alrededor del gato y de mí. Lo miro sin apartar la vista, envuelta en la niebla y en el silencio durante unos segundos. Puedo ver cada pelo de sus suaves orejas. Y entonces grito.

Segunda parte
Disonancia cognitiva

Miércoles

La fiesta de verano de los vecinos siempre tiene lugar a finales de junio, justo antes del inicio de las vacaciones, pero este año se celebró en otoño. La del año pasado fue realmente agradable. Colgamos farolillos de papel en las ramas del manzano y en distintos puntos de la terraza; Jamila decoró la mesa con guirnaldas, y Merete sacó un piano eléctrico y estuvo tocando clásicos de *jazz*. Aretha Franklin, Miles Davis y Nina Simone, *My baby just cares for me*. Bailamos en la terraza. Bailé con Jørgen, que bailaba bien, sujetándome con delicadeza. Bailé también con Åsmund, y con Svein y Saman. Fue una buena noche. Todos habíamos bebido, y las risas fluían con naturalidad. Svein habló de caza, que él salía a cazar cuando iba a su chalé, dijo, y Jørgen se acercó y le estuvo haciendo preguntas. Puede que me equivoque, pero creo que fue entonces cuando planearon el viaje que hicieron en agosto de este año. Hasta Nina parecía relajada. Contó las anécdotas que circulaban por la sala de profesores y que no dejaban muy bien parado al colegio, recuerdo, y daba gusto verla así, sin trabajar, por una vez.

Pero este año nos olvidamos. Alguien se acordó justo antes de las vacaciones, pero para entonces ya era tarde, así que quedamos en celebrar algo a principios de otoño. Esta vez no se hizo por la noche, pues fuera ya refrescaba y oscurecía antes, aparte de que resultaba complicado dar con una fecha que nos fuese bien a todos, de modo que optamos por organizar un almuerzo. Cada casa trajo dos bandejas de embutidos para el bufé. No hubo farolillos ni piano, pero Jamila recuperó las guirnaldas del año anterior y la comida estuvo bien. Con Jørgen hablé lo menos posible. Era la época en que yo trataba de dejarlo, aunque, a decir verdad, fue también justo antes de renunciar a esa idea. Åsmund andaba de malas pulgas por alguna razón, sin duda por algo relacionado con su madre, pues habló por teléfono un par de veces y el resto del tiempo estuvo sentado, navegando con el móvil. Cuando conversaba con alguien daba la impresión de que hacía un esfuerzo, como si prefiriese estar a solas con su teléfono, recuerdo haber pensado en pedirle que lo guardara. Merete parecía cansada. Nina hablaba de los planes de la comunidad de vecinos para el jardín, de la lista de tareas voluntarias que no tardaría en poner junto a la entrada y de cuánto trabajo nos tocaría realizar a

cada uno. Sentado junto a ella y con aire de desgana, Svein consultaba la hora a cada rato. Filippa se retiró antes de que acabáramos de comer; Simen se marchó poco después, y Emma, que no contó con mi permiso ni para salir ni para volver a casa, estuvo sentada a solas poniendo en evidencia, de forma innecesaria, que estaría más a gusto en cualquier lugar menos en ese. Saman se esforzaba en mostrarse simpático. Solo Jamila procuraba de verdad amenizar el ambiente. Se acercaba a uno y a otro preguntando cosas, contando anécdotas, haciendo aspavientos y soltando risas. Pero también su chispa acabó por extinguirse mientras permanecíamos todos allí, sentados, quietos. Había bajado la temperatura. Todos volvimos a casa pronto.

Y ahora vuelve a haber policías en el jardín. Dos de ellos están junto a los buzones; uno les hace fotos y el otro mira. Estoy de pie ante la ventana de la cocina y los observo. El día está nublado y sin duda hace frío, pero da la impresión de que están demasiado enfrascados en su tarea para notarlo. Al otro lado de la cerca, un hombre abrigado con una parka y armado con una cámara enorme les saca fotos; los agentes lo dejan en paz.

Estamos desayunando cuando una mujer policía llama a la puerta. Me hace varias preguntas y luego me pide que espere.

—En un rato vendrá alguien para hablar contigo, a menos que tengas previsto salir.

Le digo que no voy a salir de momento. Todavía no sé si iré a trabajar hoy, aún no lo he decidido, y hago lo que me ha dicho la policía. Me quedo a esperar en la terraza, donde no hay nadie porque los agentes continúan concentrados en los buzones; y mientras los sigo con la mirada me pregunto: ¿A qué se debió el mal ambiente en la fiesta vecinal de este año? ¿Habría sido por mi culpa, por haber estado evitando a Jørgen? ¿O por los jóvenes, que mostraron tanta desgana? ¿Habría sido por el incidente durante el viaje de caza, por el que la policía había estado preguntando? Aquella excursión la habían hecho apenas unas semanas antes de la fiesta. Siento un escalofrío en la espalda cuando me digo: ¿Sería por los gatos? ¿Sería que los macabros hallazgos de esta primavera nos afectaron hasta el punto de poner en duda la amistad con unos vecinos a quienes no habíamos dedicado el tiempo suficiente a conocerlos mejor? ¿Habíamos llegado a vernos como psicópatas en potencia?

Esta mañana, mientras Åsmund se daba una ducha, Lukas andaba preocupado por lo que le pasa a un gato cuando se muere. A mí me ha

parecido una duda existencial y le he contestado con la misma moneda: los hay que creen en el cielo; otros piensan que cuando nos morimos nos convertimos en parte de la naturaleza. He procurado hacer gala de pedagogía, pero me he dado cuenta de que no me salía con facilidad. Todavía me temblaban las manos, sentía la inquietud en la boca del estómago y se me aparecían constantemente las imágenes de aquella criatura peludita y el nudo corredizo. A Lukas le preocupaba más la cuestión del cuerpo en sí. Un niño de la guardería le había dicho que los tiraban a la basura. Emma me ha mirado con soberano desprecio, como si no le cupiera en la cabeza que la fatalidad biológica la hubiese condenado a heredar de mí la mitad de su material genético.

—¡Por Dios! —ha exclamado—. ¡Tanto jaleo por un gato!

Este comentario me resuena en el pecho. Aquel cachorro tan pequeñín colgado de la cuerda azul.

—Lo han matado, Emma —digo.

—¿Y qué?

—Solo eso —contesto—. Un poco de respeto.

—Pero ¡mamá! —profiere levantándose de la mesa con su cuenco en la mano—. ¡Si hace solo un par de días tú decías lo mismo!

En eso tiene toda la razón, pienso mientras veo por la ventana que un coche aparca delante. ¿Acaso no reaccioné yo con desdén a las funerarias caras de las mamás en el ensayo del colegio? Cuando era pequeña, mi vecino tenía una gata que a veces paría gatitos, y recuerdo que mataba a los que no lograba colocar. Les daba una sobredosis de algo que les ponía en la comida y, para que no le quedaran dudas, les partía el pescuezo. No puede uno tener todos los gatos que quiera, nos decía al vernos a mi hermana y a mí sollozando. No había conseguido darlos todos en adopción, y eso era más humanitario que dejarlos morir de hambre en el bosque. Quitando aquello, era el hombre más bondadoso del mundo: nos dejaba coger las dulcísimas ciruelas de su jardín, y nunca dijo ni pío al vernos cruzar su terreno de camino del cole. Estos urbanitas tan sensibles, pensaba, se rasgan las vestiduras por un gato al que se mata, pero nunca se preguntan por lo que han pasado pollos y cerdos antes de aterrizar en sus platos. Si eso no es hipocresía... ¿Por qué ha de pesar más la muerte de un animal de compañía que la del ganado?

Dos hombres salen del coche. Uno lleva uniforme, y reconozco de inmediato a Robin Pettersen. El otro es alto y delgado, lleva una chaqueta de entretiempo. El alto y delgado abre la verja y observo que le dice algo al par

de policías que hay al lado de los buzones, porque dejan de hacer lo que hacían y se vuelven hacia él.

Lo que dice Emma es del todo cierto; yo misma he dicho que se arma demasiado jaleo por un gato muerto. Pero algo ha cambiado cuando he visto aquel cuerpecito de cuello roto colgado junto a los buzones. Aquellas patitas regordetas. La ficha prendida de la oreja, señal de que era de alguien, de que en alguna casa había una familia que le daba sustento y abrigo, de que le habían puesto un nombre y de que lo echaban de menos. Aquellas orejas tan suaves, la carita..., era solo un cachorro. La carga de esa imagen, cuando han matado a un hombre en la casa en la que vives; la violencia de todo ello. La horca. Robin y el otro hombre se acercan a la puerta del portal, y yo pienso en Emma y siento un temblor en la garganta. ¿Cómo se lo puede tomar tan a la ligera?

Los golpes en la puerta son secos y eficientes. Dicen algo de la personalidad de quien llama, pienso mientras voy hacia la entrada; percibo al instante, por ejemplo, que no es Robin quien llama, sino el otro, el de la chaqueta de entretiempo. Retiro la cadena y quito el cerrojo.

—Hola otra vez —saluda Robin, con las cejas arqueadas y la cabeza ladeada para expresar compasión—. ¿Cómo lo lleváis?

—Bueno, ya ves —respondo.

El de la chaqueta de entretiempo me tiende una mano larga y huesuda.

—Hola —dice—. Gunnar Gundersen Dahle. Soy el que lleva el caso. ¿Podemos charlar un momento?

Frases cortas, informativas. También su apretón de manos es firme y breve. Como si para este hombre todo fuera urgente, quién sabe si porque en este momento lo es de verdad, o porque quizá él sea siempre así. Es delgado y vigoroso, y un enorme bigote le cruza la cara a lo *hipster*, pero se nota enseguida que él no lo es, que puede que lo lleve así desde que tenía veinte años, por completo indiferente a que en aquel entonces llevar bigote era impresentable, algo que provocaba las carcajadas de las chicas y que le negaba, de paso, toda posible expectativa con cualquiera de ellas. Él lleva el caso, lo que supongo que significa que Ingild ha renunciado. Gunnar Gundersen Dahle lleva una bolsa de plástico en la mano y huele a tabaco.

—Pasad —digo haciéndome a un lado.

Entran en el apartamento. Gundersen Dahle no se quita los zapatos.

—Bien —comienza una vez sentados—. Esta mañana has madrugado para salir.

—Sí —replico—. Últimamente no duermo bien.

Asiente. Nos hemos sentado a la mesa de la cocina. Les he ofrecido un café, que el jefe ha rechazado abruptamente y que Robin, que tenía cara de querer una taza, declina con educación. Gundersen Dahle mira alrededor y sus ojos saltan de una cosa a otra. Es como si estuviera evaluando el apartamento, sin que se le escape nada y poniéndolo todo en su lugar. Como si pudiera leer

la descripción de lo que somos al someter a examen todos los detalles: las migas de pan en la encimera, la puerta del armario que cuelga por una bisagra torcida, el espacio de pared vacío allí donde los anteriores propietarios habían colgado un reloj de diseño.

—¿A qué hora te has levantado?

Encojo los hombros. Ni siquiera estoy segura de haberme acostado esta noche.

—A las cinco y media, puede ser.

—¿Y entonces?

—A ver, he ido de aquí para allá, supongo. Quería ir a buscar el periódico, así que he salido... Y bueno.

Robin asiente comprensivo.

—Llamó a la comisaría a las 5.42 —dice solidario.

El bigotes hace caso omiso. En cambio, pregunta:

—¿Siempre duermes mal?

—No sé qué decir —respondo—. Tenemos un crío de cuatro años, así que tengo el sueño ligero. Me despierto a menudo. Pero esta última semana apenas he dormido porque..., ya sabes.

Miro al techo. Robin hace lo mismo. Gunnar Gundersen Dahle me observa con calma y me digo: Lo sabe. Seguro que lo saben todos. Es cuestión de tiempo hasta que lea el correo, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Qué pasa con Ingvild Fredly? —pregunto—. ¿No está ya en el equipo?

—Le ha tocado otro caso —contesta—. Mejor dicho, ha habido novedades en un caso anterior. Ella va a colaborar con esto en cuanto pueda, pero de momento estoy yo a cargo de la investigación.

¿Hay un toque de arrogancia en su voz? No lo sé. No logro captarlo bien. Ingvild sigue en juego, me parece, pero desde los laterales. ¿Recurrirán a ella para sacar provecho de la relación personal que tenemos?

—Así que ayer pasaste buena parte de la noche despierta —repite—. ¿Oíste algo?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a si alguien ha salido o subido o bajado la escalera. A eso. A movimientos en la casa. Aquí resuena todo, ¿no?

Pienso. Recuerdo haberle escrito a Ingvild como si estuviera en trance, que estuve dándole al teclado sin noción alguna del paso del tiempo. Debo de haber escrito durante horas. Pero en algún momento sí que me pareció oír una puerta. ¿O no? A ver, levanté la mirada un momento preguntándome quién salía a esas horas. Pero no estoy segura, y puede que no fuera nada.

—No lo sé —dudo—. Puede que en algún momento oyera una puerta, pero como estaba haciendo algo en ese instante no me paré a escuchar.

—¿No te paraste a escuchar?

—Estaba escribiendo un correo —explico, y noto que me ruborizo—. No estoy segura de haber oído algo. No me acuerdo. Pero podría ser.

—¿Arriba o abajo?

—No lo sé.

Asiente, pensativo. Pienso en ello. Arriba no puede haber sido. Se oye todo, así que habría notado los pasos de quien fuera que caminara en casa de Jørgen y Merete, por no decir que ese quien fuera tendría que haber bajado la escalera, que es de madera y cruje bajo el peso de cualquiera, tanto que se oye en todo el apartamento. Nadie bajó esa escalera, de modo que tampoco han podido ser Saman ni Jamila. Pero podría haber sido uno de los Sparre.

Gunnar Gundersen Dahle mete la mano en la bolsa que trae y saca algo que deposita en la mesa, entre él y yo. Es un rollo de cuerda de nailon azul.

—¿Reconoces esto?

Lo miro.

—¿Eso es lo que el gato...?, a ver cómo lo digo, ¿de eso colgaba el gato?

Se me revuelve el estómago. El azul intenso de la cuerda, la brutalidad de todo ello.

—Pensamos que sí —dice—. ¿La habías visto antes?

—No lo sé. ¿No es un tipo de cuerda muy común?

—¿Aquí, en esta propiedad?

—No sé yo si tenemos cuerdas. De tenerlas, estarían en el trastero.

Asiente.

—¿Y el trastero suele estar cerrado con llave?

Frunzo el ceño y trato de recordar. En eso se oye un crujido en la pared y los tres nos volvemos hacia el ruido. A saber si alguien, al otro lado de la pared, nos está escuchando. Quizá Nina también esté al tanto del defecto estructural que nos permite oír lo que se dice al otro lado. Ya no suena nada y ambos agentes retoman su atención en mí.

—No lo sé —digo—. Creo que sí. La puerta tiene un cierre de código y un sistema para componer el número.

El Bigotes asiente. Ya lo sabe, me doy cuenta.

—¿Cuál es el código? —pregunta Robin.

—Es 1951 —indico—. El año en que se edificó la casa.

La boca de Robin dibuja una discreta sonrisa. Gundersen Dahle permanece, por supuesto, impávido.

—Bien —dice—. Eso es todo, creo.

Se ponen de pie. Yo también.

Quienquiera que haya abierto o cerrado la puerta del portal podría ser de la casa de los Sparre, pienso. De la segunda planta no ha podido ser; y por muy enfrascada que estuviera yo escribiendo mi correo, me habría dado cuenta si alguien de mi familia hubiese cruzado el salón mientras yo estaba sentada en el sofá. Pero ¿y la salida de emergencia de la habitación de Emma? Lleva directamente de su dormitorio al área común del sótano. ¿La habría oído si hubiese salido por allí? Siento una contracción en el tórax. Con la puerta de su cuarto cerrada, podría haberse escabullido por la salida de incendios sin que yo oyera nada desde arriba. Como poder, podría, ¿no? Aunque no sé para qué lo haría. Ni de lejos puedo imaginar que tenga nada que ver con el gato muerto. Pero tampoco puedo descartarlo.

—¿Pasa algo? —pregunta el Bigotes.

—¿Perdón?

—Parece como si hubieras recordado algo.

—No —respondo con demasiada prisa, así que me modero un poco—. No, es que voy a tener que limpiar las ventanas. Me acabo de dar cuenta.

—Ah.

Sonríe afablemente. No me cree.

—A veces la gente se acuerda de cosas después de haber hablado con nosotros —comenta—. Cuando han tenido más tiempo para pensar. Llámanos si te sucede. Pettersen, ¿tienes un papel a mano?

Robin le alcanza su cuaderno y esperamos mientras él escribe. Me entrega una hoja del cuaderno. Dice: Gundersen y un número de teléfono.

—Lo haré —aseguro.

Sostengo la hoja entre dos dedos, tratando de tener el menor contacto posible con ella. Gundersen me observa. Algo en su mirada me inquieta. Puede que Ingvild no estuviera al ciento por ciento de mi parte, pero me fiaba de ella. En cambio, con este, no sé. Tampoco él sabe qué pensar de mí, me da la impresión. Me está calibrando.

—Volveremos a hablar —se despide—. Que pases un buen día.

En cuanto el ruido de sus pasos los sitúa, ya inofensivos, en el piso de arriba, bajo al sótano. Me detengo ante la puerta de Emma. Ella está en el cole. Puedo entrar sin trabas, pero me lo pienso. No estoy convencida de querer hacerlo.

El orden que reina en su habitación me intimida. Yo también tenía mi cuarto de adolescente muy ordenado, pero Emma ha llevado el suyo a otro nivel; es más meticulosa de lo que yo era. Me detengo a observar; sigo las miradas vacías y seductoras de las chicas de los pósteres. En algunos pone el nombre, pero a mí no me suenan; no tengo ni idea de si son estrellas pop o actrices, o si solo son modelos que exhiben prendas de vestir.

Encima de su escritorio, situado exactamente en el centro, hay un ejemplar de *La ópera de dos centavos*. Está un poco manoseado en los bordes, cosa rara en Emma, pero colocado con orden, en paralelo al borde del escritorio. Levanto la portada con mucho cuidado y lo miro. Paso las páginas del libreto. Emma ha anotado unas indicaciones y subrayado sus diálogos. Tiene algunos momentos donde está sola en escena, pero en casi todos los demás habla y canta con otros actores, un poco en modo coral. En la última página encuentro una frase subrayada que no parece suya, pues dice Peachum: «No os encarnicéis con el pecado». Frunzo las cejas. ¿Por qué la habrá subrayado Emma? Pero justo después sigue un cuplé que todos cantan: «No os encarnicéis con el pecado»; puede que la haya subrayado por error. Paso a la última página y en el reverso, muy cerca de la costura interior, hay un corazón dibujado a lápiz, y dentro del corazón las letras GG. ¿Lo habrá hecho Emma? No lo sé. Tampoco sé si es su letra. Podría ser de una de sus amigas. Por meterse con ella. A esa edad las chicas hacen esas cosas, me digo; es el tipo de broma que les puede parecer divertida. Vuelvo al corazón. ¿GG? ¿Será que hay un Gustav o un Gaute en su clase? Por un instante pienso en Gunnar Gundersen Dahle y se me escapa una risa con un ruido que me pillas por completo desprevenida y resuena en las paredes. Dejo el libreto en el lugar exacto en que lo he encontrado, en paralelo al borde del escritorio, en el centro de la superficie, pues no quiero líos. Me vuelvo hacia la salida de emergencia.

Sin duda se trata de una ordenanza de la Agencia de Urbanismo y Planificación, de un requisito de obligado cumplimiento para quienes hacen obras con la idea de integrar el sótano en la parte habitable de la casa. Åsmund le tomaba el pelo a Emma con eso cuando llevábamos poco tiempo aquí: cuando seas un poco mayor, podrás salir por ahí a escondidas para encontrarte con tus novietes. ¡Ay, calla, papi!, decía ella, que tenía solo nueve años. Ya verás de aquí a dos años, le respondía Åsmund. La puerta es de metal para que un posible fuego se quede del lado en que está, supongo, y solo puede abrirse desde dentro. Intento abrir. Primero una vez y luego otra, lo más despacio posible. La puerta hace un ruido discretísimo. Suelto aire, dejo que se me vacíen los pulmones. De ninguna de las maneras podría haber oído ese ruido desde arriba, en el salón. Y menos con la puerta de su habitación cerrada. Tiro de la barra arriba y abajo un par de veces y por fin la puerta se abre en silencio y da paso al sótano de uso común, que está frío y húmedo. Cuatro bicicletas aguardan lado a lado. Una de ellas es la mía. Más allá de las bicis hay un voluminoso cofre congelador blanco que Svein no consiguió meter en su trastero y tuvo que dejar en el espacio común, con un aviso para la comunidad que permaneció allí hasta que Svein instaló un candado, no fuera a ser que los demás le tomásemos la palabra. Y justo después del congelador hay otra puerta, la salida de emergencia que da al sótano de los Sparre. Me detengo un instante y oigo pasos en la escalera. Sin tiempo para retirarme, veo aparecer la larga humanidad de Gundersen, y luego su cabeza. Por lo visto tiene que agacharse para pasar sin darse un golpe.

—Hola otra vez —dice—. ¿Tú por aquí?

Le devuelvo el saludo:

—He bajado a comprobar que estuviera mi bicicleta.

La mentira me sale sola de la boca, como si fuera verdad.

—Ya veo —responde Gundersen—. ¿Y está?

—Sí —contesto—. Ahí.

Se vuelve a mirar a donde señalo y recorre con la vista el resto de la estancia. Llega Robin y enciende la luz. Nos miramos un momento y me digo: No me cree. Al menos no se ha tragado esto de que he venido a ver si estaba la bici: ¿a santo de qué haría yo eso? ¿Y por qué precisamente ahora? Por otra parte, también puede pensar que he asociado el ruido que anoche oí con Emma, y que he querido comprobar si podría haber salido por ahí a hurtadillas. Siento la cabeza pesada y me entra la duda: ¿es una idea

demasiado rebuscada para ser probable, o habrá llegado él a la misma conclusión?

—¿De quién es este congelador? —pregunta.

—De Nina y Svein.

—Tiene un candado.

—Sí —digo—. Ahí guarda Svein lo que caza.

—Oh —exclama Gundersen, y una discreta sonrisa le cruza la cara—. El hombre cuida de sus presas.

—Sí —replico.

De golpe no le veo la gracia. Hay algo en el contexto, en lo que tiene de grotesco. El gato muerto, Jørgen. Permanecemos así un momento.

—Y por ahí se va a tu apartamento —indica Gundersen, mirando por encima de mí.

—Sí —afirmo, y me hago a un lado para dejarlo entrar, si es lo que quiere, pero no se mueve; se queda ahí, observando—. Esa es la habitación de mi hija.

Asiente, como pensando en otra cosa.

—Pues nada —dice—. No te queremos entretener. Solo quería echarle un vistazo a las ventanas de aquí abajo.

Durante un instante, los tres miramos las dos ranuras que dan al jardín y flanquean la escalera que sube al portal. Gundersen se vuelve e inquiere:

—Pettersen, ¿de esto hay fotos?

—Sí —contesta Robin.

—Hasta pronto —me despido antes de cerrar la puerta tras de mí.

Me quedo un rato parada en la habitación de Emma. Tengo la respiración acelerada y rasposa, como si llegara de correr.

—De acuerdo —dice el joven médico sueco—. Vale. Ya veo.

Su rostro presenta una expresión comprensiva. Ha puesto las manos en la mesa, bien cuidadas y sin vello, una sobre la otra. Una brillante alianza le abraza el anular. Tiene las uñas bien cortadas, casi a ras de la punta de los dedos. Me lo imagino en el baño por las mañanas, a primera hora, sin duda antes de que se hayan levantado sus niños de la cama, al otro lado de la pared, bien abrigados contra el frío, al igual que la madre; y él, sentado en la tapa del váter y armado de un cortaúñas. Me lo imagino diciéndole a su mujer: Es importante inspirar confianza.

Yo, en marcado contraste, a duras penas podría inspirar la menor confianza. Me retuerzo las manos mientras hablo; cambio de postura a cada momento y soy incapaz de permanecer quieta en el asiento. Soy consciente de que parezco agitada, y lo estoy, sin que sepa exactamente por qué, pues no veo en el joven médico sueco el menor indicio de escepticismo ante lo que le estoy diciendo. Le hablo del asesinato de mi vecino: puedes comprobarlo en internet, le digo, como si diera por sentado que no me va a creer. Él alza sus pulcras manos: no, no te preocupes, no hace falta. Me cree. Le hablo entonces de mis jaquecas y del insomnio. Anoche no dormí ni un instante, comento. Y luego lo del gato, también se lo cuento.

—De acuerdo —replica—. Ya veo.

Toma aire y, antes de que llegue a decir nada, le explico que Jørgen y yo habíamos entablado una relación algo especial, pero que esto quede entre nosotros, le conmino, por aquello de la confidencialidad, ya sabes. Esto no lo escribas en el expediente, porque nunca se sabe. Los sistemas de procesamiento de datos pueden piratearse, y no quiero que esto salga en ninguna parte, pero, en fin, que tuvimos una historia, por llamarlo de alguna manera. Así que se puede entender, me apresuro a añadir, que me pase las noches en vela, que no me encuentre lo que se dice en forma y que ahora no pueda ni pensar en acudir a mi trabajo. Ya sé que no estoy técnicamente enferma, no en el sentido clínico de la palabra. Pero no me encuentro bien, y desde luego no estoy en condiciones de ir a trabajar. Y que no se piense que soy una de esas que al menor síntoma de resfriado corren al médico para pedir

una baja por enfermedad; si quiere, lo puede ver en mi expediente. Yo no hago eso. No he estado de baja por enfermedad casi nunca, pero el caso es que, hoy por hoy, me encuentro en una situación personal muy complicada, a decir verdad, así que me preguntaba si habría manera de que me diera una baja hasta que me sintiese mejor y si, ya puestos, me puede recetar algo que me ayude a dormir.

—Ya veo —dice el doctor, y respira hondo—. Fácil no debe de ser.

—No —añado inspirando yo también una larga bocanada—. No lo es.

Permanecemos un momento en silencio. Me noto vacía por completo. De pronto me faltan las palabras. Siento solo la verdad de lo que ha dicho: no es fácil.

—Desde luego que te puedo dar una baja —contesta volviéndose hacia su ordenador y posando sus higiénicas manos en el inmaculado teclado—. ¿Qué te parece? ¿Una semana será suficiente?

—Sí —afirmo—. Sin duda será más que suficiente.

—Muy bien —replica mientras escribe.

Sus dedos corren por el teclado y yo los observo. Me acuerdo de lo que me contó una colega, que su gato solía mirarle los dedos cuando escribía, como si fueran ratones. El gato se colocaba al lado y jugaba a darles caza, a menudo sin que ella se diera cuenta, hasta que se le abalanzaba sobre los dedos y le clavaba las garras.

El médico dice:

—Bien. Y ahora esto de la falta de sueño.

Asiento con un lento cabeceo. No dice nada. Parece estar pensando, y también yo finjo pensar.

—Te voy a decir lo que opino —continúa—. Puede que lo de la medicación sea mejor dejarlo para más adelante. No sé cómo lo ves. Los somníferos siempre tienen un riesgo. Con ellos no atacamos la causa del insomnio; el medicamento perturba el ciclo natural del sueño y, además, está el riesgo de la adicción. De modo que sugiero que probemos primero el método natural.

Asiento de nuevo. No estoy de acuerdo, pero tampoco estoy en posición de protestar. Un cansancio solapado se apodera de mí. El método natural.

—Haz ejercicio —propone—. Todos los días. De ser posible al aire libre, para exponerte todo lo que puedas a la luz diurna, y siempre unas cuantas horas antes de irte a la cama. Evita las cenas copiosas antes de irte a dormir. Nada de café y nada de alcohol.

—Está bien.

—¿Qué te parece? —pregunta con una sonrisa amistosa; se lo ve de lo más satisfecho.

—No sé qué decirte.

Tengo la impresión de tener cien años, de estar cansada de la vida.

—Te va a ir bien —insiste—. Date tiempo, ya verás. Dale un par de días. Si pasado el fin de semana no estás mejor, vuelve a verme y lo hablamos. ¿Te parece?

—Vale —acepto resignada.

Lo bueno de verdad habría sido una pastilla. Una amiguita vestida de papel de aluminio que pudiera tragar con un vaso de agua antes de irme a la cama, que me dejara inconsciente para que mis pies volvieran a descansar juntos, que mi lengua se acurrucase contra el paladar, que colocara una tapa por encima de todo lo que me bulle en la cabeza, algo que impusiera silencio allí dentro.

Esta noche en particular me habría venido bien tomarme una. A mí, que tal vez me quedan unas pocas horas de vida matrimonial. ¿Es mucho pedir, un somnífero de nada que me traiga auxilio el día en que voy a poner toda nuestra historia en riesgo en cuanto diga la verdad? ¿Tan grave será el riesgo de adicción si se toma en situaciones tan extraordinarias, tan completamente fuera de lo común?

Pero no me quedan fuerzas para protestar. Tengo miedo de que cambie de opinión y no me dé la baja. No quiero ser la paciente que le mendiga fármacos a su médico, tan íntegro él, tan impecable. Y también, ya puesta a decir la verdad, me muero de miedo de que me suelte lo que piensa de mí. ¿No le estoy pidiendo que se muestre comprensivo con mi situación, yo, la que ha roto sus votos matrimoniales? ¿Qué opinará de las mujeres como yo este hombre que tiene cara de no haber sufrido un sobresalto en toda su vida?

—Sal a correr —repite mientras me da un apretón de manos que, estoy segura, someterá a lavado y desinfección de manual en cuanto abandone su consulta—. Procura cansarte. Evita las carnes rojas y las grasas. Mejor pollo con arroz y ensalada. Así te irá bien. Ya lo verás.

Ingvild ha contestado mi correo. Leo su respuesta en mi ordenador en la cocina.

«Gracias, Rikke —ha escrito—. Hablamos pronto. Saludos. Ingvild». Ni una palabra sobre el gato, del que sin duda le habrán llegado noticias. Nada sobre Gundersen, que se ha quedado con su caso. Siento un hormigueo de vergüenza que me sube por la espalda: ¿qué fue lo que le escribí exactamente? Me he pasado contando intimidades. Me he abierto más allá de lo necesario. He puesto en su conocimiento pormenores íntimos que solo me atañen a mí. ¿Por qué no le habré propuesto que nos viéramos en persona? Si Åsmund llegara a leer ese correo algún día, quedaría destrozado.

Me reclino por encima del ordenador para mirar el jardín. Merete Tangen está ahí fuera, dedicada a la jardinería. Está junto al manzano y sostiene unas enormes tijeras de podar con las que va cortando las ramas innecesarias. En rigor, esa tarea nos toca hacerla a nosotros, pero puede que se nos pasara hacerlo en primavera, porque es verdad que al manzano le hace falta una poda. Trabaja con rapidez. Tiene los brazos musculosos y no vacila a la hora de cortar, de modo que las ramas caen a su alrededor sin cesar. En este momento está usando las tijeras en la base de una rama que resulta demasiado gruesa y se resiste; por la postura de sus hombros veo que lo pone todo de su parte: es ella contra el árbol, y va a ganar ella. Lleva ropa deportiva y un jersey de lana encima. Todo de gran calidad. Va calzada con zapatillas de correr, esas de color blanco perla tan femeninas. Las he visto antes, y sé que llevan un tulipán al costado cosido con puntadas diminutas y precisas. El tulipán tiene la flor un poco ladeada hacia abajo, es rojo carmesí. Y yo me pregunto, como cada vez que se las veo: ¿dónde las habrá comprado? Cerca del parterre de la terraza veo a Filippa sentada. También ella luce guantes de jardinería, pero no parece estar haciendo nada en particular, salvo mirar cómo su madre da batalla a la rama rebelde. Sigue cada uno de sus gestos con los ojos.

Observo a la chica. Delgada y de muy baja estatura, de espeso cabello castaño oscuro, a juego con un par de ojazos marrones. No hay en ella nada de afectado en su forma de estar ni en lo que viste; se maquilla lo justo y

jamás la he visto avanzar con zancadas torpes por usar tacones demasiado altos, como a tantas otras chicas. Nunca lleva bolsos llamativos colgados del hombro, así como tampoco deja pesados efluvios de perfume en la escalera; pero basta con mirarla para intuir que sabe lo guapa que es. No se pavonea. La veo siempre rodeada de amigas, y al parecer las tiene a montones. Todas hablan en voz más alta que ella; todas posan y ella no. Y no le quitan el ojo de encima, a ver si está prestando atención, pendientes de si dice algo, interesadas en su opinión. Filippa, tengo la impresión, es de esas personas que mandan sin alzar la voz.

Pero ahora hay algo distinto. Hay en su rostro algo enfermizo, pálido y macilento, como si tampoco ella estuviese durmiendo bien. Se mueve con gestos lentos y espasmódicos. Quién sabe si yo no doy la misma sensación, me digo, y entonces caigo en la cuenta: Filippa, más que nadie, está llorando a Jørgen. Puede que ella y yo tengamos en común algo que no se comparte con mucha gente, pero la pena de Filippa Tangen difiere de la mía. Tal vez sea menos compleja, pero sí más honda. La invade un dolor punzante que quizá no la abandone nunca del todo y del que yo no veo sino los contornos.

Junto a la cerca, a lo lejos, viene caminando Simen Sparre. Lleva una mochila colgada de un hombro, abre la verja sin prisa. Capto al vuelo el instante en que avista a Filippa; yergue la espalda y se diría que apresta la postura. Merete se da un respiro del combate con la rama y le dice algo a Simen, parece, pero la tengo de espaldas y no veo su expresión. Es un poco raro que estén ocupadas hoy con la jardinería, con el dolor tan a flor de piel. Pero a lo mejor es para bien: actividades útiles y no angustia existencial. Simen sonrío al tiempo que asiente a lo que le dice. Se le ve un poco incómodo. No estaba así cuando me lo encontré en el ensayo de teatro del colegio, creo. De tanto en tanto, dispara una mirada hacia Filippa sin dejar de asentir con la cabeza, sonreír y responder a lo que le comenta Merete. Filippa sigue quieta, sentada en un extremo de la terraza, examinando una planta que sostiene en las manos. Parece sumida de lleno en ella y no se percata de que, a su lado, el chico intenta entablar contacto.

En el transcurso de una conversación telefónica, muy poco antes de que presentáramos nuestra oferta por el apartamento, el de la inmobiliaria nos dijo que en el piso de arriba vivía una chiquilla de unos nueve o diez años. De haber creído en el azar, habríamos tomado aquello como una señal: una amiga para Emma, comentamos Åsmund y yo. Ya instalados en la casa, nos dio por organizar de vez en cuando encuentros lúdicos con Jørgen y Merete para favorecer el contacto entre las niñas. Emma había hecho amigos en el cole de

inmediato; una pandilla leal que venía cuando ella las llamaba, que te encontrabas en la puerta del portal tecleando en sus teléfonos y que te preguntaban si estaba en casa. Pero ¿era Filippa una de ellas? Había estado en casa alguna que otra vez. Siempre cortés, agradeciendo la invitación a comer antes de llevar su plato al lavavajillas. No sé cuándo fue la última vez que vino, pero debió de ser hace ya tiempo. Frunzo el ceño. Nunca he percibido animosidad alguna entre las chicas.

Simen y Merete han terminado de hablar; ella vuelve a centrarse en la rama y él recorre a pasos lentos el camino de piedra. Mira a Filippa. Se detiene junto a ella, que no dice nada, ni siquiera parece haber advertido su presencia. Sigue observando la planta que sostiene entre las manos. Por fin Simen le dice algo. Ella responde sin mirarlo. Simen juguetea con el tirante de su mochila mientras le habla, le está diciendo algo. Le tiembla la mano. Se le nota el cuerpo rígido; su expresión es de seriedad. Filippa se vuelve hacia él y echa un vistazo. No le distingo la cara, pero su contacto solo dura un instante; luego regresa hacia el parterre y le da la espalda a Simen, que se aleja. Lo veo detenido ante la puerta del portal mientras teclea su código. Su frente joven y tersa presenta arrugas de tensión: el chico está sufriendo. Se ve a leguas que está enamorado de ella. No tendría nada de raro; lo más probable es que la mitad de los chicos del vecindario lo estén. Pero hay algo en su mirada de ojos muy abiertos. Algo pasa entre estos dos.

Abre la puerta del portal y desaparece tras ella. En el jardín, Merete ha derrotado a la rama; se ha aplicado con todas sus fuerzas, la rama ha cedido y ahora cuelga inerte. Le da un último tirón con las tijeras y la rama cae al suelo junto a las zapatillas blanquirrojas. Merete se yergue y grita algo a su hija. Filippa no contesta y le da la espalda.

Me tiendo en el sofá. Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. Quién sabe si ahora conseguiré dormir. A lo mejor, al cerrar los ojos entro en un letargo profundo y sin sueños, en una quietud que hace días que no disfruto. Y así, en un par de horas, despertaré descansada y repuesta. Es lo que necesito si he de hablar con Åsmund. Me estiro y hago una torsión de espalda. He guardado esto en secreto durante casi nueve meses y ahora estoy a punto de confesar. ¡Ay, Ingvild! ¿De verdad no hay alternativa?

En el momento de quedarme dormida me digo: la ansiedad de Simen no era por un amor no correspondido, o al menos no solo por eso. Sus manos

temblorosas, la rigidez de sus gestos. Su mirada de ojos en alerta y esa frente fruncida. Era miedo, me digo. Simen Sparre tiene miedo.

Algo despertó en mí al ver a aquel gatito indefenso colgado del cuello. Hubiera deseado bajarlo, cogerlo en brazos, acariciarle el pelaje. Acunarlo como si fuera un niño muy pequeño. Pero no debo ponerme sentimental. Matar animales no tiene nada de extraordinario. Uno de cada diez noruegos, por ejemplo, se dedica a algún tipo de caza, según he leído en internet. En el lugar donde crecí veía caravanas de cazadores pasar delante de mi casa. Dejaban sus camionetas en el aparcamiento más recóndito del valle, sacaban sus armas, se ponían las mochilas a la espalda y echaban a andar buscando aves y otras presas menores a las que disparar. Varios hombres de la zona lo hacían como pasatiempo, y al menos un par de mujeres también. Y eran buena gente. Naturalmente, una cosa es dispararle a un alce y otra matar un gato, sobre todo si es el gato de alguien. Pero en mi agotada cabeza las líneas se difuminan. Hace ya un tiempo, en una de las fiestas entre vecinos, Svein nos contó que había herido a una hembra de alce y que había tenido que seguir el rastro de sangre para poder rematarla. La cría estaba a su lado. Según manda la tradición, es preciso matar primero a la cría, que por sí sola no podría sobrevivir, por lo que empezar por la madre resulta contrario a la ética. Pero matar a la cría delante de la madre sí vale, por lo visto. No me acuerdo de cómo acababa la historia; creo que al final lograron rematar a la madre. Conociendo a Svein, de no haber sucedido así, no habría contado la anécdota.

Pero es ilógico que me perturbe así recordar ese episodio, pues yo como carne, y también carne de alce, y sin darle muchas vueltas al asunto, además. Me imagino a Svein Sparre inclinado sobre la espalda de Jørgen, quien, sentado frente a la pantalla de su ordenador, no se habría percatado de su presencia en el despacho. Imagino un enorme cuchillo de caza en las manos de Svein. Siento de nuevo la ansiedad en las tripas. No es posible. Y, sin embargo, alguien le ha rajado la garganta a Jørgen con un cuchillo. Dice Ingvild que los habitantes del número 15 de Kastanjesvingen hemos tenido más ocasiones que cualquier otra persona, y ¿qué sé yo realmente de Svein Sparre?

Somos amigos en Facebook desde hace años, pero hasta ahora nunca había comprobado su perfil. Lo hago en mi ordenador, instalada en el salón. No hay mucho que ver. No tiene demasiados contactos, aunque eso no sea significativo de por sí. En su foto de perfil aparece sentado a bordo de un bote y es verano; lleva una gorra y gafas de sol, y sonríe complacido a la cámara. Veo que doce personas le han dado *like*. Tampoco hay mucho más en su muro. Alguna que otra felicitación de cumpleaños y una foto de tres aves muertas, una al lado de la otra encima de unas ramas de brezo, y debajo un comentario: «¡La pesca del día!». También ha compartido un artículo sobre la celebración laica de la Navidad, acompañado de un comentario: «Dentro de poco todo estará prohibido». Solo dos personas han dado *like*. Y otra ha reaccionado con un emoticono con cara de enojo.

Busco su nombre en Google. Las primeras cuatro entradas se refieren a un Sveinung Sparre, de Mo i Rana, a quien le ha ido muy bien en la vida. Luego Google me sugiere que busque su nombre en los registros del fisco, y después doy con un enlace al anuario telefónico que, de manera hartamente superflua, me informa de que Svein Sparre vive en Kastanjesvingen. La séptima entrada es de una agencia de empleo temporal llamada Easy-Temps. Abro el enlace y llego directamente a su lista de contactos, donde Svein figura como gerente administrativo. Hay una foto suya, esta vez vestido de traje y sin gafas de sol. La foto debe de tener algunos años, porque a él se le ve más joven, con más pelo y la cara más delgada. La misma anchura de hombros. Voy a la página de inicio del sitio web. En mayúsculas blancas sobre un fondo turquesa dice: EL EQUIPO DE EASY-TEMPS. PRESENTE CUANDO USTED NOS NECESITA. Un poco más abajo hay un retrato de un grupo, todo sonrisas, hombres y mujeres, de piel oscura y de piel blanca. Todos ellos jóvenes y guapos, de dentaduras blancas y regulares, de piel tersa y obviamente retocada. Algo en la foto me dice que se trata de una imagen sacada de alguna base de datos y no de una verdadera foto de familia de los empleados de Easy-Temps.

Hasta aquí he llegado cuando alguien llama a la puerta.

Al abrir, me encuentro a Nina esperándome. Lleva abrigo. Tal vez va un poco tarde a trabajar y me sonríe nerviosa, pasando el peso de una pierna a la otra.

—Querida mía —saluda—. ¿Cómo te encuentras?

—Pues bien, supongo —respondo.

—Me he enterado de lo del gato y me imagino que habrá sido espantoso para ti. Ya sé que es solo un gato y que no puede compararse con lo que le

pasó a Jamila el domingo. Pero, bueno, también ha tenido que ser un disgusto enorme. —Ladea la cabeza y tiende una mano pequeña y cálida que me pone en el antebrazo—. Sobre todo —añade mirando alrededor— si se piensa en... —Alza la vista hacia arriba, apuntando al lugar donde hallaron a Jørgen—. Es tan macabro —añade, y sus ojos miran a su alrededor, a la escalera y al apartamento a mis espaldas—. Esto da tanto miedo. Apenas consigo dormir por las noches. Estoy de lo más estresada con todo esto.

Y sí que parece estresada. La noche que encontraron a Jørgen, cuando estuvimos con ella en el jardín, parecía casi exaltada por lo que había pasado; como si aquello le hubiera dado un sentido de pertenencia, de estar por una vez en el centro de los acontecimientos. Hoy no se aprecia ni rastro de aquella exaltación.

—Solo de pensar que ha ocurrido aquí —continúa con pesadumbre—. Aquí, que es un lugar tan seguro. No, de verdad que jamás me lo habría imaginado.

Se frota y retuerce las manos. Nunca la había visto tan nerviosa. Ni con la polémica por *La ópera de dos centavos*, ni cuando Hoffmo se había quejado de que la junta de la comunidad de vecinos no había hecho lo suficiente para dar con el asesino de gatos. Ahora mira por encima del hombro otra vez. Me digo: Nina está asustada de veras.

—No creo que ninguno de nosotros pudiera haber imaginado algo así —comento.

Nina cierra los ojos, niega con la cabeza.

—Es una pesadilla —dice—. A veces me imagino que me despierto y descubro que en realidad todo ha sido un mal sueño.

Se oye el pitido del sistema de cierre de la puerta del portal. Nina y yo nos quedamos calladas; no queremos hablar sin saber quién podría estar escuchándonos. Miramos a la puerta con nerviosa expectativa y siento que se me acelera la respiración. Se oye entonces el clic del mecanismo; se abre la puerta y aparece Saman.

—Hola —saluda.

—Hola —respondemos las dos.

Guardamos silencio mientras pasa a nuestro lado, como si no nos fiáramos del todo, por muy vecino que sea. De modo que así estamos ahora, me digo. Aquí, donde hasta el fin de semana anterior nuestras relaciones eran tan armoniosas. Bueno, si se descarta el asunto de los gatos, cosa que cada vez se vuelve más difícil. Saman está a medio camino escaleras arriba.

Nina añade:

—Espero que lo pillen pronto. Al culpable. —Y mira detenidamente escaleras arriba—. Quienquiera que sea. Y claro, una se pone a pensar. Porque aquí algunos parecemos más agresivos que otros, no sé si me explico.

Los pasos de Saman en la escalera se detienen. Por un instante nos quedamos completamente quietos: Nina y yo, aquí abajo; él, en lo alto de la escalera. Los tres a la escucha, y entonces oímos sus pasos bajar de nuevo antes de verlo aparecer en el descansillo.

—¿Qué has dicho, Nina? —inquire.

—¿Que qué he dicho? —pregunta con voz de inocente.

—Sí. ¿Qué has dicho? —Tiene las mejillas encendidas. Nina no contesta—. ¿Qué ideas te has hecho del caso? —repite, y su voz es grave.

Da la impresión de que procura mostrar aplomo, pero lo traiciona la mandíbula, que se agita bajo la piel. Nina baja la vista a sus zapatos primero y luego la vuelve a mí con ojos muy abiertos.

—Ideas. Solo ideas.

Silencio. Saman respira hondo varias veces y los tres nos miramos unos a otros. Al final Nina no se aguanta:

—No soy solo yo —contesta—. La policía ha venido varias veces, siempre a preguntarnos cosas. Que si esto, que si aquello. Sobre los vecinos. Sobre lo que se dijo y lo que se hizo en aquella excursión. Y Svein tiene unas cuantas cosas que decir sobre la discusión de aquella noche.

Saman la contempla malcarado. Se apoya en una pierna y luego en la otra, y adopta una expresión relajada y calculadora.

—No era yo el único que buscaba bronca —afirma.

Y me mira a mí. Tiene unos ojos marrones preciosos, de esos que no pasan desapercibidos. Ahora se entrecierran y me examinan como si fuera algún espécimen de su laboratorio y su tarea fuese la de estudiar mi reacción.

—Tu marido estaba también muy cabreado esa noche —explica—. No veas los gritos que dio.

—¿Åsmund? —pregunto.

Nina suelta un resoplido.

—Ah, entonces ¿tú también estabas allí? —dice Saman cortante.

—He oído cosas —suelta Nina satisfecha de sí misma.

Me dirige una mirada cargada de intención y enseguida vuelve los ojos hacia la begonia del descansillo con los labios apretados. Quiere que se entienda que ha dicho lo que tenía que decir. Da la impresión de que Saman se desinfla un poco. Suspira. Alza un poco los brazos hacia los lados y dice:

—Vale.

Y acto seguido se da la vuelta y sube el último tramo a pisotones, tan fuertes que la frágil estructura de la escalera se estremece. Oímos el tintineo de sus llaves y enseguida el portazo.

Nina se vuelve a mí y alza una ceja, también de forma elocuente.

—No tiene que ver con eso —afirma, y ahora eleva los ojos en gesto de breve ponderación—. Ni con la raza ni con el color de la piel ni nada. Por mucho que a veces uno se pregunte de qué clase de cultura vienen. Pero tú bien sabes que adoro a Jamila, así que ese no es el problema.

Baja la voz. Como por instinto, me inclino hacia ella y al hacerlo se me ocurre que sin duda damos la impresión de estar tramando una conspiración, aunque no haya nadie para verlo.

—Svein dice que aquella noche estaba hecho un basilisco. Era por algo que habían estado discutiendo. Uno de esos temas, ya sabes, entre amigos. Saman había perdido por completo los papeles; chillaba y maldecía y decía barbaridades. No podía controlar la ira que tenía, dice Svein. Parecía una bestia salvaje.

»Y cuando pienso en la forma en que han matado a Jørgen, con esa brutalidad. —Se estremece—. ¿Qué clase de furia se ha de guardar dentro? ¿Sabes lo que te digo?

Ahora me mira esperando mi confirmación. Como si ahora me tocara a mí decir algo; que me venga a la mente alguna anécdota que confirme y complete lo que ha dicho. Pero no tengo nada que añadir. Tengo en la garganta una sequedad de leña de quemar. El piso de arriba, el hogareño despacho donde mataron a Jørgen, es como un vacío que duele, un agujero negro que no queremos reconocer, pero que no deja de atraernos hacia él. Hacia lo que sucedió allí. Las posibilidades que esto puede traer consigo son de vértigo: ¿estamos a salvo los que vivimos aquí? Y henos aquí, actuando como siempre lo hace la gente que se siente amenazada: volviéndonos los unos contra los otros.

El silencio que se instala entre las dos dura unos segundos eternos, y sé de antemano que me sobrarán las excusas. Estaba agotada, diré, ha sido el insomnio. Ya no doy pie con bola. O diré que todo sucedió tan rápido que para cuando conseguí armarme de valor ya había pasado el momento. Le quitaré hierro a este prolongado y opresivo instante en que Nina ha acusado a Saman y ha aguardado mi aval. Cuando yo habría podido abrir la boca y defenderlo, pero no lo he hecho. Porque no he reaccionado con la celeridad suficiente, me diré. ¿O será acaso que la he creído? ¿O que al menos me temo que pueda estar en lo cierto? Quitando a Jørgen, somos once los habitantes de

la casa. Si no contamos a los niños, somos siete: Jamila y Saman, Nina y Svein, y Åsmund y yo. Y Merete, que a la sazón estaba en el quinto pino durmiendo en una tienda de campaña, y quien literalmente no empleó código alguno para cerrar ninguna puerta aquella noche. Seis sospechosos. Si me piden que adivine, yo diría Svein. Pero me falta base para argumentarlo mínimamente. También podría haber sido Saman. No somos muchos, si excluimos a los niños.

Nina dice:

—¡Ay! ¡Qué poco me gusta esto! Es horrible pensar que haya tanta mala sangre entre nosotros. Pensar que alguien tiene el código de entrada y que encima es un vecino de la misma casa.

A ambas nos recorre un escalofrío. La fría y solitaria habitación de arriba.

—Pero la policía está haciendo progresos —añade con un hilo de voz.

—Yo creo que van a resolver el caso.

Mira de nuevo alrededor; se vuelve hacia mí y se justifica:

—Es que esto no hay quien lo entienda. Yo no sé qué se hace en una situación como esta.

Y en ese momento, me digo, está hablando con el corazón en la mano.

No tiene nada que ver con eso, me digo sentada frente al ordenador mientras escribo «Saman Karimi» en el motor de búsqueda de Facebook. No es que se sospeche de alguien por su nombre o por su lengua materna ni nada de eso. Oigo el eco de las palabras de Nina en las mías y me pongo a buscar argumentos contrarios. No tiene que ver con eso, no, pero una tiene que poder hacerse preguntas. Pulso el icono de búsqueda.

Aparecen varios perfiles: tres en Irán, dos en Estados Unidos y uno en Australia. Ninguno en Noruega. Voy a la página de Jamila, a ver si en la suya encuentro el perfil de Saman, pero no doy con ninguna información. Dice que está casada, pero no con quién. No hay fotos de ellos juntos. No hay una sola foto personal. Están sus fotos profesionales: modelos de mirada impenetrable, sombras falsas, cabelleras revueltas y maquillaje artístico, delineador rojo y máscara blanca. Llevan blusas largas y zapatos de tacón de aguja, o bikinis de color piel cubiertos con camisetas traslúcidas. Y Jamila las ha retratado en bosques otoñales o en antiguas casas campestres. Todo de lo más artístico. No son imágenes bonitas, como se esperaría del trabajo de una fotógrafa de moda, pero hay algo que rezuma confianza, lo cual también podría decirse del aspecto de la propia Jamila. Ni por un instante se te ocurre pensar que ella no sabe lo que se lleva.

Busco el nombre de Saman en Google. Solo por echar un vistazo, me digo. No hay resultados de gente con el mismo nombre. Añado Oslo y doy con cuatro resultados que parecen pertinentes. Voy a la página de la universidad; encuentro un aviso de hace tres años que anuncia que defenderá su tesis doctoral, y el título de la tesis es extenso e incomprensible, lleno de letras y números dispuestos de tal modo que no hay lego que lo entienda. El resultado siguiente es la página donde figuran los empleados del Hospital Nacional, donde Saman trabaja en ortopedia. Luego viene la página de los empleados de la universidad, donde por lo visto trabaja a tiempo parcial, cosa que yo desconocía pero que no me sorprende: tampoco nos conocemos tanto. Y luego una página científica donde aparece un artículo que ha escrito y publicado. También en este caso el título es indescifrable. Ha sido citado más de quinientas veces, por lo que leo, y siento una punzada de envidia: mi

artículo más citado no reúne más de doscientas referencias. El último resultado lo encuentro en una página que se llama *De la cuna a la tumba*. Me llama la atención. Pincho el enlace. Mi ordenador tarda en descargar la página y al final aparece en blanco. Subo y bajo; clico aquí y allá al azar. No pasa nada. Cuna. Tumba. No hay el menor indicio que permita interpretar eso.

Me dedico entonces a buscar a Jamila. Más fotos de moda, más modelos inexpresivas en bosques de coníferas en terrenos rocosos. Su página es un catálogo de su obra, y es eso lo que encuentro sobre ella. Vuelvo a su perfil de Facebook y paso un rato fisgoneando. Cuanto más tardo en dar con algo personal, con más descaro lo intento. Olvido que estoy inmiscuyéndome en su vida personal, y es que estoy decidida a hallar algo; no sé qué, cualquier cosa que me demuestre que Jamila es algo además de fotógrafa. Ya casi al final de su muro doy con ello. Una mujer de nombre Shamala ha escrito: «¡Jammie! ¡Me he enterado de lo que ha ocurrido! ¡Te llevo en mis pensamientos!». Un emoticono doliente cierra el mensaje. Han reaccionado cuarenta personas y abundan los corazones, las manos con gesto de aprobación y caras que lloran. La mayoría de las publicaciones de Jamila suscitan cientos de reacciones. Veo que ha puesto un *like* en el mensaje de Shamala, pero no ha añadido comentario alguno; ni ella ni nadie. El mensaje es de hace año y medio. Shamala lo debió de escribir poco antes de que Saman y Jamila se instalasen en Kastanjesvingen.

La siguiente en mi lista es Nina Sparre. Su perfil está repleto de citas motivacionales y conmovedoras historias de niños que salen adelante pese a todas las adversidades; o de personas que sin conocerse de nada se demuestran bondad y consideración. Esas publicaciones suelen ir acompañadas de comentarios como «¡Qué hermoso!», y a veces añade algún consejo o moraleja: «¡Esto es lo que sucede cuando nos atrevemos a escucharnos los unos a los otros!». También le interesa la vida del colegio, veo, y lo que publica sobre eso es claramente más informativo. En una ocasión escribe sobre las consecuencias de que los niños empiecen en el colegio a los seis años de edad, o sobre las reformas en materia educativa. Le preocupan los requisitos burocráticos que le imponen a la escuela, pues teme que la carga administrativa les quite tiempo para dar clase. Nina le pone empeño y publica algo a diario, a veces incluso varias cosas. La última publicación es de la mañana del domingo, el día que hallaron a Jørgen. Tiene que ver con una madre soltera que no tiene dinero para comprarle una bici a su niño y de cómo los vecinos se juntaron para comprarle precisamente la que

el crío quería. «¡Cuidemos los unos a los otros!», escribe Nina en su publicación. Después de eso, no ha escrito nada más.

El perfil de Facebook de Merete no es particularmente activo. Tiene un montón de amigos y muchos de ellos le dan *like* a lo que publica, que no es mucho. Hay enlaces a artículos periodísticos de actualidad o sobre arreglos musicales o exposiciones de arte. De vez en cuando, alguna foto de Filippa, siempre de espaldas a la cámara: Filippa esquiando en un hermoso paisaje de invierno, Filippa tomando el sol recostada contra una pared de roca desnuda de toda vegetación. Hay pocos comentarios.

Voy al perfil de Åsmund. La foto de perfil es de un viaje de vacaciones con unos amigos; debe de ser de hace seis o siete años. Luce gafas de sol y una sonrisa enorme; se le ve libre y feliz. Sigo página abajo mirando fotos que ha subido, o publicaciones en las que lo han etiquetado sus amigos. Trato de imaginar cómo interpretaría yo esto si fuera su vecina: tiene montones de amigos que lo aprecian. Le gusta ver deportes en la tele. Está orgulloso de su bici eléctrica. Se esmera en su trabajo, pero sin pasarse. Sueña con viajar de vacaciones a destinos exóticos y con ver a su equipo ganar la Premier. ¿Es esto lo que me quedará de él si me vuelve la espalda?

Paso a Emma. Su foto de perfil está tomada con filtro, con sombras marcadas y mucho contraste, lo que la deja irreconocible. Es bonita, pero tiene un aspecto muy común. Eso es todo lo que veo. «La información de este usuario es privada», dice. Clico para refrescar la página, como si fuera a servir de algo. Emma no es privada; no para mí. Somos amigas en Facebook. Esa era la condición para dejarle abrirse un perfil tres años atrás, antes de que tuviera la edad.

La ansiedad se me mete en el cuerpo mientras cojo el móvil para comprobar si ocurre lo mismo en otras plataformas. Se me acelera la respiración y siento un ligerísimo cosquilleo en la punta de los dedos. Me ha bloqueado también en Instagram y en Snapchat. Para la reunión de padres de hace un par de meses en el colegio Bakkehaugen, Nina invitó a una psicóloga del ayuntamiento a dar una charla sobre los jóvenes y su consumo de internet. Hablad con los críos de lo que hacen en la red, exhortaba la psicóloga. Abrid cuentas en las plataformas que ellos usen y seguidlos. Mostrad interés por su vida en la red. Mostradles que también estáis en internet para ellos, tanto como en la vida real. Que entiendan que pueden acudir a vosotros. Y así sucesivamente. La psicóloga era joven, recuerdo; no tenía pinta de tener hijos adolescentes. Fijo la mirada en el hostil texto en la pantalla. La información de este usuario es privada. No me permite el acceso. Emma me ha bloqueado.

Me despierta el portazo de la puerta de entrada. Al principio me encuentro desorientada; estoy tendida en el sofá y ni siquiera me he dado cuenta de que me había quedado dormida. Tengo el cuerpo dolorido y rígido, y siento la lengua pastosa.

—Hola —saludo.

Me sale una voz grave y quebrada, ajena, como si en las profundidades del sueño existiese otra versión de mí misma: una yo nocturna que no conozco de nada. Tengo que toser y expectorar para aclararla.

—¿Mami? —dice Emma asomándose al salón—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—¿Qué hora es? —pregunto, y siento que mi voz de siempre vuelve a su lugar; mi yo diurna emerge de las sombras.

—Las tres y cuarto —responde.

Me incorporo para quedarme sentada al tiempo que me estiro para desperezarme. Emma se dirige a la entrada; la oigo quitarse las botas y luego vuelve al salón.

—¿Has estado durmiendo? —inquire, y frunce la frente.

—Sí. Anoche dormí mal.

Bostezo.

—He ido al médico. Me ha dado la baja por enfermedad, así que me quedo en casa unos días. Por la historia del gato, ¿sabes? —Las arrugas de su frente se acentúan. Trago saliva y añado—: Y lo de Jørgen.

Se le alisa la frente; aprieta los labios y pone esa cara de superioridad que en ocasiones presenta, como si pudiera mandar a galeras a quienquiera que mostrase la más mínima debilidad, porque a ella, Emma, de trece años de edad, nada le afecta.

—Entonces no estás enferma de verdad —opina.

—No —digo con voz cansada y sin ganas de entrar en esa discusión—. Pero el médico piensa que es preferible que me quede en casa mientras no duerma bien.

No nos decimos más. Se va a la cocina. Sigo con la mirada su figura delgada y su ropa ceñida. Aún le queda algo de niña en su manera de andar,

pero se le nota que cada vez menos. Me pregunto cuántos de sus gestos son calculados. Ya he visto a estas adolescentes haciendo poses. Y he visto a Emma y a sus amigas —la última vez en el ensayo de la obra en el colegio, el pasado fin de semana— adoptando ciertas posturas entre ellas y para ellas, moviendo las caderas, sacando pecho y meneando el culo de lado a lado para hacer reír a las amigas. Son gestos exagerados, pero no solo eso. Están ensayando. Quieren comprobar hasta dónde los pueden llevar, añadiendo a sus movimientos detalles de su propia cosecha. Quieren que los chicos las vean. De modo que, en parte, lo hacen por los chicos, pero también para las chicas. Se pavonean las unas ante las otras, y por lo que me ha parecido ver, se pavonean en particular ante Emma. Las risotadas desdeñosas que ella suelta sin piedad, sobre todo ante las más débiles, bastan para exiliarlas al perímetro exterior. Y ahora me ha bloqueado a mí. Tendré que decirle algo sobre eso. La sigo a la cocina y veo que está buscando algo en la nevera. Me pregunto qué debería decirle, si preguntárselo o hacerme la tonta y comentarlo como si se tratase de un error. O tal vez debería hacer que se enfrentara a la situación. Trato de predecir su reacción ante una y otra posibilidad.

—¿Qué buscas? —pregunto.

No me contesta y sigue revolviendo los estantes. Se yergue en la punta de los pies para alcanzar el más elevado. Es muy alta. En eso ha salido a mí. Åsmund y su hermano son de estatura media, pero tirando a la franja baja. Ambos son corpulentos. Emma es delgada, como lo era yo a su edad. Saca el chocolate en polvo del armario y me lo muestra a modo de respuesta, y yo en silencio retiro lo que había pensado sobre su postureo calculadamente femenino, pues se va a hacer un chocolate con leche a la vuelta del colegio. Me siento a la mesa de la cocina y la observo mientras vierte la leche, agrega tres cucharadas de chocolate en polvo y agita la mezcla haciendo que la cucharilla tintinee leve y nítidamente contra el vidrio del vaso. Devuelve la leche a la nevera y el chocolate al armario, y la veo vacilar un instante antes de sentarse delante de mí a la mesa.

—¿Y? ¿Qué tal el cole?

Se encoge de hombros.

—Bien.

—¿Qué has tenido?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué asignaturas?

Otro encogerse de hombros.

—Noruego, matemáticas, inglés. Lo de siempre.

—¿Y has aprendido algo?

Se echa a reír. Pero no como se ríe con Åsmund. Es más contenida; es una risa pensada para demostrarme algo.

—De verdad, mami. No hace falta que te esfuerces.

—¿Que me esfuerce en qué?

—En hacer como si te interesara.

—No hago como si me interesara —respondo pensando en su Facebook, cerrado para mí, y en la joven psicóloga: mostrad interés por su vida en la red—. Eres mi hija, por supuesto que me interesa lo que pasa en tu vida.

—Vale —contesta levantando la mirada al techo.

—Lo que haces y cómo te va son cosas importantes para mí —continúo casi alzando la voz.

Emma da un largo suspiro.

—De acuerdo —replica—. Tampoco quise decir eso.

—¿Y qué has querido decir?

—Solo que a ti no te interesa mucho el cole y esas cosas. Y no pasa nada, mami, no tienes por qué interesarte. No tiene importancia.

Pero no estoy de acuerdo. «Mostradles que también estáis en internet para ellos, tanto como en la vida real».

—¿Acaso no participo en la escenografía de la obra en el colegio? ¿No participo en el voluntariado y en las reuniones de padres? ¿No te pregunto por tus notas?

—¡Por Dios, mamá! —exclama—. Venga, ¿quiénes son mis cuatro mejores amigas? A ver.

—Saga, Thea —empiezo—. ¿Carina?

—Carina —repite Emma con desdén.

—¿Filippa?

—Mami —dice—. Filippa y yo en realidad no somos amigas.

—¿Habéis reñido?

—Reñido no —indica despacio—. No encajamos. Eso es todo. Es muy presumida.

—¿Presumida?

—Sí. Es penoso, eso de creerte que todos te quieren.

Emma me dedica su mirada más límpida. Hay en ella una tensión que no acabo de comprender. ¿Me está desafiando? No veo por qué lo haría.

Trato de imaginármelas en el colegio. A Filippa, tan guapa y heredera de la elegancia innata de su madre. A su lado, Emma es corrientita, me digo, y la

verdad es que nunca me lo había planteado de esa manera, pero ahora que lo pienso me doy cuenta de lo que durante años he estado dando por sentado. Del mismo modo que yo soy corriente comparada con Merete.

—¿Hay algo entre Simen Sparre y Filippa? —pregunto.

Emma me mira boquiabierta un instante. Luego cierra la boca y dice sin vacilar:

—No que yo sepa.

Pero se ha sonrojado. Ahí hay algo.

—Pobre chica —digo—. Imagínate perder a tu padre de esa manera. —Emma guarda silencio. Bebe su leche con chocolate—. ¿Y tú cómo lo llevas, cariño? —pregunto, y tiendo el brazo hacia ella para acariciarla—. Con todo lo que ha ocurrido en la casa.

Me mira.

—Yo estoy como siempre —responde—. Supongo que lo veo como algo que no me incumbe.

Cabeceo con un gesto de asentimiento. Retiro la mano.

Más tarde, una vez que Emma se ha sentado en el salón con los ojos pegados al iPad, me digo: ¿qué es lo que ha dicho acerca de lo que le pasó a Jørgen? «¿Supongo que lo veo como algo que no me incumbe?». ¿O hizo hincapié en el objeto de la oración? Supongo que lo veo como algo que no me incumbe a mí. ¿A diferencia de quién, de Filippa? ¿O tal vez hablaba de mí? No hay manera humana de que esté al tanto, creo. No, no puede saberlo. Jørgen y yo siempre fuimos precavidos. Puede que no lo suficiente, como aquella vez con lo del vigilabebés, pero ella no se percató de nada en aquel momento, y solo ocurrió esa vez. No puedo ni imaginarme que esté enterada.

Y, sin embargo, hay algo en su mirada, esa superioridad moral. Emma exhibe una calculada indiferencia ante el asesinato de uno de nuestros vecinos. ¿Qué debo pensar yo de eso?

—Hay un montón de reporteros ahí fuera —comenta Åsmund a la hora de la cena.

—Ah —digo.

—Me han parado tres veces desde la acera hasta aquí. Creo que es por lo del gato.

—Los niños —le indico con un gesto hacia Lukas.

—Y por lo visto la policía ha dado una rueda de prensa, y afirman haber hecho algunos hallazgos y que se interesan por algunos individuos del vecindario o algo así. —Y añade sin pausa—: ¡Qué locura! —Cabecea con incredulidad.

—No habrás hablado con ellos, ¿no? —inquiero.

—Pues...

—Åsmund —replico.

—... una de la tele era tan joven —se justifica—. Comentó que para la gente es importante hacerse una idea de cómo se viven estas cosas.

Me viene una imagen de la reportera del flequillo que me encontré hace un par de días, la que me sostuvo la verja para que pasara con la bici. ¿No me había dicho tres cuartos de lo mismo?

—No he dicho nada malo —manifiesta—. Solo que estábamos en estado de *shock* y que jamás habríamos creído que algo así pudiera ocurrir aquí, y cosas por el estilo.

—Bien. Entonces vale —digo.

—¿Quién sabe si estos no serán nuestros quince minutos de fama? —comenta con una sonrisa interrogativa, como quien dice: ¿podemos hacer bromas de esto o es demasiado pronto?

Sonrío un poco. Muy a mi pesar.

—Papi —lo llama Emma, cuya sonrisa es más amplia que la mía—. No creo que las noticias de asesinatos sean el mejor terreno para ti.

También la sonrisa de Åsmund se ensancha, y a mí se me encoge el corazón. Puede que esta sea nuestra última velada como familia completa. Como familia feliz, además. Perfecta no, pero una familia normal. Con sus

bromas amistosas y su charla a la hora de estar a la mesa. ¿No dicen que la felicidad está en esas pequeñas cosas?

He escogido mis palabras, por decirlo de alguna manera. Solo necesito dar con un punto de partida; el resto ya vendrá por sí solo. Lo voy a hacer esta noche. No puedo seguir dándole largas al asunto. De todos modos, terminará por saberlo. Eso es lo que ha dicho Ingild; y que, cuanto más tarde lo haga, peor será.

Es tan raro verlo enojado. No logro acordarme de la última vez que se enfadó conmigo. Sé que ha sucedido. Hemos reñido, como todos los matrimonios. Pero no creo haberlo visto nunca enfurecido. No puedo ni imaginarme cómo va a reaccionar a esta clase de noticias.

—Papi —dice Lukas—. ¿Vas a salir en la tele?

«Rikke —escribe Jamila—, ¿de verdad has encontrado tú al gato?». Tres caritas sollozantes siguen a la pregunta, y luego el emoticono de una cabeza en trance de explosión. Suspiro. Åsmund lleva a Lukas a dormir y yo lo aguardo sentada en el salón, lista para hablar. Bueno, tampoco es que esté sentada, a decir verdad, porque no paro de arrastrar los pies hacia la cocina y de vuelta al salón, ansiosa. Siento en la garganta, el pecho y el estómago un abismo deshabitado, sin cuerpo, nada más que un abismo inmenso y resonante de ecos. Si me estoy quieta me voy a desinflar, y por eso no paro de un lado a otro. Voy de la cocina al salón recogiendo cosas, poniendo orden aquí y allá, y de regreso a la cocina.

De verdad que me supera lo de contestar a Jamila. Dejo el teléfono. Me dirijo a la cocina y le paso un trapo a la mesa una vez más. Oigo crujidos en nuestra escalera. Lo oigo entrar en el salón. Inspiro una larga bocanada de aire. Allá vamos. Esto es ahora.

Cuando entro ya ha encendido la tele.

—Hola —dice.

—Hola —saludo con voz leve como la brisa.

Él comenta:

—Tengo que ver si de verdad salgo en las noticias. Nunca en mi vida he salido en la tele.

Yo digo:

—¿Åsmund? ¿Te puedo hablar de una cosa?

—Sí —responde él volviéndose a mirarme.

Con esa cara suya, redonda y bondadosa. Es preciso que me preserve de los sentimentalismos. No debo invocar su imagen de cuando estaba en el colegio; el colegio al que llegué sola, sin conocer a nadie, donde me pasaba el tiempo sola hasta el día en que, en clase de ciencias naturales, se volvió hacia mí y me dijo: «Quiero estar en el mismo grupo que tú». Åsmund el bueno. Åsmund el popular. Se había percatado de que alguien se hallaba marginado y me acogió en su círculo. Porque eras la más mona de la clase, me dice cuando se lo recuerdo. Tampoco es que lo hiciera por pura generosidad, pero me acuerdo de la inmensidad de mi alivio: alguien me dirigía la palabra. Y también de lo que, al hacerlo, Åsmund les demostró a los demás. Él me había escogido. Miradla, les dijo. ¿Cómo es que no la habíais visto?

Y entonces me vieron. Todos ellos. Es en esto en lo que no debo pensar.

—Solo quería decir...

Me mira atentamente. Y entonces vacilo; estoy a punto de encerrarme en mis brazos, pero en ese instante vuelve la vista al televisor.

—Esa es nuestra casa —indica.

Y es verdad que la casa amarilla aparece en la pantalla, como fondo para la reportera del flequillo. Al pie de la imagen, el titular dice: «Novedades en el asesinato de Tåsen». Nuestra casa se ve inesperadamente pequeña en televisión. No tan chic como me pareció la primera vez que la vi: acogedora, para nada ostentosa, pero sí costosa y bien mantenida. Ahora parece una patética casucha en una loma. Quizá tenga que ver con los filtros.

Y aparece Åsmund. En la tele se le ve distinto. No exactamente más bajo, pero sí más serio. Impone más. Como si se tratara de un señor al que yo no conozco y que está dando un testimonio que merece la pena escuchar. Han cortado las preguntas de la reportera para que dé la impresión de que el entrevistado habla por propia iniciativa.

«Es muy desagradable —explica el Åsmund de la tele—. ¿Cómo no iba a serlo? Los chavales han cogido miedo con esto del gato; y es que algo de macabro sí que tiene el asunto».

Se oye fuera de cámara la voz de la reportera:

«¿Y lo ves como algo relacionado con el asesinato del pasado fin de semana?».

El Åsmund de la tele frunce el ceño, como quien realiza un intenso esfuerzo mental. Parece más viejo, me da la impresión, y me sorprende: tiene aspecto de adulto. Es un adulto, ni siquiera un joven adulto.

«Bueno —contesta—. Esa es una pregunta para la policía, pero qué duda cabe de que da que pensar. Este es un barrio muy tranquilo y seguro. Hace ya unos años que vivimos aquí, y nunca antes había pasado nada. Y ahora han sucedido dos cosas, una después de la otra, y en muy poco tiempo».

Se le nota intranquilo. Ahora cortan la imagen y pasan a la rueda de prensa de la policía. Está hablando una mujer de uniforme. Tiene un marcado acento del noroeste; las consonantes saltan sincopadas en su boca. No la he visto aquí, en la casa, y por el cargo que la identifica da la impresión de que está en lo alto de la jerarquía, así que quizá no se dedique al trabajo de campo. A su izquierda veo a Gundersen. Va vestido de uniforme, y ahora parece otro, distinto al de esta mañana. Su aspecto es más esmerado. Y está casi guapo. No dice nada, pero se le ve muy atento a lo que comenta la mujer que habla.

—¡Anda que no! —exclama Åsmund—. Mi debut en la tele. ¿Qué me dices, Rikke? ¿Lo he hecho mal?

—Para nada —respondo—. No. Has estado muy bien.

«La policía investiga el vecindario», dice la frase al pie de la pantalla. Es lo que alcanzo a leer hasta que Åsmund apaga la tele y se vuelve hacia mí.

—Querías hablar de algo —menciona.

—Sí —replico, y trago saliva. Hay algo que me incomoda en cómo estamos. Él sentado y yo de pie. Paso delante de él y me instalo en el sofá, pero tampoco me hallo a gusto sentada. No sé dónde poner las manos.

Este es el momento. La tele apagada y los niños dormidos. No habrá interrupciones. No habrá nada que lo impida. Tendría que haber aprovechado

esa excusa, pienso un instante. Tendría que haber echado marcha atrás con su aparición en la tele; habría sido la ocasión perfecta para dejarlo estar.

—Había una cosa que te quería decir —comienzo.

—¿Sí?

Por un instante pienso en cuando Emma participó en una demostración de gimnasia en el colegio. En medio de un ejercicio se la vio vacilar, poco segura de tener el movimiento totalmente bajo control. A continuación perdió pie y le salió mal el remate del ejercicio. No se puede vacilar. No se puede estirar el momento. Hay que hacerlo y punto, como si no tuvieras miedo.

—Sí —digo—. Verás.

Pero tal vez sea en el momento de vacilación cuando se falla el remate. Me aferro a esta idea con avidez, a dos manos. Sí, puede que sea así. Quizá el barco de esta conversación haya zarpado ya a causa de mi vacilación. Y lo último que quiero es un mal remate. Quiero las mejores condiciones posibles.

—Verás —repito, y añado atropelladamente—: Hoy he hablado con Emma sobre las cosas que han pasado, ya sabes. Quería hacerme una idea de cómo lo está viviendo. Hasta ahora se ha mostrado tan... ¿cuál es la palabra? Tan indiferente a todo. A decir verdad, hasta me ha asustado un poco. Es como si le diera absolutamente lo mismo.

Åsmund asiente con gesto pausado. Me he quedado casi sin aire y procuro disimularlo. Tengo la impresión de que el salón gira a mi alrededor. Me mira a los ojos y hay algo ahora en su mirada. ¿Entiende lo que le digo? Tal vez me esté pasando de intensa. Tengo la respiración acelerada y corta.

—¿Sabes qué, Rikke? —declara—. Yo creo que lo mejor es dejar a Emma en paz con esto. Que reaccione como quiera. Está en su derecho.

Hay algo en su voz que no reconozco. Lo ha dicho con firmeza y ponderación. Dejémosla en paz. Y yo asiento. Y no sé qué pensar.

—Sí —convengo, dispuesta a aceptar cualquier cosa—. De acuerdo. Solo me lo planteaba.

Åsmund asiente también.

—¿Era solo eso? —pregunta.

Durante un instante de vértigo, se hace presente la posibilidad de decir lo que tengo que decir a pesar de todo; es lo que había resuelto hacer y es lo que debo hacer. Pero doy marcha atrás y contesto que sí, que eso era todo. Åsmund sonríe, dice que vale y enciende de nuevo la tele. Y sé que esta noche, cuando no logre conciliar el sueño, me reprocharé amargamente esta cobardía.

El resto de la velada transcurre así, delante de la tele.

¿Está pasando algo? ¿Me dirige Åsmund miradas de perplejidad cuando cree que no me doy cuenta? En el piso de arriba se oyen los pasos de Merete yendo de un lado a otro. Su proximidad se cierne sobre nosotros; el despacho desierto tira de mí con fuerza, y aquí estamos nosotros, viendo la tele como si no hubiera pasado nada, mientras yo siento los latidos de mi corazón en las sienes.

Devoro a Jørgen a grandes bocados; es mío, al menos aquí y ahora, y soy insaciable. Lo quiero todo de él, piel y pelo. Deseo catarlo, engullirlo. Tiro de su cabello con mis manos; le acaricio el cuerpo entero: los músculos de sus muslos y los brazos, la tersa piel de su espalda, la adorable cavidad de su nuca. Quiero saberlo todo de él. ¿De qué tienes esa cicatriz en la pantorrilla? ¿Por qué tienes la uña del dedo meñique partida en dos? ¿Y qué significa la cicatriz que tienes en el lóbulo, es que alguna vez llevaste un pendiente? Pero no he tenido tiempo de preguntárselo. Quiero consumirlo. Soy toda avidez.

Luego, tendidos uno al lado del otro en las limpias sábanas blancas de la cama que ocupa casi toda la habitación del hotel, me doy la vuelta para mirarlo y pienso en lo extraño que es conocer estas intimidades de un vecino, de una persona con la que estás destinada a intercambiar naderías amables delante del buzón. A mostrarte naturalmente amigable y a contar anécdotas mientras quitas las malas hierbas del mismo parterre en una de esas operaciones de trabajo voluntario; o a intercambiar trucos de cocina mientras cada uno empuja su carrito de la compra por los pasillos del supermercado Kiwi. Y todo en una relación muy limitada, en la que uno es el vecino de, el padre o la madre de; uno que vive arriba o abajo. Deslizo los dedos por el cabello ondulado y rebelde de Jørgen y le pregunto en qué está pensando. Él se incorpora apoyándose en los codos.

—Estoy pensando —contesta— en que este viaje a Bergen ha sido una idea estupenda.

Algo que casi nunca se menciona cuando se habla de esta clase de historias son los aspectos de logística que entrañan. El momento y el lugar. Y de los dos, el lugar es el más problemático, sobre todo tratándose de vecinos. No había lugar seguro donde Jørgen y yo pudiéramos compartir una cama. Una vez lo hicimos en su coche; otra noche entramos a hurtadillas en un despacho del *coworking* que había alquilado. En un par de ocasiones nos lo montamos cuando tanto Åsmund como Merete habían salido, y entonces yo subí a su

piso. Era arriesgado, pues, por mucho que nuestras respectivas parejas no estuvieran, la casa de Kastanjesvingen es un colador de sonidos.

Pero vernos fuera sí que era posible. Habíamos dado con un restaurante italiano en Enerhaugen, un lugar al que ninguna de nuestras parejas iría. Nos sentamos frente a frente a una mesa con mantel de cuadros rojos y nos empezamos a conocer. Me dijo que había crecido en pleno centro de Oslo, en un apartamento grande y repleto de libros. De joven había pasado un par de años viajando por su cuenta por Europa, bebiéndose su dinero en Praga; en Bratislava lo asaltaron para robarle lo que llevaba encima, y en Atenas se enamoró de una mochilera italiana. Cuando al fin se quedó sin dinero, pero sin dinero de verdad, hasta el punto de no tener con qué pagarse el desayuno, le pidió unas monedas a su enamorada italiana y llamó a sus padres para pedir más. Como anticipo de la herencia, dijo, lleno de esperanza. Su madre le contestó que ni hablar, que tenía que volver a casa. Lo único que estaba dispuesta a pagar era el billete de tren de regreso a Oslo, e incluso eso se lo tendría que reembolsar. Así se hallaba Jørgen, en una cabina telefónica en Atenas —la cuna de la civilización, añadió con una sonrisa—, cuando descubrió que aquello era el fin de la infancia. Aceptó el préstamo. Regresó a Noruega y se matriculó en la facultad de Periodismo.

—¿Te has arrepentido alguna vez de aquello? —pregunté.

Él soltó una risa y declaró:

—La verdad es que me arrepiento de muy pocas cosas.

Yo le hablé de mi infancia en la pedanía a orillas del bosque. Mi hermana menor era entonces toda una estrella, le dije. Cantaba en la tele y habían publicado unos discos. Y su carrera, cada vez más aventurera, exigía cada vez más de la familia: de mis padres sobre todo, pero de mí también. Mi tarea consistía en estar bien, en pedirles lo menos posible. Sonreír cuando los amigos compraban sus CD y me pedían que se los hiciera firmar. Decir «genial» cuando profes, entrenadores y vecinos me preguntaban, todos ellos con aquella sonrisa de idiotas, que cómo era ser «la hermana de Caroline». Podría pensarse que aquello me resultaba molesto, le dije a Jørgen, pero no lo recuerdo así. Para mí era más bien una cosa risible, una tontería. Lo que sí hice fue apuntarme a secundaria en la otra punta del municipio, donde nadie me conocía, así que a lo mejor sí que me molestaba un poco.

—Creo que aquello contribuyó a que me enamorase de Åsmund —dije—. Que para él mi hermana no fuera objeto de ninguna admiración. Cuando lo llevé a casa para presentarlo en familia, pasó una hora y media hasta que se le ocurrió algo que podía preguntarle a mi hermana.

Aparte de eso, apenas mencionaba a Åsmund: conté muy pocas anécdotas sexuales o románticas. Yo no tenía mochileros italianos de los que hablar. En aquel momento me sentí casi avergonzada. No por Åsmund. Puede que no sea tan leído como Jørgen; no escribe en los periódicos ni tiene opinión alguna sobre Afganistán, pero es un tío estupendo. Mucha gente pensará que soy afortunada. Solo que su vertiente de persona media me quitaba luz; proyectaba en mí una tonalidad gris. De haber vivido yo algunos años locos en la veintena, si me hubiera enamorado de músicos y actores y de mis profesores, y si en aquellos años me hubiera ido a la cama con este y con aquel para volver a casa por la mañana como si tal cosa, en ese caso Åsmund habría resultado ser una elección por completo comprensible. Entonces quizá habría despertado una mañana, ya en la treintena, y me habría dicho «Hasta aquí hemos llegado», como suele decirse, y, más que por eso, habría sentido un deseo de «sentar la cabeza», de encontrar a alguien con quien compartirlo todo. Y de haber conocido a Åsmund entonces, en una fiesta de amigos comunes, igual habría pensado: A ver, ¿no es esto lo que me ha faltado siempre?, ¿no es este amiguete de la adolescencia precisamente lo que necesito? Y en ese momento habría aceptado el paquete entero; nos habríamos casado, habríamos tenido hijos y habríamos comprado un apartamento en Kastanjesvingen. En ese caso Åsmund habría venido a completar el cuadro, como quien dice. Pero haberlo elegido de tan joven, y haberme mantenido fiel a mi elección, ¿qué dice eso de mí?

Por eso prefería hablar de mi trabajo. Le hablé de mi idea de tesis doctoral, de apoyarme en la economía conductual, esa intersección de la economía y la psicología, para estudiar los comportamientos asociados al clima. De los hallazgos del estudio, de los experimentos que ahora preparábamos.

—Estoy estudiando las contradicciones en que incurrimos cuando hablamos del clima —conté—. Como cuando en el restaurante o en la frutería preguntamos si tal o cual fruta es ecológica, y nunca cuestionamos la ecología de un mango que aparece en Noruega en enero. Es lo que se llama *disonancia cognitiva*; la desazón que sentimos cuando hay un desfase entre lo que pensamos y lo que hacemos. Para nosotros es muy incómodo, porque tendemos a considerar que somos coherentes. Por no decir que nos guiamos por la razón y la moral. De modo que tratamos de expiar la disonancia, de ser posible embelleciendo la situación, para no tener que modificar nuestro comportamiento. Es fascinante ver cómo un mínimo de manipulación nos hace capaces de creer en dos cosas opuestas a la vez.

—¿Y hay alguna disonancia en tu vida? —preguntó Jørgen desde el lado opuesto de la mesa de mantel de cuadros rojos. Le respondí con una sonrisa, y él añadió—: Sin duda que no. Das la impresión de tenerlo todo muy claro.

—Bueno —repliqué yo—. Me he echado un amante.

Me arrepentí en cuanto lo dije. Parecía una palabra tan grande, tan melodramática. Tal vez fuese una tontería ponerle un nombre a aquello. Salvo por aquella noche de enero, llevábamos casi cuatro semanas sin vernos y la relación era aún nueva, aún intacta, y la verdad es que nunca habíamos hablado de esta en esos términos. Pero Jørgen echó la cabeza a un lado e inquirió:

—Un amante. ¿Y eso no es bueno?

—No lo sé, si quieres que te diga la verdad —contesté mientras jugaba con la vela que ardía en el centro de la mesa. Me había puesto a quitar estearina con las uñas—. Hay quien diría que es inmoral.

Jørgen sonrió y le vi el espacio entre los dientes.

—No tú, espero.

—No —negué alargando la sílaba un poco.

—¿Sabes qué? Hay una cosa que siempre me ha parecido bonita de esa palabra. Amante: el que ama. Yo quisiera ser ese.

Más tarde, esa misma noche, me habló de un viaje a Bergen que tenía que hacer la semana siguiente y, adelantando la mano por el mantel de cuadros rojos, preguntó, como en broma, si no era esa semana precisamente cuando yo tenía que viajar a Bergen por trabajo. Mira tú por dónde: hay un equipo de investigación de la Universidad de Bergen con el que me interesa hablar. Puedo ponerme en contacto con ellos y organizar una reunión.

Ya en el autobús, camino al aeropuerto, estoy como una chiquilla en Navidades. Tamborileo con las manos en el asiento; compruebo mi teléfono cada dos minutos; sonrío de oreja a oreja sin razón, tanto que me escondo de los demás pasajeros girándome hacia la ventanilla, y en esa dirección sigo sonriendo al asombroso y radiante sol de marzo, a las colinas, a los fiordos y a los puentes, a las casas colgadas de las rocas. Y sonrío hasta que el autobús cruza el fiordo de Pudde y ya estoy aquí, ya casi he llegado al lugar donde me espera. Avanzo al trote por el Strandkaaien hasta el hotel de la calle C. Sundts. El joven que atiende en recepción echa un vistazo a la pantalla y dice que sí, que el otro huésped ha llegado. Me da una tarjeta magnética y llamo a un ascensor que no se da la prisa que debería. No me puedo estar quieta. Y

cuando abro la puerta ahí está, de pie en medio de la habitación, alto y sonriente. Me dice: pasa, te estaba esperando. Y me tiendo entre sus brazos.

Luego salimos a comer algo. Jørgen ha reservado una mesa en un restaurante de Bryggen. Está situado en pleno centro de la ciudad, y no escondido en un barrio que gente como nosotros rara vez visitaría, como los restaurantes que solemos escoger. Nos cogemos de la mano por encima de la mesa. Cualquiera que nos mire creerá que somos una pareja de enamorados. Nuestros vecinos de mesa tal vez piensen que estamos casados. Quizá se digan que nos hemos escapado un fin de semana solos, sin los niños. O a lo mejor suponen que no tenemos hijos, que somos de esas personas que prefieren viajar, escribir, investigar, desayunar en un bar y beber amarone hasta las tres de la madrugada un jueves por la noche en lugar de cambiar pañales y echar una mano al grupo de teatro del colegio.

Caminamos de regreso al hotel cogidos de la mano. Vamos un poco achispados y nos interrumpimos el uno al otro sin parar. En Vågsallmenningen hay unos mariachis tocando, y uno de los músicos nos dice algo a gritos en un inglés macarrónico; no lo entendemos a la primera y Jørgen se para, riendo, y le pregunta qué ha dicho. El señor trata de repetirlo en algún idioma del este de Europa y luego lo intenta de nuevo en inglés: *In the love, you are... in the love!* Jørgen y yo nos echamos a reír, igual que el músico, y Jørgen le pregunta qué están tocando. «No. No. Nada de lo de siempre, ni *La paloma*, ni *La lambada*, ni nada de eso. ¿Qué otra cosa os sabéis? ¿Alguna de The Clash? ¿No? ¿Y de los Rolling Stones?». Los Stones, dice el hombre: *Yes, yes, pleased to meet you. Yes, yes*, grita Jørgen; los tres nos echamos a reír y el mariachi se pone a tocar *Sympathy for the Devil* con acordeón y trompeta y todo lo demás. Jørgen me coge de la mano y me hace dar una vuelta. Tenemos que bailar, Rikke. Es de mala educación no bailar. Y yo me río tan fuerte que me cuesta no caerme.

Y es todo muy sencillo. Eso es casi lo peor: que es algo que apenas exige introspección. Vuelvo a Oslo un día antes que Jørgen para no despertar sospechas. Estoy de buen humor. En el aeropuerto compro chucherías para los niños. Cuando Åsmund me pregunta qué tal me ha ido, le cuento la verdad, que el equipo de Bergen se mostró muy receptivo, pero que más adelante se verá, aunque con esas cosas nunca se sabe. Y cuando me pregunta qué tal me lo he pasado, aparte del trabajo, le cuento que me llevaron a un restaurante en Bryggen, y qué divertido lo que nos sucedió a la vuelta, que pasábamos

delante de un mariachi y el jefe del equipo de Bergen convenció a la banda para que tocaran *Sympathy for the Devil*, la de los Rolling Stones. Åsmund se echa a reír a carcajadas y yo me digo: Pensar que es tan fácil... Si en los momentos de más serenidad he llegado a reflexionar sobre la relación que llevo y sobre que la culpa que siento me carcomerá al punto de llevarme a confesar, aunque sea para no ahogarme en ella, lo cierto es que no me cuesta nada contarle historias. Se me descuelgan de la boca como las cosas que comento a diario, y no siento culpabilidad cuando me encuentro acostada a su lado en nuestra cama de matrimonio aquella noche.

—Hueles distinto —dice, y me recuesta la cabeza en el hombro.

—A jabón de hotel —respondo, y le doy un beso en la frente.

Sin la menor dificultad. Casi me decepciona que no me cueste más.

Noche del miércoles

Esta noche la casa no está del todo en silencio. Oigo los pasos de Merete arriba. Tampoco duerme. Yo casi ni lo intento ya: he perdido la fe en la posibilidad de conciliar el sueño. Me vuelvo y me revuelvo en la cama. Åsmund se ha puesto a roncar minutos después de haber apoyado la cabeza en la almohada. Me entra una envidia amarga, pues el sueño es una cantidad finita a repartir entre los dos, y él se ha servido copiosamente sin dejar nada para mí. A la una y media renuncio a seguir intentándolo, porque ¿para qué?

La única luz que enciendo en el salón es la de la mesita al lado del sofá. Difunde una cálida bóveda de luz en la oscuridad del lugar. Nerviosa como cada noche, compruebo que la cadenilla de seguridad esté puesta. Lo está. Por lo visto nadie la ha tocado. Levanto la tapa de mi ordenador y abro el correo. Leo lo que le he escrito a Ingvild Fredly.

De Merete, cuando no me devolvió el saludo. He escrito sobre eso. Aquel día antes de mudarnos, cuando los estuve mirando a ella y a Jørgen, que estaban fuera, en la terraza con sus amigos. Es cierto que aquello sucedió. Pero también es verdad que es una tergiversación. Más adelante he descrito su apartamento. He contado lo bonito que es, pero además he dicho entre líneas que lo encuentro frío e impersonal. «Como si todo aspecto humano hubiese sido extirpado», he escrito. La casa de Merete. La mano de Merete en todo. Luego he escrito sobre cuando subí a ver a Jørgen por primera vez; aquella noche que ella había salido de viaje. «Cuando no está ella, se ve distinto — escribo—. Parece menos una casa de revista. Más de él». Sobre ella no digo mucho; solo hacia el final, cuando hablo sobre su vida de pareja, sobre cómo era de verdad. Pero aquí ya estoy insinuando algo. La esposa glacial, tan pendiente de las apariencias. Escéptica conmigo desde el primer momento. Salta a la vista que no tuve escrúpulos a la hora de mostrarme atenta con él; es lo que se deduce al leer lo que he escrito. No me extraña que Jørgen se acercara a mí.

No señalo que durante un tiempo, después de aquella única cena en su casa, Merete y yo tratamos de hacernos amigas. Subí algunas veces a verla cuando Jørgen no estaba y los niños dormían. Alguna que otra noche de verano nos sentamos a la mesa de la terraza a beber vino y a charlar. Me

habló de su niñez. Es la segunda de tres hermanas, me contó. Había crecido en un espacioso piso del barrio de Frogner. Su padre era un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, y su madre, cantante de ópera. Cuando era pequeña vivieron un año en París, y las tres hermanas hablaban inglés y francés con soltura; en torno a la mesa de la cocina se reunían la música, el teatro y la diplomacia. «Éramos la puta educación en persona», dijo Merete riéndose. A esas alturas de la velada ya estaba algo achispada. Rara vez soltaba palabrotas. Me explicó que amaba la música y que tocaba el piano de cola de su casa desde que era pequeña. El piano de cola, repetí con risa, y ella respondió: «Así es, ¿no te había dicho que éramos muy educados?». Era buena pianista. Mejor que su hermana mayor, que tenía más sentido de la diplomacia que Merete. Más buena que su hermana menor, que cantaba mejor. Daba la impresión de que reinaba un ambiente de competencia entre las hermanas. Merete dijo que sus padres esperaban de ellas que fuesen las mejores en lo que fuera que hicieran. Ella era una pianista consumada, de modo que sus padres daban por sentado que daría conciertos a escala nacional, y de preferencia internacional. Así son ellos, me dijo. Nunca había puesto en duda el amor que les tenían, solo que no se daban cuenta de lo fácil que es decepcionarse cuando se pone la mira tan alto.

Yo le hablé de mi hermana. Caroline Prytz, igual te suena su nombre. Había ganado aquel concurso en la televisión cuando era solo una chiquilla. Ya era famosa en la pedanía donde crecimos. Era solista en el coro de la iglesia a los ocho años de edad y cantó la pieza de clausura de las celebraciones de Navidad del colegio a los nueve; de ahí en adelante, su nombre ya fue conocido en todos sitios. Grabó discos; luego vinieron los conciertos, los especiales de Navidad, las entrevistas en la tele, las giras. Entonces sufrió un bajón de poca importancia, como corresponde con toda esa presión y toda esa gente que la buscaba. Entraron en escena un psicólogo y un fisioterapeuta, y, luego, vuelta al estudio para grabar otro disco. Mis padres se cuidaron mucho de no tratarnos de manera distinta a una y a otra. Cuando elogiaban a Caroline siempre añadían: Pero Rikke es muy buena estudiante. Muy, pero que muy buena estudiante. Así que, ¿qué hace una en esos casos? Miré a Merete con sonrisa burlona. También yo llevaba unas cuantas copas encima. Pues nada, seguí; fui la mejor del colegio. Saqué notas excelentes y defendí mi tesis doctoral sin haber cumplido los treinta; alcancé el grado de investigadora titular antes de los treinta y cinco. Merete dijo: Quién sabe si después de todo ha sido mejor así. Yo fui una niña prodigio, y mírame ahora. La miré. Sí, estaba claramente pasada de copas; de no ser así,

jamás se le habría ocurrido insinuar que lo que tenía —casa, marido e hija— no era suficiente.

Después de aquello dejamos de vernos. No sé por qué. Quizá fue por lo mismo que les pasaba a nuestras hijas, que no encajábamos bien. Puede que me recordase demasiado a mi hermana, o que yo le recordara a ella a las suyas. Si me lo hubieran preguntado, habría dicho que pasó eso, y que las rutinas de la vida nos habían apartado. No había ocurrido nada. Tampoco fue que la una se hubiera alejado de la otra. Al menos a mí no me lo pareció. La cosa no llevó a nada, como suele suceder. Y eso fue mucho antes de que empezase a verme con su marido.

En este momento está cruzando el salón. Sus pasos son más lentos que de costumbre. Pobre Merete. No es una reina de las nieves: eso lo sé. Tal vez me convendría verla así, y mucho más describirla en esos términos a Ingvild Fredly.

Voy a la cocina. Me consta que en el armario tengo alguna infusión para dormir bien. Maldigo al médico que no me quiso prescribir una solución química para mi problema, de modo que ahora debo recurrir a hierbas compradas en el supermercado. Cuando estoy allí advierto que también ella está en la cocina. Quién sabe si está justo encima de mí. Somos las únicas dos personas en vela en el edificio.

Primer jueves

La puerta del despacho de Jørgen está cerrada, pero yo sé lo que hay allí dentro. Miro a mi alrededor. Aquí hay algo. Algo en el aire. No quiero acercarme a esa puerta, pero lo hago; mis pies actúan por voluntad propia y me llevan a ella. Empujo hacia abajo la manilla y abro. Jørgen no está aquí. Lo único que se ve es un charco de sangre en el sobre del escritorio. En el reborde de la ventana, junto al tiesto de las begonias, un gato alza la cabeza y me mira fijamente con ojos que parecen botones.

Alguien está aporreando la puerta, y me siento de un salto. Estoy echada en el sofá y ni siquiera recuerdo haberme instalado allí, pero sin duda lo he hecho, con toda seguridad una vez que el resto de mi familia se ha marchado. No tengo la menor idea de la hora que es ni de cuánto tiempo he dormido. Fuera es de día y los golpes siguen sonando en la puerta; oigo entonces la voz de Jamila:

—Rikke, ¿estás ahí?

Me acerco a tumbos a la puerta, las piernas apenas me sostienen. Llevo el sueño adherido al cuerpo; sigo medio metida en él. El gato que mira de hito en hito. Me da un escalofrío. Abro la puerta y allí está ella, envuelta en una nube de perfume, con la cabellera recién lavada, labios lustrosos y brillantes, y una expresión compasiva en los ojos. Me salta a los brazos y dice:

—Rikke, cariño. ¿Cómo estás?

Tiene fuerza en esos brazos delgados. Me abraza tan fuerte que apenas puedo respirar, y me balancea de un lado a otro hasta el punto que tengo que esforzarme para no perder el equilibrio. Y cuando me suelta me observa bien y exclama:

—Pero ¡chica! ¡Te ves fatal!

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Jamila prepara el café mientras le explico que estaba durmiendo. Ella se hace cargo de mí: encuentra la cafetera y el café en medio del desorden de nuestros armarios y pone el agua a

calentar. Habla todo el tiempo. No para. Estuvo aquí. Ayer vino varias veces, pero no dio conmigo, ¿no vi que me había mandado un mensaje de texto?

Le habían contado lo ocurrido. Ayer por la tarde se les presentó en la puerta un agente de la policía. Gundersen, se llamaba, y ese Gundersen les había preguntado si habían visto u oído algo, y eso era fácil de responder, pues ni ella ni Saman habían visto ni oído nada, dice Jamila, para enseguida añadir: estábamos durmiendo. No es que resulte fácil dormir últimamente. Ha estado quedándose en vela hasta muy tarde en los últimos días; ha estado mirando en internet y ha descubierto algunas cosas que me mostrará más tarde. Pero hace un par de noches no; esa noche estaba durmiendo, y Saman también, así que no habían oído nada, y eso fue lo que dijeron. El agente que acompañaba a Gundersen les contó lo del gato muerto, y que había sido yo, la vecina de abajo, la que lo había encontrado; la vecina de abajo, dijo el agente, pero Jamila comprendió de inmediato que tenía que haber sido yo. Se vuelve a mirarme y sus ojos se agrandan.

—Y entonces, pensé: pobre Rikke, debe de estar pasándolo muy mal.

Yo asiento con un cabeceo. Sigo medio dormida; no consigo tomarla del todo en serio. ¿Lo estoy pasando muy mal? No lo sé. Solo quiero dormir.

Falta poner el café en el agua. Jamila coloca la lata en la mesa de un golpe y hace saltar las tazas. Están colocadas casi en el mismo lugar donde Gundersen dejó ayer por la mañana el rollo de cuerda, y me entra un escalofrío: no quiero tocar nada que haya estado en contacto con eso. Me pregunto qué quiere de mí.

Jamila dice:

—No hay duda de que hay una relación entre una cosa y la otra. Entre lo del gato muerto y lo de Jørgen.

Trago saliva. Tengo la garganta seca y pastosa. Me pregunto qué hora será, pero Jamila está sentada con el reloj del horno a sus espaldas y no alcanzo a verlo.

—Dos incidentes tan brutales en la misma propiedad —añade—, y no ha pasado ni una semana entre uno y otro. Claro que son cosas de muy distinto calado —comenta—, porque matar a un gato, por muy horrible que sea, no se puede comparar con el asesinato de un ser humano. Al menos eso tiene que poder decirse, pero, comoquiera que sea, tanto lo uno como lo otro son acontecimientos poco frecuentes. Eso es lo que tiene de preocupante, que lo de los gatos muertos es una señal de advertencia de lo que la gente lleva dentro. —Jamila empuja con la mano el émbolo de la cafetera y sigue—: Yo estoy conmocionada, de verdad.

Me dispongo a contradecirla. Tampoco es que sea tan raro, tengo ganas de decir: los gatos muertos empezaron a aparecer mucho antes de que a Jørgen le pasara nada. Pero me faltan las fuerzas. No estoy con ánimos para hablar de esos temas, de modo que me limito a asentir. El café está rico. Se me despeja algo la garganta.

Jamila dice:

—Así que... verás. He estado buscando en internet, y he leído algo de lo que escribía Jørgen para el periódico.

Saca del bolso de cuero que ha colgado del respaldo de su silla un fajo de folios y los coloca uno al lado de otro en la mesa de la cocina hasta cubrirla casi por completo. Parecen copias impresas de artículos de prensa. En varios de ellos, Jørgen me sonríe desde la imagen del autor, con su gran sonrisa y su incisivo torcido; apenas lo veo, necesito apartar la mirada.

—¿Dónde se ha metido? —pregunta Jamila rebuscando entre las hojas—. ¡Aquí! ¡Mira! —Coge la página en cuestión y empieza a leer—: «Una empresa de servicios de limpieza de Oslo ofrece a trabajadores extranjeros contratos cercanos a la esclavitud».

»Esa es la introducción. Se trata de un caso de trabajadores de países bálticos en la industria de la limpieza, en flagrante violación de la ley de condiciones laborales. A ver si es esto. Ah, sí: “Nos cuenta Krzysztof que los trabajadores viven juntos en un edificio de apartamentos abandonado en Grønland. En los periodos de más ocupación hemos llegado a estar cuarenta aquí metidos, afirma Krzysztof, quien prefiere no usar su verdadero nombre por temor a posibles represalias”.

Jamila me mira por encima del folio.

—Por temor a posibles represalias —repite puntillosamente, y sigue—: «El negocio es lucrativo y está sujeto a escaso control. Es tan laxa la supervisión de sus condiciones laborales que más parece un régimen de impunidad para delitos penales. Krzysztof y sus compañeros cobran unas cien coronas al día, con las que tienen que pagar casa y comida, y eso solo los días que trabajan. Pero de nada les vale quejarse. Sus contratos se han firmado en sus países de origen; el empleador les ha retenido los pasaportes y salta a la vista que tienen miedo de lo que les pueda pasar a ellos o a sus familias si se atreven a pedir más. Krzysztof es consciente de que hablar con nosotros lo pone en situación de grave riesgo».

Deja el folio en la mesa. Asiento con la cabeza. He leído ese artículo antes. Recuerdo a la joven periodista con quien lo escribió. ¿Cómo se llamaba? Era una belleza rubia.

—Esa gente está asustada, Rikke —comenta—. En varias partes dice que tienen miedo de lo que les puedan hacer los cabecillas. Lo he subrayado. Mira.

Y me acerca la hoja. Veo enérgicas rayas y círculos azules en distintas líneas del texto, y signos de interrogación y de exclamación en los márgenes, algunos incluso en fosforito. Miro la imagen de la coautora. Rebekka Davidsen. Igual de rubia. Igual de guapa. Su sonrisa muestra el mismo aplomo.

—Jørgen escribe artículos sobre delitos penales cometidos por profesionales —resume Jamila—. Y va y aparece asesinado en su propia casa. Él mismo, víctima de un delito penal cometido por una persona peligrosa.

—Sí —replico—; pero por lo visto piensan que ha sido alguien de este edificio quien lo ha hecho.

—¿Alguien de este edificio? —pregunta Jamila frunciendo las cejas—. No. Yo no lo creo.

Pienso al instante en lo que me dijo Ingvild en el café. ¿Era algo confidencial? ¿O era algo que yo podía contar? No me acuerdo. Estoy atontada.

—Ahora que lo pienso..., esa historia de la puerta. Nina nos ha mostrado el registro, y no parece que nadie haya forzado la puerta. Quién sabe si él mismo les abrió.

Jamila reflexiona. Sus cejas, delineadas y depiladas a la perfección, me hacen pensar en dos lombrices curvadas con elegancia a punto de chocar. La miro mientras tomo un sorbo de café y me planteo qué estará haciendo aquí, en verdad. ¿A qué viene esta investigación? ¿No se pasa un poco, con tanto entusiasmo?

—Sí —asiente—. Eso es lo más probable. ¿Quién en esta casa sería capaz de hacer algo así?

Nos miramos, y el silencio, pese a ser breve, resulta incómodo, como si acabáramos de descubrir que sospechamos la una de la otra. Tomo otro sorbo para esconder la cara detrás de la taza y que no pueda percibir mi escepticismo. Me digo: ¿No sería esa la mejor manera de ocultarse para quien estuviese implicado? ¿Hacer el papel de detective de moralidad intachable? ¿Y ponerse encima a recabar pruebas contra otros? ¿No es excesiva esa insistencia suya en que las sospechas no pueden, de ninguna manera, recaer en los residentes de Kastanjesvingen? Pongo mi mejor sonrisa. Siento las mejillas calientes. Pero Jamila no parece preocupada y sigue a lo suyo. Relaja

las cejas, que vuelven a su lugar de costumbre, y luce de nuevo su aspecto joven e inocente.

—Y otra cosa, Rikke —añade con seriedad—. He estado pensando mucho en si decírtelo o no. Ya sabes que no me gusta hablar mal de los difuntos, pero me parece que podría ser pertinente. Y si se descubre quién ha sido, pues muy bien. A la larga eso sería lo mejor, ¿no crees? Que den con el asesino. Pero luego pienso... —Y mira a su alrededor, como queriendo asegurarse de que estamos a solas—. A mí me parece que estaba liado con alguien.

Algo me sube desde el estómago y repta pecho arriba. Trato de actuar con naturalidad. Me percató claramente de la intensidad con la que me observa. Jamila quiere obtener una reacción, lo sé. Quiere ver una cara de conmoción y asombro, pero yo he perdido por completo mi capacidad de reacción y control. No puedo darle esa satisfacción.

—Oh —exclamo.

—Me consta —dice—. Lo he oído en varias ocasiones. Merete estaba de viaje. Tacones altos y risas de mujer. Y luego ruidos de..., bueno, ya te lo imaginas. Inconfundibles.

Aquello me impacta de lleno en el pecho y me abre en canal. No recuerdo qué llevaba puesto las veces que he subido, pero de algo estoy segura: jamás he ido a verlo con tacones altos.

—Hay un defecto de construcción entre nuestra pared y la de ellos —continúa sin parar mientes en la bocanada de aire que me infla el cuerpo—. En el armario donde está la caldera. Si abres el armario se oye lo que dicen. Claro, no suelo hacerlo: no está bien fisgonear. Pero una vez oí a una mujer al otro lado. Quise cerciorarme y abrí el armario, y lo oí hablándole a una mujer que tenía una risa ronca, sexy, ¿sabes lo que te digo? Un poco a lo Janis Joplin. Hablaban de alguien conocido de los dos, y ella dijo: «Pero no he venido para hablar de cotilleos de oficina», y entonces Jørgen le contesta: «¿Ah, no? ¿Y a qué has venido?». Y se echaron a reír. Y poco después los oí. Y no era la voz de Merete, y digo voz por llamarlo de alguna manera. Y era Semana Santa. Merete y Filippa se habían marchado de senderismo con sus padres, de modo que me consta que no estaban.

Esto me quema como la sal en una herida abierta: Jørgen me había preguntado si iba a estar en casa en Semana Santa porque él iba a pasar un par de días solo. Para mi desgracia, me tocaba viajar.

Jamila declara:

—Ahora sabes por qué no me caía bien. Ya puede ser todo lo humanitario que quiera con todo esto. —Hace el gesto de barrer los artículos

desperdigados por la mesa con la mano—. Pero si le ha sido infiel a su esposa, entonces para mí es un mal bicho. El adulterio es traición.

Bajo la mirada a la taza de café para encajar el golpe. Jørgen y yo nunca hablamos de si nos veíamos con otros. Nunca se me ocurrió preguntárselo, simplemente porque no podía sospechar que yo no le bastara. Esa Semana Santa fue justo después de nuestra primera escapada a Bergen. Qué bonito era todo con él entonces. Yo pensaba que para él había sido igual.

—Puede que tuvieran sus problemas —digo con un hilo de voz—. Merete y él.

—¡Problemas! —bufa Jamila—. Problemas los tenemos todos. ¿No tenemos problemas Saman y yo? ¿No los tenéis Åsmund y tú? ¿Y los problemas se resuelven yéndose con otros? No. Si has hecho la promesa de no apartarte de alguien, es que lo has prometido. Y los problemas los arreglas en casa. —Da un manotazo en la mesa que hace saltar las tazas—. Y no en la cama con otra. A ver, si no soportas tu matrimonio, entonces lo entiendo, claro que sí. Pero entonces rompes antes. No te metes en la cama con otra cuando sigues casado. Hay que tenerle un poco de respeto a la pareja.

No tengo nada que añadir. Tampoco parece que ella espere que diga algo.

—Yo se lo he dicho bien claro a Saman —comenta—. Desde el primer día. Muéstrate amargado conmigo, riñe conmigo, grítame..., pero no hagas cosas de esas a mis espaldas, le pedí. Es lo menos que se puede pedir.

Cojo aire en una bocanada larga y profunda que llevo hasta el último rincón de mis pulmones. Jamila me mira, y su rostro se transforma; la cara de rabia desaparece y pone una mano fría y pequeña sobre la mía. Me la aprieta y me hace daño.

—Rikke, cariño. Me había olvidado por completo —dice—. Ayer te llevaste un disgusto enorme, pobrecita mía. Yo no quería hablar de todo esto ahora. Solo quería comentártelo. Pero podemos seguir en otro momento.

Sus manos se afanan en recoger los papeles. Los reúne y mete el fajo en el bolso al tiempo que se levanta.

—Lo que me parece importante de esto... —empieza—. Quiero decir, del hecho de que hubiera una mujer allí, es que vete a saber si ha sido la única.

La herida en el pecho me quema otra vez, tanto que casi me caigo al suelo. Una mujer lo visita y lleva tacones altos. Y me pregunto: ¿esa Rebekka Davidsen tiene una risa ronca y sexy?

—Que eso quiere decir que existe un móvil, ¿no? —continúa Jamila—. El adulterio lleva a todo tipo de cosas. También a Merete le da un motivo, por supuesto, pero ella estaba en medio del bosque cuando lo mataron, y no tenía

coche. Y ese registro de Nina demuestra que Merete no usó el código de la puerta. Pero ¿y las otras mujeres?, me pregunto yo. ¿Quiénes son? ¿Y si una de ellas estaba celosa o había llegado a odiarlo porque no se separaba de Merete? ¿Y si una de ellas está casada? ¿Qué opinión tendría su marido de Jørgen? ¿Sabes lo que te digo?

Asiento en silencio. Me siento como una muñeca. No veo la hora de que se marche de casa. Jamila entrecierra los párpados. Como si estuviera pensando, ponderando el efecto de sus palabras. Jamila no es tonta, me digo. Podría habernos oído. No a mí. No mi voz. No creo. De lo contrario no habría venido a verme en este plan. Pero algo podría haber oído. Qué sé yo. El timbre de un teléfono o el ruido del vigilabebés, o algo. Algo cuyo significado no había sabido interpretar, pero que habría entendido después.

Y ahora me sonrío.

—Solo quería comentarte eso —indica, y me coge en sus brazos—. Pero podemos seguir mañana. Y descansa, cariño, que pareces hecha polvo.

Oigo las suelas de sus botas subiendo al rellano y de ahí a la planta superior.

¿Cómo se puede ser tan hipócrita?, me planteo. El vagón del metro tiembla al pasar por el estadio de Ullevål y frena al llegar a la estación. En el andén pululan grupos de escolares. Tienen tiempo libre y con toda probabilidad se disponen a vagar por la ciudad. Se pelean. Discuten atropelladamente, con voces chillonas y estridentes que cortan el aire en pedazos. Estoy mareada del cansancio. Solo mantenerme erguida en el asiento y en equilibrio me exige un enorme esfuerzo. Me digo: La adúltera cornuda, si eso no es justicia poética... Y qué ironía, después de todo, que no pueda encogerme de hombros y decirme que, en cualquier caso, no fue más que un coqueteo pasajero, como espero que comente mi marido cuando por fin se lo cuente. Nada en mí está dispuesta a decir: Oye, si te acuestas con hombres casados, luego que no te extrañe que pase lo que pasa. Sí, soy una hipócrita. Me duele el pecho. Me vuelvo hacia la ventanilla para esconder la cara de los escolares parlanchines. No soporto su entusiasmo.

Tampoco es que amara a Jørgen. Nunca albergué el deseo de tener una vida junto a él. No abordamos jamás la posibilidad de dejar a nuestros cónyuges para iniciar una vida en común. Además, con toda sinceridad, si él me lo hubiera sugerido, yo habría dicho que no. De eso estoy convencida casi por completo. Nunca he querido dejar a Åsmund. La cosa no iba de eso.

En marzo pasó una semana en Afganistán recabando información para su libro, y a su regreso me trajo un regalo: una *pashmina* azul celeste con el borde bordado en rosa; exquisitamente tejida, de la mejor calidad, me había asegurado. La había comprado en una tienda que conocía desde hacía años y que era del padre de una de sus fuentes. Yo estaba ridículamente feliz con aquel regalo. Llevé ese chal toda la primavera. A menudo también en espacios cubiertos, sobre todo en el trabajo; me lo ponía por encima de los hombros en vez del jersey. Sentada en el despacho delante del ordenador, me acariciaba la mejilla con el suave tejido. Me lo imaginaba a él recorriendo la tienda, en busca del mejor regalo para mí, y dando con este, y que se habría dicho: para Rikke. Quién sabe si hasta se lo imaginaba envolviendo mi cuello desnudo. A veces acercaba la nariz al chal, buscando dar con su olor por encima de mi perfume. Y ahora me toca preguntarme, en el momento en que

el metro entra en la estación de Majorstuen y se detiene junto al andén y abre sus puertas para que los fastidiosos y parlanchines escolares puedan salir como canicas de una bolsa: ¿esto es algo que yo suelo hacer con los regalos? Si una amiga me hubiera regalado la *pashmina*, o si hubiera sido mi hermana, o Åsmund, ¿me habría puesto a fantasear acerca de cómo la había comprado? ¿Habría evocado una imagen de Åsmund revolviendo las cosas en la tienda hasta encontrar algo para mí? ¿Lo habría yo olfateado para dar con su rastro?

Por aquella época yo daba respingos cada vez que sonaba el teléfono, pues podía ser él. Si reconocía sus pasos en la escalera me inventaba un pretexto para salir justo en ese instante: a recoger el periódico, a comprobar el buzón o a sacar la basura; todo con tal de coincidir con él e intercambiar con suerte alguna palabra. A finales de primavera se celebró una ceremonia de graduación para las niñas de primaria, y durante toda la tarde sentí su presencia de una manera casi física. No hubo ni un momento de aquellas horas en que no supiera dónde se encontraba. Lo tuve en el rabillo del ojo todo el acto. Me comporté, a todos los efectos, como una enamorada.

Pero no fue así para Jørgen. Para él yo fui una entre muchas. Una colega por aquí, una vecina por allá. Había jugado bien sus cartas. Vida de familia y vida de soltero, y sin tener que escoger.

Soy injusta. Sé muy bien que no era así de sencillo. En Jørgen había oscuridades, ámbitos a los que nadie tenía acceso. Yo apenas alcancé a percibir un atisbo cuando me habló de Sarajevo. En otras ocasiones solo atinaba a adivinar contornos. Había cosas contra las que Jørgen luchaba. Pero no me apetece contemplar esos matices en este momento. No quiero tratar de entender. Me apeo del tren y con pasos lentos salgo a la luz del día y avanzo calle arriba. Vete a la mierda, Jørgen Tangen. «Amante: el que ama —me dijo al principio de lo nuestro en aquel restaurante italiano—. Yo quisiera ser ese». Todo mentira. Esto lo veo ahora. En nada de su ser ni de sus actos percibo la voluntad de amar, ni a mí ni a nadie. Lo que más me duele es que fuera tan irrisoriamente sencillo: yo creía que nos habíamos acercado a causa de una atracción irresistible y casi fatídica. Pero estaba leyendo por los dos. De él no salían más que cumplidos hueros y lisonjas pensadas para llevarse tías a la cama, y reconocer esto me reconcome por dentro. Lo devalúa todo tanto...

—Hoy estás de suerte —anuncia el sonriente joven de Stavanger que atiende la recepción—. Está en su despacho. Espera un segundo, que la llamo.

Le dedico una sonrisa desganada. Miro a mi alrededor mientras aguardo. No sé qué me esperaba de la recepción de un periódico, quizá superficies de vidrio de diseño, o tal vez una caótica y polvorienta sala de redacción por donde la gente corriera de un escritorio a otro comentando cosas, como he visto en las películas. Esta recepción es anodina; podría ser la sala de espera de cualquier dentista.

—Tienes visita —dice el chico de la recepción—. Una señora que quiere hablar de Jørgen Tangen. A ver, te digo: Rikke Prytz. Sí. Muy bien. —Y me entrega una pegatina con mi nombre y un código—. En un ratito baja —me informa, y yo asiento.

En un estante fijado a la pared hay una figura en bronce de un perro que sostiene un balón en la nariz. Me acerco a mirar. Es excepcionalmente fea, y me pregunto a quién se le habrá ocurrido poner eso allí. Quizá represente algo; quién sabe si el perro es el guardián, y el balón, el mundo.

No tengo ningún plan para este encuentro; he venido movida por un impulso. Solo quiero ver a Rebekka Davidsen. Hablar con ella, formarme una impresión. Al recepcionista le he dado el nombre de Jørgen pensando que ella accedería a recibirme al saber que lo conocía, pero no tengo ni idea de qué le voy a preguntar ni lo que quiero que me diga. Y ella es periodista. ¿Y si me pregunta ella a mí? ¿Qué le puedo decir?

El ascensor se abre con un leve zumbido y sale ella.

—Hola —saluda, y me tiende la mano.

Cuando le doy la mía, lánguida y pesada, sin fuerza, ella la estrecha con un firme apretón. Dice su nombre. Yo digo el mío.

—Vamos a sentarnos a la cafetería —sugiere, y con un gesto de la mano me invita a seguirla.

Anda con pasos rápidos. Es menuda y se ha hecho rizar su cabello rubio igual que las que salen en la tele. En las fotos en las que aparece como autora sale fabulosa, pero ahora, caminando a sus espaldas, me doy cuenta de lo tieso que lleva el pelo, la cantidad de laca que han tenido que echarle para que

le quede así. Viste vaqueros y chaqueta: relajada, pero a la moda, y está más delgada que yo. También es más joven.

Nos detenemos delante de una máquina de café. Rebekka llena dos tazas y me pregunta si quiero leche o azúcar, y mientras las tazas se llenan cuenta menudencias. Que el edificio empiece ya a verse viejo, pero que la dirección se niega a emprender renovaciones de envergadura, sobre todo ahora, ya sabes, con la reforma del sector y el declive de la prensa en papel, como todo está en internet, y eso. Son tiempos inciertos, pero ¿qué le vamos a hacer? ¿Dejar que el edificio se caiga a pedazos?

Sí. Es bonita, me digo mientras habla. Siento una punzada en el pecho. De hecho, es muy guapa. Y ella lo sabe y se vale de eso un poco más de lo que sería conveniente. Pero es sin duda alguna atractiva. ¿Era ella la colega de la Semana Santa? ¿La de la risa *sexy*? Rebekka lleva zapatos planos, pero es bajita, así que quizá lo compense con tacones altos cuando quiere realzar su atractivo. Me alcanza una de las tazas y nos sentamos a una mesa.

—Bueno —dice Rebekka.

—Bueno —repito yo.

—Jørgen Tangen.

—Sí.

Una expresión de alarma le ocupa la mirada y desaparece. Y entonces suspira con pesadumbre.

—Mierda. Es tan triste lo que ha pasado —comenta—. No me lo puedo creer. Me lo imagino entrando tranquilo en la oficina en cualquier momento. —Mira hacia la puerta por la que acabamos de pasar, como si esperase verlo aparecer por allí. También yo me vuelvo a mirar—. Habíamos quedado en reunirnos hoy —susurra casi para sí—. A la una. —Consulto el reloj. Como si fuera relevante—. ¿Quién eres? Quiero decir, ¿qué parentesco tenías con él?

—Soy una vecina —respondo mecánicamente—. Vivimos en el piso justo debajo.

—Ah —exclama Rebekka, y algo se posa en su mirada—. ¿Estabas allí? Quiero decir, ¿estabas en casa cuando sucedió?

—Sí.

Ladea algo la cabeza y por un instante me imagino que me va a formular algunas preguntas como las de la reportera que habló con Åsmund. ¿Qué se siente cuando se vive al lado de la escena de un crimen? Pero solo comenta que ha tenido que ser un mal trago.

—Sí que lo ha sido, sí —digo—. Y solo quería... A ver, como tú has escrito artículos con él, y como yo estaba por el barrio, se me ha ocurrido

que... —Trago saliva. Rebekka me mira con atención. ¿Qué se me había ocurrido?—. Se me ocurrió que estaría bien saber cómo lo llevas. ¿Lo conocías bien?

No logro concluir si su voz se corresponde con la de una risa a lo Janis Joplin. «Pero no he venido para hablar de cotilleos de oficina».

¿Habrá estado Rebekka en Kastanjesvingen? ¿Le habrá abierto la puerta? ¿Habrá corrido escaleras arriba con tacones altos y le habrá dado Jørgen la bienvenida?

Rebekka vacila.

—A ver, fuera del trabajo, no mucho. Pero trabajamos juntos a menudo. Se ocupó de mí cuando era novata. Me enseñó los trucos del oficio. Con quién trabajar y a quién evitar a toda costa. Esas cosas. Hicimos juntos aquel reportaje sobre los contratos de esclavitud que se publicó en marzo. Aquello levantó una polvareda.

»Fui invitada al programa *Dagsnytt atten* para hablar de ello. No sé si lo viste. —No lo vi, pero asiento igual. Espero que no me pregunte qué me parecieron sus declaraciones—. Y nos dieron el premio SKUP —agrega con una sonrisita satisfecha.

—Enhorabuena —suelto como un autómata, y se le borra la sonrisa. Ahora parece hasta un poco abochornada.

Veo en la mano que sostiene la taza que lleva anillo de casada.

—Así que, sí, en lo profesional lo conocía bien. Me caía bien. Era listo y leído. Tal vez un poco, a ver, ¿cómo lo digo? —Me mira como sopesando sus palabras—. Que le gustaban las mujeres, pongámoslo así.

Se me clavan mil puñales en el pecho.

—Ya —indico.

—En una ocasión me tiró los tejos —explica haciendo girar la alianza entre dos dedos—. No fue nada desagradable; en absoluto como para sacar el cartel de MeToo. Pero sí fue demasiado evidente; lo típico que te lleva a preguntarte, pero, por Dios, ¿quién se deja engatusar con eso? Más cómico que otra cosa. —Consigo forzar una sonrisa—. Pero todo bien —añade Rebekka—. Le dije que no y ahí quedó la cosa. Se lo tomó bien. Y trabajar con él era estupendo. Cumplía con su parte del trabajo y sin malos rollos de competitividad. Ya sabes cómo es este mundillo.

Se echa a reír. Por lo visto sabe reírse de sí misma, o quiere demostrarme que no tiene miedo, que no se toma en serio. Yo no sé nada del mundo de la prensa, y tampoco se lo he preguntado. Hay algo forzado en su risa. Quién

sabe si también en su cordialidad. A lo mejor está molesta porque he venido a robarle tiempo.

—Aquel reportaje que escribisteis —prosigo— sobre los contratos de esclavitud... ¿molestó a alguien? No sé, ¿hubo amenazas o algo así?

Me oigo decir esto como si yo estuviera sentada en la mesa de al lado observando nuestra conversación. Son palabras de Jamila, no mías. Yo no comparto esa teoría. No hago más que reciclar los argumentos de Jamila por decir algo, pero el efecto en Rebekka Davidsen es inmediato. Como si yo hubiera sacado una pistola. Abre mucho los ojos; se yergue contra el respaldo de su silla y se le congela la expresión en el rostro.

—¿Por qué lo preguntas?

No lo sé. Lo pregunto sobre todo por legitimar mi visita, así que contesto:

—La policía se hace preguntas. Y es que cabe plantearse: ¿quién podía tener algo contra Jørgen?

Pasan unos segundos. Rebekka lanza miradas nerviosas a un lado y a otro. Yo estoy aturrida. Desde que Ingvild Fredly me habló del torpe intento por hacer que todo pareciera un robo de la vivienda, con la escalera de mano apoyada bajo la ventana abierta de Jørgen —escalera esta que nadie escaló—, no he dejado de pensar que quien lo mató era alguien a quien él conocía. Puede que un vecino. Jørgen era capaz de arriesgar mucho a cambio de una historia, pero ni siquiera él le habría abierto la puerta a un sicario de una organización semicriminal a la que había desenmascarado, en caso de que tal sicario hubiese llamado a su puerta.

No obstante, Rebekka está asustada. Se mira las manos, que apoya sobre la mesa. Tiene los dedos cortos y regordetes; no largos y estilizados como los de Merete, pero sin duda fuertes. ¿Manos de trabajadora? Tiene las uñas comidas hasta la cutícula.

—No me cuesta nada ponerme nerviosa —reconoce con un suspiro—. Así ha sido esta historia. Hay enormes intereses económicos en juego. Si te cuesta un par de miles mantener a esos trabajadores en el país, y si los puedes alquilar como mano de obra con un ochenta por ciento de beneficio, y encima casi libre de riesgos, te puede tocar un poco las pelotas que vengan unos periodistas a exponer tu *business model*. Esa gente ha montado todo un negocio sobre esta premisa: que a las autoridades no les duelen las infracciones en su sector. Hay mucho dinero que perder. Por no hablar de las imputaciones penales. Aunque sean para dar un ejemplo.

Se humedece los labios con la lengua. Se ha encorvado hacia mí; ha entrado en modo profesional. Es como si la viera exponiendo esos

argumentos ante sus superiores o en el programa *Dagsnytt atten*. Pero aún le tiembla un poco la voz.

—Habíamos abierto un hilo nuevo —continúa—. De eso iba la reunión que teníamos prevista para hoy. Un caso parecido al anterior, pero esta vez con las agencias de empleo temporal. También ahí hay mucho contrato esclavo. Además de blanqueo de capitales y corrupción. Ya lo tenemos muy adelantado. Yo me encargo de la trama de corrupción y Jørgen le hace el seguimiento a los contratos. Le hacía.

Nos entra un escalofrío a las dos.

—Bueno. Vale —concluyo—. Pues eso es todo, supongo.

Me dirige una sonrisa. Parece que es algo que tiene preparado: una sonrisa encantadora para estas ocasiones, solo que esta no es del todo creíble.

—Espero que tus vecinos lo lleven bien —comenta—. Francamente, toda esta historia es de lo más perturbadora. Había pensado que deberíamos mandar a alguien para que escribiera algo, pero ¿sabes qué?

Y sonrío, un poco abochornada. No quiere hacer nada. Salta a la vista. Nos ponemos ambas de pie y la sigo hasta el fregadero, donde depositamos las tazas.

—A lo mejor me pongo en contacto contigo —dice—. Si decidimos tirar adelante esa historia.

—Sí. Claro —replico.

No me podría negar, después de todo lo que me ha contado. Se acerca para mirar el nombre que el chico de recepción me ha pegado a la chaqueta.

—Prytz —lee en alto—. ¿Estás emparentada con Caroline Prytz?

—Somos parientes lejanas.

—Qué bien —dice—. Me gustó su último disco. Le pega el estilo electrónico. —Caminamos juntas a la recepción y veo que me acompaña a la puerta—. Tengo que salir a por tabaco —se justifica mientras escarba en su bolso—. En teoría lo había dejado, pero esta historia de Jørgen me ha dejado muy tocada.

Saca un chal del bolso. Es una *pashmina* azul celeste, finamente tejida y con el borde bordado en rosa. Los mil puñales me abren en canal. Rebekka Davidsen me sonrío con simpatía.

—Gracias por pasarte, Rikke Prytz. Hasta la próxima, quién sabe.

Por Dios, ¿quién se deja engatusar con eso?, había dicho Rebekka. Que le hubiera hecho la corte había sido, por encima de todo, cómico. Voy casi sola en el metro de vuelta a casa. No hay escolares. Apenas algún que otro pasajero solitario. Una señora mayor, un señor que lee el periódico. Rebekka se había abrigado el cuello con una *pashmina* comprada en Afganistán. A menos que Jørgen también hubiera mentido sobre eso. Que las hubiera comprado en Oslo y las hubiera vendido como parte de una buena historia.

Él no me había mentido, creo. No me había prometido nada. Yo nunca le pregunté cuántas *pashminas* guardaba, con cuántas mujeres se veía. Y no quiere decir necesariamente que le hubiera dado un regalo. Acababan de publicar una serie de reportajes, habían ganado un premio. Tal vez solo había querido mostrarse atento. Visualizo la imagen de los bucles de Rebekka Davidsen con laca hasta quedar rígidos. Intento decirme que todo va bien. Dejo que se me cierren los párpados. Siento que podría quedarme dormida aquí y ahora; apoyar la cabeza en el vidrio de la ventanilla, cerrar los ojos y dejarlo estar. Que el mundo siga machacándolo todo por sí solo.

En aquel bar de Londres había hablado en serio. Le hacía daño hablar de Sarajevo. No le apetecía, de eso estoy casi segura. No sé si se lo habría mencionado a alguien más, a colegas o amigos, o en alguna ocasión a Merete. ¿Por qué me habría dicho eso? ¿Sería porque, después de todo, yo sí que era especial para él, que entre nosotros había algo que lo hacía sentirse lo bastante a salvo como para contármelo? ¿O había habido algo en aquella situación que yo no había percibido, que había hecho tan necesario tratar el tema? Tal vez fuera cierto que él deseaba ser el que ama, me digo. Tal vez él mismo supiera que carecía de la capacidad de amar que la mayoría de la gente tenemos, la capacidad de seguir adelante junto a alguien, de durar, de renunciar, de facilitar. Empezar cosas pequeñas o grandes que hagan feliz al otro. Tal vez sencillamente no fuera capaz.

Me lo imagino debajo de aquel coche en un barrio periférico de una tierra en guerra. Pensó que iba a morir. No murió. Continuar con vida fue como un regalo, había dicho. Todo cuanto vino después fue por añadidura. Entonces volvió a casa y siguió adelante con su vida; viajó a otras ciudades en otros

países en guerra. Conoció a una mujer, se casó con ella y se divorció. Conoció a otra, se casó de nuevo y tuvo una hija. Nunca dejó de quedar con mujeres. Era así como había vivido su vida por añadidura. ¿Fue así porque lo decidió? ¿Era así como quería vivir?

A decir verdad, recuerdo que les dieron aquel premio SKUP. Fue solo un par de semanas antes de que viajáramos juntos a Inglaterra, y fue la noche en que me contó lo de Sarajevo. Yo pedí champán en el restaurante. Esto hay que celebrarlo, propuse yo, tal vez un pelín achispada ya. Jørgen respondió a mi entusiasmo con una sonrisa a medias. No daba la impresión de que el premio lo hubiese impresionado en un sentido o en otro. Mediadas las flautas de champán, le dije:

—¡Venga! ¡Ya puedes estar contento!

Se encogió de hombros. Más tarde, sentados en los sillones, muy poco antes de contarme lo de Sarajevo, me comentó que no podía alegrarse si el premio era ese. Le constaba que constituía un gran honor, pero que eran raras las cosas que lo embargaban con una dicha genuina.

—¡No seas pesado! —insistí—. Eso que dices es lo que se le habría ocurrido decir a Emma.

No me cabe ya la menor duda de que estaba algo achispada. Algo molesta también. ¿No le había proporcionado yo dicha? Claro, puede que nadie se la diera, me digo ahora. Tal vez en eso consistía la desdicha de Jørgen, en esa incapacidad para disfrutar de lo que el resto de los mortales celebramos. Un premio, una sonrisa o un paseo nocturno cogido de la mano de una persona a la que amas.

Así que quizá resultara cierto, después de todo, que yo quería ser para él esa persona. Que quería ser mejor que Merete; más interesante, más inteligente. ¿Acaso no pensaba yo, en lo más hondo de mí, que los problemas que había entre ellos eran a causa, sobre todo, de ella? ¿No me decía yo que podía darle a él algo que ella no podía darle? No, me digo ahora, mirando a través del mugriento vidrio de la ventanilla. No era eso. Pero no he logrado convencerme. Quién sabe si por eso yo hablaba tanto de mi trabajo: para demostrarle algo. Lo buena que era en lo mío. Que la gente presta atención a lo que digo. ¿Acaso no ostentaba mi profesión como quien luce una joya, precisamente porque sabía que esa constituía una de las insuficiencias de Merete? ¿Procuraba demostrarle que era mejor que ella? No. No y no. El señor del periódico mueve la cabeza y echa una ojeada en mi dirección. A ver si he dicho esto último en voz alta, distraída. Intento sonreír. Vuelve la mirada de nuevo a su lectura. Se hace el sordo, alguien impenetrable, como cuando

buscas ponerte a salvo de un loco. Reclino la cabeza en el vidrio. Si tan solo pudiera dormir.

Cuando salgo del metro en Tåsen, caigo en la cuenta de que una cosa que ha dicho Rebekka Davidsen me ha estado dando vueltas en la cabeza desde que nos despedimos a las puertas del periódico. El nuevo reportaje que habían iniciado sobre las agencias de empleo temporal. Debo de haber estado muy aturdida por la falta de sueño para no atar cabos sobre esa información con el hecho de que Svein Sparre lleva una agencia de empleo temporal.

Cuando la veo ya es tarde. Camina por Blåsbortveien a paso de marcha, y en el momento en que la reconozco ella ya me ha visto. Saca el móvil del bolsillo de la coqueta riñonera que lleva colgada de su conjunto deportivo, teclea un ratito y devuelve el móvil a su lugar cuando nos separan diez metros.

—Hola —me dice la madre de Lea. Es el ama de casa de la zona alta de Tåsen, y su sonrisa es blancura en estado puro.

—Hola —saludo. Y sonrío como corresponde.

Aún me resuena en el pecho la conversación del pasado sábado en el ensayo de teatro; la conversación sobre los gatos muertos en la que yo, con suma torpeza, traté de quitarle hierro al asunto, y ella no se tomó bien mis esfuerzos.

—¿Cómo estás?

—Pues bien, supongo —replico—. No como para decir muy bien, me hago cargo, pero vamos tirando.

Me la imagino comentándole por lo bajini a otra madre del colegio, en una reunión de padres o en clase de yoga o en la calle, sin más: «Me encontré con Rikke Prytz el otro día, ¿sabes? La madre de esa chica, Emma, que está en segundo. Viven en el piso de abajo de Jørgen y Merete Tangen, y la verdad es que parecía estar en otro mundo».

Me mira. Lleva los ojos ocultos tras unas enormes gafas de sol de espejo, de modo que al tratar de mirarla a los ojos solo me veo a mí. Igual me gasta bromas la cabeza, pero tengo la impresión de que incluso con la curvatura de los vidrios distingo en mi cara la falta de sueño reflejada en sus gafas.

—¡Qué horror, esto de Jørgen! —exclama.

Ve que estoy de acuerdo y hacemos un gesto de asentimiento un instante. Me pregunto qué sabrá. ¿Será ya de dominio público que no entraron por la fuerza? ¿Le habrá contado Nina a todo quisque que, de todo el vecindario, los residentes del cuádruplex son los más sospechosos?

—He oído decir que han encontrado un gato en tu casa —indica—. Ayer, ¿no? Alguien comentó que habías sido tú misma la que lo descubrió.

Asiento. Sí. Ha debido de ser Nina. No creo que esas madres le hagan mucho caso en general. Para ella ha debido de ser emocionante tener por fin la información que tanto ansiaban.

—Qué cosa tan repugnante —declara el ama de casa.

—Sí que lo fue.

Se quita las gafas de sol. Ahora le veo los ojos. Tienen ese azul gris tan nórdico, como el mar bajo un cielo encapotado. Es un par de años mayor que yo, aunque apenas si se nota. Saca del bolso un estuche de gafas forrado en cuero; lo abre y extrae un pañito de limpiar gafas que frota en los vidrios con gesto relajado. Se mira las manos y dice:

—Bueno, esta historia de los gatos resulta todo un drama, después de todo. ¿No te parece?

Me lanza un breve vistazo. Sé lo que me toca hacer, no hay escapatoria. Cojo aire. Ojalá no tuviera que hacerlo.

—Pues, sí —replico—. La cosa es más seria de lo que pensaba. Puede que me lo hubiera tomado un poco a la ligera.

—Ha tenido que ser espantoso —opina. Suena sincera, he de conceder, porque bien podría habérmelo restregado por la cara y demostrarme que había hecho el ridículo.

—Sí.

—No sé si lo sabes —continúa—, pero hay una relación entre la violencia contra los animales y la violencia contra las personas. La mayoría de los psicópatas torturan animales de jóvenes. —El peso de las muertes de los gatos me resulta de pronto abrumador. Quiero echarme al suelo y llorar por los gatos muertos—. Y van y matan a un hombre en la misma casa, y de una manera tan brutal. Perdona que lo diga con esas palabras. —Se pone a mirar nada en particular. Al otro lado de la avenida, más allá de los cercados, se ven gigantescas camas elásticas—. Imagínate que haya un psicópata suelto en Tåsen —añade con mirada estupefacta, como si estuviera hablándose a sí misma—. Quién sabe si hasta es alguien a quien conocemos.

Y yo me imagino la sombra de Svein; la veo subir flotando por la escalera. Ahora se cierne sobre la puerta de Jørgen. Y solo en este instante me doy cuenta del rato que llevamos en silencio.

—Pero, oye —digo forzando la conversación hacia otros derroteros—. ¿Cómo va la obra? Tú estás a cargo del programa del grupo, ¿verdad?

—La obra se ha pospuesto —responde—. ¿No te lo ha dicho Emma? La estrenaremos en primavera.

En mi mente doy marcha atrás e intento recordar las últimas mañanas y noches en casa. Los cuatro sentados a la mesa para cenar. ¿Es posible que lo haya dicho y yo lo haya olvidado, o es que Emma no me lo ha querido decir?

—Esta misma tarde enviaremos un correo a los padres —informa mientras saca las gafas del bolso—. No se podía hacer otra cosa. Filippa Tangen tiene un papel importante, como sabes, y no me puedo imaginar que, habiendo pasado lo que ha pasado, pueda tenerse en pie en escena. Para completar el cuadro, la obra es sobre un asesino que mata a gente a puñaladas. No sería apropiado, se mire como se mire. Quién sabe si es para mejor. Era un poquito rara esa historia con las bailarinas. Gard se ha opuesto a reescribirla; y eso de que a un adulto le parezca perfecto dirigir a niñas adolescentes vestidas de prostitutas se pasa siete pueblos, ¿no te parece?

—Sí —contesto.

Gard. Pienso en su figura larguirucha, el flequillo espeso, las gafas con montura de carey, su voz grave y penetrante. En Emma, a quien de pronto le entraron ganas de hacer teatro. ¿Sería porque le gustaba? Tiene veintipocos. Para mí, un crío, pero para ella, un viejo. Un adulto. Pienso en el debate sobre las bailarinas, en la forma en la que Gard había presentado sus razones. ¿Qué había dicho, exactamente? Y pienso en una idea que me incomoda: ¿por qué tenía tanta importancia para él? ¿Era por mor de la libertad artística, o por ser fiel al texto original, o por presentar el mal sin ornamentos? ¿O sería porque aquello le daba un chute? No quiero seguir por ahí. Cierro los ojos. Eso son chismorreos de vecindario y, con franqueza, ya está bien.

—Todo eso es extraoficial, por supuesto —me confía alzando una elocuente ceja—. La razón oficial para posponerla es por consideración con Filippa y Merete. Y por el vecindario, puede decirse que también. —Quedamos un momento en silencio, y entonces añade—: ¿Sabes qué? Yo conozco a los que vivían en vuestro apartamento antes que vosotros. Inga es amiga de una amiga. Me dijo que había algo raro en esa casa. Tenía que ver con Jørgen y Merete. Que cuando te encontrabas con ellos eran de lo más normal y amables, pero que siempre tuvo la impresión de que allí había algo raro.

Ahora se oye cómo circulan los coches por Maridalsveien, pero poco, pues, aunque la ciudad está cerca, esta zona se encuentra extrañamente protegida de sus ruidos y sus olores. Yo me acuerdo de los anteriores propietarios, sobre todo de ella. Cuando compramos el piso nos hizo una visita guiada para mostrarnos dónde estaban las cosas y cómo se manejaban: «Así se encienden las placas de inducción. El tablero de los fusibles está

aquí». ¿No me había resultado algo condescendiente? Recuerdo habérselo comentado a Åsmund.

—Bueno —se despide—. Tengo que volver a casa. Cuidaos mucho todos por allá.

Pulsa algunas teclas en su teléfono y, para cuando me despido, lo más probable es que ya le esté entrando música por los oídos, de modo que no me oye. La veo alejarse con paso brioso y atlético, con los brazos doblados contra los costados y los codos huesudos hacia fuera.

Una tiene derecho a cometer errores, me digo mientras camino hacia casa. Una tiene que poder cambiar de opinión sobre si algo es o no es peligroso a medida que va recibiendo información. Eso es lo que va mal en nuestra sociedad. Se espera de nosotros que defendamos nuestras posiciones, que no abjuremos nunca de lo dicho o de lo hecho, sino que insistamos con tenacidad en que siempre hemos sostenido esto o aquello. Y se espera de nosotros que nos guiemos por emociones. En lo que sentimos se encierra una verdad que no puede cuestionarse con argumentos racionales. Si alguien tiene miedo, entonces está en su derecho de estar asustado. Ay de aquel que se atreva a impugnar ese miedo; que se atreva a decir que, teniendo en cuenta esto y aquello, entonces el peligro no es tal, pues en ese caso le estás faltando el respeto; eres frío y cínico. Todo lo que no sea modesta conmiseración ha de abandonarse en el acto. Cierro la verja del jardín del golpe. ¿Por qué he sentido que le debía disculpas al ama de casa?

Por supuesto que la historia de los gatos cobra otra luz ahora que han asesinado a un hombre. Claro que eso lo cambia todo. Pero cuando hablamos en el ensayo nadie sabía que Jørgen yacía muerto en su despacho. Y encima ella se las arregla para decir que había algo rarillo con Jørgen y Merete. Ahora. A escasos días de su muerte. Yo en cambio tengo que darle explicaciones por mi actitud, por un comentario fuera de lugar sobre gatos muertos. Respiro hondo. Trato de tranquilizarme. Sí que estoy de acuerdo. Yo vi al gato con su cuerda de nudo corredizo colgado del buzón, y la gravedad de aquello me cayó encima de golpe. Me equivoqué. Lo reconozco.

En el vestíbulo de entrada Nina ha puesto su lista de tareas. Me encierro en casa y me digo: Esta Nina es el colmo. Ha colgado eso ahí, qué más da que estemos de duelo por una muerte por asesinato.

Ya en casa le paso un paño a la encimera de la cocina con gestos rápidos y enérgicos. ¿Estoy así de cabreada por culpa del ama de casa, me digo, por el poco respeto que ha mostrado con Jørgen? ¿O es con él con quien estoy cabreada? La procesión de mujeres que subió la escalera para ir a su casa

cuando Merete estaba fuera: eso me quema las mejillas y me estalla en el pecho. Pero por eso no me puedo enfadar. ¿Qué me esperaba? Puede que el comentario sobre Gard me haya despertado este desasosiego. Esa insinuación tan malintencionada, que me niego a creer, se las ha ingeniado para abrir una brecha, un espacio donde crecer.

Me siento a la mesa de la cocina y tamborileo con los dedos en la superficie. Estamos a mediados de un jueves como cualquier otro. La calle se halla en silencio. En la casa de enfrente, Hoffmo anda atareado en el porche con una lona para proteger los muebles del jardín, que está preparando para el largo invierno. Estoy segura de que lleva cuarenta años haciéndolo cada otoño, y sin embargo hay cierta torpeza en sus movimientos. Aparto la mirada. No quiero que me vea. A estas alturas ya sabe, sin duda, que he sido yo la que ha encontrado el gato, y seguro que se muere por hablarme de eso, por recabar todos los detalles. Quién sabe si hasta por proponer métodos para atrapar al malhechor. Pero es tan poco lo que tengo que decir sobre eso. No tengo sed de sangre ni hay en mí una enérgica ira. Tan solo una pena honda y oscura por el gatito de sedoso pelaje muerto.

En la terraza veo los guantes de jardinería que Filippa dejó ayer. Allí estaban las dos, la madre y la hija, a escasos días de la desaparición de Jørgen, apuntadas a las tareas voluntarias. Dudo de que Nina haya estado dándoles la lata: hasta ella sería incapaz de semejante falta de sensibilidad. Pero ahí está colgada su lista. Se supone que tenemos que poner el nombre al lado del trabajo que hayamos realizado, y también la cantidad de horas dedicadas. De esta manera sí que es justo, afirma Nina. En un par de semanas vendrá a tocar a la puerta para quejarse de que entre Åsmund y yo solo hemos dedicado cinco horas, mientras que los demás han hecho muchas más, y no es por importunar, pero ¿no podríamos reservar un fin de semana y arrimar el hombro para que sea más equitativo? Es de lo que no hay, me digo. Cotilleándoles a las madres del colegio sobre lo que dice la gente en su propia casa y dándose el gusto de actuar como si fuera un dechado de virtud. Administrando la comunidad de vecinos como si le perteneciese, como si le correspondiese a ella decidir qué es lo que nos convierte en una comunidad. Encargando la instalación de esa descomunal puerta de entrada, a pesar de las airadas protestas, porque ella así lo ha querido. Y encima exige que seamos sus leales vasallos; que pintemos y repongamos y desplazemos piedras al hilo de sus instrucciones.

¿Se queda en eso la cosa? Probablemente, la lista de códigos para la puerta es confidencial, y, de ser así, entonces es ilegal que obre en su poder,

por no hablar de que la reparta por todas partes. Y el congelador que Svein y ella han puesto en el sótano. No en su propio trastero, qué va, si allí no les cabía, así que venga, en medio de la zona común, ese sí que era el sitio perfecto para el congelador. Y si eso no es una violación del reglamento de la comunidad de vecinos, a mí que me lo expliquen. Me digo, y sé, que estoy siendo mezquina. Estoy siendo tan mala como ellos, pero es estupendo, es maravillosamente tonificante encontrarle salida a esta cosa dura y dolorosa que se me ha metido en el pecho desde la visita de Jamila esta mañana. No le puedo ir a chillar a Jørgen: está muerto y, por si fuera poco, nunca me hizo votos de fidelidad alguna. Me toca doblegarme con disculpas ante el ama de casa, pero esta es una buena evacuación para mi rabia, a la que sí tengo derecho. También tengo derecho de estar enfurecida con Svein, pero él me da un poco de miedo por lo grande, irascible e implacable que es. Pero con Nina sí puedo. Sobre ella puedo derramar toda mi rabia. Mejor aún: tengo algo con que cargarme a esa petarda pedante y redicha. Darle donde más le duele con mis propios argumentos. Por cierto, puedo soltarle: ¿y ese congelador? ¿Es legal que esté ahí? Refréscame la memoria, Nina: ¿qué dice el reglamento sobre el almacenamiento de pertenencias privadas en los espacios comunes del ático y del sótano? Ya. Sí, habéis dicho que todos lo podemos usar, ya lo sé, pero dime una cosa, por favor, ¿qué es eso que cuelga ahí justo al lado del tirador? Dirás que soy tonta, Nina, pero ¿no es eso un puto candado? Y entonces ¿cómo te imaginas que alguno de nosotros va a usar el congelador?

Apuesto a que encima es de los que tienen un código secreto. No como el del trastero común del jardín, sino uno para su uso exclusivo, con lo que de hecho nos impiden a los demás sacarle provecho al aparato. Y ese puto Svein, repartiendo por ahí insinuaciones venenosas; a mí, a Saman y a Jamila sin dudarlos, por no decir a la policía. Svein, a quien le molesta el periodismo de Jørgen y quien, para completar el cuadro, lleva una agencia de empleo temporal.

Me obligo a parar. Dejo los dedos quietos en el sobre de la mesa. ¿De verdad es esto lo que quiero? ¿De verdad he resuelto bajar al sótano otra vez? ¿Soy, a fin de cuentas, igual que Jamila? ¿Voy a jugar a los detectives? O peor aún: ¿es por curiosidad?

No, me digo. No se trata de eso. Pero tiene que ser posible comprobar el candado. Si él ha instalado el congelador allí, entonces estoy en mi perfecto derecho de intentar abrirlo. El sótano nos pertenece a todos. Puedo decir que he traído cosas congeladas que debo almacenar. El congelador estará cerrado con candado; el código será uno que no me sé, y podré plantarme delante de

su puerta en cuanto oiga a Nina entrar desde la calle, antes de que llegue Svein, aporrear su puerta y pedirle que tenga la amabilidad de retirar ese mamotreto de nuestro sótano común. Y después de eso le hablaré a la policía de la agencia de empleo temporal, porque... ¿Por qué no? Svein va por ahí largando pestes de Saman y de Åsmund, ¿por qué he de ser yo buena?

Aquí abajo el aire es pegajoso, se nota cargado por todo el sótano. En las paredes hay arañas enormes y pardas. Se esconden en cualquier recoveco, en cualquier resquicio, y hacen ahí sus nidos. Se escabullen en cuanto mueves algo. El congelador está arrimado contra el tramo de pared situado debajo de uno de los ventanucos. Es un bloque enorme. Blanco. Y produce un zumbido constante, grave y vibrante. Justo bajo la tapa brilla la luz naranja del testigo, y al lado del tirador han fijado una chapa de metal con el candado, que presenta una fila de cuatro ruedas para un código de cuatro dígitos. Pruebo con 1951, el año de la construcción de la casa. Estoy convencida de que no va a ser ese, pero oigo el ruido del mecanismo y siento que se abre en mi mano; la dura anilla de acero se separa de su base y se presenta ahora relajada y dócil.

En el interior del cofre metálico descansan los restos congelados de animales que tuvieron la mala suerte de cruzarse en el camino de Svein y su montería. Casi toda la carne está fileteada. Hasta hay una bolsa, blanca de escarcha, que lleva una etiqueta que dice CROQUETAS DE ALCE, 2017. Y encuentro también una bolsa de plástico y con cremallera, y dentro, una pezuña entera. La examino. Veo el hueso que remata, cortado a media altura de la pata y aún con la piel. Es demasiado pequeña para ser de un alce, creo, de modo que debe de ser de ciervo o de reno. Está toda cubierta de escarcha, la piel y la pezuña; sí que debe de hacer frío en este congelador. Abro otra bolsa llena de trozos de carne dura, congelada.

Y en el fondo hay otra bolsa de plástico más grande, blanca, de las que se usan para enormes cantidades de basura, como en los colegios. Hay algo distinto en ella: es de mayor tamaño, pero también de otro tipo. Doy con la abertura y miro: contiene otra bolsa que envuelve el contenido, y la abro también. Lo primero que veo son las orejas. Son puntiagudas y tienen el pelaje escarchado. Otro par de orejas. Y otro. Los cuerpos están rígidos por la congelación. Hay tres. Abro la bolsa un poco más, sin dar crédito a lo que ven mis ojos. Uno de ellos lleva un collar de fieltro rojo con una medallita. Solo

suelto la bolsa cuando me encuentro con la mirada vacía de unos ojos de gato congelados.

Jørgen y yo follamos en silencio. Acallamos todo sonido. Tal vez se nos escapa el más leve suspiro. Por encima de nosotros se abre el tragaluz de la sala que tienen en el ático. Después de mucho pensarlo, hemos decidido que este es el lugar más apropiado de la casa. Al lado está el dormitorio de Merete y Jørgen, y allí no queremos estar. Su hija también tiene su habitación aquí arriba, que queda descartada sin necesidad de mencionarlo siquiera. La planta de abajo también queda excluida, pues los vecinos podrían vernos. La sala del ático no es ideal, pero nos sirve. En la esquina donde el tragaluz casi se encuentra con el suelo hay una cama sin patas. Hasta no hace mucho, Filippa y sus amigas la usaban como sofá, y de aquellos tiempos quedaron unos gigantescos cojines de Ikea; pero ahora se ha trasladado a su habitación, de modo que la cama ahora se ha destinado a las visitas que se quedan a dormir. La llaman la «cama de día». La primera vez que me lo dijo me pareció absurdo, pero he llegado a aceptar que el nombre es apropiado, habida cuenta del uso que le damos.

El silencio es necesario. No es que me oponga, pero lo hace todo más mecánico. Como una compulsión, una serie de gestos que hemos de ejecutar con el fin de alcanzar una meta que no parece clara cuando se resta la pasión a la ecuación. Me hace pensar en las grabaciones de la tele, en esos bailarines que siguen los pasos de la coreografía sin música. Tampoco es que me vaya con las manos vacías. Hundo la nariz en el hueco del cuello de Jørgen y detecto algo en su olor; algo que es cálido y picante. Su respiración es fuerte y rítmica. Hacerlo así es solo follar. Nada más. No sé si hay algo malo en ello. Justo entonces se oye una crepitación que viene del vigilabebés.

El pequeño altavoz negro se enciende con una malhumorada luz naranja al lado de la cama de día. Merete y Filippa están en un chalé con sus padres. Åsmund se ha ido con su madre, pero mis niños duermen en sus habitaciones del sótano. He puesto el vigilabebés en el pasillo que separa sus dormitorios y he dejado la puerta de Lukas abierta pensando que si algo sucediese, lo oiría. Jørgen y yo lo miramos inmóviles. Se queda callado. Nos miramos. Y justo cuando voy a decir algo para disipar el susto, crepita de nuevo. Hay un ruido de estática y a continuación oigo la voz de Emma:

—¿Mami?

Salto de la cama, recojo mi ropa y me visto. No tengo tiempo de ponerme el sujetador, solo el jersey. Vigilabebés en ristre, corro escaleras abajo desde la sala del ático, cruzo el salón del piano de cola. Antes de salir me pongo los zapatos y me apresuro hasta el apartamento con todo el sigilo de que soy capaz.

Está despierta. La encuentro de pie en el salón, descalza y en camisón. Tiene los ojos pequeños y dormidos.

—¿Mami?

—Emma, cariño —digo, y me acerco a grandes pasos—. ¿Estás bien?

La aprieto contra mí. Su cuerpo se reclina dócil en mi costado, pero no me devuelve el abrazo. La suelto y la miro a los ojos, que ahora están más abiertos.

—¿Dónde estabas?

Es uno de esos momentos en que dispones de escasos segundos para decidir qué vas a decir y con cuánta sinceridad; un momento en que es fácil cometer un error de juicio por lo complicado de la evaluación y porque tienes que hacerlo a la velocidad de la luz. No hay tiempo para sopesar pros y contras. Te tienes que dejar guiar por el instinto. Y sea lo que sea que se diga después, será algo que apunte a favor de lo que nos convenga.

—Arriba —contesto—. He subido un rato. A casa de Jamila. Hemos estado tomando café.

Emma no dice nada. Solo me mira. Cuando haya pasado el momento me preguntaré: ¿me habrá olido el aliento a vino? Peor aún, ¿lo habrá olido a él? Y, encima, en esta casa, donde se oye respirar a los vecinos, ¿habrá oído mis pasos en el piso superior? ¿Se dará cuenta de que estoy mintiendo? ¿Estará al tanto? ¿Sabrá decir si mis pasos sonaban en uno u otro lado de la casa? ¿Estaría tan agotada, tan inquieta, porque despertó de una pesadilla y no me pudo encontrar?

—¿Qué pasa, corazón? —Le peino el cabello con los dedos, como si fuera chiquitina, como si yo fuera una madre cariñosa, siempre lista para darle consuelo—. Solo estaba arriba, donde Jamila. Me ha mandado un mensaje preguntando si estábamos ya en la cama, y como yo estaba aquí sola. No te has puesto triste por eso, ¿verdad?

La abrazo otra vez. Siento que el corazón me late rápido y fuerte; me noto nerviosa, agitada.

—No. Para nada —dice Emma.

Pero lo dice sin mirarme a los ojos.

Es la última vez que me llevo el vigilabebés arriba. La bronca que le he echado a Jørgen después: «¿Te das cuenta de lo que podría haber pasado? ¿Lo cerca que hemos estado? —Y sigo—: No podemos continuar así. ¿Qué estamos haciendo?». Me estremece pensar en la idea que Emma se pueda haber hecho, en lo que pueda haber comprendido. Me cuesta horrores pensar en ello. Le digo a Jørgen que lo nuestro ha terminado, que no podemos seguir. Por un instante de vértigo me doy cuenta de lo que me estoy jugando con esto: la vida tal como la conozco, todo aquello a lo que tengo apego y todos los que me importan. Esto no puede ser. Se acabó. Ha sido la última vez.

Pero estoy demasiado metida en esto. Pasan un par de semanas y nos volvemos a ver. Reservamos billetes de avión a Londres. Si voy a hacer el amor con él, va a tener que ser en suelo extranjero, le digo. Ya de camino me estrujo los dedos. Viajo sola, por descontado, para que nadie sospeche nada. Y no siento el ardor de la anticipación. ¿No será que, bien mirado, esto no es más que una compulsión? Apoyo la cabeza en la fría ventanilla. Me consuelo con la idea de que al menos ya no tocaré más la cama de día.

Viernes

Gundersen se inclina por encima de la mesa de la cocina y levanta la cafetera con toda desenvoltura. Acababa de ponerla allí. Yo he sacado tazas para servirle un café, pero se me ha adelantado. Llena la taza casi hasta el borde, deja la cafetera y da un sorbo.

—¡Ah! —exclama con deleite.

Es de los que necesitan estimulantes, me digo, como si los dedos manchados de nicotina y el aroma a tabaco que desprende y llena la estancia no me lo hubieran dicho ya. Me pregunto cómo se lleva con el alcohol; si bebe mucho o es mortificadamente precavido.

—¿Quieres un poco? —pregunta al tiempo que deja su taza. Sin esperar respuesta, llena la otra taza también hasta el borde.

—Sí. Gracias —digo innecesariamente cuando está a mitad del rito.

Pone la taza delante de mí. Está tan llena que tengo que beber un par de sorbos antes de poder tomarlo con normalidad. El café está caliente. Me quemo la lengua y me escuece la garganta. Dejo la taza y me llevo una servilleta a los labios tratando de ignorar el ardor, que no tardará en pasar.

Dice:

—Bueno.

—Bueno —repito yo.

Nos miramos a los ojos.

—Así que has bajado al sótano y has abierto el congelador de la familia Sparre.

—Sí —digo, y suspiro—. Y la verdad es que no sé por qué lo he hecho. Se me ocurrió después de que habláramos. También bajé por eso el otro día.

—¿Qué fue lo que se te ocurrió?

—Lo del congelador. Que Svein lo hubiera puesto allí, sin más, y que...

Y me callo. No puedo decir nada de Emma, de la salida de emergencia de su habitación, que había ido a ver qué ruido hace; que ahora sé que puede escabullirse por las noches sin que yo me entere. No puedo implicarla a ella. Tampoco puedo hablarle de mi indignación sin decirle lo que Jamila y Rebekka me han dicho de Jørgen y sus mujeres, pues entonces toda la historia quedaría expuesta a una luz mezquina.

—Dijo que lo podíamos usar —respondo en cambio—. Y sin embargo, lo tenían inexplicablemente cerrado con un candado. Si hubieran puesto un código distinto, entonces habría sido difícil que los demás nos aprovecháramos de él, así que, en efecto, decidí comprobarlo.

Gundersen me mira. Es una técnica, eso lo sé. Los periodistas la usan en ocasiones. He visto a Jørgen hacerlo: si respondes con silencio a una afirmación, la persona que habla sentirá que debe abundar, explicar, dar más información. Conozco el truco y no me resisto a caer en él.

—No es que me imaginara que fuera a encontrar gatos muertos —explico—, sino que, no sé, toda esta historia es tan fea... Que alguien de nuestra propia casa...

Anoche dormí solo un par de horas, y se nota. Me resulta difícil ensamblar las ideas. No logro dar con una explicación plausible para mi exploración del congelador. Además soy consciente de que bien podría estar Nina sentada en su cocina, en la casa de al lado, escuchando. O Svein, o su hijo. Me invade un desagradable desasosiego con la idea de encontrármelos después de lo del congelador; de mirar a Nina a los ojos, ahora que puede saber que he estado fisgoneando en sus cosas. Y eso sin contar con la igualmente invasiva inquietud que me atenaza la cintura y el estómago. ¿Por qué había gatos congelados en el congelador? La corpulenta figura de Svein en el despacho aquella noche. He visualizado tantas veces esa imagen en la mente que empieza a parecerme un recuerdo.

Gundersen dice:

—Necesito que me eches una mano, Rikke, porque no lo acabo de entender. Tú, Pettersen y yo hemos hablado aquí mismo. Hablamos del gato que encontraste. Yo te muestro el rollo de cuerda del trastero del jardín, y tú me dices que estabas despierta, pero que no oíste nada, pero que puede que en algún momento hubieras oído un ruido de puerta. ¿No es así?

—Así es.

—Luego nos despedimos y tú bajas al sótano a comprobar tu bici.

Me mira con insistencia.

—Bueno —digo, y guardo silencio.

—¿Bueno qué? —pregunta él.

Respiro hondo. No sé cómo explicarlo. En el trabajo, estas cosas se me dan muy bien. Construyo mi tesis sobre personas o sentimientos; explico falacias y conductas en apariencia irracionales con argumentos de teoría conductual, economía y psicología; cito a Richard Thaler y a Daniel

Kahneman, y cierro con una conclusión tan convincente que mi público no puede sino rendirse a la evidencia.

Pero ahora no lo consigo. Sé que tengo que parecer digna de confianza. No debo orientar la sospecha hacia mi hija de ninguna manera. Suelto aire con un largo suspiro y doy otro sorbo al café. Al dejar la taza en la mesa veo una raya de color café que la corta en dos; el café del último sorbo que ha caído sobre la mesa y ha dejado un círculo donde descansaba la taza.

—Pensé en la salida de emergencia —confieso—. Quería comprobar si alguien habría podido entrar por ahí.

—¿Si alguien habría podido entrar, has dicho?

Su tono lo traiciona, pienso, mientras una corriente de hielo se extiende del estómago hacia arriba. Ya se ha dado cuenta de que bajé para ver si alguien de mi familia pudo haber salido.

—Sí —afirmo con voz tímida—. Puede que haya un asesino en la casa.

Gundersen dice:

—Muy bien, entonces bajaste a ver si alguien habría podido entrar por la puerta de emergencia. ¿Comprobaste la cerradura desde fuera, entonces?

—Sí.

—¿Y es posible?

—¿Qué?

—¿Podría alguien entrar por allí?

Por un instante me quedo en blanco. Luego digo:

—No lo sé. No llegué a comprobarlo. Apareciste tú.

Gundersen asiente con un lento cabeceo. Me mira de nuevo con insistencia. Pero retoma el hilo:

—Entonces aparecí yo. Hablamos y nos fuimos luego cada uno por su lado. Si mal no recuerdo, tú volviste a tu casa, ¿no?

—Sí.

—¿Y luego?

—Luego fui al médico —respondo—. Estoy de baja por enfermedad porque, bueno, porque todo esto me ha dejado marcada. Me está costando dormir por las noches y...

¿Llama la atención que haya pedido una baja? Sin duda ha debido de leer el correo que le mandé a Fredly. Él está al corriente. Tiene que entender que todo esto me haya afectado, ¿no? Me da la impresión de que se me ocurre algo, una idea, pero se desvanece y me doy cuenta de que me he quedado mirando al vacío mientras Gundersen me observa.

—Perdona —digo—. Es que estoy agotada. Apenas he dormido desde que pasó. Me resulta difícil concentrarme.

Asiente. Sigue a la espera, por lo que veo, porque no dice nada. Sencillamente me mira.

—Y ayer fui al centro —prosigo—. Volví a casa en metro. Me senté en la cocina, y estaba mirando hacia los buzones cuando me dije...

—¿Sí?

—Cuando me dije: ¿qué coño? ¿Qué hace ese congelador allí abajo? Pensé en eso cuando estuvimos ahí abajo el martes por la mañana. En ese candado. Me entraron ganas de comprobarlo.

—Y cuando probaste el código y funcionó, ¿te pusiste a excavar hasta el fondo del congelador?

—Sí.

—¡Qué ímpetu!

—Aquella bolsa era distinta.

—¿Qué pensaste que sería?

—No lo sé. Más carne de caza. No tengo idea. La abrí y ya está. —Él asiente despacio—. No te lo sé explicar mejor —digo—. Son de esas cosas que haces, ¿sabes? Una estupidez que crees que no tendrás que contarle a nadie. Que fisgas en las cosas de tu vecino, que husmeas en el botiquín sus medicamentos cuando estás de visita, que abres un armario o un cajón porque eres, qué sé yo, curiosa. Una no espera encontrarse nada por lo que haya que llamar a la policía.

Tengo la impresión de que me sale una voz demasiado desesperada. No consigo controlar del todo la cadencia ni la expresión facial. Ni siquiera controlo lo que estoy diciendo.

Gundersen pregunta:

—¿Cómo suele dormir Åsmund?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a una noche cualquiera. ¿Cómo duerme tu marido? ¿Tiene el sueño profundo o ligero?

—No lo sé —replico—. Normal, supongo.

—¿Y tú?

—Yo tengo el sueño ligero. A veces Lukas se despierta dando gritos y tengo que bajar en medio de la noche.

—¿Te despiertas si Åsmund se despierta por la noche? —quiere saber—. Pongamos que tiene que ir al baño. ¿Eso te despierta?

—No suele despertarse por eso —contesto—. Normalmente duerme toda la noche de un tirón. Pero, sí. Si ocurre algo me despierto. Si suena un teléfono, por ejemplo.

—Ya.

Caigo muy tarde en lo que está haciendo, en el porqué de esas preguntas. Los súbitos cambios de tema me distraen y, como estoy agotada, no tengo la flexibilidad mental suficiente para seguirle el juego a la velocidad debida.

—Y tenemos un crío pequeño —comento—. Puede que por eso tengamos el sueño más ligero que la mayoría de la gente. A ver, Åsmund también se despierta cuando Lukas se pone a chillar, solo que yo me suelo despertar primero. Cuando Åsmund se despierta, yo ya estoy fuera de la cama. Pero cada vez que me levanto por la noche, él se despierta.

Gundersen me mira. Me maldigo por no haberlo visto venir. Åsmund es mi coartada y yo la suya. Si uno de los dos se hubiese levantado de la cama para matar a Jørgen aquella noche, el otro se habría despertado.

—De modo que, si subes a verte con Jørgen Tangen —continúa Gundersen— para una, no sé cómo lo llamas, digamos que una visita nocturna, entonces ¿Åsmund se despierta?

—Nunca he subido a verme con Jørgen estando Åsmund en casa —afirmo, y bajo la voz, muy consciente de los vecinos de al lado, y de los otros también; como si el edificio entero estuviese a la escucha—. Ni Merete ni Åsmund podían estar: esa era la condición.

—Pero ¿los niños sí?

—Filippa solía acompañar a su madre —explico—. Y mis hijos dormían varias plantas más abajo. Subía siempre con el vigilabebés, tal como le escribí a Ingild.

Gundersen toma un sorbo de café. Será el último, por lo visto. Mientras bebe, veo que no hay mancha circular allí donde ha estado descansando su taza: la ha cogido y vuelto a poner encima con una precisión absoluta.

—¿De qué manera te ha afectado la muerte de Jørgen? —inquire.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho: ¿cómo te ha afectado? ¿Estás triste? ¿Furiosa? ¿O tal vez un poco aliviada?

—¿Aliviada?

—Tú querías dejarlo, ¿no?

Me quedo quieta en mi asiento. ¿Cuánto he llorado a Jørgen desde el domingo? Lloré inconteniblemente en el suelo del cuarto de baño la noche que me enteré, pero ¿desde entonces? Es verdad que era incapaz de dejarlo.

En un par de ocasiones dijimos que cortábamos, pero caímos otra vez, de inmediato. Y luego me planteaba por qué no podía parar de verlo, si era eso lo que más ansiaba. Pero era difícil. Éramos vecinos. Resistir a la urgencia de subir no era un problema cuando me sentía a gusto, o solo bien, o un poco triste; pero si se presentaba algo que ni Åsmund ni yo sabíamos manejar, entonces los dos tramos de escalera no se me hacían cuesta arriba. Jørgen estaba tan al alcance de la mano que, para ponerle fin a la relación, tenía que evitar el impulso de subir a verlo, pero no solo de vez en cuando, sino todo el tiempo, aun en mis momentos de mayor debilidad. Se entiende por qué los alcohólicos que se están recuperando no pueden tener una botella de vino en casa. Y por mucho que llore a Jørgen, porque lo lloro, resulta obvio que también es un alivio que ya no esté. La botella de vino ha desaparecido. No hay más que hablar.

Pero eso no me atrevo a contárselo a Gundersen. Así que me limito a proferir:

—Es horrible.

Y eso tampoco es mentira.

—Vale —dice—. No te retengo más. Es posible que tenga que hablar contigo de nuevo, así que hasta la próxima.

—Una cosa que me estaba preguntando —digo al tiempo que nos ponemos de pie—. Esos gatos que he encontrado.

—¿Sí?

—¿Son los? Quiero decir, ¿son los que han desaparecido?

Nos miramos el uno al otro desde ambos lados de la mesa de la cocina.

—A los gatos no se les suele hacer una autopsia —contesta despacio—. Y los casos de crueldad animal, por desgracia, tienen que ser de alguna importancia para que se abran pesquisas oficiales. Es una lástima. El caso es que el que tú encontraste en los buzones fue enviado a la Escuela Noruega de Ciencias Veterinarias. Y quien lo examinó ha constatado que ese gato había permanecido congelado hasta hacía poco. Llevaba muerto un tiempo. Y no murió ahorcado, por decirlo de alguna manera.

Me quedo inmóvil junto a la mesa de la cocina, dejando que vaya solo a la salida. Oigo sus pasos rápidos en el rellano. Oigo un ruido de puerta; quién sabe si la del sótano, pero esa escalera es de hormigón, y desde donde estoy apenas se oye si alguien sube o baja. Permanezco allí. Todo cuanto me rodea parece irreal, como si estuviera medio despierta. Como si parte de mí estuviera soñando.

Filippa abre la puerta. Con esto no contaba. Me había preparado para encontrarme con la madre. No había previsto tener que lidiar con la hija.

—Hola —dice.

—Hola —saludo.

Nos miramos. No da la impresión de que ir a llamar a su madre entre en sus planes inmediatos. Se queda quieta. Siento que me sumerjo, hundida por el peso que impone la responsabilidad ante esta situación. Es una niña que ha perdido a su padre. Yo soy una mujer adulta. Nada de lo que yo diga podrá aliviar su dolor, darle consuelo ni mejorar algo la situación, y sin embargo debo intentarlo.

—Cariño, qué triste es todo eso —digo.

Aun cuando no puedo decir que la conozca bien, advierto que algo ha cambiado en ella; lo sospeché ya cuando la vi en el jardín. Está más pálida, parece más dura. Es como si tuviera la mirada dirigida hacia dentro, por mucho que me esté mirando. Sigue allí de pie. El momento se alarga una eternidad mortificante y no sé qué hacer, si marcharme, pedirle que me deje pasar o llamar a Merete, pero justo entonces se hace a un lado.

—Pasa —me dice con voz cansada—. Mami está en la cocina.

Se da media vuelta y se va. Oigo sus pasos escaleras arriba hacia el ático.

El apartamento presenta leves señales de dejadez. Dos tazas descansan abandonadas en la mesita junto al sofá blanco crema, entre envoltorios de chocolates que han quedado allí abiertos. Los cojines del sofá se han deslizado un poco sobre el asiento y nadie se ha molestado en ponerlos de nuevo en su lugar. Cruzo despacio el salón. Fue aquí donde tuve la impresión de que algo iba mal aquel día. Sin que sea realmente mi intención, me vuelvo hacia su despacho, la herida abierta de la casa. Siento la reacción en el estómago, pero por suerte la puerta está cerrada.

La última vez que estuve aquí —quitando aquel sábado que entré por mi cuenta y a solas, y que rechazo sin dudar— había subido a verme con Jørgen. Fue a última hora de una mañana hace dos semanas. Yo había venido en bici

del trabajo, él trabajaba en casa ese día, y Merete estaba fuera. Aquella ocasión estuvo cargada de desgana. Como si aquellos encuentros fueran una tarea que se me hubiera encomendado y no tuviera más remedio que cumplir. Nos hallábamos tendidos en la alfombra de la sala del ático, porque yo me negaba a ocupar la cama de día, y Jørgen, acostado a mi lado, comentó que, a decir verdad, habríamos estado más a gusto en la cama. Me enfadé con él.

—Pues entonces ve y échate en la puta cama de día —le solté.

¿Somos una de esas parejas, me digo mientras pedaleo de regreso al trabajo, que se pasan la vida dándose coces? ¿Será que después de todo la realidad nos ha dado alcance, incluso aquí, en esta relación ilícita donde el tiempo no existe?

Jørgen no me dio réplica. Se puso de pie y, desnudo, fue hacia el tocadiscos. Tenía un montón de discos, de los de vinilo, pues consideraba que el sonido era mucho mejor. Yo empecé a vestirme. Sabía, sin necesidad de verlo, cómo manipulaba los discos. Los extraía de su funda con extremo cuidado y los sostenía entre las manos abiertas para no tocar los surcos con los dedos. Un ligero fondo de bajo llenó la sala del ático. Era una versión rockabilly de *Susie Q*.

—Esa es la clase de música que escucha mi padre —manifesté.

Jørgen me miró sonriente.

—Siempre me ha gustado esta canción —comentó canturreando por lo bajo—: *I like the way you walk, I like the way you talk, Susie Q*. ¿Sabes por qué?

—Por la compleja poesía del texto —sugerí. Estaba de mala uva.

Jørgen no se dio por enterado. Se puso los pantalones y echó un vistazo por la ventana, comprobando el vecindario. Se volvió a mirarme.

—Así es como un hombre de pocas palabras expresa su amor —continuó él—. Uno que no domina el lenguaje emocional que es normal en los demás, que no consigue decir lo que siente por su dama, pero que sin embargo ama intensamente.

Solté una risa, un poco a regañadientes. Él volvió a sonreír, ahora revelando la recta hilera de dientes que flanqueaba al diente torcido. Aún recuerdo la primera vez que me fijé en ese diente. Fue en un momento cualquiera en la escalera, mucho antes de que empezáramos a vernos así.

Antes de marcharme me acomodó el cabello detrás de las orejas.

—Rikke, cariño —dijo—. Ve y demuéstales quién manda allí.

Ya en la bici y de regreso al trabajo me dije, como era ya costumbre, que tenía que acabar con esto, que ya estaba bien y que esta había sido la última

vez. Pero no me lo creí, y reconocerlo me llenó de pena.

Merete está sentada a la mesa de la cocina. Tiene un periódico abierto delante y el móvil al lado. Junto al teléfono hay una gigantesca taza de té. Cuando entro a la cocina se vuelve a mirar.

—Hola —saluda.

¿Estará sorprendida? ¿Habría creído que no vendría?

—Hola —replico—. Ay, qué digo. Mi más sentido pésame. ¿Cómo estáis las dos?

—Oh —dice—. No sé. Es...

Y se queda callada un momento mirando por la ventana. Su cocina se parece a la nuestra, solo que, como se encuentra un piso más arriba, la vista es mejor. Están a la misma altura que el Bakkehaugen, por encima del resto de las casas de la calle.

—No creo haberlo asimilado por completo todavía —contesta al cielo, más allá de la ventana—. Tengo la impresión de que está de viaje o algo así.

Está pálida, compruebo, y se la ve cansada. Y pese a ello está guapísima, casi más que de costumbre. Como si el duelo le favoreciera.

—Llevará su tiempo —comento con torpeza, pero ¿qué otra cosa voy a decir? Ahora siento que no es correcto que esté yo aquí. Como entrando a pisotones donde no me corresponde.

—Sí.

Por un instante parece a punto de echarse a llorar, pero traga saliva y se pone de pie. Se acerca a la encimera de la cocina; se vuelve a mirarme y dice:

—Siéntate. Voy a preparar café.

—No hace falta que te molestes —replico.

—Sí que hace falta, sí. Lo necesito.

Me siento. No hay otra cosa que hacer. Tendré que darme prisa en tomarme el café.

—¿Cómo lo lleva Filippa? —le pregunto. El café ya está molido y en la cafetera.

—Vaya —contesta Merete—. No te sé decir. A veces así, a veces asá. Puede que siga en *shock*. No dice gran cosa. —Pone la cafetera al fuego y vuelve a la mesa. Se desplaza como una bailarina de *ballet*, con pasos suaves y leves que apenas se oyen—. No sé muy bien qué hacer con ella.

Se acaricia los cabellos y se da un masaje en las sienes. Todo parece requerir un esfuerzo, y sin embargo hay en ella un aire de resignación. No, me

digo. Merete saldrá de esta. Quién sabe si hasta fortalecida. De la hija no estoy tan segura; lleva una herida que nunca sanará por completo. Se la oye en su habitación, que está situada justo encima de la cocina.

—No es de extrañar que lo esté pasando fatal —indico.

—No —dice Merete—. No lo es.

—¿Ha vuelto al colegio?

—Más o menos, sí. ¿No te lo ha dicho Emma?

Y en ese instante oímos unos sencillos acordes de guitarra. Guitarra acústica. Nada demasiado escandaloso, pero reproducido a un volumen bastante alto, porque se nota la reverberación aquí abajo. Es un solo que conozco, al que sigue de inmediato una voz masculina que entra en armonía para introducir una vieja canción de Simon & Garfunkel. Mi padre tenía el CD cuando yo era niña; se lo pedía prestado para ponerlo en mi lector portátil y lo dejaba junto a la almohada para escuchar *Hello, darkness, my old friend*.

—Es lo que hay —dice Merete.

—Simon & Garfunkel a todo volumen —comento—. No se oye eso todos los días.

Una tímida sonrisa forma una ola en los labios de Merete.

—No —replica—. No se oye todos los días.

Correspondo con una discretísima sonrisa, preguntándome si será apropiado. Merete sabe ser graciosa, recuerdo ahora. Tiene sentido del humor y es inteligente.

—Jørgen solía cantarle esas canciones para acunarla cuando era niña —explica—. No lo sé, pero supongo que es saludable que lo lleve así. Que no evite el contacto con lo que duele, quién sabe. Debe de ser mejor que reprimirlo.

Asiento. Simon & Garfunkel despliegan su armonía a todo volumen allá arriba. Las tazas están en el tercer armario que abro. Es toda una comedia, esto de hacer como si no supiera dónde están las cosas en esta cocina, pues me digo que, si las encuentro demasiado pronto, se verá que he estado aquí más veces de la cuenta. Odio saberme tan taimada, pero no tengo alternativa. Le sirvo una taza y luego otra para mí, solo un poco en ambas, y las pongo en la mesa.

Simon & Garfunkel se calman. Me pregunto qué objetivo perseguía ese gesto, si era algo que Filippa quería poner de manifiesto. Ante Merete o quién sabe si ante mí. Me siento transparente. Aquí me tienen: una de las mujeres ilícitas del difunto al que lloran, que viene a presentar sus condolencias. Soy

falsa de los pies a la cabeza, y no estoy segura de lo bien que sabré disimularlo.

—Espero que andéis con cuidado —suelta Merete desde detrás de su taza.

—¿Perdona?

—Que os andéis con cuidado. Por lo visto la policía piensa que podría haber sido uno de los vecinos.

Fija su mirada en la mía, y hay en ella una intensidad particular; dura un instante, pero algo se ha movido allí. Vuelve la vista a la ventana y me digo: ¿Me lo he imaginado? ¿Habré proyectado en ella mi sentimiento de culpa? ¿Se fía ella de mí? ¿Y yo de ella? El caso es que aquella noche ella no estaba; no fue ella la que entró llave en mano.

—Y encima esta historia de los gatos —añade.

Yo, en cambio, sí que estaba aquí. Merete es consciente de ello y, por lo que sabe, podría haber sido yo.

—Sí —afirmo—. Tened cuidado también vosotras dos.

—Sí.

Y me mira otra vez. Ahora más serena. No parece asustada. Se oye a Filippa caminar desde donde está el equipo de música hasta su habitación, y enseguida un portazo.

—No os cortéis si hay algo que pueda hacer —digo.

Como si no hubiera hecho ya bastante.

—Gracias —dice Merete de forma monótona.

Me acompaña a la puerta. Ninguna de las dos miramos hacia el despacho, pero advierto que no pasa por alto las tazas y los envoltorios de los bombones en la mesita del salón.

Mientras me pongo los zapatos, profiere:

—Oye, Rikke. Has sido muy amable al venir.

Me incorpore. Nos encontramos cara a cara. En altura le llevo una cabeza. Me coge de los brazos.

—Si te puedo tomar la palabra con eso de hacer algo, se me ha ocurrido... ¿Te parece que Filippa baje a estar con vosotros un rato de vez en cuando?

—¡Claro que sí, mujer! —respondo.

—¿Y quizá podríamos volver tú y yo a tomar algo juntas en algún momento? Hace mucho tiempo, pero antes lo hacíamos a veces.

—Claro que sí —repito—. Eso estaría genial.

Creo que podría dejarme caer en sus brazos. Lo que me pida se lo daré. No tengo voluntad en el cuerpo; ya puede hacerse ella con las riendas, que yo estaré encantada.

Caigo en la cuenta del peso de su propuesta cuando ya estoy bajando la escalera. Que seamos amigas. Que nos veamos para charlar, hacer cosas como picar algo de comer, abrir una botella. Sentir en el cuerpo que no solo he traicionado a Åsmund, sino que también la he traicionado a ella. Y la mirada negra y herida de su hija. De una forma u otra se acabará sabiendo, dice Ingvild Fredly. Pronto lo sabrán, y me odiarán por ello.

El olor a lluvia y a musgo se alza desde el suelo del bosque y se mezcla con el aire fresco y húmedo que aspiro a bocanadas intermitentes. Los abetos extienden su pesado ramaje a ambos márgenes del camino y esto me gusta: el paisaje del bosque sumado a lo irregular del terreno, con raíces y piedras que sobresalen y con las que hay que tener cuidado de no tropezar cuando me echo a correr. No queda espacio para la reflexión. Tal vez sea eso lo que el médico sueco piensa que necesito; el médico sueco que me dijo que la cura para el insomnio radica en dos reglas de vida: alimentación y ejercicio, cinco veces al día, intercalados con entrenamiento de cardio. Correr es maravilloso; eso se lo concedo. Las paredes de la casa amarilla de Kastanjesvingen se me caen encima, pero aquí me puedo mover a mi aire. Quizá dormiría mejor si corriera más. Quién sabe si todos los problemas, Jørgen, Åsmund, los gatos, Emma, se revelarían insignificantes y de poca monta si corriera a la velocidad suficiente.

Me obligo a seguir. Siento el corazón en la garganta, que empieza a dolerme. Siento el ácido láctico en los muslos. Me estoy pasando. El truco está en parar antes de llegar a eso. Ponte retos, pero no rebases tu nivel de aguante: así duras más y entrenas la resistencia. Este es mi deporte, y no las carreras de velocidad, sino las de fondo. Pero es que se me despeja la cabeza cuando corro a tope, cuando el paisaje se precipita en la dirección contraria. No sé si será cierto eso de que se puede huir a la carrera de los propios sentimientos. Sospecho que no, porque suena demasiado sencillo. Pero nadie me acusará de no haberlo intentado. Aquí querría yo que me viera el médico. Con los pies golpeando el suelo del bosque, un pie aquí, un pie allá. Salto por encima de las piedras; esquivo raíces que sobresalen y evito los huecos, pero me llevo los charcos por delante para que el agua me salpique las pantorrillas. Voy cada vez más rápido. Lo doy todo de mí. Me siento invencible, y justo cuando estoy pensando que todo está a mi alcance, que puedo hacer cualquier cosa, cambiar los hechos, transformar lo negativo en positivo, pongo el pie en una piedra mucho menos plana de lo que me había parecido. El inesperado desnivel me hace perder el equilibrio, ya que estoy corriendo con todas mis

fuerzas y a gran velocidad, y caigo y me doy en la rodilla con la piedra. El dolor se dispara de los nervios al cerebro.

Mis sollozos salen sincopados; lloro como una niña que se ha raspado la rodilla, con espasmos como de hipo, pues me he quedado sin aliento. El dolor de un golpe en la rótula contra una piedra es fuerte y agudo. Por si fuera poco, me sangra una de las manos, la que he colocado delante para frenar la caída. Me siento en el suelo mojado del bosque. Cuando se me calma la respiración, se me pasa también el llanto. Me recojo el pantalón de correr para examinarme la rodilla. No me resulta fácil distinguir nada especial; está enrojecida, pero igual que si me la hubiera frotado fuerte con la mano. Se pondrá azul, eso seguro, y amarilla, y púrpura, pero de momento no veo una herida que justifique este dolor.

Avanzo despacio y cojeando por el camino hasta Brekkekrysset. He corrido lejos; me lleva una eternidad cojear de regreso. Cuando llego a la parada estoy aterida. Tengo el pantalón mojado y la tela de mi chaqueta es demasiado fina ahora que no corro a tope. El sudor se me seca en el cuerpo y se enfría. El autobús tarda veinte minutos en llegar.

De Blåsbortveien a Kastanjesvingen ando con lentitud. El dolor ha cambiado: se ha hecho menos agudo, más sordo, insidioso; y lo sentiré durante días. Cuando la cuesta de Kastanjesvingen empieza a empinarse, veo una figura que avanza hacia mí. Luce barba y es corpulento; va despacio y, sin embargo, enérgicamente inclinado hacia delante. Como quien no se ha acostumbrado a que la edad no le deje al cuerpo caminar al paso que querría.

—¡Prytz! —chilla cuando aún nos separan unos cuarenta metros—. Ahora sí que están pasando cosas. Hay policía por todas partes. ¡Igual que el domingo!

Me detengo. Se me contraen los hombros en el acto y siento un pinchazo en el estómago. ¿Quién es esta vez?

—Tres coches de policía en la calle —grita Hoffmo—. Y hay un enjambre de agentes en el jardín y en la casa. ¿Estás bien, Prytz?

—¿Qué ha ocurrido? —susurro sin aliento, y saco cuentas mentalmente: Åsmund está trabajando, Lukas en la guardería, y Emma... Emma está en el cole, ¿no?

No, con ella nunca estoy segura; me tiene bloqueada, está huidiza. Quién sabe si sale cuando la creo dormida. No lo sé. Eso no lo controlo. Dios mío,

Dios mío, que no sea uno de los míos; que sea algo que no tenga nada que ver, algo que sea cosa de otros.

Hoffmo se rasca la cabeza.

—Se han llevado a Simen Sparre —me informa—. Y por lo visto el jovencito iba detenido. Lo he visto todo desde mi jardín. Dos agentes lo acompañaban, uno a cada lado. Lo han hecho entrar en un coche patrulla y se lo han llevado. También han cogido su ordenador y otras cosas. ¿Seguro que estás bien, Prytz? Estás algo pálida.

Simen Sparre nos sostuvo la verja abierta el día en que nos mudamos. Debía de tener trece años por aquel entonces. Llevaba el pelo rubio peinado con raya a un lado, y nos saludó de lo más cortés.

—Procuraré no hacer mucho ruido —había dicho en tono de guasa; en esos momentos era cuando estaba más guapo, cuando la sonrisa le iluminaba la cara.

Ya entonces me había parecido que tenía el tipo de hermosura que no se revelaría hasta que hubiese crecido. Que como adolescente puede que se sintiera poco atractivo, muy bajo de estatura, de piel demasiado grasa, demasiado tímido, pero que terminaría por encontrarse.

¿Qué más sé de él? En ocasiones lo he oído en el sótano. Su habitación toca la de Lukas. A veces vienen a verlo amigos y se oyen sus voces ásperas y graves, como la suelen tener los muy jóvenes cuando no han alcanzado aún su voz de adultos. A veces tocan música. Desde casa solo se percibe el tempo de la canción, pero a muy bajo volumen, y no se llega a distinguir de qué tipo de música se trata, si *dance*, *house*, *rock* o pop. De la misma manera, no consigo situar a Simen, al menos en las categorías que se manejaban cuando yo estaba en secundaria: cerebrita, deportista, fumeta o solitario. Popular, normal, impopular. Yo lo pondría en la categoría de normal. Por la forma en que se viste y se presenta. Pero sí que tiene cierto carisma.

Cuando sus padres riñen, a él nunca se le oye. Cuando se dan voces, la de Simen nunca se oye. Eso me consta. He pensado en ello. ¿Dónde se mete cuando las broncas suben de tono? ¿Se encierra en su habitación? ¿O sale con amigos o a vagar solo por las calles? ¿O se queda donde está, se pone los auriculares y los bloquea fuera de su mundo? ¿Y ellos le dejan que los bloquee? Nunca los he oído dirigirse a él cuando se gritan.

La ternura de su mirada cuando le hablaba a Filippa en el jardín; la forma en que posaba sus ojos en ella; los gestos de nerviosismo que hacía y la intensa necesidad que se notaba que tenía de conversar con ella. La forma en

que ella le ninguneó. La pena en su rostro; el primer amor no correspondido. Su miedo, también. Ay, Simen, Simen. ¿Qué has hecho?

El instituto de enseñanza secundaria de Bakkehaugen se alza en una colina de suave pendiente. La entrada está flanqueada por grandes castaños, seguramente centenarios, y el arquitecto situó el edificio con tanto tino y gusto que cuando llegas tienes la impresión de que el colegio está abrigado por una espléndida y majestuosa arboleda. Más adelante, ya en el patio del colegio, te das cuenta de que no es así: son tres árboles, dos a la entrada y uno en el patio, pero han sabido sacarle el mayor provecho al efecto que provocan; y en cierta forma ese es un reflejo de lo que Tåsen hace mejor: provocar un efecto.

Hay pocos adolescentes fuera. Son las tres menos diez. La mayor parte del alumnado debe de estar aún en las aulas, ya a punto de terminar la clase. Un par de madres más entran al patio; intercambiamos un gesto con la cabeza de reconocimiento, pero ni una palabra. Una de ellas, la que lleva un abrigo marrón claro y es madre de un chico que está en la clase de Emma, me mira como temiendo que me acerque a charlar con ella. Mi primera reacción es de dolor: ¿tan tóxica se ha vuelto nuestra casa que nadie quiere tener nada que ver con nosotros? Y entonces caigo en la cuenta de que llevo la ropa de salir a correr, llena de manchas y empapada en sudor; tengo las manos y las rodillas manchadas de tierra y quién sabe si la cara también, y que, además, estoy cojeando. Quizá no tendría que haber venido. Mi primer impulso ha sido el de venir a recoger a Emma y llevármela a casa antes de que otros la distraigan, pero me hago cargo de que tiene trece años y de que, haga lo que haga, también para ella será tóxico.

Saludo con un gesto contenido a la madre del abrigo marrón y guardo la distancia; no podrá decir que le he impuesto mi compañía.

Recorro el patio con la mirada. No me sé de memoria el horario de Emma, de modo que ignoro dónde podría encontrarla, y prefiero no entrar en el edificio. La madre del abrigo marrón desaparece al otro lado de la puerta de doble paño de vidrio del edificio principal, y por un instante contemplo la posibilidad de seguirla, pero la descarto de inmediato, pues ¿adónde iría si entrase? Y encima cojeando, como si fuera el jorobado de Notre Dame. Me acerco despacio al castaño, me apoyo en el árbol y miro alrededor. Las

canastas de baloncesto, los bancos, el camino cubierto que lleva al gimnasio. Aquí es donde Emma pasa sus días. Es en este patio de colegio donde sus dramas ocurren y se desarrollan. Emma y Filippa, cada cual con su propio grupo; las miradas que se dedican. Es como si oyera a Emma decirles a sus amigas: «Dios mío, ¿se puede ser más pretenciosa?». ¿Qué dirá Filippa de Emma? Es más reservada que mi hija, más discreta en su manera de ejercer el poder, pero no se puede decir que sea más dulce. Siento un nudo en el estómago. Prefiero no encontrarme con tanto adolescente. Con los hijos del ama de casa y con sus amigas; con los amigos y enemigos de Emma. No me apetece que me vean, sobre todo ahora, con el frío que tengo, cuando estoy sudada y sucia y ando vacilante. Solo quiero dar con mi hija. Si me quedo aquí me encontraré con todos, de modo que me acerco trotando al gimnasio y entro.

Huele a aserrín, a sudor y a café. Los telones para *La ópera de dos centavos* penden pesadamente junto a la pared. Me doy con ellos en cuanto entro. Cuelgan del techo y cierran el espacio. Aquí podría encontrar un rincón escondido, me digo. En uno de los pliegues, entre la pared y los telones. Podría acostarme y dormir. Lo estoy considerando en serio cuando oigo a alguien moverse por allí. Aparto la cortina y miro a la sala. Gard está de pie contemplando el escenario. La fila de asientos presenta espacios vacíos; muchas de las sillas que habían colocado allí para el público han sido retiradas, pero la primera fila permanece intacta, y en una de las sillas hay un par de cajas de cartón en las que Gard está rebuscando algo.

—Hola —digo.

Gard levanta la mirada.

—¡Ah! Hola.

Me mira como sin verme, no sé si porque no se acuerda de mí o porque está pensando en otras cosas. Recuerdo lo que ha dicho el ama de casa, que no deja de ser raro que un hombre de su edad quiera vestir a niñas adolescentes de prostitutas. ¿A todas ellas o a una en particular? Observo sus manos, que son inesperadamente robustas para su escasa corpulencia. Y me pregunto: ¿Se las habrá puesto encima? ¿Cabe la menor posibilidad? Emma es una niña, pero ¿acaso eso lo ven los demás tan claro como yo? ¿La habrá visto él de otra manera? La sola idea me da vértigo; tanto que por un instante tengo la impresión de que me caeré al suelo si sigo reflexionando sobre eso.

—Soy Rikke —digo—. La madre de Emma.

No pasaré por alto ni el menor indicio. Aunque sea apenas un asomo de rubor o aunque aparte la mirada una centésima de segundo: lo veré todo. Pero no sucede nada de eso; se limita a un ligero cabeceo de reconocimiento y, si el nombre de mi hija agita algo en su interior, resulta imposible de detectar. Lleva las gafas de montura de carey más arriba de la frente; no se ha afeitado y parece cansado. Es un poco raro que las chicas lo encontrasen atractivo. Ahora está diferente; tiene ojeras y se le ve pálido. Se mueve despacio. Detrás de él, en el escenario, se alza un artefacto de madera: una caja grande encima un poste. Del poste sale un brazo horizontal, y del brazo cuelga una soga. Lo reconozco por los dibujos que hizo el equipo de escenografía: es la horca de la que colgarán a Mackie. Al menos alguien ha tenido la sensatez de enrollar la soga en el brazo. Al menos no es una cuerda de nailon azul.

—¿Qué? ¿Poniendo orden?

—Haciendo las maletas sería más exacto —contesta—. El equipo de voluntarios se encargará de desmontar la escena. Yo estoy tratando de salvar algún que otro mueble.

Sostiene entre las manos el sombrero de Mackie. Es un anticuado *fedora* de fieltro, de ala ancha y con banda. Original de los años cincuenta, me acuerdo, traído por una madre del grupo de vestuario que tiene un puesto importante en la Ópera.

—Me han dicho que se ha pospuesto la obra —digo, y avanzo unos pasos hacia él.

—Pospuesto —bufa, y me mira—. ¿Te crees que me lo trago? Nos querían bajar el telón ya en otoño, por aquello de las putas. El director, la asamblea de padres y el equipo de programación. Además de esa Nina Sparre. No habríamos durado ni un día desde que llegó la primera carta de protesta de no haber sido porque algunos padres se pusieron a hablar de libertad de expresión.

Se lleva la mano a la cabeza y tropieza con las gafas. Por lo visto ha olvidado que las llevaba allí, porque da un respingo; las gafas se precipitan frente abajo y él las atrapa al vuelo antes de que se estrellen contra el suelo.

—En este colegio todos se creen muy progres —continúa—. Antes del verano les pareció de lo más divertido montar una de Brecht. Tiene mucho arrojo eso de seleccionar una obra crítica con la sociedad. Pero basta la primera objeción para que les entre la duda. La puta Nina, con sus monólogos de está esto, por una parte, pero, claro, por otra esto otro, y no piense que soy yo la que se opone, sino el colegio y la asamblea de padres y maestros, y bla, bla, bla.

Su mirada es penetrante. Tiene los ojos enrojecidos. Qué joven es. Quién sabe si este es su primer empleo. Empiezo a preguntarme si no habrá estado llorando.

—¿Sabes cuál es el problema? —Ha alzado la voz; ahora habla casi a gritos—. Que ninguno de ellos tiene el valor de llamar a las cosas por su nombre. Ellos te empujan fuera. Esto aquí no se hace, y esto otro tampoco. Así es como se hacen las cosas aquí, hasta que te enteras de que te has quedado sin trabajo.

Parece que vaya a decir algo más, pero justo entonces suena el timbre, que lo interrumpe con unos pitidos intensos y cortos, como las alarmas, me digo. Deja el sombrero en la caja de cartón que tiene delante y este cae encima de lo que ya había dentro, unas copias de los libretos y el falso anillo de compromiso que Mackie le ofrece a Polly Peachum. Por un momento creo que se va a echar a llorar. Quiero batirme en retirada, parar de mirarlo y dejarlo en paz, pero mi cansancio es indescriptible. Al punto que no consigo moverme ni girar el cuello. Así que allí estoy, observándolo mientras se viene abajo. Cesan los pitidos del timbre y Gard se obliga a recobrar la compostura.

—A la hora de la verdad —manifiesta con voz cargada—, nadie defendió la obra. ¿Y todos aquellos que habían escrito correos sobre lo importante que era? ¿Sabes? Tras la muerte del padre de Filippa no dijeron nada más. El colegio nos cerró el quiosco. Como si esa muerte hubiera sido culpa nuestra. Tomaron la decisión sin que nadie me consultara nada. Y ni uno solo de vosotros, ni uno, protestó.

No lo miro a los ojos. En cambio, bajo la vista a sus manos. Son blancas y con vello negro, y me pregunto qué verá Emma cuando se las mira.

Se frota los párpados y no le veo la cara. Cuando baja las manos está más tranquilo. Hay algo en él de juventud y de vida libre de problemas. Me pregunto cómo lo verá cuando contemple el pasado de aquí a cinco, diez años. Como una lección o una experiencia necesaria, o como el primero de los muchos golpes que su idealismo habrá tenido que encajar.

—Dicen que la policía ha detenido a alguien que tiene que ver con la obra —comenta con cansancio—. Por lo visto circulan vídeos de indignación en las redes. Y, como sabes, la obra tiene un tufillo comunista. «¿Qué es el asesinato comparado con el trabajo de oficina?». Ya tienen lo que necesitan. Un asesinato, unos gatos martirizados, y aquí vengo yo a repartir material subversivo a los chiquillos. Como si tuviera algo que ver. Esos chicos ven YouTube en la cama y sus padres opinan que Brecht les puede resultar dañino. —Me mira con dureza—. No tenéis ni idea del mundo en que viven

vuestros hijos. Lo que ven en internet. Lo que comparten, la forma en que se hablan. Os daría un infarto a todos si supierais lo que dicen cuando no estáis al lado.

Eso no me cuesta creerlo. Y estoy a punto de decirle algo, de pedir detalles, qué son esas cosas que hacen que yo no me podría creer, que sea más específico; pero entonces levanta la caja y se la lleva al pecho.

—Bueno —concluye—. No sirve de nada darle largas al asunto.

Pone la caja en el borde del proscenio y sube al escenario. Allí, contemplándose desde arriba, con la caja de nuevo en brazos y la horca a sus espaldas, dice:

—Saluda a Merete de mi parte, por favor. Y a Filippa.

No sé decir si es sincero, o si hay un rastro de amargura en el saludo, pero acepto el encargo. Gard se da media vuelta y hace mutis por el foro. Más allá del telón oigo un portazo.

No está en casa a mi regreso. Las clases han terminado hace ya un rato; he entrado en su habitación y encontrado su horario, lo que me permite confirmar que ha acabado el cole. Me siento a la mesa de la cocina. La voy a esperar, pero sentada no va a poder ser. ¿Y si Simen no ha hecho esto por su cuenta, sino acompañado por alguien? Os daría a todos un infarto, ha dicho Gard, si supierais lo que se dicen cuando no estáis al lado. Ese chico que hacía el papel de Peachum, el que había estado hablando con Simen el sábado en el ensayo, el que tan apasionadamente se había justificado por hacerles daño a otros: «No soy un delincuente. Soy solo un pobre diablo». Doy vueltas por la cocina a zancadas. Es joven e impulsivo, este amigo de Simen, y algo hay en él que trasluce una potencial crueldad, una inclinación a la violencia. De haber querido entrar, Simen podría haberle abierto. Me asomo a la ventana buscando a Emma. Me imagino la escena: Peachum la sigue desde la salida del colegio, la alcanza en el cruce de Kastanjesvingen con Bakkehaugsveien. La llama, o peor, la coge de un brazo; la arrastra con él. La deja tirada en un jardín, tapada con hojas y ramas. Me imagino esperándola sentada; el tiempo que pasa hasta que me levanto a buscar el trozo de papel que Gundersen me dejó con su teléfono anotado. Y entonces el operativo de búsqueda; el rastreo de jardines con la brigada canina y después, ya tarde por la noche, Robin Pettersen a la puerta, con su mirada de condolencia, «desafortunadamente, le traigo noticias muy tristes». Y me digo: Este amigo de Simen podría haber matado a Jørgen. Si ha sido Simen el que lo ha dejado entrar, no aparecería en los registros de la empresa de seguridad. Quién sabe si no le ha dado el código. Eso es: tal vez fue Peachum mismo el que abrió la puerta aquella noche con el código de los Sparre. Simen puede haberle explicado lo de la copia de la llave. Así habría sacado la escalera de mano del trastero del jardín y la habría colocado bajo la ventana de Jørgen como maniobra de distracción.

Por no hablar del mismísimo Gard. Ha estado en la casa varias veces. Ha subido a hablar con Merete. A ver si le ha dado ella el código... Hace un momento estaba furioso. Quién sabe de lo que es capaz. ¿Y si Jørgen sabía algo de él? Algo relacionado con lo de las chicas que representaban el papel

de prostitutas. A saber. Y Filippa, que se había llevado el papel estelar. O Emma, que estaba colada por él.

Me incorporo de un salto en cuanto pone la mano en el tirador de la puerta, y el dolor se me vuelve a disparar de la rodilla al cerebro. Cojeo hasta la entrada y me encuentro a su lado antes incluso de que haya cerrado la puerta a sus espaldas. Trae la mochila del colegio colgada de un hombro y lleva la chaqueta aún puesta. Su cabello, largo y rubio, peinado hacia un lado, está enredado; el día y el viento se lo han despeinado, y el tirante de la mochila le aplasta un mechón. Me mira.

—¿Ha pasado algo o qué?

Pone su cara de impaciencia; cara de que lo mínimo que puede hacer el mundo por ella es aclararse las ideas. Las ganas de preguntarle por Gard, por lo que opina de él y si ha habido algo entre ellos me queman la boca.

—¿Por qué me has bloqueado en Facebook? —le pregunto en cambio.

No responde de inmediato. Se queda ahí. Con una mirada que impresiona por lo tranquila y calculada que es; como si fuera ella la adulta y yo la niña, y estoy tan asustada que podría gritarle. Podría llegar a pegarle.

—¿Por qué lo preguntas? —dice al fin.

—Teníamos un acuerdo —indico con una voz demasiado alta y chillona—. ¿Recuerdas? Era la condición para que pudieras meterte en todas esas redes sociales. Que por mí estaba bien, había dicho, más que bien, siempre y cuando me dejaras seguirte.

Me sostiene la mirada.

Con la mochila aún colgada del hombro, ha metido las manos en los bolsillos adoptando una posición de espera, como resignada a dejarme ventilar mi bronca.

—No es que me pase la vida husmeando lo que haces en internet —prosigo, y me doy cuenta de que estoy perdiendo los papeles, pues estoy alzando la voz—. Pero, Emma, ¡soy tu madre! Lo hago por protegerte.

—¿Comprobando lo que pongo en Facebook?

—Hay un asesino suelto. ¡Alguien ha asesinado a tu vecino!

—Eso ya lo sé —responde con calma, como si la estuviera aburriendo.

Pero más allá de su mirada de condescendencia se adivina una sombra de incertidumbre. Sí; veo que también está asustada. Le aprieto las tuercas:

—La policía ha detenido a alguien —informo—. ¿Lo sabías?

—No —contesta—. ¿A quién?

—O sea que... ¿de verdad no lo sabes?

En mi fuero interno estoy disfrutando de esto: cuento con su atención, pura y completa. Me encuentro en una posición de fuerza.

—¿A quién? —inquire otra vez.

—A Simen Sparre.

Algo le cruza fugaz el rostro. Por un instante, la cara que le muestra al mundo no es sino una fina capa de barniz que se puede quitar para revelar sangre y un terror espeluznante. Dura solo un instante y desaparece.

Frunce la nariz y dice:

—¿Simen Sparre? Me parece que no.

Siento que está cuestionando mi autoridad.

—Pues, por lo visto, a la policía le parece que sí. Se lo han llevado esta tarde.

Esa expresión salvaje y desconocida le cruza el rostro de nuevo. Es como un tic, algo que sucede sin más, que escapa a su control.

—Simen es un ecologista —afirma tajante—. Simen sí que tiene principios morales. Tiene un canal en YouTube.

—¿Que tiene un qué?

Emma respira hondo y exhala; como si yo fuera una pánfila ingenua y cansina, y a ella le tocara siempre explicarme cómo funciona el mundo.

En la pantalla de la tableta, Simen aparece congelado con una extraña expresión. Tiene los párpados entrecerrados y sus labios dibujan una curva discreta. Parece estar diciendo algo. Debajo del botón de reproducción aparece el título: «Green Gonzo explica: La vida en la pecera». Tengo el dedo en alto, listo para pulsar el botón, pero de pronto ya no tengo ganas de hacerlo.

—¿Cómo te has enterado de esto, Emma?

—Mami —contesta mientras se levanta del sofá—, en el cole no hay quien no lo sepa.

La oigo bajar la escalera.

Simen cuenta con ciento nueve seguidores y ha subido diecisiete vídeos. Le doy al botón. El rostro de Simen cobra vida en la pantalla: abre los ojos, sonríe y se dirige hacia la cámara.

«Hola —dice—, y bienvenidos a la pecera. Soy Green Gonzo y voy a explicaros por qué no conseguimos hacer nada que resuelva los grandes problemas del mundo. Lamento el *spoiler alert*: porque la gente es gilipollas. Y es de eso de lo que hablaremos hoy».

Respira hondo y suelta una risa. Una parte de mí está pensando: por favor. Es tan infantil. Como un niño jugando a ser presentador de telediario. Otra parte de mí ve el vídeo con angustia y piensa: ¿qué es esto en realidad?

El tema es el clima. Simen se dice decepcionado de la falta de voluntad de las generaciones que lo han precedido para resolver los problemas climáticos. Considera que somos unos hipócritas.

«El tráfico aéreo no para de aumentar y no es porque no sepamos que deberíamos volar menos; tampoco porque nadie nos haya dicho que no tiene sentido coger el coche para ir a donde sea, ni pasarnos el tiempo comprando ropa, o chupar todo el puto petróleo del fondo del mar. Pero lo hacemos. Y esto, todo esto, es el autoengaño de lo que yo llamo la pecera».

Se reclina en el respaldo de su asiento y se le ve muy complacido. Observo a sus espaldas la fría pared de ladrillos del sótano. Me estremezco al pensar que está pared con pared al lado de mi niño de la suerte. Quién sabe

si Lukas duerme en su cama mientras, al otro costado, Simen está grabando estas cosas.

La pecera, dice, es algo que puede ilustrarse por comparación con el barrio acomodado y de gentes instruidas donde vive.

«Aquí todos los vecinos son gente bien intencionada. Esto es Correccionpoliticolandia. ¿Entendéis? Aquí son todos ecologistas. Lo ponen en sus perfiles de Facebook, podéis comprobarlo. Pero yo os pregunto a vosotros, sí, a los que estáis mirando esto: ¿qué os parece que pasa cuando llega el verano y se organizan degustaciones de vino en la Toscana y safaris en Botsuana? ¿Es entonces cuando esta gente se va de *camping* a Elverum?».

Se reclina de nuevo y suelta otra risotada. Se le ve la nuez de Adán moverse. Algo en su mensaje me recuerda a mis propias investigaciones, las que les he explicado a los vecinos y sin duda también a sus padres: la intersección de opinión y conducta, la disonancia cognitiva.

«Digo que este barrio es una pecera porque es muy pequeño y no recibe señales del exterior. ¿Sabéis lo que digo? Es el caso clásico de la cámara de eco. Y es precisamente esa hipocresía la que vamos a poner al descubierto en esta serie de vídeos. Así que no los perdáis de vista, ¿vale? ¡Chao!!!».

El vídeo termina con él buscando el botón para parar la grabación. Se ve que algo le llama la atención en la pantalla un instante antes de que se congele la imagen.

El siguiente vídeo es sobre los microplásticos. Da la impresión de que Simen se ha documentado, porque está más serio y parece atenerse a algún tipo de guion. Da cifras. Este parece mejor hecho. Recuerda a los artículos de la sección juvenil de los periódicos. El tercero lo ha grabado con un amigo y es muy largo. Después de tratar un poco el tema del medioambiente al principio, hablan sobre todo de videojuegos. Salta a la vista que ambos son jugadores. El cuarto vídeo es sobre la mortalidad de las abejas. En este, Simen se muestra beligerante, enojado. Ahora sí que me escuecen un poco sus críticas. Recuerdo haber estado en algunas fiestas hablando sobre la manera en que los seres humanos nos estamos cargando el planeta. Como si estuviera en mi derecho, por mi trabajo. Y cuanto más culpable se sentía mi interlocutor, mejor para mí. Cuando cenamos en casa de Jørgen y Merete, Jørgen me preguntó por mi trabajo, y me sentí superior hablando largo y tendido acerca de proyectos de investigación que tematizan el hiperconsumo para hacer acopio de conocimientos sobre intervenciones eficientes. Para salvar el planeta, así de sencillo. ¿Acaso no hablé de todo eso en tono sobrio pero cordial, dirigiéndome a Jørgen y notando sobre mí la mirada de Merete

mientras pensaba: a ver, tú, qué haces tú en la vida, qué puedes contar tú que se iguale a esto?

En el undécimo vídeo Simen carga con fuerza contra la hipocresía. A los habitantes de la pecera no les importa votar a favor de nuevos impuestos o cosas que le hagan la vida difícil a los demás mientras a ellos no les afecte. Luego habla de los animales. Sostiene que la extinción de especies de la que somos testigos en la actualidad equivale nada menos que a una extinción en masa. La erradicación de ochocientas especies puede atribuirse a la acción humana, pero la cifra real bien podría ser mucho más elevada. Un millón de especies están en peligro de extinción. Ahí está el caso del rinoceronte blanco. El último ejemplar macho de la subespecie del norte había muerto hacía un par de semanas. Salió algo en la prensa, y en Facebook encontré publicaciones por todos lados con caras tristes y corazones rotos, pero ¿dónde está la indignación, dónde la rabia? Un artículo sobre una enfermedad que afecta a los gatos domésticos noruegos suscitó muchas más reacciones que lo del rinoceronte. La prensa publicó artículo tras artículo, y a todos se les daban *likes*, todos recibían comentarios y todos eran compartidos. Y como los algoritmos de Facebook actúan en función de las reacciones, la historia del rinoceronte quedó sumergida en el fondo del olvido colectivo. Simen mira con ojos grandes y redondos cuando dice:

—En definitiva, ¿a quién le importa el rinoceronte blanco? Lo que les importa son sus putos animales de compañía. Si quieres que la gente se implique, hálales de perros y gatos. Y eso sin contar con que tenemos tantos gatos que ya son dañinos para la fauna silvestre, tantos gatos bien alimentados que se dedican a cazar pajaritos en época de nidificación. Si los jodidos gatos estuvieran en riesgo de extinción en masa, sí que veríamos reacciones.

Me viene a la mente la imagen del animalito peludo que encontré colgado de los buzones. ¿Es a esto a lo que se refiere Simen? Sin vacilar ni un momento, copio el enlace y se lo mando a Jamila.

Estoy por la mitad del decimocuarto vídeo de la serie cuando Åsmund y Lukas vuelven a casa.

—¿Qué haces? —pregunta Åsmund, y se acerca para mirar la tableta.

—Es el canal de YouTube de Simen Sparre —digo—. Me he enterado por Emma.

—Ah —exclama Åsmund—. ¿Y de qué van los vídeos? ¿De pantalones caquis y de por qué es importante no afeitarse?

—¿Puedo ver los dibujos? —pide Lukas, y tengo que alzar la tableta para ponerla fuera del alcance de sus manos.

Lo soborno con una cajita de uvas pasas, que vacía de inmediato en la mesa del salón; mientras está entretenido con eso, sigo a Åsmund a la cocina y le informo:

—Lo han detenido. A Simen.

—¿A Simen? ¿Me estás hablando del adolescente más virtuoso del coro de niños cantores de Sølvguttene?

—Sí.

Åsmund frunce las cejas.

—No —replica—. No, eso es absurdo. ¿Lo han arrestado por el asesinato de Jørgen?

—Eso parece.

—¿Por qué diablos mataría a Jørgen?

—No lo sé —digo—. Tiene un canal en YouTube. Me lo ha dicho Emma, y he estado viéndolo. Y la verdad es que ha puesto ahí cada locura... Tiene unas ideas de lo más raras.

Nos quedamos quietos un momento. Åsmund se pone entonces a guardar las compras y yo lo sigo con la mirada. Luego declara:

—No. Mira, eso de verdad que no me lo creo. Puede que la policía sepa lo que hace, pero esto... Pero si es un chaval, Rikke.

Un chaval, pienso sentada en el suelo del baño, con la puerta cerrada y buscando en mi teléfono hasta que doy con el canal de Green Gonzo. ¿Qué

edad tenían los alumnos que cometieron alguna de las masacres en aquellos colegios americanos? ¿Qué edad tenían los jóvenes que se alistaron a las filas del ISIS? Estoy de acuerdo en que Simen Sparre parece inofensivo, pero ¿cómo saber de lo que la gente es capaz? Jamila ha respondido a mi enlace con otro, el del vídeo decimoquinto, en el que a lo largo de nueve minutos y cuatro segundos exhorta a sus seguidores a echarse a las calles y a despertar a la ciudadanía con cuanto medio de acción resulte necesario.

Me desvisto y me meto en la ducha. Mientras el agua caliente me envuelve con su abrazo, me digo: Pongamos que la policía está en lo cierto. Imagínate a Simen Sparre quitándole la vida a Jørgen. Para despertar a la ciudadanía. Jørgen era un candidato tan válido como cualquier otro. ¿Y si el argumento de Jørgen en contra de las agencias de empleo temporal fuese una amenaza para Svein, y Simen lo sabía? O tal vez haya oído el sonido de los tacones en la escalera cuando Merete y Filippa no estaban: también eso podía verse como una forma de hipocresía. Y el martilleo de esos tacones, ¿no era eso también una forma de traicionar a Filippa?

Supongamos que haya decidido dar muerte a uno de los habitantes de la pecera para despertar a la ciudadanía, y que haya escogido a Jørgen. En ese caso, me digo mientras cojo el frasco de jabón de la cesta que cuelga a un lado, la muerte de Jørgen no tendría nada en absoluto que ver conmigo, al menos no directamente. No sería ya necesario decirle nada a Åsmund. Me enjuago el pelo, salgo de la ducha de una zancada y me envuelvo en la toalla. Quién sabe si ha ocurrido así de verdad. Quién sabe si todo ha acabado.

Cuando vuelvo a la cocina encuentro a Åsmund sentado a la mesa tecleando en el móvil. Hay una cacerola al fuego. Imagino que estará esperando a que rompa a hervir el agua. Me acerco por detrás, le rodeo el cuello con las manos y apoyo la cara en la cálida piel. Cierro los ojos y aspiro su olor. Usa esa loción de afeitado desde que estaba en el instituto. Es un aroma grato y fresco, como el bosque cuando ha llovido, y eso me lleva a cuando era joven, cuando estaba tan feliz de haber encontrado al amor de mi vida. Esto para mí es el hogar, me digo; esta fragancia es la esencia de un hogar. Poco importa en qué casa vivamos ni dónde esté situada. Es esto: Åsmund y mis críos; esto es lo que me hace sentir en casa.

—¡Vaya! —suelta—. ¿He hecho algo especial sin darme cuenta?

—No —respondo apretándole los labios en la nuca—. Solo quería abrazarte.

Con la cabeza reclinada sobre él, me doy cuenta de lo cansada que estoy. Quién sabe si hasta podré dormir esta noche.

El camino junto al Strandkaien me resultó distinto aquella vez. Yo iba arrastrando una pesada maleta que rodaba a trompicones por los adoquines y por grietas de la acera. Por si fuera poco, llovía. La recepción era la que recordaba, y cuando di el nombre de la reserva, la joven recepcionista, que se parecía un montón a su predecesora, me dijo que Jørgen ya estaba en la habitación. Cogí la llave y arrastré la maleta hasta el ascensor.

Vino a mi encuentro en cuanto abrí la puerta. Sonrió, y yo apoyé la cara en su camisa. Dejé que mis dedos le acariciasen los rizos pensando que esto también era terreno conocido, que él también me hacía sentir como en casa. Y deseé que no fuera así, porque entonces habría sido todo más fácil.

Aquella vez no hubo mariachi que tocara para nosotros. En cambio, el denso olor a aceite de fritanga inundaba el ambiente de Torgallmenningen. Era intrusivo, imposible de esquivar. Después de comer volvimos al hotel caminando despacio, cogidos de la mano. Era junio, pero el aire se había enfriado con las lluvias, y la grisura del cielo no revelaba si estábamos en primavera o en otoño. No nos dijimos gran cosa. Uno y otro intercambiamos algún comentario, pero todos nuestros intentos de conversación nacieron muertos, como si ambos estuviéramos insólitamente cansados.

Ya de regreso a la habitación del hotel, le hundí las uñas en el brazo y lo atraje hacia mí como si me fuera a ahogar si no lo abrazaba con toda mi fuerza y no lo amaba con una intensidad que, sospechaba, era pura desesperación. A continuación, él sacó una botellita de vino del minibar y lo sirvió en dos vasos de plástico. Estábamos sentados en la cama, cada uno tapado con su edredón, cuando dijo:

—Vale. Dime qué te pasa.

—Nada en particular —contesté—. En todo caso, nada nuevo.

—Pues parece que te estás cayendo a pedazos.

De la calle nos llegaba un rumor, estudiantes de camino al centro. Chillaban. Iban bebidos y se llamaban a gritos. Estaban exaltados y tenían toda la noche por delante. Respiré hondo. No sabía cómo decirlo.

En verdad, Jørgen no había deseado tener hijos, me dijo. Desde muy pronto había sospechado no ser un tipo paternal, y, aunque quería a su hija, estaba claro que, se mirase como se mirase, estaba en lo cierto. Eran tantas las cosas sobre las que se esperaba una opinión de él: botas para el invierno, elección de colegio, comida para las fiambreras, hábitos para la higiene del sueño, notas y deberes escolares, dramas con el mejor amigo y actividades extraescolares. Le había dicho a Merete, con enorme franqueza, que no se veía capaz de renunciar a todo por otro ser humano. Que, por ejemplo, no se imaginaba diciéndole a su jefe que no podía cubrir un conflicto bélico si él se lo pedía. Que no podía estar preocupándose por lo que pudiera significar para un chiquillo que a él le sucedía algo. Merete le había dicho que no pasaba nada. El chiquillo podría contar con ella. Al menos ella, había continuado diciendo, no iba a meterse en conflictos armados. Aquel había sido su acuerdo, me dijo Jørgen. Él no quería casarse y fundar una familia. Merete pensaba que le daba miedo el cambio, y tal vez creyera que eso cambiaría una vez llegado el niño. Pero no fue así; al menos, no como ella se lo había imaginado. Fue ella la que acabó por renunciar a su carrera. Había dicho, en términos del todo inequívocos, que no le importaba. Había dicho que no estaba segura de ser lo bastante buena como para ser la mejor. La competitividad era feroz, los codos afilados. No era esa la vida que quería. No le importaba que él trabajase más que ella, que lo hacía a tiempo parcial y llevaba la carga de la casa.

«Yo estaba dispuesto a romper —me dijo Jørgen—. La quería, pero estaba dispuesto a asumir las consecuencias de mis rarezas. Ella quería un hijo, y a mí me parecía que merecía tenerlo con alguien que deseara lo mismo. En una ocasión me marché, pero me pidió llorando por teléfono que volviera. Dijo que ella se haría cargo de todo, que no hacía falta que cambiara. Y fui lo bastante idiota como para creerla».

No culpaba a Merete, dijo. Ella supuso que las cosas saldrían bien de esa manera, pero también él había pecado de ingenuo. Habían llegado a una solución de compromiso que, al parecer, resultó insostenible. Y tendrían que haberlo previsto. Ambos. Pero ella sí que lo culpaba, dijo Jørgen. Todo el tiempo. Por todo lo que no hacía. Por todo para lo que no tenían un plan conjunto y por todo aquello en lo que no mostraba interés. Y, con el paso del tiempo, por todo lo que fuera. Se las habían arreglado para seguir adelante. De alguna manera, habían dado con una forma de convivencia que les servía a los dos, al menos hasta que Filippa fuera lo bastante mayor como para separarse.

—Si es que llegamos a separarnos —dijo Jørgen—. A veces me pregunto si no nos habremos enraizado el uno en el otro.

No quería separarse de Merete. Al menos no de momento. Le había hecho una promesa; pensaba que le debía algo. Ella cuidaba de la hija; él traía el sustento. Ese era su deber. Pero su infidelidad no le quitaba el sueño.

No era así como yo lo vivía. Yo quería a Åsmund. No eran promesas lo que nos unía; yo no lo culpaba de nada. Vivía con él porque era lo que deseaba. Cuando Jørgen hablaba de su relación, yo lo escuchaba mortificada. En más de una ocasión me había acurrucado contra Åsmund en medio de la noche; apoyaba la mejilla en su espalda, agradecida de que nosotros no nos menospreciásemos de aquella manera.

Y yo sí que me sentía culpable. Ese día sentía el peso de esa culpa. Sentía que se me encogía el pecho cada vez que Åsmund me soltaba naderías cotidianas como forma de decirme «te quiero». Un amigo de la infancia había dejado a su mujer por otra más joven; ahí estaba Åsmund meneando la cabeza con un gesto de incompreensión: «¿Qué se le habrá metido en la cabeza?».

Por mi parte, yo vivía a la caza de nuevas acusaciones contra mi propio comportamiento y sabía que la relación no podía durar, que tenía que olvidarme de Jørgen. Tendría que haber cortado hace mucho tiempo.

Él lo entendía, me dijo cuando estábamos sentados bajo los edredones en la cama del hotel. Para él era distinto, pero entendía que para mí no estaba bien.

—No quiero que seas desgraciada —me dijo cuando me eché a llorar.

Después lo hicimos por última vez. Al día siguiente volví a casa por mi cuenta, y allí acabó aquello. Cuando Åsmund me preguntó qué tal me había ido, me dolió el pecho, pero también sentí el alivio de saber que se había terminado, por mucho que me hallara aplastada por mi mala conciencia. Al menos había conseguido ponerle fin.

Víspera del segundo sábado

Los Sparre abandonan Kastanjesvingen en medio de la noche. Ocultos en la oscuridad y a altas horas para asegurarse de que no se encuentran con nadie, recogen sus cosas. Yo he logrado dormir, pero me despierto con los ruidos al otro lado de la pared, y en un instante estoy fuera de la cama. Tengo la garganta cerrada y me sudan las manos. Voy descalza y a paso ligero a la cocina. Me arrodillo junto al armario de la caldera y lo abro.

Al principio solo oigo ruido de pasos, de cosas que trasladan de un sitio a otro. Mis dedos sudorosos teclean el número de urgencias de la policía, lista para llamar, pero en ese momento oigo la voz de Svein.

—¿Vas a querer llevarte estos? —dice en voz baja.

—No —responde Nina.

Al menos creo que es ella. Tiene la voz distinta, áspera y débil, despojada de su vitalidad habitual. Su voz suena a hueco, como si saliera de un espacio vacío.

Así siguen un cuarto de hora. Luego habla de nuevo Svein:

—Bueno. Creo que ahora ya está.

Nina no dice nada. Pasan un par de segundos y oigo de nuevo la voz de Svein:

—Venga, cariño.

Oigo sus sollozos. Cierro la puerta del armario con sumo cuidado. Es un momento de privacidad, no me corresponde escuchar.

Después se marchan. Desde la oscuridad de la cocina contemplo sin que me vean sus sombras bajando por el camino de piedra. Cada uno lleva un bolso de viaje. Svein abre la verja. Nina se detiene allí, se vuelve y mira hacia la casa. Svein deja su bolso en el suelo y la abraza. Ella se apoya en su hombro. Permanecen allí un rato, el padre y la madre, y verlos así me parte el corazón.

La policía dio anoche una rueda de prensa, según leo. Pincho en el artículo y veo a la mujer policía con acento del noroeste, con su misma cara de seriedad profunda. LA POLICÍA HA DETENIDO A UN SOSPECHOSO EN EL CASO DEL CRIMEN DE

TÅSEN, dice el titular al pie de la pantalla en letras grandes y negras. Ella, por su parte, parece hacer lo posible por moderar los términos de la situación. La persona ha sido detenida en virtud de las sospechas que pesan sobre ella, dice, pero nada le permite asegurar que la policía se encuentre más cerca de la resolución en el caso del crimen de Tåsen. El equipo de investigación ha hecho hallazgos interesantes que refuerzan las sospechas hacia la persona detenida. No, no puede dar información sobre dichos hallazgos. No, no está dispuesta a especular sobre la autoría del asesinato. Durante su aparición en la pantalla, las letras negras gritan que se ha llevado a cabo una detención; que el caso casi está resuelto, en evidente contradicción con lo que está explicando la funcionaria policial, como si la redacción del canal hiciera caso omiso de sus cautelosas y burocráticas declaraciones y le estuviera diciendo a su audiencia: «Pero nosotros sabemos lo que eso significa, ¿a que sí?». Toda la prensa escrita está cubriendo el caso. Uno de los periódicos tiene a su propio experto en materia judicial. Por lo que tengo entendido, se trata de un reportero algo mayor que ha cubierto tantos casos en los tribunales durante tanto tiempo que han acabado por considerarlo merecedor del cargo por el mérito exclusivo de la perseverancia. El experto sostiene que la investigación ha entrado en una fase crítica y que es natural que la policía se muestre opaca en este momento. Otro periódico ha dado con el canal de YouTube y escribe, sin dar nombres, cosa que para quien lo vea no supondrá ningún secreto, que la persona detenida ha publicado varios vídeos de contenido incendiario en los que exhorta a su público a que se atreva a proteger el planeta recurriendo, si fuera necesario, a métodos violentos. Empieza a dolerme la nuca. La falta de sueño me la ha envuelto en una manta de lana, apretada y densa, que obstruye el aporte de oxígeno y no me deja ver, pensar ni respirar bien. Me quedo sentada en el sofá, con la cabeza apoyada en la pared, los ojos cerrados. Me encuentro demasiado alterada para dormir; eso lo tengo muy claro. Me consta que no me serviría de nada acostarme ahora. Maldigo al médico supersaludable por su tacañería medicamentosa. Qué no daría por una pastilla que le extirpase el aguijón a todo esto, que me proporcionase un olvido.

Y ahora el caso se aleja de mí. Simen Sparre ha grabado vídeos en los que invita a la violencia, dice el artículo, aunque una parte de mí se pregunta hasta dónde cabe tomárselo en serio. Lo cierto es que la policía se lo ha llevado detenido. La policía sabe lo que hace. Es probable que cuenten con sólidas pruebas inculpatorias que, de momento, no se pueden hacer públicas. Todo quedará resuelto. Y no tiene nada que ver conmigo. Tampoco con mis visitas furtivas en calcetines; ni con mis escapadas de fin de semana con el pretexto

del trabajo; ni con los noctámbulos mensajes de texto. Cierro con fuerza los párpados. Si vamos al caso, la muerte de Jørgen no tiene nada que ver con eso, y sí con un alocado chico de diecisiete años. La demencia al otro lado de la pared. No la que se oía al abrir el armario de la caldera, sino otra clase de locura más silenciosa. Contra esa no puede hacerse nada. Una no puede protegerse de todo. Hay algo de esta locura en cada familia, en cada barrio y en todas las capas de la sociedad, y poco importa cuánto ahorres para irte a vivir al vecindario adecuado; no hay dinero que pueda ponerte por completo a salvo de la persona peligrosa, violenta.

En mi sueño estoy en el apartamento de Jørgen. Me encuentro de pie en el salón. La puerta de su despacho está entreabierta; el despacho se halla sumido en una oscuridad que tira de mí por mucho que me resista, porque sé lo que me espera ahí dentro.

Ahora estoy allí. Jørgen está tumbado sobre el teclado de su ordenador; le veo la cabeza solo por detrás. No hay sangre a su alrededor. Parece que duerme, pero no es así. Me consta. Y cuando estoy a punto de tocarle un hombro, comprendo que hay alguien más en la habitación. Alguien que está de pie detrás de mí en la oscuridad. Lo sé, aunque no oiga nada, y soy consciente de que debería temer por mi vida.

A continuación, me encuentro en el césped del jardín. Respiro a la velocidad de mi miedo. Puedo ver a través de la pared; veo que se abre la puerta de la casa de Jørgen y sé que alguien se acerca. Caigo en cuenta de que es alguien a quien conozco; entiendo que sé quién es. Y me digo: Pero entonces, pero entonces. Alzo la mirada hacia la casa. Alguien se acerca; nada dice su nombre, pero sé quién es.

Al despuntar el día despierto en el sofá. Me duele la espalda; siento los hombros anquilosados y estoy tan aterida que me castañetea los dientes. Tengo la rodilla aún lastimada. Cojo el móvil y veo que son las seis. De modo automático, abro el navegador y reactivo la página que estaba consultando. Pasan unos instantes y entonces aparece el titular de la edición de la mañana: PUESTO EN LIBERTAD EL DETENIDO POR EL CASO TÅSEN.

Tercera parte
Hello, darkness

Segundo sábado

La funcionaria policial parece cansada. Para compensar su aspecto, se ha aplicado un lápiz de labios de un tono rojo intenso. Hay rueda de prensa, y todos los que pintan algo en los medios de comunicación están allí reunidos. Ponga el canal que ponga, abra el periódico que abra, su foto aparece en todas las primeras páginas. Cansada y seria. Se me ocurre que es para señalar que están trabajando con constancia y sin pausa, que la verdad será revelada.

«El sujeto, de diecisiete años de edad y que fue detenido con fecha de ayer, ha sido puesto en libertad —dice mientras los destellos de *flash* bailan en su rostro—. Aún se le considera un testigo, pero queremos poner de manifiesto que ya no es sospechoso de estar implicado en el caso del crimen de Tåsen. No obstante, sigue siendo un testigo de excepción en un caso, no relacionado con el anterior, de crueldad animal. La fiscalía presentará sus cargos a lo largo de la jornada».

—Rikke —me dice Åsmund alzando marcadamente las cejas—. Los niños.

Pero no puedo parar. No puedo apartar la vista de la pantalla.

«¿Se refiere a la aparición de gatos muertos en el mismo vecindario?», pregunta un reportero que no sale en pantalla. «No puedo responder a esa pregunta», dice la mujer.

Lukas se ha traído todos sus dinosaurios; se ha sentado en el suelo del salón y los ha dispuesto a lo largo de la alfombra. No dice ni una palabra. Åsmund me echa un vistazo. Un periódico en la red ha dado con una foto de Simen. Sus ojos aparecen desenfocados, pero se le ven bien la boca y la nariz. La foto tiene un fondo de color azul mar, de los que suelen usar los fotógrafos de colegio. Sonríe. Lleva capucha. Presenta algún que otro grano en el mentón. Me pregunto qué impresión me habría dado de ser yo ajena a esto, qué lectura habría hecho del retrato de no haberlo conocido en persona. ¿Habría visto a un chaval? ¿O habría visto a un desadaptado que segrega espuma de rabia detrás de ese cutis granujiento, que odia a las chicas que lo evitan a toda costa, así como a los chicos que se creen mejores que él y a un vecindario que personifica y promueve un tipo de éxito que, según él, está fuera de su alcance?

Es considerado sospechoso en un caso no vinculado. Las patas del gatito penden flácidas a sus costados; la cabeza ladeada; el cuello doblado en un ángulo antinatural. No consigo deshacerme de esa imagen. Estoy tan cansada. Ojalá pudiera acostarme y dormir cien años.

Para compensar, me concentro intensamente en el desayuno. Hago crepes con plátano y saco distintas clases de mermelada. Muelo café. Puede que Simen siga siendo objeto de sospecha, me digo, al menos de manera oficial. Puede que les faltaran pruebas sólidas sin las que no podían mantenerlo en régimen de detención. Que no las tengan no significa necesariamente que no haya sido él. Y caben otras posibilidades: Svein Sparre, que quiere proteger su agencia de empleo temporal y podría haber provocado a los demás en aquel viaje de caza para luego echarle la culpa a Saman, o tal vez a Åsmund. La mafia del sector de la construcción a la que teme Rebekka Davidsen. Los maridos cornudos de los que sospecha Jamila. Siento que la convicción de que nada de esto apunta hacia nosotros empieza a presentar descosidos —el sueño que tuve, el de la oscura silueta que me resultaba conocida—, pero me aferro a ella pese a todo y la pongo en primer plano mientras bato huevos y frío las crepes. Que no se diga que no sé construir un nido acogedor para mi familia.

Anuncio a voces que el desayuno está servido, y Lukas acude a todo correr.

—¡Crepes! —exclama contento.

Åsmund llega a continuación arrastrando los pasos.

—Qué rico —dice, pero se le nota cansado, o tal vez indiferente.

No parece tan encantado como había anticipado. Siento que el pánico se me cuela dentro. ¿Y si no ha sido Simen y volvemos a encontrarnos en el punto de mira de las sospechas? En ese caso tendré que contárselo. ¿Y si Åsmund me deja? Pero no es momento para las dudas. Las cosas terminarán por arreglarse.

—Se me ha ocurrido que podríamos darnos un gusto —explico.

Lukas se encarama a su trona.

—¿Me sirves? —grita, y estira sus bronceadas manitas de niño hacia las crepes. La tirita que lleva en el dedo índice está algo sucia en los bordes.

—Tenemos que esperar a Emma —indico.

—No creo que Emma venga —comenta Åsmund.

—¿Y eso?

—Por lo visto no se encuentra bien. Necesita estar a solas.

Apoyo una mano en la encimera de la cocina. La cuenta de este usuario es privada. Emma me cierra su puerta. Estas crepes que he hecho para ellos, para ella. Siento un fermento que empieza a burbujear: primero en el pecho; luego en los brazos, en la cara. Se me tensa la mandíbula. Me doy tiempo para recuperar la compostura. Soy buena.

—Aquí no hacemos las cosas así —comento—. Aquí comemos todos juntos. Es sábado.

—Rikke —dice Åsmund con una voz que ya me acusa por lo que se avecina.

Bajo los peldaños de dos en dos. Aporreó su puerta. No responde y toco otra vez.

—Emma —llamo en voz alta—. El desayuno está en la mesa.

No hay respuesta.

—¡Emma! Abre la puerta.

Silencio. Ni con esas.

—Emma, voy a entrar.

Ahora se oyen movimientos ahí dentro. Percibo un suspiro, ruidos de sábanas y pasos lentos y callados que se acercan a la puerta. Lleva el edredón cubriéndole los hombros, sujeto con la mano a la altura del pecho. Vista así, parece una tortuga dentro de su caparazón. Se le ven la cabeza y las piernas enfundadas en el pantalón del pijama, pero, aparte de eso, es toda edredón. Tiene el cabello despeinado; la máscara se le ha corrido en torno a los ojos, con los párpados hinchados, de sueño o de llanto; las mejillas parecen encendidas por el calor de la cama. Así las tenían los dos cuando eran pequeñines, enrojecidos y calentitos al despertar.

—Estaba dormida —dice.

Tiene la voz ronca, pero a mí no me engaña: no estaba dormida. La pose es demasiado deliberada.

—Estamos desayunando —comento, ahora con voz más cariñosa—. Ven a comer con nosotros, anda.

Como una invitación. Un gesto amable, solo para que coma un poco y, también, para que sea vista, oída, reconocida.

—Estaba durmiendo. Es sábado.

—Ven a desayunar con nosotros, cariño.

Estoy a punto de acariciarle la mejilla cuando se echa abruptamente hacia atrás. Mi mano queda suspendida entre las dos; Emma la mira no sé si con miedo o con asco, como si no pudiera imaginarse nada peor que una caricia mía.

—¿Qué te pasa, Emma?

En este momento trato de mostrar interés, pero mi autocontrol es tan escaso que soy incapaz de hacerlo como quisiera.

—Nada —responde con voz poco convincente.

—Está claro que algo te pasa —insisto—. Me has bloqueado en Facebook; no quieres comer con nosotros. Y cuando intento hacerte una caricia en la cara...

—¿Me quieres dejar en paz? —chilla.

Es tan repentino. Es tal la furia de ese grito inesperado que me quedo estupefacta. Doy un paso atrás, como con miedo de ella.

—No quiero comer con vosotros. No quiero sentarme con vosotros. ¿Puedes dejarme en paz de una puta vez?

—Pero, Emma.

—¡Márchate!

Cierra de un portazo en mis narices y yo me quedo mirando la puerta.

De niña le daban rabietas pasajeras. Al principio era de lo más tranquila y estable; resuelta pero previsible. Y luego, al cumplir los tres años, empezó con aquellos ataques. Se tiraba al suelo dando chillidos porque le había cortado el bocado de la manera equivocada. O porque no quería que le pusiera este jersey ni tampoco aquel, y me chillaba: ¡¡¡no quiero!!!, con la cara transformada en un socavón y los ojos chorreando lagrimones. Yo me quedaba ahí parada, con un jersey en cada mano, sin saber de dónde le salía aquella rabia. Ignoraba qué hacer con aquella enana enfurecida que tenía delante. En la consulta de pediatría me dijeron que le diera tiempo al tiempo. A esa edad les pasa a muchos, me comentó la enfermera. Que fuera firme pero cariñosa. Le hice caso y me mostré sobre todo firme. Emma no iba a decidir qué comer ni dónde, ni a qué hora se iba a ir a la cama. De las dos, la adulta era yo. Le decía: No, te vas a poner este jersey, y berreaba entonces con más fuerza y se le ponía la cara rojo carmesí. ¡No! ¡No! ¡No!, chillaba. Me pegaba. Yo me enfadaba. No me puedes pegar, le gritaba sin poder contenerme. No puedes. Yo era más fuerte y le metía a la fuerza los brazos en las mangas del jersey. Emma se resistía y doblaba con energía los brazos y abría los dedos para obligarme a malabarismos hasta que conseguía pasárselo por encima. Era difícil. Recurrí a los azotes. Ella vociferaba, fuera de sí. Ya no eran palabras, sino rugidos. Me daba patadas. Me pegaba, me mordía y me tiraba del pelo.

No recuerdo cuánto duró aquello. ¿Fueron un par de semanas o varios meses? Únicamente recuerdo aquellas riñas con ella y la rabia ciega y caliente que me bullía dentro. No se va a salir con la suya. Se va a enterar.

Abro la puerta de golpe. Emma está a medio camino de vuelta a la cama, envuelta en su caparazón, y se vuelve al oírme entrar, con la boca abierta por la sorpresa, pues esto no había pasado nunca antes, que yo entrase en su habitación cuando ella había cerrado la puerta. Pero la alcanzo de una zancada, la cojo del brazo, tan delgado y pequeño bajo el edredón, y le digo:

—Vas a venir a comer con nosotros. ¿Me has oído?

—No quiero —aúlla.

Le aprieto el brazo y tiro de ella para sacarla de su cuarto. Siento la misma rabia ciega, la mandíbula apretada, los dientes clavados en el labio inferior. No va a salir ganando. No la suelto. Tiro de ella por ese bracito de pollo. No puede decirse que oponga resistencia, pero tampoco se mueve por voluntad propia, de modo que me la llevo remolcada escaleras arriba. Se le abre el edredón, que cae al suelo y ahora lleva a rastras. Está en pijama. Me grita:

—Mami, ¿se te ha ido la olla o qué?

¿Está enfadada o asustada? ¿Le doy miedo? No puedo parar. Estoy más allá del cabreo. Soy su madre y hará lo que yo le diga. No sé cuánto tiempo duraremos, pero mientras tanto aquí hay cosas que no van a cambiar: se va a sentar a la mesa con nosotros y nos vamos a comer las putas crepes. La llevo a rastras hasta la cocina.

—¡Siéntate! —le grito como quien ladra una orden.

Noto sobre mí los ojos de Åsmund y de Lukas, pero no los miro. Le suelto el brazo a Emma y, cuando estoy a punto de sentarme, aprovecha la oportunidad. Se da media vuelta, recoge el edredón y sale corriendo hacia el salón. Corro tras ella, pero me gana. Oigo el cerrojo de la puerta del baño. Tiro de la manilla en vano. La oigo sollozar con un llanto sonoro y violento.

—Emma —chillo—. Emma, déjame entrar. Abre la puerta. Perdóname. No quería. Cariño, ¿me abres la puerta? —No responde. Deja de llorar. A continuación, abre el grifo y ahora no oigo más que el chorro del agua. Quién sabe si estará llorando por lo bajo. Vuelvo a llamarla—: Emma, mi amor, ¿por qué no me abres? —Ahora solo quiero darle consuelo, aunque eso ella no lo entiende así, claro, pero es lo que quiero. Es mi niña. No le voy a permitir que haga lo que le venga en gana, pero tampoco la voy a dejar sola cuando se siente desdichada. Vuelvo a tocar a la puerta—. Emma, anda, sal, por favor.

No sé qué querrá ella, pero yo necesito con desesperación hacer que todo vuelva a su lugar; cogerla en brazos y decirle que lo lamento. Y entonces siento una mano en el hombro. Åsmund está detrás de mí. Su rostro es duro, impenetrable.

—Ya está bien, Rikke —dice.

Sentado en su trona, Lukas nos mira con los ojos redondos y muy abiertos. No dice ni pío.

—Vamos a comer —añade Åsmund quedamente.

Jamila entra precipitadamente en la cocina cuando estoy limpiando la mesa. Hemos comido callados. Emma sigue en el baño y nosotros lo hacemos todo despacio y en silencio, como si el aire fuera de algodón y cada gesto encontrase resistencia. Cuesta levantar un brazo o mover una pierna. Pero Jamila entra a saco haciendo resonar los tacones de aguja de sus botas. Me coge de los brazos con sus manos finas y fuertes.

—Simen Sparre ha subido otro vídeo.

—Ah —digo yo aturdida, y al ver que no me embarga la emoción me aprieta con más fuerza y me hace daño. De hecho, me está pellizcando.

—Lo ha puesto hace diez minutos. Acabo de enterarme y me he dicho que podríamos verlo juntas.

—Lo podemos ver en la tele —indico yo sumisa.

¿Qué más da?, me digo. ¿En qué nos puede afectar? Jamila me lleva a rastras al salón. Åsmund parece un poco desconcertado. Ha instalado a Lukas en el suelo con sus dinosaurios y él se ha sentado en el sofá con su móvil; es demasiado cortés para protestar por la visita, por muy invasiva que sea, de modo que se levanta del sofá, coge a Lukas y sus dinosaurios, y se va con todo a la habitación del pequeño. Jamila está manipulando los mandos a distancia. Primero uno, luego el otro; los toca con sus dedos revestidos de uñas acrílicas, pero no consigue lo que quiere y me los tira al lado. Justo en ese instante se oye la puerta del baño. Me vuelvo a mirar y veo a Emma salir al trote y desaparecer escaleras abajo, aún envuelta en su caparazón, de modo que solo percibo los pies y su rubia cola de caballo.

—Emma —la llamo azorada, pero no se detiene; tampoco esperaba que lo hiciera.

Estoy a punto de decirle algo a Jamila a modo de explicación, pero por lo visto ni se ha dado cuenta y no deja de mirar a los mandos, como preguntándose si pienso o no hacer algo para que funcionen. Con gesto lento pulso los botones correctos y la pantalla se ilumina. Oigo una puerta cerrarse abajo.

Jamila pincha en el icono de YouTube y busca Green Gonzo. En la foto del primer vídeo que sale vemos a Simen Sparre sentado en lo que parece una

oficina bien ordenada y decorada. A sus espaldas hay un estante con libros, y la luz entra por lo que debe de ser una ventana situada a la izquierda del escritorio al que está sentado. Eso no es la habitación del sótano que da al cuarto de Lukas. Tampoco es otro espacio del apartamento de Nina y Svein. Tiene que ver con el mobiliario, con la luz. Está en otro lugar.

Debajo de la foto pone UNA EXPLICACIÓN, a modo de título del vídeo. Sin adjetivos, advierto, y no se presenta con el nombre de Green Gonzo. Lo escueto del título sugiere seriedad o quién sabe si aplomo. Lo mismo puede decirse de la oficina en la que se encuentra. Simen ha llevado su canal de YouTube a un nivel superior; lo ha sacado del sótano a la luz pública. Debajo del título se ve el número de visitas y de reacciones. Ha colgado el vídeo hace catorce minutos y ya se ha visualizado trescientas veces. Por lo que parece, Green Gonzo cuenta con más de dos mil seguidores. Jamila es uno de ellos, me digo, y ahora todo Tåsen lo está siguiendo. Todos los vecinos. El colegio entero. Los padres de sus amigos, que lo verán con temor y disgusto. Y todos los medios, para poder ser los primeros en comentar lo que sube a la red. Jamila le da al botón de *play* y Simen cobra vida.

«Sin duda estaréis al tanto —dice mirando a la cámara— de que ayer fui detenido en relación con algo que ha ocurrido aquí, en mi comunidad».

Mira a la izquierda, como si hubiera alguien ahí a modo de apuntador. Su rostro es todo seriedad; no hay ni rastro de las payasadas de los vídeos anteriores.

«Es un caso de asesinato —continúa, y se aclara la garganta. Baja la vista al escritorio y la levanta de nuevo hacia la cámara—. En primer lugar, quiero decir que no tengo en absoluto nada que ver con ese caso. Un caso que aflige a vecinos a los que considero amigos y cuya pérdida me apena. Huelga decir que jamás le haría daño a otro ser humano».

Vuelve a mirar a la derecha de la cámara. Lleva una camisa oscura y el cabello peinado con raya a un lado; tiene un aire de hombre adulto y compuesto. Delante de él se ven unas páginas que ojea de vez en cuando. Algo en él sugiere incertidumbre y temor. Está nervioso, me parece. Una mano le tiembla un poco. Pero su voz es tranquila.

«La policía me ha puesto en libertad, y quiero subrayar que no se me considera sospechoso del asesinato de mi vecino. Pero sí que se sospecha de mí en algunos casos de crueldad animal, y es eso lo que me propongo explicar

a continuación. —Echa una rápida ojeada al guion y alza los ojos a cámara con la mirada firme—. Antes que nada, quiero decir que lo siento».

Por un instante, pienso en la escena de la ejecución en *La ópera de dos centavos*, en Mack el Navaja rogando por su vida en el gimnasio del colegio Bakkehaugen. Ahora veo qué tiene Simen que lo hace atractivo. Tiene unos labios preciosos, una mandíbula fuerte y los ojos bellísimos, brillantes y sinceros. Una mirada que no tardará en hacer flaquear las rodillas de las chicas. Tal vez. Si logramos salir de esta.

«Quiero pedir disculpas a las familias de los gatos. Lo lamento de verdad. —Hace una pausa para tragar saliva y guarda silencio durante dos insoportables segundos, tras lo cual yergue la espalda—. Quiero que quede meridianamente claro que los gatos no sufrieron una muerte lenta ni dolorosa. Me importa mucho decir esto. Una sobredosis los puso a dormir. Nunca fue una cuestión de crueldad animal, sino una puesta en escena. Y jamás lo habría hecho de no haber pensado que con ello conseguiría algo importante, algo que podría resultar beneficioso para la comunidad, y quién sabe si para el mundo».

Mira directo a la cámara, a nosotras.

«En mi opinión, la crisis del cambio climático es la amenaza más grave que pesa sobre nosotros, y no estamos haciendo lo necesario para lidiar con este peligro. Ni los artículos de la prensa ni las manifestaciones parecen haber servido para que despertemos. Y eso es causa de una enorme frustración. Así, llegué a pensar que la mejor manera de lograr que la gente reaccione es atacarla en lo que de verdad le importa».

Mira de nuevo hacia la persona o personas situadas junto a la cámara para comprobar que están atentas. Por lo visto lo están. Jamila y yo también. Su oratoria es un poco estirada, pero también se nota que hay algo muy sincero en lo que dice. Sí, creo que Simen Sparre saldrá de esta.

«La... bestialidad de la matanza de los gatos se planeó para provocar conmoción; y les prometo a las familias que sus gatos no sufrieron. Era, puede decirse, un caso en el que el fin justifica los medios. Pero hoy veo que no es así. Mantengo mi motivación, que es la de darles una sacudida a los vecinos de la comunidad y sacarlos del trance al que los ha llevado el consumismo. Pero lamento profundamente el método escogido. Lamento muchísimo el dolor que les he infligido a sus familias y, sobre todo... —Hace una pausa y baja la vista—. Sobre todo a los niños de dichas familias».

Simen aparta los papeles a un lado. Nos contempla con seriedad y luego se vuelve de nuevo a la derecha y, con un gesto, señala que ha terminado.

Acto seguido la pantalla se funde a negro.

Jamila se vuelve para mirarme.

—Simen Sparre —dice.

—Sí —replico.

Y no hay más que decir. No sé qué pensar de lo que acabamos de ver. Sigo sin entender a ese muchacho. A lo mejor me faltan piezas, o somos mi cerebro agotado y yo los que no conseguimos reunirlos. Jamila me da su opinión: le ha parecido que se le veía simpático a pesar de lo que ha hecho, que, por descontado, encuentra condenable. Mientras habla, oigo de nuevo un portazo abajo. Alguien sube la escalera a pisotones, con un ritmo y una intensidad que me permiten saber quién sube mucho antes de que asome la cabeza.

—¡Emma! —grito, y me pongo de pie.

Pero antes de darle alcance ya está calzándose en la entrada.

—¿Qué quieres? —dice sin levantarse.

Se supone que quiere mostrar indiferencia, pero no le sale: está enfadada, está asustada. Cuando se yergue veo que tiene la piel alrededor de los ojos inflamada y roja; le da un aspecto extraño. No parece ella.

—¿No podemos hablar de esto? —pregunto.

Estoy a un tris de pedirle disculpas, de abrazarla, de apretarla contra mí. Pero no puedo. Algo en mi cuerpo se niega a tocarla. Ahora se coloca bien recta y me mira a los ojos. Ya somos casi de la misma estatura.

—Si lo que quieres es hablar, por mí perfecto —contesta con voz áspera y dura—. ¿Hablamos de Jørgen? Me había parecido que a lo mejor no te apetecía, pero, si tú quieres, adelante.

El aire crepita entre las dos. Mis ojos recorren alocadamente su rostro en busca de una base que me permita entender. ¿Qué me está diciendo? ¿Qué quiere decir? Veo en este inicio de conversación una mina explosiva que ha puesto en el suelo que nos separa; puede estallar si nos acercamos, y hay que rodearla con precaución, atentas a cada gesto para que no detone y que no se lleve todo por delante. Pruebo a dar un paso a un lado. Pronuncio su nombre. Siento la voz tenue y llena de aire. El silencio es absoluto. Nos miramos a los ojos, y los suyos me están pidiendo que diga yo algo. Le tiembla la apretada mandíbula.

—Rikke —me llama Jamila a gritos desde el salón.

Me vuelvo en esa dirección una fracción de segundo, y al girarme otra vez Emma está descolgando su chaqueta del colgador.

—Muy bien —dice mirando la chaqueta—. Es lo que me había parecido.

—Espera —le pido, y le pongo una mano en el brazo.

Emma aguarda, dispuesta a escucharme, y por un instante siento la atracción de su mina, las ganas de darle un pisotón, de decir algo sobre lo que ha ocurrido y dejar que la situación encuentre su propio desarrollo. Pero no puedo. Hay demasiado en juego.

—¿Adónde vas? —le pregunto en cambio.

Inspira con una bocanada de desazón. Por un instante parece que va a romper a llorar.

—Fuera. No lo sé. Donde Saga.

—¿Te vas a quedar mucho rato?

—Mami —dice, y ahora sí que está al borde de las lágrimas—. ¿De verdad no me puedes dejar en paz?

Una vez que se ha ido, me quedo mirando la puerta que ha cerrado tras de sí. Oigo el portazo de la del portal y me encuentro por completo exhausta. Puede que la mina haya estallado, después de todo, que haya metralla por doquier, en las paredes, en mi piel, en mi pecho. Contengo el aliento. Todavía puedo arreglar esto. Aún puedo reescribirlo todo. «Hablar de Jørgen», ha dicho, y eso puede significar cualquier cosa. La veo en camión la noche que me llamó por el vigilabebés.

—¡Rikke! —grita otra vez Jamila impaciente desde el salón.

Y sé que más me vale atenderla. Sé que debo seguir representando este papel: ver y oír a Jamila jugar a ser detectives, seguirle el rollo para que no entienda qué me pasa. Incluso ahora, en este aprieto, tengo que preguntarme qué habrá oído Jamila de lo que ha dicho Emma. Es tanta la vileza, tanto el cálculo, pero no tengo otra salida. Mientras sigo ahí quieta, contemplando el espacio vacío que ha dejado Emma, me digo: ¿Debería acaso abrirme a Jamila y que piense lo que quiera? Por un instante es casi como si estuviera dormida, como si viera la silueta oscura de mi sueño. Como si pudiera, ahora sí, ponerle cara. Y no es la cara de un jefe mafioso de los reportajes de Jørgen. No es Rebekka Davidsen y sus rizos de oro. Ni Svein. Ni Saman. Es Jamila, con sus ojos implacables y sus vaqueros de diseño, su mirada de todo o nada. Es Emma, descalza y en camión, con su mandíbula apretada y un cuchillo en la mano. Soy yo.

—¡Rikke! —vuelve a chillar.

—Sí —contesto aturdida.

Ni siquiera estoy segura de haberlo dicho. Me observo las manos y veo a Emma allí, de pie en camión, mirándome. Jamila grita:

—Simen dice que no fue él quien colgó al último gato.

Más tarde, me encuentro sentada a la mesa de la cocina. No estoy segura de por qué o cómo he llegado aquí. Jamila se ha marchado. Vuelvo a contemplarme las manos. Recuerdo cuando bajé de casa de Jørgen la noche que Emma me había llamado por el vigilabebés, cuando me preguntó dónde había estado y conté con dos segundos para resolver qué le iba a decir.

Algo debió de despertarla. Después de oír su grito en el vigilabebés, Emma había subido de su habitación al salón. Sin duda me oyó bajar la escalera, pero ¿me habría oído cruzar el salón del apartamento justo encima? ¿Sabía que Filippa y Merete estaban fuera? ¿Habría sido capaz de entender, ella, que era una cría, o casi, lo que suponía mi presencia allí arriba? ¿Qué he estado haciendo?, me pregunto. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué clase de persona hace algo así? Lo siento, le digo por lo bajo al aire de la cocina. Lo siento. Lo siento. Lo siento. No hay nada más que decir, y ya es tarde para hacerlo. Lo digo otra vez, en voz más alta ahora, porque no hay nadie en casa. ¿O sí? Emma ha salido, pero Åsmund está aquí, supongo, y Lukas también. Hago un esfuerzo por recomponerme. Echo mano de lo primero que me cruza la mente y me digo: ¿Qué es lo que ha dicho Jamila exactamente? ¿Qué había dicho Simen Sparre? Voy al salón y enciendo el iPad.

Un reportero de un periódico ha logrado hablar con Simen por teléfono, y la noticia se ha extendido como la pólvora desde ese noticiero a todos los medios. El informativo de uno de los principales canales de televisión informa de que el joven activista verde que había sido detenido y luego puesto en libertad en relación con el crimen de Tåsen ha subido a YouTube un vídeo en el que explica sus acciones. En declaraciones al periódico tal y cual, el joven activista ha afirmado no ser el responsable de la muerte del último gato. El canal de televisión presenta la cita del periódico y pone en pantalla la información íntegra, con gráficos y todo, mientras se oye la voz del narrador en la tele hablando, sacando conclusiones y haciendo un análisis.

REPORTERO.— ¿Por qué matar a un gato pocos días después de que se hallara el cadáver de la víctima de un asesinato en esa misma casa?

EL JOVEN.— Eso no lo he hecho yo.

REPORTERO.— ¿No has sido tú el que ha matado al último gato?

EL JOVEN.— Lo que quiero decir es que puede que lo haya matado y congelado yo. Pero no lo colgué en los buzones. Aquella noche no estaba en casa. Había salido y me quedé a dormir en casa de un amigo. Y yo nunca habría hecho algo semejante después del asesinato de un vecino.

Con un dedo perezoso clico en la página del periódico que ha hecho la entrevista. Es lo que ocupa la primera plana. Lo han separado en partes en función del ángulo: el caso en sí, una entrevista con un experto jurídico que dice algo sobre la relevancia de esas declaraciones, la opinión de un experto en redes sociales sobre el fenómeno Green Gonzo y un sesudo editorial: ¿Por qué decidimos nombrar al joven de YouTube? También hay un enlace al vídeo con las explicaciones de Simen. Ya lleva tres mil visitas.

El cachorro animal con su cuello roto. Y los otros, los que encontré en el congelador; uno de ellos con su collar de fieltro congelado. Cierro los ojos. Por un momento me encuentro entre el sueño y la vigilia, y enseguida siento que comienzan los sueños. Me hallo junto a la hilera de buzones en la bruma. Veo a Simen. Sostiene una cuerda azul y está a punto de colgar algo de ella, pero no un gato, esta vez no. Ahora es una persona, una niña de cuerpo delgado y cabello largo y rubio vestida con un camisón. Una de mis manos se acerca a ella; estoy a punto de apartarle el flequillo para verle la cara, para ver si de verdad es ella.

Åsmund me sacude de un hombro.

—¿Estás dormida?

—¿Dónde está Emma? —le pregunto.

—Creo que ha salido. Yo estaba abajo con Lukas.

—Emma no debería estar fuera por su cuenta —opino—. Es peligroso.

—Tampoco tanto —contesta—. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Obligarla a quedarse aquí con nosotros?

—Ahí fuera puede pasar cualquier cosa. Ya en el rellano puede pasar. O en los buzones. Simen Sparre estaba ahí fuera, y Emma también, en camisón. ¿Los has visto?

—¿Cuándo ha sido eso? —inquire Åsmund.

—¿Iba vestida de calle al salir? —pregunto. Se dibuja en la frente de Åsmund una arruga que no le había visto antes—. ¿Por qué querría Simen colgar a Emma de los buzones?

—Rikke —dice Åsmund—. Me parece que nos tenemos que calmar.

Y hay algo nuevo en su voz. Algo sosegado y amistoso, y sin embargo preocupante, pues nunca antes me ha hablado así, como se le habla a quien ha perdido un tornillo, a quien sufre un brote demencial o psicótico. Esa voz balsámica. Su intención es infundir tranquilidad, pero percibo el fondo de inquietud; veo esa arruga en su frente. Inspiro hondo varias veces. Siento que me mira mientras lo hago y me digo: Cálmate, contrólate. Soy una adulta.

Tengo un trabajo importante y publico más que la mayoría de la gente. Tendría que poder respirar con calma.

—Casi no he dormido en toda la semana —comento, y me pongo a temblar.

Åsmund me coge en sus brazos y yo apoyo la cabeza en su hombro. Inspiro su aroma.

—Lo sé —dice en voz baja—. Creo que tengo una de las recetas de mamá en un cajón en la oficina. Si quieres, el lunes la cojo y te compro una caja de somníferos.

Cierro los ojos. Poder dormir. Tomar algo que me deje noqueada. Sin sueños. Tan solo descansar durante muchas muchas horas.

—Sí —asiento, y me yergo—. A lo mejor es buena idea.

Pasamos un rato sentados el uno junto al otro en completo silencio. Mi respiración es más pausada; a Åsmund se le ha borrado la arruga en la frente.

—Perdona por lo de hace un rato.

—Nada —dice Åsmund—. Todo esto pasará. Te viene bien dejar que escape la presión un poco.

—Es que me ha hablado a gritos. Y yo estaba que no podía con esta falta de sueño y con lo de no parar de pensar en Simen Sparre y los gatos. —Hago una pausa para coger aliento—. Aquí estamos en peligro —sigo—. ¡Por Dios! Personas y animales están muriendo al otro lado de nuestra puerta. Y ella prefiere salir que quedarse en casa con nosotros.

Åsmund mantiene la mano en mi brazo, y resulta casi tranquilizador, pero hay algo en su mirada, algo que tiene que decirme.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

No responde. Aparta los ojos. Por un instante pienso: Lo sabe. Y luego me digo: Ha sido él. De una extraña manera que no he comprendido aún, ha sido él quien ha matado a Jørgen. Y entonces no aguanto más:

—¡Que qué pasa! —grito—. ¡Dilo ya de una vez!

Y ahora entendería si pensara que me he vuelto loca.

—Que está enamorada de él —responde Åsmund quedamente—. Emma está enamorada de Simen.

—¿Qué?

—¿No te habías dado cuenta? —No. De hecho, era lo último que se me habría pasado por la cabeza—. ¿No has visto cómo se pone cuando él anda cerca? ¿Cómo se vestía para los ensayos porque sabe que de vez en cuando se asomaba por allí? ¿Cómo pasaba todo el tiempo en el jardín este verano, por si salía él?

No tengo palabras. No lo había visto. Ni siquiera me había dado cuenta de que Emma pasara mucho tiempo en el jardín. Tal vez estuviera demasiado distraída con mi propio lance amoroso. No solo había olvidado que tengo un marido, había olvidado a mis hijos también.

Metida en la ducha, pienso en el corazón dibujado en el libreto de Emma. GG. Apoyo la cabeza en las baldosas de la pared y me digo: Green Gonzo. Ahí estaba, escondido en la última página de la historia.

Åsmund está sentado en el sofá, teléfono en mano, como de costumbre. Ha puesto las piernas en el reposapiés, una encima de la otra. Los ojos están clavados en el móvil, con esa mirada vacía que pone cuando el teléfono lo hechiza; la boca entreabierta, por completo absorto.

Me siento a su lado, envuelta en mi albornoz y con una toalla enrollada a la cabeza y, por una vez, deja el móvil.

—¿Te parece que ella habría sido capaz de colgar el último gato? —le pregunto.

—¿El último gato?

Le cuento lo que Simen le ha dicho al reportero que lo ha entrevistado por teléfono; la entrevista que ha salido en todas las pantallas de la tele del país. Lo de su desmentido, digno de crédito, sobre todo a juzgar por el temor que vi en su rostro el miércoles pasado en el jardín, porque debía de haberle sacudido hasta los huesos que alguien hubiera usurpado una labor que llevaba su firma. Y luego está lo de su coartada, de la que quién sabe si Emma estaba al tanto. A lo mejor se le ocurrió que lo hacía por él, para apartarlo de la sospecha ahora que nuestra casa es la escena de un crimen, eso de hacerlo una noche cuando él no estaba y podía demostrarlo. O quién sabe si lo hizo para probarle algo. Que puede contar con ella, quizá; que entiende lo que hace. Que le gusta. Y la salida esa de emergencia, que le facilita tanto salir a hurtadillas. Y lo a mano que tiene el congelador. Y lo de aquel clic que oí en la puerta del portal aquella noche.

—Mmm —dice Åsmund tenso y preocupado—. No sé. No la veo haciéndolo, pero ¿quién sabe nada de nada a estas alturas? Puede ser.

—Yo no me lo creo —manifiesto.

—Ni yo —replica Åsmund.

Y nos quedamos callados otra vez, sentados el uno junto al otro.

Ahora se lo puedo decir. Estamos a solas; es un momento de calma, una quietud que abre una posibilidad de hacerlo y acabar con ello. Una columna de estrés me sube disparada desde el estómago. ¿Va a ser ahora?

—Rikke —dice Åsmund—. Me parece que lo mejor será no decirle nada de esto a Emma. ¿Tú qué piensas?

—No lo sé.

—En este momento lo que necesitamos es que confíe en nosotros — afirma.

Y hay en su voz una insistencia que no suelo notar.

—Esto es grave —opino.

—Justo por eso. No podemos comentar esto con nadie. Ni con la policía ni con Jamila. Con nadie. Y tampoco con ella. A ver, con ella hablaremos de esto en algún momento. Claro que lo haremos. Pero no ahora. Lo que ella necesita de nosotros en este instante es apoyo. Que estemos ahí por y para ella. No entrar en tromba en su cuarto y acusarla de cosas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiento con lentos cabeceos.

A menudo me ha mortificado el hecho de que Emma no fuera una niña deseada, para empezar. Claro está que la adoro, que la he querido desde que era una bebé. Pero no me sentí desbordada de dicha cuando la enfermera me la puso en los brazos. Y por mucho que me llenasen de alegría sus primeros pasos, o la primera vez que me dijo mami; por mucho que me inflamase el orgullo cuando en la guardería me informaron que era una niña precoz para esto y aquello..., eran tantas las otras cosas que acaparaban mi atención. Iba a tener un hijo y, a pesar de todo, acabaría mi tesis de doctorado en el plazo originalmente prescrito. Iba a demostrar que era capaz de tener una familia y avanzar en lo profesional, al menos tanto como los demás. Así era yo de lista; así de competente, trabajadora y perseverante. Yo le elogiaba por encima de todo su independencia. Emma se vestía sola a los tres años, y se preparaba su tartera para el cole a los siete. Nunca tuvo el menor problema en la guardería ni en la escuela. Cuando lloraba por la noche, o si la asaltaba el miedo a la oscuridad, se dejaba convencer de que siguiera durmiendo en su habitación; y ella lo encajaba porque yo insistía en ello. A ella no le tocó ni una fracción de los cuidados ni de la intensa atención que recibió su hermano. A mí me pasó igual, me digo. Yo era la hermana mayor que se las arreglaba sola y tenía una hermana menor que lo exigía todo; la que se distinguía en la familia por ser la mejor a la hora de no pedir nada en absoluto. Por descontado que le digo a mi hija que la quiero, y no dudo de que ella lo sepa. Pero he de reconocer que su hermanito, mi niño de la suerte, con todas las consultas y todos los pediatras, se ha quedado con algo de mí que nunca le di a ella.

Por suerte ha contado con Åsmund. Gracias a él, que la vitoreaba con todo su entusiasmo, que la tiraba a lo alto y ella chillaba encantada, que se la comía a besos y le decía que era la mejor niña de aquí al Polo Sur..., porque ella es

de él. Jamás lo ha sacado a relucir, ni siquiera cuando hemos reñido, y mira que podría haberlo hecho. Pero ahora que me viene con una opinión tan decidida, que me dice con una firmeza que rara vez emplea que ahora vamos a ocuparnos de Emma de «esta» manera, no como una propuesta ni una sugerencia, sino como una instrucción claramente impartida, ¿tengo yo derecho a decir otra cosa que no sea que sí?

De modo que cedo. Sí. Vale. No se mencionará. Åsmund sonríe. Me acaricia una mejilla.

—Así me gusta —concluye, y algo en mí se hunde bajo esta benevolencia.

Mira lo buena que soy, cómo me pliego a lo que dice, cómo meto a la loca en una caja y me vuelvo estable y razonable, y hago lo que me pide. Me fío de su opinión. ¿No vale esta deferencia, este esfuerzo que estoy haciendo, como compensación por lo que estoy a punto de confesarle?

—Estuve ayer en la comisaría —suelta—. ¿Te lo he comentado?

El estómago me vuelve a disparar toda la ansiedad.

—No —contesto—. ¿Qué querían?

—Solo hablar. Era el tipo nuevo ese que se ha hecho cargo del caso. El bigotes, Gundersen o como se llame. Fue él quien me pidió que me acercara.

—¿Hablar de qué?

Lo digo con un hilo de voz. No le pueden haber explicado lo de mi correo; no estaríamos aquí sentados si lo supiera. Y, sin embargo, le han pedido que vaya a la comisaría. Y ha ido. Nadie me ha avisado; nadie me ha dado la oportunidad a última hora de confesar. Es como si solo ahora se me revelara la gravedad de la exhortación de Ingvild Fredly. Como si hasta ahora hubiese estado aguardando a que todo esto se agudizase e hiciera aún más imperativo que yo hablase. Pero no va a ser así; ahora lo comprendo. No se va a presentar un momento de ahora o nunca. Hay que hacerlo y basta. Ya puestos, más vale ahora.

—A ver, ¿hablar de qué? Igual que las otras veces. Nuestra relación con los vecinos, lo que sabemos de ellos. Y volvieron dale que te pego con lo del viaje de caza que hicimos los tíos.

Lo voy a hacer ahora. Es lo que quiero, y estoy a punto. Tengo las palabras en la punta de la lengua ya, pero me distrae ese nuevo elemento que asoma desde las afueras de mi campo visual: el viaje de caza.

—¿A qué viene tanto interés por eso? —planteo—. Jamila dice que a Saman le han estado interrogando por lo mismo.

Åsmund se encoge de hombros.

—No lo sé. No pasó nada en particular. Me preguntaron por la discusión que tuvimos el domingo por la noche, pero, a ver, es que fue eso: una discusión. Era sobre el escepticismo frente a las vacunas y cómo debía manejarse eso, un debate sobre la competencia médica, en un plato de la balanza, frente a la libertad de expresión. Puede que nos calentáramos un poco, como suele suceder. Pero no pasó de eso. Al cabo de un rato estábamos otra vez todos a partir un piñón. No entiendo lo que buscan. —Me muestra una sonrisa resignada—. Me da la impresión de que están buscando algo y, créeme, qué más quisiera yo que dárselo. De verdad. Solo que no sé qué es lo que buscan. Les he contado absolutamente todo lo que recuerdo de aquella noche. Y ya te puedes imaginar que nos habíamos pegado unos lingotazos.

—¿Y qué preguntas formularon?

¿De verdad me interesa? ¿No será que quiero darle largas, que estoy alargando la conversación a propósito para evitar la otra charla?

—Eso —replica—. Que de qué habíamos hablado. Que quién dijo qué. Que qué impresión me dieron los otros, y bla, bla, bla.

—¿Y qué les dijiste?

—Les dije que Jørgen insistía en que la libertad de expresión era importante, por mucho que eso sonara como una memez. Se puso un poco pedante citando a Voltaire. En ese plan. La verdad es que llevábamos una buena curda. Saman contestó que aquello era la estupidez más grande que había oído en su vida cuando está comprobado que hay niños que mueren de enfermedades que casi hemos erradicado porque los padres han leído algo en un blog; y Jørgen dijo que vale, pero que si no le parecía a Saman que muere más gente allí donde no hay libertad de expresión. Y por ahí siguieron. Yo sobre todo escuchaba, y casi siempre estaba de acuerdo con Saman, pero no me lo tomaba tan a pecho como él. Y Svein estaba medio dormido en un sillón de un rincón, que yo recuerde. Me parece que era el que más tocado estaba.

—Saman dice que tú también dabas voces —comento sin mirarlo.

—¿Ah, sí? Bueno, puede que hablara más de lo que recuerdo. Los detalles de aquella noche no los tengo muy claros, por decirlo de algún modo.

Me contempla y sonríe. Es la primera vez que lo veo sonreír y me pregunto: ¿Me estará diciendo la verdad?, ¿me estará ocultando algo?

—¿Entonces Saman anda hablando de aquella noche? —pregunta.

No estoy segura, pero creo entrever un tono de cautela en su voz.

—Lo dijo en la escalera —respondo—. Y no sé por qué. No porque yo se lo preguntara.

Vuelvo a ver a Saman diciendo enfurecido por encima de la barandilla: «Tu marido estaba también muy cabreado esa noche. No veas los gritos que dio». Y a Svein Sparre, que decía que Åsmund no era precisamente un angelito. Åsmund encoge los hombros.

—Todo el vecindario está paranoico —comenta—. Esto es lo que nos ha hecho esta historia. Ojalá que atrapen a alguien pronto, a ver si dejamos esto atrás.

Deja caer los pies en el suelo, dispuesto a ponerse de pie. Si voy a decir algo, ha de ser ahora. Me zumban los oídos. Con cada hora que lo postergo, peor me lo pongo.

—Estamos de acuerdo, entonces —indica mientras se levanta—. A Emma no le decimos nada de esto. De momento. Ahora toca apoyarla como podamos. Del resto nos ocupamos después.

—Sí —replico sumisa.

Veo que también esta oportunidad se me escapa de las manos; no soy capaz de movilizar la fuerza para aprovecharla.

—Y quién sabe —concluye cruzando el salón en dirección a la cocina—. A lo mejor va y nos habla ella a nosotros por su cuenta. Cosas más raras se han visto.

Esa tarde llaman de la policía.

—Soy Gundersen —se presenta cuando atiendo el teléfono—. ¿Te sería posible acercarte ahora para que hablemos?

—Pues... —digo. Lukas está dibujando. Åsmund está ocupado con no sé qué en el jardín—. Tengo que ver si mi marido puede quedarse con los niños —contesto.

—Muy bien —responde Gundersen.

Y espera. Entiendo que se supone que tengo que consultarlo de inmediato. Abro la ventana de la cocina. Allí está Åsmund, apoyado en un rastrillo cerca de la terraza. Le grito:

—La policía me pide que vaya a verlos. ¿Puedo ir? ¿Te ocupas tú de Lukas?

Se yergue.

—Sí —accede—. Claro.

—Puedo acercarme ahora —le informo a Gundersen.

Dice que muy bien, que enviará un coche a recogerme, y que me estará esperando en recepción. Hay algo de imperioso en este hombre, me digo. Pregunta si puedo, y sin embargo lo siento como una petición que no admite peros. Es desagradable, y encierra implicaciones en las que prefiero no pensar. Encuentro a Åsmund en el jardín, rastrillo en mano. Me sigue con la mirada. Tiene las cejas fruncidas y la frente llena de arrugas, como si esto lo llenara de la misma ansiedad que late en mí.

Fiel a lo prometido, Gundersen me espera en recepción. Desborda energía; me coge la mano con la suya, delgada y huesuda, y me da un fuerte apretón al tiempo que me agradece que haya venido tan sobre la marcha. «Verás, es que estamos trabajando las veinticuatro horas. La primera semana de una investigación es la más importante, así que no hay tiempo que perder». Mientras me habla, me invita a seguirlo a lo largo de una sucesión de puertas de plástico —un sistema de seguridad— que abre con una tarjeta. Dirige un gesto silencioso al hombre que hay al otro lado de la mampara de vidrio para

que me deje pasar, sin dejar de hablar ni un instante. De haber estado yo con otro estado de ánimo, me habría impresionado.

Por suerte, no me hace ir a una sala de interrogatorios, como me temía. Entramos y salimos de un pasillo muy largo, y de pronto abre una puerta y me invita a pasar a un despacho. El suyo, por lo visto. Hay un escritorio, una estantería y dos sillas.

—Perdona el desorden —musita, y retira los papeles que se apilan en su escritorio.

No parece una verdadera disculpa. Examino el lugar. Es un despacho pequeño que huele a financiación estatal y aprovechamiento de espacios; y es verdad que está muy desordenado. El escritorio está enterrado entre papeles, periódicos y sobres grises, y cuento hasta tres tazas de café medio vacías. En parte oculto bajo unos papeles que parecen artículos imprimidos de algún periódico digital, asoma un paquete azul claro de tabaco de liar que lleva el logo de una conocida marca local. En la pared cuelga una acuarela de tonos azules y amarillos diluidos dentro de un marco dorado cubierto por una capa de polvo. Del respaldo de su silla cuelga un chubasquero ajado. El estado de desgaste y sus colores desvaídos me dicen que lo ha usado a menudo durante al menos los últimos diez años. Huele a café frío y a algo agrio que no reconozco.

—Bien —dice mientras se sienta al otro lado de su escritorio. El respaldo gime cuando se reclina en él—. Toma asiento, por favor. ¿Te importa que use esto?

Sostiene un dictáfono en la mano y yo asiento en silencio. Escojo una de las dos sillas delante del escritorio. Son de madera y están tapizadas con un tejido de lana. También las sillas presentan el aspecto característico de un organismo estatal. Así que ahí estamos los dos, uno frente al otro con el escritorio de por medio. Gundersen me mira a los ojos. Sonríe y casi parece amistoso.

—¿Cómo lo lleváis en Kastanjesvingen?

—Pues mira. Ya ves —digo.

Inspiro largo y hondo para llenar los pulmones. Noto como si el oxígeno se propagara en mi torrente sanguíneo de inmediato, con una eficiencia extraordinaria, para darle sustento a mi cuerpo exhausto. Cuando vuelvo a respirar, siento como si me fuera a caer al suelo.

—Es muy fuerte —prosigue—. Se entiende que estés como estás: esto te ha pillado en el medio.

Hay en él una energía palpable. En todas las ocasiones en que he hablado con él, siempre he deseado con toda mi alma que estuviera Ingvild Fredly en su lugar. Pero, ahora que me muestra esta inquietud inesperada, me imagino lo a gusto que me sentiría si él estuviera de mi parte. Como si supiera que puedo relajarme y descansar, y confiar en que él resuelva el caso. Confiar en que todo acabará bien.

—Casi no he dormido desde que ocurrió —comento—. Hace ya una semana. Bueno, casi una semana.

—¿Cuándo empezó el insomnio? —pregunta.

Me detengo a pensar.

—El domingo, creo. No: el lunes.

—¿Y antes de eso dormías bien? Porque... ¿no habías dicho que...? —Aguarda un segundo. Rebusca entre los papeles del escritorio; pesca un fajo en el interior de un sobre. Tiene dedos largos. Amarillos en las puntas por el fuerte tabaco que fuma; pasa las páginas a toda velocidad—. Esto es. Aquí está —dice—. ¿No le habías escrito tú a Fredly sobre eso? A ver. Sí, la noche de los hechos, la noche del viernes. Sí. Aquí lo tengo: que habías «dormido con un sueño profundo como pocos».

—No lo sé —digo.

—«La noche en que sucedió yo había dormido con un sueño ansioso, y sin embargo lo hice profundamente». —Gundersen alza la vista—: Ansiedad y sueño profundo al mismo tiempo.

—Sí —reconozco juntando las cejas y tratando de recordar—. Sí. Sí que escribí eso, solo que no recuerdo del todo...

No. Tiene que ser cierto. Recuerdo aquella mañana. Me desperté muy pronto. Los otros dormían. Y Lukas se nos había colado en la cama sin que me diera cuenta.

Gundersen cabecea con un gesto de asentimiento y por un momento se instala el silencio entre los dos.

—¿Por qué lo pregunta? —inquiero.

Alza los hombros, me dirige una media sonrisa.

—Todo es en potencia interesante —responde—. Y fue la noche que sucedió. Porque, de haber dormido mal aquella noche, a lo mejor habrías oído algo.

—Ya —convengo—. Pero dormí bien.

—¿Tanto que ni un ruido te habría despertado?

—No lo sé. Sí. Seguramente.

Algo se mueve en su sonrisa. Ayer estuvo sentado a la mesa de mi cocina, tomando un café mientras yo caía en la cuenta de que Åsmund y yo éramos el uno la coartada del otro. Pensar que no es así es poner a Åsmund en peligro.

—Como he dicho ya, tengo el sueño ligero. Me despierto en cuanto algo se mueve.

Pero ahí sigue esa aprensión, este temor absurdo: si de verdad hubiese dormido profundamente aquella noche, ¿me habría despertado si Åsmund hubiese salido?

—Mmm —dice—. Pero esa noche no te despertó que tu niño se metiera en tu cama.

—Lo que quiero decir es que lo habré olvidado. Me suele pasar. Era una noche normal, salvo por la inquietud que sentía, pero creo que eso se debió a un sueño, a una pesadilla.

—Mmm —repite.

Rebusca de nuevo entre sus papeles. Siento que el azoramiento de la vergüenza me sale reptando de la garganta y se me mete en las mejillas. Ahí está él, sentado mientras lee lo que le escribí a Ingvild. Lo que metí en mis alforjas para ganar tiempo. Si es que gané algo.

Deja los papeles en el escritorio.

—¿Eras feliz con Jørgen?

La pregunta me toma por sorpresa.

—No lo sé —contesto—. Para ser del todo sincera, creo que lo era al principio. Había algo que me atraía hacia él, que me llevó a todo esto. —Hago un gesto hacia los papeles, como si fueran ellos los culpables—. Pero al final quise terminar con la relación. A ver, no es que deseara su muerte ni nada de eso. Al contrario, me quedé destrozada. Todavía lo estoy. No sé.

Y entonces se me cae encima la semana entera. Me asalta el llanto ante el escritorio de Gundersen; rompo a llorar con una violencia sorprendente. El cuerpo entero me tiembla y se estremece, como si algo se hubiera apoderado de mí a golpe de convulsiones. Gundersen me acerca una servilleta, una de esas rígidas y ásperas que ponen en los aseos públicos y que son para secarse las manos. Me molesta cuando me la froto contra la nariz y los ojos. Algo de esta forma de llorar me trae a la memoria una tormenta de cuando era pequeña; un aguacero súbito que se abatió sobre el valle desde las amenazadoras nubes que habían estado arremolinándose sin desatar su violencia hasta que se hubieron juntado encima de nuestra cabeza. Y tan repentinamente como había llovido, dejó de llover; el cielo se despejó y el

bosque olía a fresco y a limpio, y te sentaras donde te sentaras te levantabas con el culo mojado y manchas en la ropa.

—Perdona —murmuro cuando se me ha pasado.

Me seco los ojos y siento que la servilleta me rasca la piel.

Gundersen guarda silencio. Me observa, pero no con animosidad. Más como si aguardase a que se me pasara. Él lo entiende, me digo. Él entiende este llanto, quién sabe si mejor que yo misma.

—No puedo llorar por Jørgen. Tengo que mantener la compostura y es agotador.

—Lo querías —sostiene Gundersen con voz neutra.

—Sí. Pero deseaba que lo nuestro se acabara. Entendía lo que estaba poniendo en juego. Al principio era como, no sé, como la euforia de un porro, pero con el tiempo la euforia fue bajando, pongámoslo así.

Dice:

—Le escribiste a Fredly que querías romper: «Le digo a Jørgen que lo nuestro ha terminado, que no podemos seguir».

—Sí. Lo intenté varias veces. No lo culpo. Fue tanto culpa de él como mía. Puede que la dificultad se debía a que éramos vecinos. Estaba allí todo el tiempo. Tarde o temprano, se me hacía siempre demasiado difícil aguantarme.

Por un momento vuelve el silencio. Entrecierra los párpados, como ponderando lo que acabo de decir. Estoy a punto de seguir adelante; cojo aire, pero él se me adelanta.

—¿Esto lo sabe Åsmund?

—No —respondo—. No. De eso estoy segura.

—¿Por qué estás tan segura?

Inspiro aire otra vez. ¿Por qué estoy convencida? Porque lo conozco. Åsmund es transparente. Pero eso no lo puedo decir.

—No hay manera de que se haya enterado —digo—. Éramos muy precavidos.

—Escribes que puede que Emma lo sepa.

Emma con su camisón, mi pesadilla de esta mañana. La niña del camisón con un cuchillo en la mano.

—No —niego—. Saberlo no lo sabe, pero es posible que lo sospeche. O no sé. No eso con exactitud, pero algo intuye.

Cabecea otra vez, pero esta vez más despacio. No como si estuviera necesariamente de acuerdo conmigo, sino como si me estuviera señalando que entiende lo que le digo y que lo pondera. Se me cierra la garganta; me cuesta

respirar. Ahora estoy implicando a mi hija. Ahora piensa que Emma lo sabe, que ha sido Emma. Este fondo que toco es nuevo hasta para mí.

—Escúchame —le pido—. Esto no tiene que ver con mi familia. Ninguno de ellos habría hecho algo así. Åsmund se desmaya si ve sangre. Y Emma... Emma es una chiquilla, ¡joder!

Me sale una voz chillona y aterrada. El ruido metálico que oí aquella noche: los pasos, con toda probabilidad de Emma, que salían por la puerta de emergencia hacia el congelador de los gatos muertos. Sospecho que lo ha hecho ella, tal vez para demostrarle algo al chico que le gusta. Gundersen ignora mi protesta, como si ni siquiera me hubiera oído.

—Pero algo sospecha Åsmund, ¿no?

—No —respondo sin vacilar—. Yo lo sabría.

Y otra vez el cabeceo lento, dubitativo. Respiro rápido. ¿Qué he escrito? ¿Qué he hecho?

—Y aquella mañana —prosigue Gundersen—. ¿Viste algo? ¿Pasó algo?

—No —contesto con la respiración ya más suelta—. Hacía sol. Hoffmo estaba delante de su casa. ¿Sabes quién es? El militar retirado que vive en la casa de enfrente. Arriba, en casa de Jørgen, no se oía nada. No había nada fuera de lo corriente.

—Y luego, durante el día, ¿subiste en algún momento?

Cojo aire.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dice Gundersen— si en algún momento del sábado pasado estuviste en el apartamento de Jørgen.

Otro momento de esos, con apenas segundos para decidir.

—No —digo—. Llamé a su puerta. Me había invitado a subir a verlo. Pero como nadie vino a abrir, bajé de vuelta a casa.

—¿Y no entraste?

¿Hay algo más en esa pregunta? Me mira con sus ojos claros y abiertos, y me digo: leer a este hombre es imposible.

—No —contesto—. Al ver que no abría, bajé por donde subí.

—¿Hablaste con algún vecino ese día?

—Saman salió a su puerta mientras yo llamaba —explico, y siento que el corazón me bombea sangre a la cara—. Le dije que necesitaba unos huevos, y me dio dos. Era una excusa, como te puedes imaginar.

Y ahora ando en estas, me digo: mintiéndole a la policía. Sé que tendría que ser por completo sincera, esto es demasiado arriesgado. Pero todo lo que he dicho, todo cuanto he escrito, parece arrastrarme más y más al fondo. No

solo a mí. A mi familia también. Mi marido. Mi hija. Decir que estuve en el apartamento se me antoja ahora imposible. Que estuve allí aquel sábado, que estuve en el salón. Me imagino a Gundersen cabeceando con cautela. De acuerdo. Discúlpame un momento. Lo imagino saliendo del despacho para volver con un par de colegas, y uno diría: Por desgracia, tenemos que arrestarte. Y veo los titulares de la prensa: Nueva detención en el caso del crimen de Tåsen; y en la prensa sensacionalista: Vecina sospechosa de crimen pasional.

Me imagino el respingo de Jamila al leer el periódico digital en su coqueto MacBook. Veo a Åsmund con los ojos abiertos como platos, boquiabierto ante el televisor, sumido en un estado de incomprensión. Y a mis hijos. A Emma en su caparazón de tortuga; a Lukas preguntándole a Åsmund: ¿Y mami está presa ahora?

Gundersen pone las hojas impresas de mi correo con el resto de los papeles desordenados de su escritorio y se reclina en su sillón. Ha colocado una pierna encima de la otra, apoyando el tobillo en la rodilla. Abre las piernas a lo macho, como supongo que suele hacer.

—Y entonces ¿qué crees? —pregunta—. Aquí entre nosotros... ¿Tú qué crees que ha pasado?

Trago saliva.

—¿Sabes que Jørgen estaba escribiendo un artículo de investigación sobre las agencias de empleo temporal?

Gundersen me mira. Entrecierra los ojos; se concentra.

—No me digas.

—Svein Sparre tiene una —declaro—. A Svein no le caía bien Jørgen. No sé si sería por eso o qué. Y luego está lo del viaje de caza.

—¿Qué hay de eso?

No hay rastro de interés sincero en su rostro. No da la impresión de que haya estado varios días preguntando por aquel viaje una y otra vez.

—Hubo una discusión —comento—. Por lo que he oído, has estado interrogando sobre eso. Yo no estaba allí presente, pero, según Åsmund, la bronca fue sobre todo entre Saman y Jørgen; pero estaba pensando que aquello fue en el chalé de Svein. Y Svein dice...

Y callo. Me doy cuenta de cómo suena lo que digo, de lo mezquino que queda que yo esté orientando la culpa hacia otros. Y encima con ese entusiasmo. Me viene la imagen de Svein anoche, con el brazo alrededor de los hombros de Nina. Pienso en todo lo que han pasado en los últimos dos días.

—No lo sé. Francamente, no nos veo a ninguno de nosotros entrando en el despacho de Jørgen y cortándole el cuello. Ni a Simen, ni a su padre. A ninguno. No sé qué puede llevar a alguien a hacer algo semejante.

Veo un tenue destello en el fondo de los inescrutables ojos grises de Gundersen.

—El odio —dice—. El miedo. El dinero. El honor. Te sorprendería de lo que es capaz la gente. Gente como tú o como yo. O como el amable vecino con quien te sueles parar a charlar un rato. Claro, están también los reincidentes, los que tienen antecedentes penales, los que matan para no volver a la cárcel, o por quedarse con el botín del atraco, o por lo que sea. Pero también hay casos que te dan que pensar.

Da la impresión de que ha encontrado un hilo argumental, pero guarda silencio y se queda mirando la acuarela de colores desvaídos, como si pudiera ver a través algo importante del otro lado. Entonces sale del trance, se vuelve hacia mí con otra de sus medias sonrisas.

—La gente suele decir: Fulanito sería incapaz de matar a una mosca —continúa—, pero yo te digo que, con la debida motivación y si se presenta la ocasión, todos nosotros seríamos capaces de matar. Si alguien te amenazase con quitarles la vida a tus hijos, ¿no lo matarías? Es reconfortante pensar que la criminalidad solo incumbe a unos pocos, a los que vivimos en tal o cual barrio, a los toxicómanos que roban para drogarse y que se pasan la vida con otros adictos y ladrones. Aquellos a quienes persigue o debería perseguir la policía. Y que todos los demás estamos a salvo. Pero yo he dejado de verlo así. Si algo he aprendido, es eso. Bien, no te voy a quitar más tiempo. ¿Sabrás encontrar la salida?

No estoy segura, pero digo que sí. Cinco minutos después me hallo en la calle, a las puertas de la comisaría, donde el decreciente sol otoñal ha pintado la ciudad de oscuro carmesí.

Al menos conseguí romper con él. Pero, una vez pasado el verano, volvimos a caer. En esos días se había desatado en el trabajo un conflicto de aúpa, y Åsmund no tenía la paciencia necesaria para prestarme atención cuando le hablaba de ello. Estaba de nuevo en casa de su madre. Había que podar unos árboles cercanos al jardín del vecino, y la fachada necesitaba una mano de pintura. «Ya te las arreglarás —había dicho con los ojos pequeños y cansados cuando le hablaba del problema—; tú siempre has sido buena para resolver ese tipo de cosas». De modo que una noche me encontré sola en casa,

redactando con dificultad una respuesta al venenoso correo de un colega. Los niños estaban en la cama. Le mandé un mensaje de texto a Jørgen.

Cuidado, Ingvild, no es mi intención echarle la culpa a Åsmund. Asumo la responsabilidad completa y total. Fui yo la que retomó la relación. Ni siquiera puedo culpar a Jørgen, pues él mismo me preguntó repetidas veces si de verdad estaba segura de querer volver. No sé qué decir. Sentía que me hacía falta una pausa de la realidad. Regresé del trabajo en bici a eso de las once y media, abrí la puerta del portal y corrí escaleras arriba hasta llegar a él. Luego, ya acostados en el suelo, junto a la puta cama de día, sentí algo así como un alivio, una suspensión de todo lo demás. Como si Jørgen aún fuese capaz de brindarme un puerto seguro.

La cosa no funcionó entonces tan bien como antes, obviamente. Fue como pasar de disponer en tu vida diaria de un espacio donde puedes respirar a no tenerlo. No sé cómo explicarlo. Es como ser un alcohólico en rehabilitación, y te hallas en medio de toda la mierda que tiene la vida para darte, sus rencillas y su estrés, y la grisura de lo cotidiano se te viene encima como pesados desprendimientos, uno tras otro, y debes aguantarlo sin una cerveza o un trago. No solo ahora, sino para siempre. Nunca más podrás ponerte un vasito de algo para limar la aspereza de las cosas. No digo que sea imposible. No digo que no hubiera podido terminar por superarlo. Pero yo tenía una necesidad, o tal vez varias.

La última vez que estuve allí arriba me acarició la mejilla antes de marcharme. «Ve y demuéstrales quién manda allí», dijo. Y fue lo último que me dijo.

La noche en que sucedió, yo había dormido con un sueño ansioso, y sin embargo lo hice profundamente. Al despertar tuve la impresión de haber estado en coma. Como si me hubiera ido lejos durante muchas horas. Pasamos la tercera parte de la vida durmiendo, ¿lo sabías? Pese a ello, rara es la vez que recordamos lo soñado.

Segundo domingo

El jardín aparece bañado en luz crepuscular. Estoy allí en ropa interior y no siento frío. Hay luz en todas las ventanas. No veo a nadie, pero sé que hay gente en la casa. Están dentro, todos ellos, y vuelve a inundarme la convicción de que algo terrible está a punto de ocurrir.

Abro la boca, quiero llamarlos, a Emma, a Lukas, a Åsmund. Pero, por mucho que grite, de mi boca no sale el menor sonido. Y ahora veo una sombra en casa de Jørgen y Merete. Es conocida. Sé quién es. Echo a correr. Tengo que entrar, alertar a los demás. Pero, por mucho que corra, soy muy lenta; apenas me alejo de donde estoy. A la luz de las ventanas veo salir a la sombra del apartamento de Jørgen y Merete; baja la escalera y abre nuestra puerta. Doy todo de mí, grito con todas mis fuerzas, me esfuerzo por correr y al instante siguiente me despierto. Estoy en mi cama y no hay músculo de mi cuerpo que no esté en tensión. Parpadeo. Siento la garganta áspera y dolorida, pero tengo la cara seca. Y junto a mí, Åsmund duerme imperturbable.

Cada impacto duele. La idea es correr despacio para no sobrecargar la rodilla herida. Una vueltita de nada alrededor de Voldsløkka, si acaso dos. No obstante, aun cuando he hecho algo de calentamiento caminando a buena velocidad, siento cada paso, y con las pisadas al correr se pone peor, y entiendo que no sirve de nada: no soy capaz de triunfar con estas condiciones físicas. Me detengo en medio de la carretera y me quedo ahí, quieta. Un hombre de unos cuarenta años, vestido con ropa de deporte, con una chaqueta amarillo chillón, pasa de largo al trote. En el campo de *rugby* hay un puñado de jugadores corriendo y lanzándose el balón unos a otros. Dos madres que empujan sendos cochecitos vienen caminando en mi dirección. Tan metidas están en su charla que apenas si se percatan de mi presencia, pero me esquivan pasándome una por cada lado. Sigo por completo inmóvil. No tengo más que volver a casa, pero me desagrada la idea, de modo que me quedo parada.

Al cabo de un rato me recompongo. Ando despacio hasta el final del parque, y tomo el sendero que cruza entre los árboles para salir a

Maridalsveien. El dolor me da pinchazos a cada paso, por muy despacio que vaya. Supongo que se me nota la cojera.

Me detengo en el margen de la carretera. Pasan coches; un autobús frena justo antes de la rotonda. Aquí hay vida, por muy domingo que sea y que nadie tenga que ir a la oficina. Vuelvo la mirada hacia la parada del autobús. Allí está Saman. Me ve al mismo tiempo que yo a él y nos saludamos con un gesto de la cabeza. No lo veía desde el día que nos cruzamos en la escalera, y reconozco en esto una oportunidad.

—Siéntate —me indica, y yo tomo asiento obedientemente en el banco de la parada. Se arrodilla a mi lado y me levanta la pierna—. ¿Cómo te has hecho esto?

—Corriendo en el bosque —digo—. Puede que me pasara de velocidad y tropecé. Fue hace un par de días.

—Mmm.

Ha puesto su cara de médico. Me eleva la pierna un poquito aquí, dobla un poco allá, y me pregunta si me duele cuando me dobla aquí o tuerce acá. Y yo contesto. Estamos en una nueva relación, la de un médico con su paciente. La parada del autobús se ha convertido en una consulta improvisada y lo más raro de todo es que no resulta extraño. No me cuesta nada aceptarlo.

—No es un esguince —asegura—. Solo te has lastimado. Está hinchado donde te diste el golpe con la piedra, pero eso es normal. Dale un par de semanas y, si para entonces todavía te duele, vete a ver a un médico.

—Vale —digo—. Gracias.

Se incorpora y se sienta a mi lado en el banco. Se cierra el capítulo de la consulta médica, pero puede que haya quedado algo suspendido en el aire, porque, aunque no lo conozco bien, me animo a decirle:

—Saman. Quería preguntarte una cosa.

Él asiente. Puedo preguntar, entiendo, y mientras busco las palabras se vuelve a mí y suelta:

—Es sobre Jamila, ¿no? —No contesto—. Me figuraba que te estarías formulando preguntas. Por su comportamiento y con todas esas carreras a tu casa con los artículos que imprime y todas esas teorías. —Da un largo suspiro. De pronto parece muy avejentado—. Conozco a Jamila desde que era una chiquilla, y siempre la he conocido así. Su madre y su hermano menor padecen ambos un trastorno bipolar.

»He estado leyendo sobre eso. Es una dolencia con un marcado componente genético. Es la enfermedad más hereditaria que existe, ¿lo sabías? Pero Jamila no la tiene, al menos no se la han diagnosticado. —Hace

énfasis en esto último para subrayar que es importante. Una tesis de la que no se apartará, pase lo que pase—. Un amigo siquiatra me habló de algo que se llama *ciclotimia*. Un trastorno leve, por lo visto. Los bajones no son tan profundos, y los subidones no tan embriagadores. Yo creo que, si algo tiene, será *ciclotimia*.

Respira hondo. Se oye el autobús acelerando por la cuesta de Nydalen. No nos queda mucho tiempo, y no era eso lo que quería preguntarle, pero no me permito interrumpirlo. Veo a Jamila en mi casa, con sus papeles esparcidos por la mesa, con sus frases subrayadas y sus signos de exclamación en los indicios de un patrón que ha identificado. Lo intensa que parecía el otro día cuando bajó a verme. Cómo me clavó las uñas en el brazo.

Saman era amigo de su hermano mayor y la conoció estando de visita en casa de sus padres. Se enamoró perdidamente de ella a los dieciséis años. Nunca ha habido nadie más. También su intensidad le resultaba atractiva. Era pasión, vida y colores. Su hermano le había dicho: «Si vas a por ella tendrás que aceptarla como es. Y si la dejas por eso te rompo el culo a patadas». Saman se lo prometió. Y aquella promesa, hecha a un hermano que sabía de qué iban esas cosas, se la tomó en serio. Aún la mantiene. Permanece junto a ella. De forma incondicional.

—La mayor parte del tiempo no es un problema —explica—. En el día a día todo va bien. Vuelca la intensidad de sus experiencias en lo que hace. ¿Has visto sus fotos? No es fácil separar esa inestabilidad, esa seriedad que le pone a todo lo que hace, de su manera de ser. Tal vez sea imposible. Puede que lo que hace sea ella misma. Pero no tiene importancia. Ella es fuerte. Sabe cómo sacar provecho de ello.

El autobús se detiene junto a la parada y abre las puertas, pero Saman no parece tener ganas de levantarse.

—El problema viene —sigue— cuando ocurren episodios dramáticos. Jamila es muy muy sensible a lo que pasa a su alrededor. Hace dos años se quedó embarazada, y creíamos...

Y guarda silencio mirando cómo se cierran las puertas del autobús que ahora se aleja de la parada y desaparece cuesta abajo por Maridalsveien.

—Después de tener el aborto espontáneo, sufrió una depresión de esas que llaman *reactivas*, provocadas por el estrés. Por lo visto sucede con relativa frecuencia, y no por algo que tenga que ver con su propia vulnerabilidad, pero llegué a pensar... que había perdido la cabeza. Tenía miedo de que se quitara la vida. Pasó unos días hospitalizada. Cuando salió quisimos empezar de cero. Compramos el apartamento de Kastanjesvingen. Habíamos pospuesto lo de

tener hijos, a la espera de que se recuperase. Pero ahora... —Me sonríe, y veo en esa sonrisa una tristeza infinita—. Apenas habíamos empezado a hablar de volver a intentarlo, y va y pasa esto de Jørgen. Y encima es Jamila la que lo encuentra.

Muevo la cabeza asintiendo. Esto no lo sabía, pero lo entiendo.

—Me he estado preguntando si no deberíamos cogernos unas vacaciones —plantea—. Irnos sin más, un par de semanas, mientras avanza la investigación. Tomar un poco de distancia. Regresar cuando hayan pillado al que lo hizo. Eso tal vez ayude.

Asiento de nuevo con un gesto de cabeza lento.

—Sí —digo—, pero no era eso lo que me preguntaba yo.

Se vuelve a mirarme. Tiene la barba oscura; sus cejas, negras como la tinta, forman un dibujo elegante. Tal como está sentado, tiene el rostro a la sombra. A lo lejos oigo que el autobús frena en la siguiente parada, la que está junto al río.

—Te quería preguntar por el viaje de caza. ¿Te acuerdas de cuando estábamos con Nina en la escalera, aquel día? ¿Que dijiste que Åsmund estaba más alterado que tú?

Saman vuelve la vista hacia los edificios residenciales verdes que hay al otro lado de la carretera, y por un momento nos quedamos así, sentados y quietos del todo. Al cabo dice:

—Una cosa que se aprende cuando eres noruego pero tienes un nombre iraní, y cara de iraní, es que no tienes el mismo derecho a cabrearte que los demás. A mostrar tu indignación. Por muy comprensible que sea. Si alguien incrusta su coche en el tuyo, o tira su basura en tu jardín, sí, qué sé yo, lo que sea. Si se lo hacen a alguien como Jørgen o Åsmund, entonces todos lo entienden. Pero si soy yo el que se cabrea, enseguida se me tacha de fundamentalista. ¿Sabes lo que te digo? A la mierda con todo eso. Yo vengo de Irán. Mi familia estuvo entre las primeras que huyeron cuando Jomeini se hizo con el poder. ¿No entiende la gente que alguien como yo, más que nadie, desapruueba la interpretación literal y conservadora de la religión? Pero, como alce un poco la voz, ya está, eso es todo lo que ven. Sí, caí en la provocación en aquel viaje de caza. Pero es que yo soy médico. Yo veo las consecuencias del escepticismo ante las vacunas. Jørgen hablaba de libertad de expresión, y no puedo estar más de acuerdo, pero tampoco podía dar por sentado que nadie le fuera a presentar objeciones.

Otro autobús se detiene ante nosotros y se apean dos colegialas. Saman permanece sentado. Cuando el autobús se aleja, se vuelve hacia mí.

—Åsmund estaba más cabreado que yo —continúa—. Él hablaba a gritos; yo había levantado la voz, pero diría que mantuve el volumen más bajo que él. Y también había bebido mucho menos. Pero cuando viene la policía, lo que se les queda es que yo estaba muy alterado. Lo ha dicho Svein Sparre, qué duda cabe. Él, que estaba más que mamado, medio dormido y con la cara apoyada en la mesa, pero de eso, qué curioso, sí que se acuerda. Fue una discusión. Nada más. Pero cuando busca en lo que recuerda a través del filtro de la resaca, claro que eso es lo que encuentra: que yo estaba enfadado.

Saman suelta un largo suspiro que dispara aire hacia la carretera. Nos quedamos ahí sentados un rato. El silencio es absoluto. Ni coches ni autobuses. El sol resplandece y hace calor; uno de esos días que te dicen que el invierno está aún muy lejos.

—¿Adónde vas? —pregunto.

Me dirige una sonrisa azorada.

—Voy a grabar un *podcast*. Un invento que hemos montado unos amigos de la infancia. Uno de ellos es comediante; el otro tiene un doctorado en Filosofía. La idea es que el comediante nos plantee preguntas como ¿cuál es el sentido de la vida?, ¿qué es la muerte?, ¿qué es el amor? Cosas por el estilo. Y nosotros proponemos respuestas. El filósofo desde su punto de vista y yo desde el mío. Hemos grabado un episodio, pero no lo hemos subido todavía. Lo hemos llamado *De la cuna a la tumba*. No sé, bien, puede que sea una tontería.

Sonríe. Ese es el título que encontré en la página web. Eso era todo. Saman baja la vista a sus zapatillas deportivas y sonríe. Se me ocurre que parece un *hipster*, con la barba, la ropa, hasta el bolso de cuero que lleva colgado del hombro. Y sus zapatillas inmaculadas, de las caras.

—Parece interesante —comento.

—Ya veremos. —Otro autobús rojo asoma por la rotonda—. Creo que más vale que suba en este —dice. Pone las manos en los muslos y se levanta.

—Saman, ¿te acuerdas de aquel sábado? ¿Lo de los huevos? —Se vuelve a mirarme—. Cuando estaba llamando a la puerta de Jørgen. —Asiente con gesto pausado—. ¿Se lo comentaste, quiero decir, se lo has contado a Jamila?

—No —dice—. Me pareció mejor dejarlo estar.

El autobús llega, se detiene y abre sus puertas. Saman sube; se vuelve hacia mí y se despide con un gesto de la mano. Yo me quedo sentada en el banco hasta que el autobús se pierde de vista y, por primera vez en muchos días, siento que respiro con facilidad.

Esto será mi ejercicio por hoy, me digo mientras paso el rastrillo para quitar el manto de hojas muertas que cubren el césped. El sol calienta en lo alto. Si retiro todas las hojas, el césped crecerá verde y bonito pasado el invierno. Åsmund rastrilló un poco ayer, pero ahora que estoy aquí me ocuparé del resto. Lo pondré bonito para nosotros. Así él verá, me digo, cuando vuelva esta tarde de casa de su madre, lo bonito que ha quedado. Cómo me ocupo de lo nuestro. De nuestro hogar. Haciendo trabajos de mantenimiento cuando es preciso.

Merete está sentada en un peldaño de la escalera con un periódico y una taza de café, y el rostro vuelto hacia el sol. Hemos intercambiado unas palabras, no muchas. Soy sumamente consciente de su presencia mientras paso el rastrillo. Me pregunto si sigue mis movimientos, pero no lo parece. De vez en cuando baja la vista al periódico, pero, aparte de eso, mantiene los ojos cerrados y la cara vuelta al sol. Filippa y Emma están sentadas a la mesa de la terraza, ambas inclinadas encima de una caja que le habrá regalado a Filippa algún pariente, tengo la impresión. Sin duda alguien que se habrá apiadado de ella, de su mirada triste y las desesperadas escuchas de Simon & Garfunkel. Dentro de la caja hay un pequeño dron controlado por un radiotransmisor. Por lo visto las chicas han dejado a un lado la competitividad en que vivían, y ahora están sentadas una junto a la otra armando el aparato. No, dice una, este va aquí. Por Dios, dice la otra, cuánto tornillo. Lukas ha renunciado a sus intentos por echarles una mano y se ha instalado en el banco que hay bajo el manzano con varios de sus coches de juguete. Está construyendo una autopista.

Así encontrará las cosas al volver a casa, me digo, y se me encoge el estómago. Antes de que se lo cuente todo. Esta es la imagen que aparecerá en sus retinas cuando esta noche trate de conciliar el sueño. La de su mujer cuidando del hogar y los hijos. Lo que es nuestro. ¿Será Åsmund capaz de tirar todo esto por la borda? Mi error no es una minucia, pero ¿cuánto estará dispuesto a sacrificar con tal de castigarme? Esta noche hablaré con él, y esta vez es un compromiso. Ya veremos qué pasa. A mí lo que me toca es

prepararme para su decisión, y empujarlo con delicadeza en la dirección correcta para que opte por nosotros pese a todo.

—Es por aquí, creo —afirma Emma.

—No. Espera —replica Filippa, y se echan a reír.

Así que ahora son amigas, me digo. ¿Ha ocurrido por fin? Merete sacude el periódico. Lukas les habla con voz seria y por lo bajo a sus coches.

—Hola, Prytz —oigo una voz desde la calle.

Ahí está Hoffmo, con su cómico conjunto deportivo de rayas blancas, largas como sus piernas. Alzo el rastrillo y me acerco al cercado.

—Así me gusta —digo—. ¿Listo para la última carrera de la semana?

—Por supuesto. *Mens sana in corpore sano*, Prytz. Ahí está la clave. ¿Y tú? ¿De jardinera?

—Cada cual ha de cumplir con su deber.

—Así es.

Me apoyo en el palo del rastrillo. Me dice:

—¿Así que has encontrado unos cuantos gatos muertos?

—Sí.

Dejo que la vista vague calle abajo por Kastanjesvingen, hasta una grieta que hay en la calzada que separa nuestros jardines.

—Oye, y me cuentan que bajaste al sótano y abriste el congelador. Bien pensado, Prytz. —Guardo silencio y me limito a hacer una sonrisa cortés. No quiero seguir por ese camino—. Y luego resulta que era el chico de los Sparre —añade Hoffmo meneando la cabeza—. Hay que ver cómo está el mundo.

—Sí —afirmo—. Eso sí que ha sido una sorpresa.

—¿Sabes qué? Siempre me pareció que había algo repulsivo en esos asesinatos.

Esa es la palabra que emplea. *Asesinatos*. Busco de nuevo el apoyo en el mango del rastrillo sin apartar la mirada de la inclinación en la calzada.

—Tampoco Nina se ha lucido —opina—. Y uno se pregunta qué le habrá pasado. Pero fácil no puede ser. Al fin y al cabo, es una madre.

Una urraca da saltitos alrededor del desnivel, buscando algo de comer. Ambos la miramos. Siento la presencia de Hoffmo muy cerca de mí.

—Pues nada —concluye—. Se ha hecho justicia. Y es posible que se muestren compasivos con él. No es más que un crío.

Hay algo violento en Hoffmo; algo recto y erguido que me hace pensar en un profe de gimnasia. ¡Venga! ¡No estamos aquí para holgazanear! También es verdad que ha sido soldado. Eso lo sé. Me cuesta imaginármelo en esa ocupación, quién sabe si de uniforme y al mando de algo. A saber. En

definitiva, no tengo ni idea de lo que eso implica, de lo que hacía en su trabajo.

—Si apenas es mayor que los que se presentan al servicio militar obligatorio —apunto—. ¿Alguna vez has trabajado con esos?

—No —contesta Hoffmo.

—Pero estabas en el Ministerio de Defensa, ¿no?

—Sí —dice—. Pero en Inteligencia.

La urraca se acerca a la grieta, y me pregunto cómo de poroso será el asfalto, cuánto tiempo hará falta para que crezca la fractura. A ver si el pájaro la agranda a pedazos y nos abre un socavón en la calle.

—Inteligencia —repito—. Pero ¿en qué, exactamente, labores de vigilancia y esas cosas?

No contesta. El pájaro se detiene frente a la grieta. Se inclina y golpea con cautela con el pico en algo. Me vuelvo hacia Hoffmo.

—No. Yo no —replica—. Yo estaba en análisis de datos. Un trabajo de oficina.

Pero lo dice sin mirarme. Ahí hay algo.

—Lástima —contesto—. Justo ahora, un poquitín de vigilancia no nos habría venido mal.

Hoffmo no responde. Por la calle se acerca un vecino con un perro sujeto de una correa. Bolívar, como se llama el perro, es un enorme san bernardo; un poco demasiado grande, me parece a mí, para esta calle sin salida. Ambos miramos a Bolívar y a su amo. Mido la distancia que los separa de la grieta en el asfalto. ¿Cuánto faltará para que lleguen, para que Bolívar se ponga a ladrar y la urraca tenga que huir volando?

—¿Fue por tu trabajo como conseguiste aquellas cámaras? —inquiero—. Las que instalaste cuando tuvimos esos problemas de vandalismo. ¿Te acuerdas?

—Un antiguo colega me dio el dato —explica—. Si lo preguntas por eso. Y podrían haber servido, además, de no haber sido por Hove, nuestro buen abogado y vecino, el que vive en la rotonda. Dice que es ilegal tomar imágenes en espacios comunes. Como si a mí me interesara andar fisgoneando. Déjame decirte una cosa, Prytz: eso me es completamente indiferente. Habla con los chicos que se encargan de vigilancia y verás lo hartos que están de secretos inconfesables. Quién anda con quién, quién bebe a escondidas, quién le tiene el ojo puesto a la mujer del vecino. Es lo mismo en todas partes. De verdad que a mí esas cosas no me interesan. En lo más mínimo.

Ahora soy yo la que aparta la mirada y fijo la vista en el pájaro, que sigue sin percatarse de la presencia del buenazo del san bernardo. Hoffmo vive justo enfrente de nuestro cuádruplex. Puede que haya visto cosas. Nada revelador, pero cosillas. A lo mejor me ha visto salir del apartamento y subir la escalera. Puede haber visto un patrón de comportamiento y haber extraído sus conclusiones.

—No —insiste Hoffmo—. Eso a mí no me interesa. Pero sí pillar a los gamberros que destruyen nuestra propiedad. Ponerle coto a tanta porquería.

Y en ese instante el pájaro ve al perro. Para mi sorpresa, no se asusta; se aleja a saltos de la calle y se posa en la entrada del jardín de Hoffmo. Bolívar olfatea la grieta del asfalto y sigue su camino. La urraca permanece donde está. Sigue con la vista al perro y luego se vuelve hacia nosotros. Por un instante nos miramos a los ojos, el pájaro y yo.

—Pues bien —continúa Hoffmo—. El bueno del abogado dijo que era ilegal, y yo qué sé; puede que él sepa de leyes. Pero lo que no me gustó fue el tono. No me gustó ni un pelo. Tiene que ser posible poder reaccionar de algún modo. Cuando se agrede a la comunidad de esa manera, es una cuestión de deber. Esa es mi opinión. Mi mujer me dijo que me había pasado de agresivo. Lo dejé pasar por mantener la paz del hogar. Y hay que cuidar de esa paz, Prytz. Ese es otro deber.

Me mira y me dedica una sonrisa grande y amistosa. Inspiro aire y estoy a punto de decirle que estoy de acuerdo, para no alargar el tema. En ese momento la urraca se marcha del portón de Hoffmo; vuela bajo sobre la calzada y entra a nuestro jardín, pasa entre Lukas y las chicas, y luego junto a Merete. La sigo con los ojos hasta que desaparece detrás de la casa. Eso me sugiere los contornos de una idea, que trato de atrapar al vuelo, como se me ha enseñado a hacer en el trabajo: construir una hipótesis y ponerla a prueba.

—Estaba pensando en una cosa con esto de los gatos —digo—. Que eso es mucho peor que lo del vandalismo de la otra vez, si se piensa en ello.

—Puede que sí —replica.

Aparto la vista de la calle y alzo la mirada a su rostro barbudo, de mandíbula ancha y ojos pequeños bajo unas cejas muy pobladas. Hay algo inteligente en esos ojos, pienso. Algo que se puede pasar por alto con sus voces y sus estruendos.

—¿No habría sido más urgente hacer algo en este caso —pregunto—, ahora que la comunidad ha sido atacada con más virulencia?

—Puede que tengas razón.

—Y sin embargo esta vez no has hecho nada. Esta vez no has puesto cámaras. No has hecho nada por defenderte de esto.

Me observa y entrecierra los párpados. Pasamos un momento en completo silencio; él, como aguardando a que yo dé un prudente paso atrás, o que diga algo conciliador, como «no es fácil», o que cambie de tema pidiéndole consejos para el cuidado del césped. Parece esperar que me bata en retirada. Me apoyo en el rastrillo. Me siento más despierta y lúcida de lo que me he sentido en días.

—O a lo mejor sí que lo has hecho —insinúa.

—Yo no incumplo la ley —repone con voz tranquila—. Le prometí al abogado no volver a hacerlo. No estaba de acuerdo, pero lo prometí. No se ponen cámaras en los espacios municipales. Yo soy un hombre de palabra, Prytz.

—¿Y qué pasa con los espacios que no son municipales? —pregunto—. Tu propio espacio, por ejemplo.

Ambos nos volvemos para mirar hacia su jardín. Su verja de hierro está esmeradamente pintada y no presenta ni un ápice de corrosión.

—Bueno —declara Hoffmo—, no he prometido nada sobre lo que es mío.

Me digo que ha debido de encontrar una alternativa. Puede que se sienta satisfecho por eso, después de haber tenido que pedirle disculpas al abogado.

—Pues, sí —dice, y observa la calle como si estuviese incluida entre sus propiedades—. Se puede cumplir con la ley y no por ello dejar de usar la cabeza. Cuando encontraron al primer gato, el del parque Godal, le dije a mi mujer: Mira bien lo que te digo, esta no va a ser la última vez. Que algo semejante pueda pasar en mi propio jardín es simplemente inadmisibile. Así que he instalado las dos cámaras que me quedaban desde lo del vandalismo.

»¡Ojo! Están en mi propiedad. ¿Y por qué no habría de hacerlo? Uno tiene que poder hacer en su jardín lo que le venga en gana. Hasta mi mujer me ha dado la razón. —Coge aire y lo retiene un rato, con el pecho henchido como un gallo, y luego lo suelta en un suspiro—. Esta vez os ha tocado a vosotros. Lástima que no hubieseis puesto cámaras también. Si todos los vecinos hubiésemos colaborado, ya podríamos haber pillado al asesino hace un buen rato.

Detrás de mí oigo a Lukas hablando consigo mismo, como suele hacer cuando juega a solas; se cuenta historias en voz tan baja que no hay manera de entender lo que dice. En la terraza, las chicas están riéndose de algo. Yo me pregunto si me alivia que Hoffmo no haya filmado nuestros buzones aquella noche. Me imagino una escena de una película granulada: Emma en

camisón saliendo por la enorme puerta negra con un gato congelado y un rollo de cuerda de nailon en los brazos.

—¿Dónde están las cámaras? —quiero saber.

—A ver —dice—, una en la rampa de entrada, orientada al jardín. La otra en la verja, de cara a la puerta del portal.

—¿Y solo muestran tu propiedad?

—¿Ahora eres abogada, Prytz? —pregunta.

No contesto. Miro hacia su jardín, que está dispuesto en paralelo a Kastanjesvingen, separado de la calle por delgados hilos de metal atados entre sí con nudos flojos. Digo, hablando pausadamente:

—¿Hay manera de ver parte de la calle en las grabaciones? ¿A lo mejor de la cámara que mira hacia la rampa? ¿Es posible que esté colocada de tal modo que se vea parte de la calle en la toma?

—¿Quieres decir si he estado filmando la calle a escondidas?

—No. No —digo—. No adrede, sino que haya quedado así sola. Que por casualidad, supongamos, la cámara quedó orientada así. Sin que haya sido culpa de nadie.

Frunce los labios y mira hacia su rampa de entrada para el coche.

—Es posible. Sí —afirma—. Claro que no sería porque lo haya hecho a propósito. Supongo que puedo contar con que lo veas así. Pero que, sin que fuera en absoluto adrede, haya pillado parte de la calle, sí. Posible es. De todas formas, se vería poco más que algo de asfalto. En caso de que se viera algo, quiero decir. Vuestra casa no sale en el cuadro. Y supongo que el chico de los Sparre habrá salido desde el sótano.

Vuelvo la vista hacia uno de los postes de la verja y siento que doy bocanadas cortas y rápidas.

—Pero, si se alcanza a ver una parte de la calle —insisto—, entonces puede que se vea a alguien subir por la calle la noche que mataron a Jørgen.

Durante un momento el aire se queda por completo inmóvil. No se oyen coches, ni bicicletas, ni niños jugando. Las chicas vuelven a reír en la terraza. A mis espaldas, oigo que Merete hace crujir el periódico.

—No estoy seguro —indica despacio—, pero es posible.

—Quién sabe si merece la pena echar un vistazo —comento como quien no quiere la cosa.

Parte de mí espera que me rechace con amabilidad, que eso ya es pasarse. En cambio, asiente con un lento cabeceo.

—Sí —dice pensativo—. Claro que vale la pena. ¿Vienes o no, Prytz?

Me yergo y vacilo, pasando el peso del cuerpo de una pierna a la otra. No sé si estará bien que me meta más de lo que estoy metida, pero la tentación de someter mi hipótesis a prueba es demasiado fuerte, igual que la de ver lo que aparece en el vídeo. También se me presenta la tímida duda de qué pasará si aparece algo que preferiría no ver. ¿Y si Emma ha quedado grabada? No creo que sea el caso, pero no lo puedo dar por seguro. Aun así, luego me digo que en cualquier caso sería mejor saberlo. A Hoffmo le caigo bien. No va a salir con reacciones raras, y ya que estamos en estas, adelante con ello.

—Emma —digo en voz alta—. Voy un momento a casa de Hoffmo a ver una cosa. ¿Vigilas a Lukas?

Ambas jovencitas observan atentamente la caja que tienen en la mesa, como si estuviesen buscando una pieza en particular. Merete nos echa una ojeada por encima del periódico.

—Sí, claro —conviene Emma sin levantar la vista.

El interior de la casa de los Hoffmo está revestido por entero con madera de pino: suelos, paredes y techo. Para completar, han colocado dos gigantescos armarios de madera de pino en el vestíbulo. Hay algo anacrónico en todo ello; como un guiño al pasado, a hace treinta años, cuando Tåsen era un barrio residencial normal, cuando los Hoffmo compraron esta casa y se instalaron en ella con sus tres hijos. Por un instante se me ocurre que ojalá hubiéramos vivido aquí en aquel entonces. La señora Hoffmo me mira desde la cocina y parece alegrarse de verme.

—¡Ah! ¡Qué bien! —saluda—. ¿Te apetece un café?

—No, gracias —dice Hoffmo dándose aires—. Tenemos un asunto que resolver.

—Muchísimas gracias —le digo sonriente a la señora Hoffmo.

Parecen felices, estos dos. Recuerdo haberlo pensado en más de una ocasión. Él, con sus manías; ella, observándolo a la expectativa: ¿con qué me irá a salir esta vez?, pero tranquila, con la seguridad de que cuando ella diga basta, él le hará caso.

Hoffmo sube la escalera y yo lo sigo. En la pared revestida con madera de pino hay retratos de sus tres hijos: de bebés; en primaria; luego de adolescentes. En las fotos de más arriba aparecen ya adultos, sonriéndole a la cámara en sus respectivas fotos de boda. La escalera sube mostrando la historia de la evolución familiar. Pero no tenemos tiempo para detenernos a mirarlas. Me invita a entrar a una habitación. Debe de ser la de alguno de los hijos, ahora empleada como espacio multiuso. Hay una estantería, también en madera de pino, y un anticuado sillón, así como un escritorio de reluciente superficie. En el suelo, en el espacio más bajo del techo inclinado, hay una máquina de remar.

Se sienta delante del ordenador y lo enciende. Me sitúo de pie a su lado. La ventana de la habitación no da a Kastanjesvingen, sino al colegio Bakkehaugen. Los Hoffmo han escogido bien, me digo. Han construido un hogar sólido; se lo han pasado bien. Hay que reconocer que no han hecho renovaciones, pero ¿por qué habrían de hacerlas? El ordenador ronronea trabajosamente y Hoffmo lo mira con el ceño fruncido, como si

concentrándose lo suficiente pudiera contagiar a la máquina. También el ordenador es anticuado. Echo una rápida ojeada al reloj. Esto puede llevar tiempo, y se supone que debo acabar con el jardín antes de que vuelva Åsmund. Pero todavía falta un rato para que llegue. Aparece en la pantalla el escritorio. Hoffmo mueve los dedos. Tiene la mano pesadamente apoyada en el ratón. Da con el icono que busca y lo pincha. La pantalla se llena de imágenes del jardín al sol del otoño, tal como está ahora. Hacia la derecha se ve parte de Kastanjesvingen. Me acerco para distinguir mejor. Es más que una parte, más bien una tercera parte de la calle.

—Mira tú —exclama Hoffmo, y me observa con una sonrisa azorada.

—¿Dónde están los vídeos que conservas?

Al menos no se ve nuestro jardín, me digo. De ser Emma la que sale, la grabación no la habrá incluido. Hoffmo maneja con torpeza el ratón con su manaza. Encuentra lo que busca y ajusta unos parámetros.

—Vamos a ver —dice—. ¿Cuándo ocurrió?

—El viernes —contesto sin aire—. La noche de viernes al sábado de hace una semana larga.

Encuentra la fecha y ahí sigue la grabación guardada. Una barra a pie de pantalla nos lleva con el cursor a la medianoche. La pantalla nos presenta su jardín desierto y a oscuras. También está desierta la calle, pero muy iluminada, sin duda por el alumbrado público. La imagen se ve granulada, pero se aprecia el postecillo donde ha fijado el número de la casa con toda claridad. A pie de pantalla pone 00.13.14, y el reloj va contando segundos, 15, 16, 17. Miramos. No pasa nada.

—Tal vez haciendo un avance rápido —propongo al cabo de un par de minutos.

Hoffmo no dice nada, lo que interpreto como luz verde. Me inclino hacia el teclado y doy con el botón que necesito. La grabación se acelera, pero no demasiado. Tengo la otra mano apoyada en el respaldo de su asiento, y tamborileo impaciente con el índice y el corazón.

Pasada media hora de la medianoche aparecen unas sombras. Hoffmo detiene la reproducción. Se acercan a la cámara y vemos entonces un par de botas con una plataforma enorme y a rayas, como las que llevan los adolescentes.

—Fíjate en esto —indica Hoffmo, que enlaza ambas manos encima de la barriga.

—Puede que sean solo unos vecinos —opino.

—No estoy yo tan seguro —contesta, y hace un apunte en un papel en el escritorio.

Transcurre más tiempo. Pasa un coche del que apenas si alcanzamos a ver las ruedas. Hoffmo toma nota. Estoy empezando a tener mis dudas sobre la propuesta. ¿Qué estoy esperando encontrar? Ahora no consigo hacerme una imagen mental de qué prueba concluyente puede salir de esto. Mientras Hoffmo ha vuelto al avance rápido, me percató de la futilidad de esta búsqueda. La hipótesis que veía tan clara hace un rato en el jardín no va a llevar más que a encogernos de hombros, pues esto no nos va a enseñar nada. El reloj de la pantalla dice que son las dos de la mañana, y luego las dos y media.

—¿No tenemos ni idea de cuándo sucedió? —pregunta Hoffmo.

—Fue esa noche, en todo caso. Si llegamos a las seis ya es tarde, supongo.

Oigo abajo idas y venidas de la señora Hoffmo. Conociéndola, no me extrañaría que nos trajera café. Es de esas mujeres.

—Bueno —dice Hoffmo cuando el reloj se acerca a las tres—. Aquí no está pasando gran cosa.

—Puede que haya venido por el otro lado de la calle —comento.

—Puede, sí.

Son ya las tres. Hoffmo inspira hondo y justo entonces aparece una luminosidad tenue hacia el borde de la pantalla.

—¿Y eso qué es? —pregunto.

Hoffmo congela la imagen. La luz vacila un instante y pone el vídeo en reproducción normal. La luz se acerca. La sigue una sombra que pudiera ser un coche, pero no lo es; es algo más pequeño y lleva una sola luz. Sale de pantalla y la calle queda de nuevo a oscuras.

—¿Puedes rebobinar un poco? —pido.

Pulsa aquí y allá. La luz reaparece. Es un vehículo, creo. Por cómo se mueve, y la velocidad.

—¿Qué puede ser eso? —planteo.

—¿Una moto?

—Podría ser.

Lo pasamos otra vez. Congelo la imagen, pero no nos dice nada. Todo cuanto se ve es la luz, y algo en forma de caja detrás, y algo más detrás de la caja, pero está demasiado oscuro, y la luz delantera hacia la cámara dificulta distinguir el fondo. Hoffmo apunta la hora en su papel.

—Supongo que habrá que entregarle esto a la policía —gruñe Hoffmo—. No porque crea que le van a sacar partido.

La grabación sigue adelante. Estoy por decirle que tengo que volver a casa. Mi hipótesis ha quedado invalidada; no tiene sentido seguir aquí. Entonces vemos algo. Solo una forma oscura en la esquina superior, y algo que se mueve.

—¿Qué debe de ser eso? —digo, y Hoffmo pone el vídeo en pausa y luego a la velocidad normal. El movimiento es brevísimo, acaba en un instante, pero damos marcha atrás y lo vemos de nuevo, y al cabo de un par de intentos, Hoffmo consigue parar la imagen en el momento justo.

Es un pie. Apenas visible, casi fuera de plano, pero en la imagen detenida lo apreciamos con claridad. El pie va calzado con una zapatilla deportiva de mujer que abraza un tobillo delgado. A un lado de la zapatilla se ve un parche bordado. El ángulo de la toma no deja ver bien qué representa, pero no hace falta. Sé de sobra dónde he visto esa zapatilla precisamente antes.

Aquel día de verano que la vi por primera vez. En la terraza, con su marido y unos amigos. Parecía feliz. Jørgen le había levantado la trenza para colocársela amorosamente de nuevo a la espalda. Y ella se había vuelto a mirarlo sonriente. He revisado ese recuerdo a menudo. Se les veía muy afectuosos. Nada en aquella escena hacía pensar que estuvieran decepcionados el uno del otro, que se reprocharan mutuamente el giro que había dado su vida.

Pero Merete no me devolvió el saludo al verme. Se quedó allí parada mirándome. Yo me sentí abochornada por el descaro con que los había estado observando, pero luego pensé que su comportamiento también había sido extraño, eso de permanecer allí quieta. Yo era la nueva vecina.

Era de esperar que, si no se acercaba a saludar, si no entraba a decirme algo, al menos me devolviera el saludo. Que sonriera, que reconociera mi existencia. Que me había visto y entendido quién era yo. Bienvenida a la comunidad, algo así.

En una ocasión, en un contexto por completo distinto y tras una acalorada discusión en una reunión de padres y educadores, le había dicho a Åsmund que Merete era de las que mordían si se las amenazaba.

Corro escaleras abajo a toda la velocidad que puedo, viendo las fotografías de los Hoffmo, esta vez en sentido inverso. Le digo a gritos a Hoffmo que debe llamar a la policía y decirles que acudan al apartamento de Merete Tangen. Es su zapatilla, su pie, y quién sabe si también la bicicleta que le habían robado. Tiene que hacerlo él; yo no tengo tiempo. El pecho me late con sacudidas dolorosas y calientes: los tres chavales en el jardín. Las dos chicas armando un aparato; el chiquillo entretenido con sus coches de juguete. Merete y su periódico. ¿Qué habrá alcanzado a oír de lo que nos decíamos Hoffmo y yo, y hasta qué punto habrá llegado a adivinar cuánto sé a estas alturas? ¿Qué clase de amenaza soy para ella? Tengo que llegar a donde están los míos y llevármelos de allí. Entrar en casa y cerrar con llave. Convertir el apartamento

en una torre fortificada. Llamar a Åsmund y hacerle venir a casa. Soy como un perro pastor que solo piensa en reunir a su rebaño.

Ya casi al pie de la escalera me encuentro con la señora Hoffmo, que viene con una bandeja. He acertado al pensar que desoiría el rechazo de su marido y nos haría café. Paso de largo a su lado sin detenerme; me dice algo, pero no la oigo. Tengo solamente un objetivo, y los contundentes golpes en el pecho me recuerdan, cada uno de ellos, que esto es urgente. Esto ha estado agazapado, potente, en cada hueso de mi esqueleto desde el domingo. Soy vecina de una persona peligrosa. He fallado en muchas cosas, pero a mis hijos los voy a proteger. En eso no voy a fracasar. Meto los pies en los zapatos, olvido la chaqueta; abro la puerta de un tirón y salgo a la carrera a cruzar la calle.

Ya desde el jardín de Hoffmo veo a las dos chicas. Según parece, ya han sacado el dron de la caja, pero no consiguen hacerlo volar. Emma lo sostiene en las manos; Filippa maneja el mando a distancia. Hablan entre ellas. Merete se ha marchado. Lukas también: ya no está sentado en el banco de debajo el manzano.

Paso deprisa la verja y avanzo hacia ellas. Ambas se vuelven a mirarme. Emma está a punto de decir algo, pero me adelanto con un grito:

—¿Dónde está Lukas?

—Está dentro —responde Emma—. Con Merete.

La alcanzo de una zancada; la cojo de un brazo y me la llevo conmigo. A duras penas logra pasarle el dron a su amiga. Filippa se limita a mirarme, y hay una pesada carga en sus ojos, como si tuviera mucho más que trece años.

—¿Qué pasa, mami? —pregunta Emma mientras tiro de ella.

No hay coquetería en su actitud; no está cuestionando nada, sino preguntándome, como lo haría una niña: ¿qué pasa, mami?

—Tenemos que entrar —declaro.

Sigo sujetándola del brazo, como si fuese una delincuente, y no paro mientes en Filippa, que sin duda está mirándonos. Tecleo el código, arrastro a Emma conmigo al vestíbulo y abro la puerta del apartamento.

—Quédate aquí —ordeno con severidad, pero puede que advierta el pánico en mi voz, pujando por romper la superficie, porque no protesta—. Subo a por Lukas.

Emma abre mucho los ojos como cuando estaba asustada de pequeña, la chiquilla que le tenía miedo a la oscuridad y a quien obligué a vivir con ello.

—¿Qué está pasando? —insiste.

Está al borde de las lágrimas. Si tuviera tiempo, me maldeciría por lo que he pensado de ella, por haberme preguntado de qué sería capaz. Sigue siendo una niña. La aspereza de su comportamiento no es más que una cáscara que la protege del mundo, pero no es muy sólida: al hurgar en ella, se viene abajo.

—Emma —digo poniéndole las manos en los hombros—. Escúchame bien. Cuando haya salido, cierra con llave y pon la cadena de seguridad. No dejes entrar a nadie que no seamos papi o yo. A nadie. ¿Has oído lo que te he dicho?

Tiene los ojos húmedos, pero asiente. Me hace caso y sigue mis instrucciones. Mientras subo a la carrera los escalones, oigo los ruidos propios de la llave y la cadena. THIS IS A GREEN HOME, dice el felpudo de la entrada. Alzo la mano y toco a la puerta.

—Rikke —me saluda Merete—. Qué agradable sorpresa. Pasa, pasa.

Su sonrisa es contenida, como es habitual. A Merete no le van los entusiasmos inoportunos. Tengo la respiración acelerada. Trato de recuperar la compostura. Es importante no parecer alarmada. No debe verme temerosa ni desesperada, sino normal.

—He venido a recoger a Lukas —digo—. ¿Está aquí?

—Sí que está —confirma—. Pero ¿por qué no pasas?

Mis ojos barren veloces la entrada. Al lado de sus botas de caña baja están sus zapatillas, esas diminutas que le compramos en primavera. Tienen los lados manchados por el barro del jardín y las puntas desgastadas porque las usa para frenar cuando va en el patinete. De un gancho, junto a la parka de Merete, cuelga su parka acolchada.

—La verdad es que tenemos mucho que hacer —indico.

Me sale una sonrisa exagerada.

—Vamos, anda —dice ella—. ¿Qué prisa tienes? No me dirás que no tienes tiempo para un café.

Se hace a un lado. Trago saliva. No tengo más remedio. Cruzo el umbral de la puerta.

Esta vez no me fijo en los detalles del interior. No tengo opinión alguna sobre el orden o el desorden del salón, y soy incapaz de interpretar el estado de ánimo de Merete a partir de la manera en que dispone las cosas de las que se rodea. Una sola idea ocupa mi mente: encontrar a mi niño. Si miro a mi alrededor es solo en busca de rastros de él. ¿Ha sacado los legos? ¿Hay piezas aquí o allá? ¿Le ha preparado un plato con un sándwich de paté de hígado?

¿Le ha quitado Lukas la corteza al pan, como suele hacer? ¿Hay alguna señal de su presencia aquí, de que todo va bien? Pero no veo indicios de que esté aquí. Eso es lo único que veo. Nada más.

—Siéntate —dice cuando entramos en la cocina.

Paso revista a mi alrededor en busca de huellas, un vaso de leche, cualquier cosa.

—¿Dónde está? —pregunto.

Trato de hablar con un tono neutro. Soy una madre que se pregunta dónde está su hijo como quien atiende una cuestión de logística. Es preciso que Merete no se dé cuenta de lo que sé. Si lo deduce, paso a ser una amenaza, y ella tiene a mi niño. Debo fingir que todo está en orden, pero adivino ya mi fracaso; hay en mi voz una traza de fragilidad y desesperación que no soy capaz de disimular.

—Está aquí —responde con voz calma.

Monta la cafetera y la pone al fuego. Saca tazas y, sonriendo, me ofrece una. Yo intento sonreír a mi vez. Estiro las comisuras hacia arriba, esperando que se queden así. ¿Habrà llegado a oír algo mientras estaba sentada en los escalones del jardín? ¿Habrà oído lo que decíamos Hoffmo y yo sobre lo de las cámaras? Trato de hacer una estimación de la longitud del camino del jardín. ¿Qué distancia recorre la voz en la quietud de una mañana de domingo? ¿Hablabamos en voz alta?

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Muy bien —contesto con un hilo de voz—. ¿Y tú?

—Vaya. —Alza los brazos y los deja caer—. Vamos tirando. Es triste, por supuesto, sobre todo para Filippa. Pero también hay en todo esto una quietud, una paz. Ahora estamos solo nosotras dos. Las chicas. Saldremos adelante.

La cafetera silba al hervor del agua. Merete la coge y vierte un café negrísimo en sendas tazas blancas. Hecho esto, se sienta y toma un sorbo. Yo también. Me tiemblan tanto las manos que tengo que sujetar la taza con las dos, apretándolas un poco para inmovilizarlas. Me pregunto si Hoffmo habrá llamado a la policía. Le pedí que lo hiciera, pero no aguardé su respuesta. ¿Me habrá oído cuando le grité que llamara? ¿Habrà entendido la gravedad de la situación?

—Las cosas no han sido fáciles con Jørgen —comienza a explicar—, como te puedes figurar. Él y yo teníamos, ¿cómo decirlo?, expectativas distintas de nuestra vida en pareja.

Se ríe un poco. Sobre todo para ella misma, me da la impresión. Es una risa dura, áspera. ¿Y si Hoffmo no ha llamado? ¿Qué agudeza de oído tiene

un señor de más de setenta años? ¿Y si no acude nadie a ayudarme?

—Expectativas: es una bonita palabra, como si fuera cuestión de aclarar el estado de las cosas. En cualquier caso, no te puedes ni imaginar cómo ha sido. Åsmund es completamente distinto, y no puedo esperar que lo entiendas. Jørgen podía ser tan desconsiderado. ¿Te sientes bien, Rikke? Te veo un poco pálida.

—Sí —contesto.

No se oye ni una mosca en la casa. Aquí, donde se oye el más mínimo movimiento. Su voz, incluso cuando habla consigo mismo en voz baja cuando está jugando. Sus pasos rápidos cuando va a buscar otra figura del Lego, o cuando viene a mi encuentro porque me ha oído. ¿Está o no está aquí? Pero su chaqueta, sus zapatitos. Siento temblores. Apenas puedo tragar; algo me sube garganta arriba. No me atrevo a imaginar lo que puede significar este silencio.

—¿Sabes una cosa? —continúa ella—. Ni siquiera estoy cabreada contigo. Supongo que tú piensas que sí lo estoy. También yo lo habría pensado de estar en tu lugar. Pero, si quieres que te diga la verdad, no significa nada. Bueno, tampoco nada, pero es que han sido tantas las veces. Han sido tantas más. —Me mira a los ojos, con la frente inclinada, y es una mirada preñada de algo la que me dirige para decir—: ¿Lo sabías? ¿Que hubo otras mujeres? ¿Que no eras solamente tú?

No me queda voz en el cuerpo. Me siento flotar sin amarras. Tengo el cuerpo tenso, rígido y tembloroso. No puedo hacer nada por evitarlo. Me importa poco que lo sepa. Me da totalmente igual que lo sepan todos; que se exponga hasta el más nimio detalle obsceno. Yo solo quiero a mi niño.

Afirmo con la cabeza.

—Tampoco es que lo disimulara muy bien. Cualquier idiota se habría enterado. Mensajes de texto a todas horas, día y noche. Y cómo guardaba ese teléfono. Para hablar se encerraba en su despacho. Era patético. Encontraba dos copas de vino en el lavavajillas al volver de un viaje. A veces hasta encontraba una de ellas con manchas de pintalabios. Ni se molestaba en escondérmelo. Eso era lo peor. Estoy segura de que te habrá contado que yo le había prometido ocuparme de Filippa. ¿A que sí? Que lo presioné para que tuviéramos un bebé; que le aseguré que no tendría que cambiar su forma de vida en lo más mínimo. Puede que hasta se presentara a sí mismo como un santo. Que trató de dejarme, pero que yo fui a rogarle que volviera a cambio de toda clase de promesas.

—¿Dónde está Lukas? —insisto, y la voz me sale ronca, rasposa.

—Pues es una mentira como la copa de un pino —dice—. Sí. Algunas promesas le hice, pero, qué coño, también él me las hizo a mí. Fue él quien me llamó cuando habíamos terminado. Él me pidió volver. Yo le había pedido que no me dejara, eso es verdad, pero fue él quien vino a buscarme. —Inspira. A lo lejos se oye una sirena. Puede que sea solo una ambulancia por Maridalsveien. Puede que no—. Con franqueza, no me arrepiento de haber renunciado a mi carrera.

»Apuesto que te lo dijo, que eso me tenía amargada, pero no es verdad. Me alegro de no tener que pasar doscientos cincuenta días al año de viaje, y de no trabajar cinco noches por semana, aunque claro, eso tenía un coste. Pero para Jørgen no podía haber costes. —Muestra una sonrisa que más parece una mueca, como si hubiera querido estirar los labios—. De modo que ahí lo tienes —dice—. Aquello que negociamos quince años atrás no puede renegociarse. Y yo era joven y estaba enamorada. Así se es cuando se está enamorada y dispuesta a aceptar cualquier cosa con tal de tener un hijo con la persona a la que se ama. —Pone la vista más allá de mí, más allá de la ventana—. Para mí no ha sido un sacrificio quedarme en casa con Filippa —reitera con convicción—. No en esas condiciones. Pero creo que podía esperar algo de él también.

»Y luego está lo del dinero. —La sirena se extingue y se me cae el corazón al suelo. ¿Me encuentro completamente abandonada?—. Ocho alumnos de piano por semana y alguna que otra actuación no dejan mucho dinero —dice—, y menos como para comprarse un apartamento en Tåsen en caso de que lo hubiera dejado. Con lo que me quedase de la venta del piso y lo que pudiera esperar que el banco me prestase no habría forma humana de que pudiera comprarme algo en esta parte de la ciudad. Puede que ni siquiera cerca. Me tendría que mudar lejos. ¿Y qué podría hacer yo en el campo? ¿Qué haría Filippa? Es por lo único por lo que odio a Jørgen, porque dependía de él para salir adelante.

»Tú pensarás que es por celos, ¿a que sí? En definitiva, todo esto es de lo más sencillo. Él ha muerto; nosotras heredamos. Cuando este apartamento sea nuestro, podremos seguir adelante con nuestra vida. —Ahora vuelvo a oír sirenas fuera. No sé si es porque lo estoy deseando, pero da la impresión de que se acercan—. Él destruyó nuestro matrimonio —afirma, y ahora le tiembla la voz un poco; hay ahí un resentimiento que no consigue disimular—. Me ha pisoteado, humillado. Hizo siempre exactamente lo que quiso. Con una amiga de mi infancia. Con la vecina.

»Y sin embargo yo traté de hacer que esto funcionara. Fue él quien lo hizo todo insoportable. —Las sirenas se acercan. Ahora estoy segura. Se me acelera la respiración—. Así que pensé: si quiere cagarse en todo lo que tenemos, si quiere explotarme, abandonar a su familia... entonces yo lo voy a explotar a él. El divorcio es imposible, me destruiría; me obligaría a mudarme, a empobrecerme. Y ha sido su culpa, ha sido su decisión hacer de este matrimonio algo horrible. Después de habernos demostrado tan a las claras que no le importábamos, no me parece escandaloso que Filippa y yo vivamos como vivíamos antes de que la familia se cayera a pedazos. —Hay luces azules reflejadas en la superficie de los armarios a su espalda. Merete inspira una larga bocanada de aire, y oímos puertas de coche que se cierran de golpe—. En fin —dice—. Por lo visto hay algo en lo que no había pensado. En adelante tendremos que apañarnos como mejor podamos, Rikke. No estoy cabreada contigo, o bueno, tal vez un poco. Pero no te odio como lo odio a él.

Se oye el portazo de la puerta del portal, y el ruido de botas en la escalera.

—¿Dónde está Lukas? —pregunto casi sin voz.

Alguien aporrea la puerta.

—¿Hay alguien? —grita un hombre—. ¡Abrid la puerta!

Merete se pone de pie. Inspira hondo, como preparándose para lo que viene. Se vuelve hacia el pasillo y echa a andar, casi como si desfilara, como una concertista de piano que sale al escenario. Ya a medio camino de la puerta, se vuelve a mí y dice:

—Lo encontrarás en el ático.

Salgo a toda prisa de la cocina y paso de largo a su lado mientras ella avanza hacia lo que la espera al otro lado de la puerta. Paso a la carrera delante de la puerta cerrada del despacho y subo los escalones de tres en tres.

Lo veo cuando aún voy subiendo. Su cuerpecito yacente al lado de la cama de día. No hay piezas de Lego a su alrededor; no hay nada más que él, inmóvil sobre la alfombra. Grito de una forma de la que no me sabía capaz y que me sube en línea recta desde el estómago; es un aullido de la noche de los tiempos, un eco de miles de años de evolución, de madres que encuentran el cuerpo de sus hijos. El instinto me lo dice en cuanto lo veo, echado de costado, con una manita entreabierta junto a la cabeza, con la tirita verde y sucia que le abraza el dedo índice: que nunca jamás voy a sobreponerme a este momento, que pasaré el resto de mis días lidiando con esto.

Los microsegundos transcurren muy despacio. Estoy a punto de abalanzarme sobre él, de coger ese cuerpo sin vida en mis brazos y pensar, como suelo hacer, en lo liviano que es. Lo es todo para mí, y no pesa casi nada.

Y entonces se le eleva el pecho. De sus labios se escapa un levísimo gemido. El grito que estaba conteniendo durante aquellos interminables minutos en la cocina de Merete sale de mí sin que pueda impedirlo, y Lukas se gira, mueve la manita con la tirita y se pone boca abajo. Levanta la mirada. Mi alarido lo ha despertado.

Al instante siguiente estoy a su lado; doy los últimos pasos y me echo al suelo. Lo cojo en mi regazo. Se me acurruca con gesto adormilado y gime, asustado por mi pánico, pero lo abrazo igual con todas mis fuerzas. Hundo la nariz en su cabello despeinado. Siento su cuerpo cálido y vivo contra el mío. Y así me encuentra la policía cuando sube en tromba la escalera: caída en el suelo del ático, llorando con violencia mientras estrujo a mi niño de la suerte contra el pecho.

Reina en la casa otra clase de paz esta noche. La policía se la ha llevado. Han hablado conmigo, han tomado notas y me han citado mañana en la comisaría para prestar declaración. De Filippa cuida alguien, es de suponer. Arriba no hay nadie. Todo es silencio, pero es un buen silencio. Los Sparre no han vuelto todavía, y tampoco Saman y Jamila parecen estar; puede que sí que se hayan marchado de vacaciones, como me comentó Saman. Pero nosotros cuatro estamos aquí. El apartamento es cálido y acogedor; estamos todos en casa.

A Lukas le ha costado dormirse. Le he dado su baño y lo he peinado, y le ha quedado el pelo pegado a la cabeza. He desinfectado la herida invisible de su dedo índice y le he puesto una tirita nueva. Le he cepillado los dientes y le he puesto un pijama limpio. Le he leído todos los cuentos que me ha pedido. Me he quedado acostada a su lado, sujetándolo con fuerza, sintiéndolo moverse; lo he reconfortado cada vez que se ha puesto a llorar. Sí, sí, mi niño de mi corazón, le he dicho.

—No te marches —me ha pedido.

Y se lo he prometido, faltaría más. No voy a moverme de aquí. Puede pedirme lo que quiera. Estoy tan agradecida, tan abrumada por la dicha de tenerlo todavía con vida.

No salgo de su habitación hasta que se ha quedado dormido, y he dejado la luz encendida, así como la luz de sus dinosaurios. Dejo la puerta entreabierta para poder oírlo. Al primer lloriqueo volveré corriendo. Velar por él es mi trabajo, y no lo pienso descuidar jamás.

Antes de subir toco a la puerta de Emma. Pasa, me dice. Está sentada en la cama, viendo series en la tableta. Hoy he dejado que se la lleve a su habitación. Esta noche nada está prohibido.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí, claro —contesta—. ¿Y tú?

Me hace tan feliz que me lo pregunte y que no haya ni rastro de sarcasmo ni de venenosa insinuación. Se pregunta si estoy bien. Nada más.

—Bien, cariño —digo—. Todo está bien.

—¿Lukas está dormido?

—Sí.

—Qué bien.

Es todo lo que hablamos, pero mientras subo la escalera me digo lo mucho que agradezco eso también. Me prometo ser mejor con ella. Convertirme en un modelo a seguir. Y mostrarme mucho más paciente. Preguntarle más cosas, pero sin inquisiciones. Escuchar cuando me conteste.

Åsmund está en la cocina. Lo oigo canturrear allí dentro. Respiro. Sé lo que debo hacer.

Me da la espalda mientras friega las cacerolas que hemos usado para la cena. Lo miro. Ha sido mío durante más de la mitad de mi vida. Nos sabemos de memoria. Me aclaro la garganta y él se vuelve a mirarme.

—Åsmund, te tengo que decir una cosa.

Segundo jueves

La masilla del sellado se agrieta cuando paso el cepillo con excesivo vigor. Como la esponja metálica no llega a los intersticios de los azulejos, cojo un cepillo de dientes sin estrenar, y eso es lo que uso en este momento. Cumple con su cometido; llega allí donde otros utensilios más grandes fracasan. Voy a limpiar hasta el último rincón del baño, con su suelo y paredes alicatadas. Es una labor infernal, pero no me daré por vencida. A decir verdad, estoy encantada con este trabajo de mierda.

—Ahora descansa y cuídate —me ha dicho mi amiga.

Estaba pasando la esponja metálica cuando ha llegado, de eso hace dos horas. Ha venido a recoger a los chicos, pues se los lleva al cine y después a un MacDonald's para que yo disponga de tiempo para mí misma.

—Es un ejercicio de reconstitución —ha comentado—. Mira una peli o lee un libro. Sal a correr o pide cita para un masaje. ¿Por qué no?

Pero no le he hecho caso. Solo quiero limpiar el baño. El lunes limpié el apartamento entero: quité el polvo, pasé la fregona por el suelo de cada habitación. Intenté tomarme el martes con calma para estar con los chicos: con Emma, que no dice ni pío, y con Lukas, que cuando entra en casa pregunta por papi. Siempre trato de contestar con algo inocuo, para que me vean como un apoyo sólido al que acudir, pero no lo consigo. Ayer, al enésimo «¿cuándo llega papi?», me eché a llorar. Y para no venirme abajo por completo delante de ellos me puse a limpiar la cocina. Vacié todos los armarios, ordené toda la despensa, tiré a la basura los alimentos caducados y limpié los estantes, los rincones, los resquicios adonde van a parar y se solidifican granos de azúcar y semillas. Volví a colocar lo que aún podía comerse; dispuse lo que debía ir en el estante de las especias en orden alfabético. Limpié a fondo el horno. Hoy toca el baño. Lo he vuelto a limpiar. Todos los armarios, todos los estantes. Limpié con un cepillo la taza del váter. Pero no logré quitar toda la mugre de las juntas de los azulejos, así que hoy me he dedicado a fondo. Nadie podrá criticar mi obra cuando haya acabado. Yo misma veo que exagero cuando provocho estos descascarillados. Lo estoy estropeando, pero me da igual. Lo que importa es que quede limpio.

Así se lo he dicho a mi amiga.

—Al menos esto lo tengo que dejar bien limpio. La mugre debe desaparecer.

—Rikke —ha insistido—. Está limpio.

—No lo suficiente.

—Me parece que deberías soltar esa esponja. Me parece que te tienes que relajar un poco.

Pero a mí no me lo parece.

Este es el cuarto día. No me ha llegado ni una palabra de él. No sé lo que eso significa. Por eso limpio. Es una labor razonable, física y simple, y tiene un propósito claro. Vale, puede que lo de pasar el cepillo de dientes no; lo reconozco. Es un poco exagerado. Pero en este momento no me puedo dar por vencida.

Al segundo día vino a verme Ingvild Fredly. Fue durante el día. Los chicos estaban en el colegio y en la guardería. Yo estoy de baja por enfermedad. El médico por fin se ha decidido a recetarme pastillas para dormir, de modo que por las noches duermo, pero no sirve de nada: al despertar me encuentro igual de cansada. Ingvild se sentó a la mesa de la cocina y me miraba vaciar los estantes.

Dijo:

—Has hecho lo correcto.

Dijo:

—Dale tiempo.

Dijo:

—Las cosas se arreglarán por sí solas, de una forma u otra.

Pero yo no quería escucharla. No me quedaba paciencia para palabras reconfortantes. No sé lo que quieren decir. Solo hay una manera de arreglar esto. Y no quiero que me reconforten, y mucho menos ella. También se lo dije.

—No se van a arreglar. Además, ¿qué coño sabes tú? Yo lo único que sé es que voy a limpiar la casa; es mi trabajo. Y tú no me puedes ayudar, así que tú dirás qué estás haciendo aquí.

—Entonces, mejor que me marche ahora —comentó, y esas fueron las únicas palabras sensatas que pronunció.

A veces me pongo a llorar mientras limpio. A veces solo trabajo. Hice lo que tenía que hacer. A ultimísima hora, cierto, y sin alegría ni sensación de satisfacción moral, pero lo hice. La obra de una conciencia culpable ha sido realizada. Mi propia labor acaba de empezar.

Ahora me espera el suelo. Estoy de rodillas, frotando tan fuerte con el cepillo de dientes que se le doblan las cerdas. Åsmund es un limpiador maniático; cepilla con demasiada energía. Todos sus cepillos se parecen a este. Esta mañana me eché a llorar al darme cuenta, pero no me quedaban ya lágrimas. Me limito a frotar. Trabajo con gestos mecánicos. Reconstitución, dijo mi amiga. No sé qué será eso, en verdad. Una penitencia, a lo mejor. O un intento de arreglar las cosas.

Oigo el golpe de la puerta del portal. Es él, me digo. Me incorporo y escucho. O puede que sean ellos, mi amiga y mis hijos. A lo mejor Emma se puso a la defensiva y se negó a ver la película, que, reconozco, estaba destinada más bien a la franja de edad de su hermanito. O puede que a Lukas le diera un ataque de llanto a la entrada del cine. Puede que a mi amiga no le quedara más remedio que cogerlo en brazos y traerlo a casa. Me levanto. Tengo las rodillas rígidas y doloridas; la que me había lastimado me duele más que la otra, que también me ha empezado a doler. Entro cojeando en el salón, cepillo de dientes en ristre.

Ahí está. No parece él, está pálido y demacrado. Tiene la cara más delgada; parece más joven y viejo a la vez, como si las arrugas hubiesen desaparecido al mismo tiempo que el estrés se le ha instalado en los rasgos para darles relieve. Ha estado llorando. Claro que ha llorado. Åsmund llora en bodas y bautizos; no lo puede evitar. También yo me quedo ahí parada.

Dice:

—Hola.

Digo:

—Hola.

Dice:

—¿Y ese cepillo de dientes?

—Estoy haciendo limpieza.

—Ah.

La casa está en silencio; lo único que se oye es el viento de otoño fuera.

—¿Vuelves a casa? —pregunto.

Dice:

—No tienes ni idea de lo que ha sido esto para mí, Rikke. —Niego con la cabeza. Tiene razón. No lo sé—. No me puedes hacer esto. ¿Lo entiendes? Duele demasiado. —Mira a su alrededor. Examina las paredes—. No puedo pasar por esto ni una vez más. Espero que lo entiendas. Esto no puede volver a suceder nunca más.

Asiento. Él no se imagina, no puede entender lo segura que estoy de eso. Jamás volveré a hacer algo semejante. Pero no consigo articular las palabras, así que me limito a gesticular con la cabeza. También percibo la impronta de esas pocas palabras: nunca más. Los contornos de una segunda oportunidad.

—Porque si lo haces... —continúa, y se le quiebra la voz.

Dejo caer el cepillo de dientes y corro hacia él. Apoyo la cara en su hombro y respiro su olor. Es el olor de la habitación de su infancia en Haslum, donde nos metíamos con el televisor portátil que sus padres le habían dejado a todo volumen para que no se nos oyera haciendo el amor.

—¿Vuelves a casa? —susurro.

—Sí —contesta con voz ronca—. Supongo que sí. No sé adónde iría si no.

Cuarta parte
Solo un pobre diablo

Último día

El aire acondicionado cae derrotado con el calor. En el techo hay un termostato de la temperatura y, por mucho que lo haya puesto al mínimo, estoy empapada en sudor. Fuera todo está en calma. Miro río abajo y casi no hay nadie: un par de turistas de vez en cuando; algunos jóvenes con toallas y cestas de camino al parque o a la zona balnearia de Nydalen. Una pareja avanza con un cochecito de bebé. La mayoría de la población se ha ido de vacaciones al extranjero o a su chalé. Los que se han quedado deben de estar en la costa o en alguna de las islas. En el trabajo no hay casi nadie; en los últimos dos días hemos estado únicamente dos: el otro es un doctorando a punto de concluir su tesis. Lo saludo al verlo y me responde con una sonrisa mortificada antes de reanudar su labor.

Una mosca pequeña zumba en el alféizar de la ventana. No sé cómo ha entrado, porque el funcionamiento del aire acondicionado depende por completo de que no abramos las ventanas, algo con lo que la jefa de Recursos Humanos nos ha dado la vara hasta la saciedad; consigna que ha de ser respetada, pues el castigo reservado a los infractores es tan riguroso que hemos decidido que no merece la pena saltárnosla. Puede que se haya colado aprovechando mi entrada y que ya había cerrado con llave. La observo. Revolotea a izquierda y derecha; se estampa contra el vidrio de la ventana; se recompone y lo vuelve a intentar un poco más allá. Intento percibir una pauta en sus movimientos; ver si trata de recorrer la mayor extensión posible o no hace más que arrojararse aquí y allá, presa del pánico.

Se supone que estoy trabajando. Tengo algunos documentos abiertos en el ordenador, pero con el calor es difícil de verdad concentrarse. Este año no vamos a ningún sitio. La casa nueva cuesta un riñón, a pesar de lo que sacamos de la venta del apartamento de Kastanjesvingen, así que nos quedamos aquí. Åsmund y yo alternamos nuestras semanas de trabajo, y en familia hacemos cosas que nos gustan. Me he reservado tres semanas seguidas en julio, y a mis colegas les he hablado de todo lo que tenía previsto adelantar en ese tiempo. Aquí no va a haber nadie, les digo. Ni reuniones, ni pedidos nuevos que poner en lista de espera. Sin perturbaciones. A comienzos de junio, lo que me veía capaz de hacer no parecía encontrar límites.

Nos mudamos a la casa nueva muy poco antes de Navidades. Saltaba a la vista que nos resultaba imposible seguir residiendo en Kastanjesvingen; ni Åsmund ni yo habríamos sido capaces de continuar ahí. Encima, solo era cuestión de tiempo que mi historia con Jørgen pasase a ser de dominio público. Se propagaría por la comunidad. El ama de casa y su pandilla cuidarían de que se corriera la voz; y ya sabía lo que se diría de mí, la alegría con que se me iba a condenar. No quería que Emma fuese a clase en Bakkehaugen cuando eso ocurriese. Puede decirse que huimos. A lo largo de dos meses insoportables nos alojamos con la madre de Åsmund, a la espera de que llegase el momento de la mudanza a la casa donde hoy vivimos. Pero puede que también ella se hastiase de nosotros, porque desde que entramos en la nueva vivienda se ha vuelto más ausente de lo que me había imaginado.

El apartamento salió a la venta a finales de octubre, y ya para entonces acampábamos en casa de mi suegra. El banco nos había advertido que lo del asesinato podía ponerle trabas a la venta, pero la voluntariosa agente inmobiliaria que contratamos no le encontró el más mínimo reparo.

—No temáis —nos dijo cuando le mostramos los espacios vacíos—. Este apartamento se vende solo. Acabo de vender uno por el estilo en la ciudad jardín hace un par de semanas, y los precios se han disparado.

—¿Estás segura? —pregunto—. Al vecino que vivía arriba lo mataron, como sabes.

Nos encontramos en la cocina, y desde allí admira las vistas al jardín por la larga sucesión de ventanas. Se da media vuelta y me mira a mí.

—Créeme —dice dedicándome su sonrisa con pintalabios más convencida—. Esto es Tåsen. Un asesinato no tiene nada que ver con el precio de la propiedad. Y mucho menos si tiene tres dormitorios y acceso al jardín.

Y tenía razón. Vendimos el apartamento por medio millón más allá de lo estimado.

La casa nueva es una vieja vivienda unifamiliar en Bærum, pegada a los bosques, y a un breve trayecto en coche de la casa de mi suegra. La urbanización es extensa, y las casas parecen cajas, pero no está mal. Llevamos seis meses aquí y nos hemos aclimatado, quién sabe si echado raíces. Lukas va a una guardería cercana. Emma fue popular desde el primer día de colegio, y ya antes del siguiente curso solía encontrarme a jovencitas de parkas ajustadas y bolsos de diseño esperándola fielmente cerca de nuestro garaje todas las mañanas. Habíamos prometido a nuestros antiguos vecinos que iríamos a verlos para tomar un café, pero hemos ido posponiendo la visita a Tåsen. Jamila me mandó una vez un mensaje de texto, y yo respondí de forma

amistosa, pero sin proponer una fecha. Luego nos vimos desbordados por la infinidad de cosas que implica una mudanza, pero le aseguré que, pasado aquello, iríamos con mucho gusto. Es posible que después se enterasen de cuál había sido mi papel en el preludio al asesinato, porque dejaron de llegarnos invitaciones que rechazar. Emma mostró una impresionante capacidad para dejar de lado cuanto fuera irrelevante. Desde su primer día en el nuevo colegio nunca le oí una sola palabra sobre las amigas que había dejado atrás, y nadie en casa volvió a mencionar a Simen Sparre. Ni Åsmund ni yo le preguntamos nada sobre el último gato muerto, aunque habíamos convenido en un par de ocasiones que lo haríamos pronto. De alguna manera, el asunto dejó de parecernos pertinente. Era algo tan extravagante que casi se hacía difícil imaginar que hubiese sucedido. Tanto es así que llegué a preguntarme si no habría soñado acerca de las pruebas circunstanciales que creía poseer, o si las habría imaginado. En definitiva, era raro que hablásemos de nuestra antigua comunidad. Tampoco pensábamos mucho en eso. En la única persona en la que pensaba a menudo era Filippa Tangen. Su mirada oscura resultaba difícil de olvidar, pero me decía que el tiempo terminaría por borrar también ese recuerdo. Habíamos comenzado una nueva vida, y había sido sorprendentemente fácil.

Más allá de la ventana, el aire es cálido y espeso. Soy casi la única persona presente en todo el edificio, testigo de la derrota del aire acondicionado ante los elementos, y se me hace imposible concentrarme. Las ideas son hilachas pastosas, y el trabajo se me antoja carente de sentido. Me imagino a Åsmund atareado en el jardín. Pronto habrá que ir a comprar comida. Y mañana la oficina estará igual de desierta; no habrá nadie que me pregunte cuánto he avanzado, y tampoco tengo fechas límite que acatar. Y me digo: al diablo con esto. ¿Para qué?

La manilla de la ventana está dura; está claro que le he hecho caso a la jefa de Recursos Humanos, porque esa ventana lleva meses, quién sabe si años, sin abrir. He tenido que emplearme a fondo y ayudarme con el hombro para poder abrirla. La mosca cae, desconcertada, en la inmensidad de la nada. El calor del exterior me golpea la cara, pero al menos he liberado al animalito. Cierro la ventana, recojo mis cosas y camino a la salida. En el pasillo me despido de mi abnegado colega, que levanta la mirada del ordenador y me dirige su acostumbrada sonrisa forzada.

Ya en el ascensor, bajando hacia la salida, me pregunto si no le habría venido mejor a la mosca quedarse dentro, donde la temperatura es al menos tolerable y donde los cubos de la basura en los que se tiran las sobras de comida se vacían solo una vez por semana. ¿Cuánto tiempo sobrevivirá ahí fuera?

En la plaza que se abre frente al despacho el calor es una masa inmóvil. Ya no traigo la bici hasta aquí. La dejo aparcada junto a la estación de metro de Bærum, pero, al salir del edificio, me detengo. Se ve la reverberación del aire encima del asfalto. Me quedo un rato mirándolo; es un fenómeno térmico que rara vez se percibe aquí, en el norte, y mientras miro aparece una silueta en mi campo visual. Viene empujando una bicicleta de ruedas muy finas; lleva los hombros al descubierto y sus pantalones de licra ajustados a sus fornidas piernas. En la cabeza, por encima de su abundante cabellera que cuelga en mechones empapados en sudor, se ha puesto un casco que la hace parecer un champiñón. Alza una mano para saludarme y se encamina a mi encuentro. Sí que es ella. Aquí, delante de mi lugar de trabajo.

—Lo peor es el casco —dice con su marcado e inmutable acento del norte—. Me siento idiota llevándolo puesto, pero mi pareja insiste. *Safety first*, ya sabes.

—Ingvid —le digo—, ¿qué haces aquí?

—He salido a pasear en bici.

Se acerca a mí y me da un abrazo. Me dejo abrazar y veo gotitas de sudor sobre las pecas de sus hombros.

—¿Entonces se acabó la moto? —pregunto.

Ingvid levanta la vista al cielo.

—Por lo que dicen, es más sano pedalear —contesto—. Mi pareja insiste también en eso. Yo no sé; el otro día un autobús casi se me lleva por delante en un cruce. De haber ido en moto, eso no me habría pasado nunca, pero qué le voy a hacer. Hoy en día se supone que vamos todos en bici. ¿Y tú?

—Yo cojo el metro —replico.

—Cierto —dice—. ¿Os habéis mudado?

—Sí. A Bærum. Terminamos por comprar una casa allí.

Eso la hace sonreír. Me trae a la memoria algo que había notado en la época en que salía con aquella amiga: que a veces se le ve en la mirada un destello que te demuestra que te mira por dentro.

—A decir verdad, ha resultado mucho mejor de lo que esperaba —explico, tal vez con demasiada prisa—. Ya sabes que no me atraía la idea, bueno, supongo que lo sabes, con todo lo que escribí en aquel correo, pero la verdad es que es de lo más agradable. Hay verde por todas partes. Y el trayecto a la ciudad no es tan largo, al fin y al cabo. Te das cuenta una vez que vives allí.

Parpadea rápidamente y a continuación me felicita por la nueva casa. Parece del todo sincera. Le cuento que tengo previsto trabajar todo el verano.

—También yo me pasaré la mayor parte del verano en la ciudad —comenta.

Y guardamos silencio, dejando vagar la vista alrededor de nosotras.

—¿Hacia dónde vas? —pregunta—. A lo mejor podemos hacer parte del trayecto juntas.

—Puedo subir a Nydalen —sugiero— y coger el metro allí.

—Genial —dice—. Yo prefiero empujar la bici. Así al menos no tengo que llevar el casco puesto.

Andamos en silencio por el sendero que baja al río. Ingvild Fredly lleva la bicicleta con movimientos violentos y bruscos. Carece de la agilidad que da la experiencia, cuando has llevado una bici así tantos años que ya forma parte de ti y sabes por instinto cómo va a reaccionar la rueda si choca contra el bordillo de la acera o en una cuesta. El camino a orillas del río está casi desierto y paseamos lado a lado sin tropiezos. Nadie necesita adelantarnos.

—Bueno —informa Ingvild—, pues el tribunal pronunció el fallo hace ya unas semanas.

—Sí —digo—. Ya lo sé.

—Doce años —continúa—. No es mucho. Saldrá en diez.

Asiento. A pesar de todo, leerlo me provocó un estremecimiento. Merete pasará la próxima década en una celda. Cuando Filippa tenga su primer novio, cuando empiece a ir a fiestas y pase la noche fuera, cuando empiece bachillerato, cuando se gradúe. Cuando se marche de casa y pase su primer examen. Todo eso lo tendrá que seguir de lejos. Y luego pensé: Jørgen no verá nada de eso. Merete lo privó de esa posibilidad al quitarle la vida. ¿Por qué voy a sentir lástima por ella?

El juicio me llenaba de miedo. Mi nombre no fue divulgado, y ya para entonces no vivíamos en Tåsen, donde la gente sabía que era yo, pero de todas formas lo viví como una carga opresiva. Antes de mi testimonio, seguí las deliberaciones por la prensa. La cobertura mediática fue enorme. Uno de los periódicos tenía a un reportero a cargo de actualizar las novedades del caso con regularidad, de modo que podías seguir el juicio casi minuto a minuto.

Merete se presentó bien, me pareció. Aun cuando la prensa, antes incluso de empezar el juicio, la había descrito como una calculadora reina de las nieves, ese rasgo fue desdibujándose a medida que se explicaba en el juzgado. El reportero que ponía al día la página parecía sentir simpatía por ella. Merete relató que su matrimonio había estado plagado de dificultades desde el primer día. Los lances amorosos de Jørgen habían sido muchos y omnipresentes, motivo por el que abundaban las pruebas, como señaló escuetamente la defensa. Más adelante aportaron pruebas de sus relaciones con cuatro

mujeres, incluida yo. Dos de ellas habían terminado hacía años. En mi opinión, no me parecieron muchas, si se piensa en lo que la defensa había prometido demostrar, pero por lo visto el tribunal no compartía mi parecer, y la acusación evitó presentar a Jørgen como un notorio donjuán. Merete contó todo lo que había hecho por salvar la relación; al principio tratando de darle lo que quería para que fuese suficiente, y en vista de la falta de resultados, intentando aceptar que él era así y que no había nada que hacer. ¿Por qué no lo había dejado?, preguntó la defensa. Y a esta pregunta, su emotiva respuesta fue que su situación financiera le hacía del todo imposible proveer de todo lo necesario para sí misma y para su hija. El acuerdo al que habían llegado era que él traía el dinero y ella se ocupaba del hogar, y aquel acuerdo la había privado de la posibilidad de separarse, a menos que hubiese estado dispuesta a perderlo todo. A Jørgen aquello le iba de perlas, dijo. Lo que ella me había contado en la cocina de su casa, cuando yo temía por la vida de mi hijo, había sido pulido y adaptado a las necesidades de su argumentación: él la había explotado; la víctima era ella.

El día que se habían ido de acampada, había decidido enfrentarse a él, le dijo al jurado. Su plan consistía en volver a casa en medio de la noche y pillarlo con las manos en la masa. Había escondido la bicicleta de la familia pensando en ello, y hacia las dos de la madrugada se levantó, se equipó con una linterna frontal, caminó la media hora que distaba el lugar donde acampaban del aparcamiento, recuperó la bicicleta y pedaleó hasta Tåsen. Aparcó la bici a alguna distancia, poco más allá de la verja de los Hoffmo; fue a la casa y tocó el timbre. Jørgen le abrió la puerta. Se encontraba a solas, de modo que en eso su plan fracasó. Y, sin embargo, acabaron enzarzados en una riña de las malas. Le echó en cara lo que sabía. Con la voz ahogada en llanto, le habló al jurado de las pruebas que tenía: los mensajes de texto que había leído, los paquetes de preservativos que le había encontrado en la maleta. También salió a escena la copa de vino manchada de pintalabios. En una ocasión, hasta había hallado un sujetador que no era suyo. Jørgen reconoció que le era infiel, pero se negaba a considerarlo un problema. Opinaba que tenía todo el derecho de hacer lo que le viniera en gana. Si eso le planteaba un problema, ¿por qué no lo dejaba entonces?, le había dicho Jørgen.

—Pero, claro, eso no podía hacerlo —se justificó Merete—. Él se había asegurado de que así fuera.

A continuación, contó que, después de reñir un rato, Jørgen había puesto punto final a la discusión marchándose a su despacho. Ella estaba fuera de sí; se sentía pisoteada, sin salida. Y al abrir la puerta del despacho y encontrarlo

dormido encima del teclado, al entender que no solo no le importaba cómo se sintiera ella, sino que además la discusión que habían tenido para él carecía de importancia al punto de que se había quedado dormido en medio de la refriega, ella fue a la cocina y escogió el cuchillo más afilado que tenían.

El tribunal le dedicó no poco tiempo a ese aspecto. Merete pretendió haber actuado impulsada por las pasiones. Que, por muy mal que estuvieran las cosas entre ellos, jamás habría hecho algo semejante con premeditación. Y por una sola razón: por el dolor que la dramática muerte de Jørgen y su propio crimen le habrían infligido a su hija. Había una sola cosa que para ella era lo más importante en la vida, y eso era el bienestar de Filippa. No, había viajado de regreso a casa solo para pillarlo in fraganti; no había previsto nada más allá de una confrontación. Pero, al verlo dormido, quince años de humillación y explotación la habían desbordado y la habían llevado a la desesperación. La acusación afirmó que el crimen había sido premeditado, pues para qué, si no, habría simulado el robo de la bicicleta, la habría guardado en un depósito durante meses, habría viajado a Skar para esconderla allí y luego se habría asegurado de que alguien la condujese al bosque. Merete justificó todo por la necesidad de que Jørgen quedase convencido de que ella no tenía manera de volver a casa por sus propios medios, para que él se sintiera a salvo con la idea de que podía invitar a alguna de sus amantes. A mí me pareció que actuaba acertadamente. Inspiraba compasión sin por ello perder la dignidad.

Una parte de mí pensaba que la prensa se volvería contra ella al oírla presentar sus tribulaciones. ¿Tan desesperada era su situación solo por la perspectiva de no poder seguir viviendo en Tåsen? Pero, para mi sorpresa, la prensa no pareció verlo de esa manera. Uno de los principales periódicos citó a la defensa de Merete en un reportaje que firmaba una joven académica de alto perfil y de aspecto parecido al de Rebekka Davidsen. Me sorprendí preguntándome qué habría opinado Jørgen del caso. «Las mujeres siguen sufriendo la disparidad económica entre sexos —escribió la académica—. No porque sea físicamente imposible emanciparse, sino porque para ello se nos exige que renunciemos a la vida que tenemos».

El reportaje suscitó voces críticas, pero no tantas considerando que hacía apología del asesinato, y la crítica —la que hubo— fue contenida y pasó desapercibida, y en ningún momento puso en tela de juicio los motivos de Merete. Al contrario, daba la impresión de que mucha gente veía en Merete al arquetipo de mujer fuerte y orgullosa, que lo había sacrificado todo durante demasiado tiempo y que había dicho basta.

Luego me tocó a mí. Antes de ir a declarar, llamé al juzgado y hablé con la fiscal del caso. Me dijo que respondiera a las preguntas con toda honestidad. Nada debe temer el que dice la verdad, manifestó, pero de todos modos esa noche apenas dormí. Por la mañana me senté junto a la ventana de mi nuevo salón contemplando la multitud de casitas para pájaros azules y blancas que se veían dispersas a lo largo y ancho del pequeño valle en el que vivíamos, donde la gente dormía en su cama, separados de sus vecinos por tan solo una pared, y ansié poder cambiar de sitio con cualquiera de ellos.

La acusación me llamó a mí en primer lugar. Quisieron saber cómo había sido mi relación con Jørgen. El correo que le había enviado a Fredly formaba parte de los elementos probatorios, de modo que di una somera explicación de lo que había escrito en él. Como era de prever, las preguntas de la defensa no tardaron en centrarse en el sexo: con qué frecuencia, durante cuánto tiempo, cuántas veces, pero me hallé extrañamente aislada de todo aquello. Respondí con neutralidad; presenté mis mejores estimaciones. Para terminar, me preguntaron por aquel domingo en casa de Merete, y después de aquello me pude ir a casa.

Me encontré con Jamila en el receso; le tocaba a ella declarar a continuación. No me dio un abrazo; se limitó a darme la mano y el apretón fue flácido y desinteresado. Su boca era una línea recta en la cara y no me miró a los ojos. Llevaba un jersey negro ajustado, de modo que la prominencia de su barriga saltaba a la vista. A Saman no lo vi, pero puede que anduviera por allí con ella.

También Åsmund fue citado a declarar. No seguí su testimonio en línea. No quería oírle contar cuánto había sufrido. La familia Sparre en pleno también hubo de presentarse, pero más adelante, y, una vez pasada mi comparecencia, mi interés por el caso fue menguando. La prensa lo reseñaba de vez en cuando, pero dejé de leer esas noticias. Bajo mi punto de vista, para nosotros aquello había terminado. Debíamos cerrar ese capítulo.

El fallo se pronunció hace algunas semanas. Lo leí en la prensa. Sentí una inexplicable punzada de simpatía por Merete, cosa que no le mencioné a Åsmund. Dejé el periódico a un lado y me dije: Pues vaya. El artículo decía que era probable que no presentase recurso, y me alegró leer eso. Filippa, por lo que entendí, vivía actualmente con un pariente cercano; sin duda una de las hermanas de Merete. Fingí considerar la posibilidad de ponerme en contacto con ella, pedirle perdón por lo que había hecho y presentarle mis condolencias. Pero fue solo un número que me hice a mí misma: en el fondo

nunca dudé de que, ahora que las diligencias judiciales casi habían acabado, iba a dejar toda aquella historia atrás para siempre.

—Ha sido como tenía que ser —le comento a Ingvild—. El caso ha quedado resuelto. Eso es bueno para vuestras estadísticas, ¿no?

—Sí —responde—. Bueno, para las estadísticas de Gundersen. Pero así es. Lo que cuenta es dar con el culpable y que le impongan su sentencia. Ya sabes: cumplir nuestra misión en la comunidad.

—Sí.

Caminamos un trecho en silencio. Sospecho que hay más. Fredly quiere decirme algo. Yo no quiero oírlo. Ando en silencio junto a ella y confío en que acabe por no decir nada. Tendría que haber cogido el autobús y no haberme prestado a ir con ella.

—Es solo que hay varias cosas que no cuadran del todo en este caso. Son solo detalles, pero me fastidian —declara.

—Ah, ¿sí? —Y espero que quede ahí la cosa.

—Hay dos que me molestan en particular —sigue—. La primera es la bicicleta. O, mejor dicho, todo lo que Merete hizo aquella noche. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Ella finge que les han robado la bici; busca un lugar donde dejarla y la mantiene escondida siete meses —repasa Ingvild—. Luego se va al fondo del fondo de los bosques. La lleva su cuñado y queda con Jørgen en que él las irá a recoger, y luego se empeña en decirle a quienquiera que se lo pregunte que ella, su hija y su hermana no tienen manera alguna de volver del bosque por sus propios medios. Antes de eso, esa misma semana, va a Skar, esconde la bici que carga entre los arbustos y, la noche en cuestión, se trae la bici de regreso a Tåsen. Aparca la bici unos metros más allá de la casa, entra, asesina a su marido, se lleva de nuevo la bici, la esconde y vuelve de nuevo en la tienda de campaña. Y en esa tienda, se supone, tía y sobrina han dormido sin problemas y sin darse cuenta de que ella ha pasado dos horas fuera, pero eso es otra historia. Ha hecho y planificado todo hasta el último detalle. Lo ha previsto todo con meticulosidad. ¿Por qué diablos haría algo así?

—Para pillarlo in fraganti —respondo con desgana—. ¿No fue eso lo que dijo?

—En efecto —contesta Ingvild, y ahora se ha entusiasmado; dos rosas rojas florecen en sus mejillas sudadas—. Pero también dice que en verdad Jørgen no se molestaba en ocultar sus infidelidades. Manchas de pintalabios en copas de vino, condones en la bolsa de viaje y qué sé yo qué más. Visto así, bien podría haber dicho que pasaría el fin de semana en el chalé, que se quedó una noche en casa de unos amigos y que se había acercado a la casa para hacer un chequeo, ¿no es así? Un plan tan enrevesado parece del todo innecesario si el marido echaba sus canas al aire de una forma tan descarada.

La bicicleta se le escapa a un lado y la trae a su costado con un gesto brusco.

—La única ventaja que le puedo ver a dormir de acampada en el bosque, y en apariencia sin acceso a medios de transporte para volver a la ciudad, es esta: que no se iba a encontrar rastro de ella. Nadie podía saber de ninguna manera que ella estuvo en Tåsen aquella noche. Si le resultara necesario, hasta podría documentar que no había estado.

—Estás insinuando que ha sido premeditado —pregunto—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Solo digo que no me creo ni por un segundo que haya hecho todo eso únicamente para pillar a Jørgen con las manos en la masa. Preparativos así de minuciosos solo tienen sentido si ha planeado el asesinato.

Cuando fui interrogada, el día que arrestaron a Merete, le dije a la policía que mi impresión era que había planeado el asesinato a fin de heredar la casa. Pero luego me entraron las dudas. No me lo dijo así de claro. Mientras me hablaba, la cabeza me daba vueltas pensando en el paradero de Lukas: dónde estaba, qué había sucedido, por qué no lo oía; y cuando he rememorado aquella conversación no he encontrado nada que me dijera acerca de haberlo matado. Habló de heredar, pero si lo presentó como una afortunada consecuencia de la muerte de Jørgen o como un motivo para matarlo, es algo que no sabría decir. En interrogatorios posteriores, Gundersen cuestionó mis impresiones: ¿qué palabras empleó? ¿Qué dijo con exactitud? Le contesté que no estaba segura, y decía la verdad, en cierta forma, y puede que pensara que así le brindaba atenuantes, al dejar que la duda obrase a su favor. Si de verdad lo había planeado, la policía daría con otras pruebas. Y al ver que no las encontraban, perdí la certeza. Quién sabe si lo que declaró ante el juez era la verdad. ¿Quién era yo para contradecirla?

Pasamos junto a un grupo de veinteañeros que han tendido las toallas en el césped y se han equipado con una barbacoa desmontable y cervezas. Hablan a gritos de algo; uno de ellos se echa a reír descontrolado, dando chillidos; es

tan joven que aún no domina del todo su forma de reír, o puede que esté algo achispado. Ingvild no repara en ellos. Frunce la frente.

—También llama la atención —continúa— que todos durmieran tan bien esa noche. Filippa y la hermana en la tienda, y Jørgen, que supuestamente se quedó dormido delante del ordenador, en medio de una bronca. Los análisis detectaron trazas de benzodiazepinas en su sangre. Es un medicamento para estados de ansiedad y de insomnio. Jørgen tenía una receta. Tenía recuerdos dolorosos que no lo dejaban dormir, confirmó su médico de cabecera. Pero ¿quién toma somníferos antes de sentarse delante del ordenador? ¿Y encima tantos? Para cuando surgió lo de Merete, había pasado una semana, así que de nada servía hacerle análisis a la hija o a la hermana, que con tanta placidez habían dormido en la tienda de campaña. Pero tengo mis dudas. De verdad que las tengo.

—¿Crees que Merete les administró somníferos? —pregunto.

Ingvild me lanza una mirada rápida.

—Tal vez —dice—, pero ella lo niega, y puede que nunca lo sepamos con certeza. —Pasamos bajo el puente, y la sombra alivia un poco el calor. Ya al otro lado, añade—: Y luego está lo otro, lo del código de la puerta. Tengo entendido que Nina Sparre logró, amenazas mediante, que le dieran una copia impresa de los registros de uso, y que se la enseñó a todos, así que sin duda te diste cuenta de que nadie entró por esa puerta desde las doce y media de aquella noche.

—Sí.

—Merete afirma que tocó el timbre, y que fue Jørgen quien le abrió desde el apartamento. Eso también es un poco extraño, me parece a mí, si se piensa en el cuidado que puso para poder sorprenderlo. Si ella se sabía el código, ¿por qué no lo usó para abrir ella misma la puerta? No sé si te enteraste, pero la defensa se sacó de la manga un psicólogo que declaró ante el juez que la gente puede desear algo y no desearlo al mismo tiempo. Merete afirma que quería enfrentarse a él, pero que no quería entrar y encontrarlos en la cama. ¿Qué sé yo? Es posible, pero me parece un poco cogido con pinzas. ¿No podía haber dado un grito una vez que estuviera en el apartamento? De esa manera le habría cortado a la hipotética amante las posibilidades de esconderse o de huir. Pero Merete toca el timbre y Jørgen contesta por el interfono. Y yo misma se lo he preguntado, Rikke, de modo que la he oído decir que él respondió: «¿Sí? ¿Quién es?», y que ella le dijo: «Soy yo. ¿Me abres?». Pues bien, llega en medio de la noche. La relación entre ellos no es buena, y Merete no tiene una explicación que justifique haber llamado al

timbre, con lo que podría haberlo despertado, en vez de entrar por su cuenta tecleando el código. Entonces ¿por qué no lo hizo? Se me ocurre que una razón mucho más plausible que la de querer ponerlo sobre aviso es que ella sabía que, si usaba el código, la información iba a quedar registrada, y no quería dejar rastro de su presencia allí aquella noche.

—Pero —digo— Jørgen le abrió la puerta. ¿No habría sospechado algo si lo que dices es cierto?

—Sí. Puede que sí —contesta Ingvild—. Y a decir verdad, Rikke, se me ocurre que todo eso habría sido mucho más fácil si Merete hubiera contado con alguien en el interior del inmueble; si alguien que estuviera en la casa le hubiese abierto la puerta. Un vecino, tal vez. Esa persona podría haberse encargado de que Jørgen tomara sus somníferos cuando Merete se hallaba aún en el bosque.

Sin querer empiezo a respirar despacio. También el calor parece aflojar y siento que se me duermen las manos. Ingvild y yo caminamos juntas con calma; es una tarde cualquiera de verano, pero siento que estoy ante un momento decisivo cuando me vuelvo a ella y digo:

—¿En quién estás pensando?

—Más que eso no puedo decir —dice Ingvild tranquila—. He estado rumiando todo esto, como puedes suponer, pero no dispongo de pruebas.

—Pero ¿sospechas de alguien en particular?

—Puede ser —responde.

—¿De quién?

Pasamos bajo otro puente. Estamos casi en Nydalen y ya oigo risas de niños en la playa. Seguro que allí se encuentran las familias que no se han marchado de la ciudad. Falta poco para llegar a la estación del metro.

Ingvild comenta:

—No puedo darte un nombre si no estoy segura. Y la fecha límite para presentar recurso fue ayer. En lo que al caso público atañe, este está cerrado.

Esto no es una casualidad, me digo. Claro que no ha sido una extraña coincidencia que nos hayamos encontrado en la calle justo hoy; que me haya encontrado a Ingvild Fredly a la salida de mi trabajo, al día siguiente de que se pronunciara en firme la sentencia, y con ganas de hablar.

—¿Soy yo?

Se detiene. Nos volvemos la una hacia la otra y una corriente glacial cruza el aire caliente. Nos miramos a los ojos.

—No, Rikke —dice Ingvild.

Lo dice con voz serena. Su mirada es firme. Y allí estamos, una frente a la otra. No le queda ya ni una gota de sudor encima. Tiene pecas en el cuello y algunas en el rostro. Impone mucho menos en camiseta y pantalones de ciclista que en uniforme, pero ni por un segundo olvido que es policía.

—No —repite, y vuelve a echarse a andar—. No. ¿Qué razón tendrías? Y no creo que tú hubieras entrado a su apartamento aquel sábado de haber sabido que estaba muerto.

—Ah —digo.

Creo que cuando hace calor no me sonrojo, pero bien podría haber sucedido ahora.

—Saman te vio —indica contemplándome de reojo—. Pero no te preocupes: Merete había mandado un montón de mensajes de texto esa mañana, tal vez para que infiriésemos que ya entonces estaba muerto. Tú también le habías mandado uno. Y se quedó dormido en medio de una conversación por Skype con un académico de la Universidad de Chennai. El académico indio lo estuvo llamando varias veces la noche anterior, y también la mañana siguiente. No, de haber estado implicada, creo que habrías actuado con más astucia ese día. Pero es verdad que nunca se sabe. Y que lo negaras sí que resultó un poco sospechoso.

—Tenía tanto miedo de que sospecharais de mí —respondo—. Qué tonta, por Dios. Era solo que ese Gundersen... De haber hecho tú las preguntas, habría sido otra cosa.

Se ven familias en la otra orilla del río. Cuerpecitos blancos de niños que entran y salen del agua. Balones de playa y bicicletas.

—Bueno —se despide Fredly—. Aquí estamos. Vas a coger el metro, supongo.

—Sí —contesto—. Supongo que sí.

Ingvild descuelga el casco del manillar.

—Este trasto me hace parecer más tonta que un casco de moto —suspira—. Pero ya sabes lo que dicen...

—*Safety first* —digo entre dientes.

—Exacto.

Sonríe. Pasa una pierna por encima de la bici. Me lanza una breve mirada de reojo y veo en sus ojos un destello justo antes de que baje la vista al manillar.

—Por cierto —dice—, Åsmund estaba al tanto de lo tuyo con Jørgen. ¿Te lo ha dicho?

—¿Qué me estás diciendo?

Me sale una voz desconocida. Como si hubiera hablado desde lejos. Como si estuviese yo misma contemplándonos a veinte metros de distancia. Dos mujeres: una en bici, la otra con un vestido de verano. Como si nos viera en la pantalla de un televisor. ¿Qué dice la del vestido veraniego? Mejor que coja el mando y suba el volumen.

—Sí —afirma Fredly—. Se lo dijo a Gundersen. Interrogó a Åsmund esa semana y le contó lo que habías escrito en tu correo. Åsmund dijo que sospechaba que algo había. Estaba hecho polvo. O al menos fue lo que dijo. Y le pidió a Gundersen que no te dijera que lo sabía. Que prefería oírlo de tu boca, o esperar a ver si se lo contabas por tu propia iniciativa.

—¿Qué? —pregunto otra vez.

Como si tuviera problemas de audición, como si el problema fuera que no consigo oír lo que me dice.

—A ver... La forma en que tú manejaras tu situación personal no era precisamente fundamental para la investigación. Al menos no a esas alturas; por eso Gundersen lo dejó así. Luego apareció la grabación de las cámaras de Rikard Hoffmo, y a partir de ese momento lo tuyo perdió toda importancia. Pero, en fin, sí. Me ha parecido que no te vendría mal saberlo. Digamos que es un favor entre amigas.

Hay algo en la sonrisa que me dirige que no logro interpretar: ¿es de simpatía o de inquietud? ¿Se preocupa por mí? Al final pone un pie en un pedal.

—Hasta la próxima, Rikke. Buen regreso a casa.

El metro casi ha alcanzado las afueras de la ciudad cuando me doy cuenta de qué fue lo que noté aquel sábado en el apartamento de Jørgen. Cuando me detuve a la entrada y no me decidí a pasar al interior. La puerta del despacho de Jørgen estaba cerrada y me quedé inmóvil, sintiendo que algo no iba bien en aquella casa. Había algo en el aire, me pareció entonces. Y ahora que pienso en ello casi puedo oler la fragancia que se colaba por todos los espacios del apartamento: musgo mojado, el olor de los bosques donde crecí. La loción de afeitado que Åsmund se ha puesto cada día desde que lo conozco.

La última noche

El sol brillante del atardecer entra sereno en el salón. Estoy bajando la escalera desde los cuartos de los niños y veo las franjas que dibuja. Me admiro de la quietud que hay aquí. La mayoría de los vecinos están de vacaciones. Me detengo en el salón. Åsmund está sentado en la terraza. Lo más probable es que esté sumergido en su teléfono. Solo le veo la cabeza por encima del respaldo de la silla de jardín. Me quedo un rato así. Me da la espalda. No me ha visto bajar. Puedo cambiar de opinión. Subir de nuevo; llenar la bañera de agua fría y darme un baño. O coger la bici y dar un paseo por el bosque; buscar un estanque y nadar un poco. También podría subir y a hurtadillas encerrarme en la habitación y echarme en la cama con un libro y quedarme allí. No tengo por qué hacer esto. Al mismo tiempo, sé que debo hacerlo. Ahí fuera está mi marido sentado. Hemos cenado. He acostado a Lukas. Me está esperando, pero ahí sigo, contemplando la luz que cae en el parqué del salón; formas cuadradas de luz y de sombra.

—Hola —dice sin volverse.

Voy a su encuentro y me tiende una botella de cerveza. Me ha traído una que he dejado en la mesita que separa nuestras sillas. Aún está fría, a juzgar por la condensación en la botella marrón.

—Gracias —digo.

—¿No te parece grandioso? —pregunta cuando me siento—. ¿Estar aquí sentados al atardecer, en nuestra propia terraza?

—Sí.

—Qué bien que hayamos sabido montar la barbacoa. Ha sido una cena estupenda, ¿verdad?

—Pues sí que lo ha sido.

Suelta una risa.

—Ahora vamos a tener que hacer asados todos los días hasta octubre, Rikke. Así de encantado estoy con esa barbacoa.

Fuerzo una sonrisa. Estiro la boca por las comisuras. He sonreído tantas veces en mi vida que me suele resultar fácil. Con el rabillo del ojo veo que me

está mirando, pero estamos sentados de cara a lo que solemos llamar la vista. Nuestra casa está en lo alto de una pendiente, frente a otra en lo alto de la suya, y entre ambas conforman lo que podría llamarse un valle. Desde donde estamos se ven, colina abajo, hileras de pequeñas casas adosadas; están agrupadas en bloques de cuatro, y la vista que tienen es peor que la nuestra. Por el fondo del seudovalle discurre una calle que pasa junto a un campo de fútbol y una guardería antes de rodear una gasolinera. Al otro lado se alza el bosque. Las oscuras copas de los abetos dibujan una línea quebrada que acompaña el perfil de la colina. Åsmund se vuelve hacia la vista, y ahí estamos.

—Me he encontrado con Ingvild Fredly hoy —les digo a los árboles al otro lado del valle.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Guarda silencio. Pasa un rato. A lo lejos se oye la risa de una chica.

—Iba en bicicleta.

—¡Anda!

—Charlamos un rato.

—Ah, ¿sí?

¿Percibo un atisbo de cautela en él? No lo sé. No me animo a mirarlo. Les hablo a los árboles al otro lado cuando digo:

—Del juicio, y un poco de la investigación.

—Mmm.

El silencio impresiona. Echo un breve vistazo a Åsmund, recostado en el respaldo de su silla de jardín: un hombre en la terraza de su propiedad. Ni siquiera sé si me está escuchando.

—Dijo que sabías lo mío con Jørgen —comento—. Dijo que te lo contó el tal Gundersen esa semana, antes de que arrestaran a Merete. E Ingvild me dijo que tú ya lo sabías. —No contesta. Pasamos un buen rato así sentados, y luego me vuelvo a mirarlo—. ¿Es verdad?

Me mira a los ojos. Su mirada es la neutralidad misma. Ha cerrado la boca y sus ojos son todo concentración, como metabolizando lo que le acabo de decir. Me pongo a contar los segundos, como cuando de niña veía el fogonazo de un rayo. Mil uno. Mil dos.

—¿Qué me estás preguntando exactamente, Rikke?

Tiene la voz tranquila. Algo en ella me produce escalofríos. Hay algo calculador en ella. Nunca lo había oído hablar así.

—¿Cuándo te enteraste de lo mío con Jørgen?

Se lo pregunto sin haber decidido hacerlo. La voz me sale fina y desconocida. Es como si le estuviera preguntando por algo por completo distinto, algo mundano. Lo veo coger aire. Se reclina en el respaldo y vuelve la vista al valle.

—Me di cuenta en el viaje de caza —suelta al fin—. Estábamos sentados a la mesa, bebiendo, y en una de esas Jørgen se puso a contar que, estando una vez en Bergen, había convencido a una banda de mariachis de que tocaran *Sympathy for the Devil*.

—Ah —digo quedamente.

Åsmund coge aire otra vez.

—Estaba más cabreado que una mona —explica—. Me puse a hablarle a gritos. Con la primera excusa, el tema del que estábamos hablando. Y solo le gritaba a él. De no ser porque estábamos tan borrachos, a los otros les habría parecido de lo más raro que me entrase aquella furia.

Cabeceo despacio. Puede que no hubiese creído a Saman cuando me dijo que Åsmund era el que estaba más alterado. A Svein le había parecido que el más agresivo había sido Saman, y Jørgen nunca me habló de aquel episodio.

—Y claro —continúa Åsmund, y le tiembla algo la voz por debajo de esa serenidad que me ha estremecido—, cuando me puse a buscar indicios no me costó encontrarlos. Una noche salías a verte con una amiga, y al día siguiente la tal amiga sube a Facebook fotos de ella en su chalé. Tú salías de casa, y a los diez minutos se le oía salir a él. Y así un montón de cosas. —Se vuelve para contemplarme—. Una vez quise mirarte el teléfono, pero le habías cambiado el código. Y tú nunca le cambias el código a nada, Rikke. Por fin, en una de esas, fuiste a darte una ducha y, como acababas de usar el móvil, lo cogí antes de que volviera a bloquearse. Y allí di con la prueba irrefutable, como suele decirse.

—¿Cómo es que no me dijiste nada? —susurro.

—No vayas a creer que no me faltaron ganas —replica—. Quería comerte a gritos: ¿qué cojones crees que estás haciendo? Pero entonces leí aquellos mensajes. El tono. Como el de una enamorada. Y me dio miedo que estuvieses enamorada de él. Así que se lo comenté a Merete. Volví a casa un día cuando todos los demás estaban fuera. Subí a su casa y llamé a la puerta, y le conté lo que había descubierto. Se quedó destrozada. Dijo que Jørgen llevaba años actuando así, que había pasado cantidad de veces. Pocos años antes había sido con una amiga de su infancia. Merete decía que, mientras se lo montara con una que fuera ajena a su vida, podía vivir con ello. Lo que hiciera en sus viajes de trabajo era una cosa, pero la mataba que fuera con

alguien con quien tuviera que socializar. Y esta vez había sido aquí, en su propia casa, donde vivía su propia hija. Que pudiera ser Filippa la que se enterara. Dijo que él era así. Un seductor. Tan abierto él, un espíritu libre y todas esas mierdas. Dijo que la gente se tragaba todas sus mentiras. Sobre todo las mujeres. Dijo que la primera vez que te vio le pareció que eras de las que le gustaban a él.

Visualizo su imagen, cuando la vi fuera en la terraza, el día que entramos a vivir en la casa. Cuando estaba en la ventana y la saludé con la mano. Ella se quedó quieta en el césped y me miró sin devolverme el saludo.

Åsmund dice:

—Me di cuenta de que te había seducido. Habíamos pasado una mala racha, tú y yo, con lo de la muerte de papá. Y luego las historias con mamá, y nuestras angustias por la salud de Lukas. No estuve tan presente como hubiera debido. No hablaba contigo todo lo que había que hablar sobre lo que estaba pasando; puede que ni siquiera escuchara mucho tampoco. Y luego pensé que yo había dejado que eso sucediera. —Ahora tiene los ojos humedecidos. Dice —: Yo no podía perderte, Rikke. ¿Te acuerdas de aquella vez cuando salí a conducir borracho con mis amigos? ¿Del accidente?

—Eso fue en secundaria —respondo.

—Entonces pensé que me dejarías. Tampoco te habría culpado si lo hubieras hecho. Joder, qué imbécil fui. Tú te merecías algo mucho mejor. Pero te quedaste conmigo. Y entonces se me ocurrió que, en cierta forma, esto era lo mismo. Que la historia esa con Jørgen había sido tu accidente, que ahora me tocaba a mí perdonarte por haber sido una idiota.

—Pero aquello fue hace la tira de tiempo —objeto con desgana.

—Para mí significó un montón —dice como a la defensiva.

Pasamos un largo rato sentados en silencio. Me digo: Todavía puedo dejarlo así. Todavía puedo a subir al baño y llenar la bañera de agua fría. Entonces suelto:

—Ingvild Fredly piensa que Merete pudo haber contado con un cómplice.

Lo digo con firmeza, y yo misma me doy cuenta de lo pueril que suena. Mi afirmación queda suspendida en el aire que nos separa, por encima de la mesita con cervezas que se calientan. Como si lo que he dicho fuese un objeto físico y concreto con el que tenemos que enfrentarnos.

Queda flotando un buen rato. Tengo la respiración entrecortada y sonora, como si corriera para salvar la vida. Me vuelvo para mirarlo. Está contemplando la vista, sereno y con la boca cerrada. Se vuelve para mirarme. Ya no hay rastro de lágrimas en sus ojos.

—Rikke —profiere con una voz que le es ajena, algo aflautada, desagradable—. ¿Estás segura de querer seguir preguntando?

¿Lo estoy? No reconozco a Åsmund. Tengo la boca seca, pero no quiero coger la botella de cerveza de la mesa. Es como si al hablar actuara en contra de mi propio interés. Como si prefiriese decir que no, que la verdad es que no estoy segura y que tal vez sea mejor dejarlo así. Subir y darme un baño. Como movida por una compulsión, digo:

—Aquella noche dormí como un tronco. Como rara vez duermo. No me enteré cuando Lukas se metió en nuestra cama. Si te hubieras levantado de la cama, ¿te habría oído?

Dice:

—No. No me habrías oído —responde.

Esa misma voz, aflautada y ajena. Quiero parar y no puedo; es como si mi cuerpo siguiera adelante por su propia voluntad.

—Me entró un cansancio enorme con la primera copa de vino de aquella noche —recuerdo—. No pude siquiera terminar de ver la película. Fredly dice que Jørgen tenía somníferos en la sangre. Benzo-no-sé-qué-cosa.

Åsmund dice:

—Bien. ¿Y adónde quieres ir a parar con esto?

—Me dormiste —afirmo, y ni siquiera en ese instante me doy cuenta de que era eso lo que estaba pensando antes de que me saliera de la boca—. Tú y yo éramos nuestra mutua coartada; siempre y cuando yo durmiera toda la noche de un tirón, tú podrías decir que habías hecho lo mismo. Pero yo lo que estaba era inconsciente. Mientras yo dormía, tú subiste. Tal vez le serviste un vino, o le diste a probar algo que habías llevado, ¿qué sé yo? Te las arreglaste para que ingiriese el somnífero. Y estuviste en su apartamento esa noche; eso lo sé porque me consta. Luego bajaste a casa y lo limpiaste todo. A partir de entonces solo tuviste que esperar. Ella llegó a la hora convenida y tú le abriste la puerta. No hace falta decir que fue ella quien lo hizo. Tú no puedes ver sangre, así que no has podido ser tú. Pero te aseguraste de que estuviese dormido cuando ella llegara. Se había quedado dormido encima del ordenador. Lo único que ella tenía que hacer era cortarle la garganta; rápido, fácil, sin forcejeos. Y luego marcharse. Tú no tenías más que abrirle la puerta y volver a la cama conmigo.

La sangre me late en las sienes. Me he quedado sin aliento. Todavía no me puedo creer que lo haya dicho. Él sigue sentado, quieto. Piensa un momento. Se vuelve hacia mí y sostiene con voz grave:

—Jørgen Tangen no era una buena persona. A ti te embaucó. Yo no quería perderte. Y Merete quería verse libre de él.

Son palabras que caen al suelo que nos separa. Las siento vibrar al tocar las sillas que ocupamos. Pienso en Filippa en el jardín, con su madre, envuelta en una pena que solo con mirarla sabes que la va a acompañar el resto de sus días.

—Podrían haber sospechado de mí —digo, y ahora me tiembla la voz—. ¿Se te ocurrió pensar en eso? Aquel sábado yo subí a ver a Jørgen. Tú eso no lo sabías, pero yo sí. La policía bien podría haber pensado que había sido yo. O podría haber sospechado de alguien más, de un inocente. ¿Qué habrías hecho entonces? Supongamos que hubieran sospechado de Emma.

—Si hubiesen sospechado de cualquiera de vosotras, yo habría confesado —afirma con serenidad—. Estaba preparado para eso. Merete y yo habíamos acordado no implicarnos el uno al otro. Si pillaban a uno de los dos, ese se comía el marrón. El riesgo existía, pero nos parecía tan insignificante que estábamos dispuestos a correrlo.

Apenas respiro. Siento que no inspiro bien. Lo intento. Cojo aire y lo llevo hasta el fondo del estómago, y enseguida siento un vahído. El pánico se está apoderando de mí. No me lo puedo creer; no que lo haya hecho, sino que hable de ello de esa manera. Jørgen Tangen no era una buena persona. Era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Ese es el argumento con que Åsmund presenta su defensa; su convicción de no ser un delincuente, sino solo un pobre diablo. La justificación, inservible y cobarde, para quitarle la vida a un ser humano.

—Era ella la que lo necesitaba muerto —continúa Åsmund despacio, sílaba a sílaba, como quien le habla a un niño—. Y lo hizo ella. Yo solo preparé la escena. Y lo hice por ti, Rikke. Para que no te diera tiempo a romper, para que no te fueras de mi vida.

Puntos de luz estallan en la periferia de mi campo visual mientras me esfuerzo en respirar despacio, a intervalos regulares. ¿Se habrá tragado Åsmund la historia de los padecimientos de Merete? No. No es eso lo que dice ahora; no es eso lo que le oigo decir. Su defensa está demasiado ensayada, es demasiado creíble. Él únicamente preparó la escena, dice, pero yo encuentro sus huellas por todas partes. Al regreso del viaje de caza hizo el trayecto con Svein, y dispuso de todo el tiempo del mundo para sembrar el recuerdo adecuado de la discusión de la víspera en la mente del anfitrión que iba al volante. Por si fuera poco, era un recuerdo que se ajustaba a la opinión ya de por sí sesgada que tenía Svein. Y él estaba en la junta de la comunidad

de vecinos; estaba al tanto del sistema de registro de entradas que llevaba la empresa de seguridad. Fue a ver a Merete y le contó lo mío con Jørgen. Es como si lo viera. La deja rabiar y, cuando se le pasa, le dice: Oye, estas cosas tienen solución. Merete paga el pato; él sigue con su vida. Hoy vive con nosotros en una espaciosa casa de Bærum, como siempre ha querido, cerca de su madre y lejos de Tåsen, y con Jørgen fuera de juego para siempre. Siento que me mareo.

—Perdona un momento —digo.

Me pongo de pie. Todo me da vueltas y se oscurece ante mis ojos. Tengo miedo de caerme al suelo, pero me sujeto al respaldo de la silla y allí recobro el equilibrio.

Cuento con mis piernas. Solo tengo que entrar. Necesito una pausa, echarme agua fría en la cara. Necesito pensar con claridad.

Me acerco a la puerta de la terraza. Ahí está Emma.

Lleva el camisón puesto. Tiene el cabello revuelto. Me mira a los ojos, y en su mirada se mueve algo que ya sé que no podré reparar jamás.

La puerta estaba entreabierta. No la he cerrado bien al salir a la terraza. No me he asegurado de que no se nos pudiera oír cuando he salido a encarar a Åsmund. No la he protegido. Le he fallado otra vez. A mis espaldas oigo el crujido de la silla de Åsmund. Alzo la mano hacia Emma con la intención de apartarle un mechón de la cara, pero vacilo. Dejo la mano suspendida en el espacio que nos separa. Y antes de que él se acerque hasta nosotras, me da tiempo a pensar que ahora, en este momento, todo se va a romper por las costuras.



Helene Flood (1982 Oslo, Noruega). Es psicóloga y doctorada en 2016 en violencia, victimización, vergüenza y culpa. Vive en Oslo con su marido y sus dos hijos.

Flood trabaja como investigadora de violencia y estrés traumático en el Norwegian Center for Violence and Traumatic Stress Studies. También da conferencias y ha escrito múltiples artículos científicos.

En su libro *Hei, skam*, traducido al inglés como *Shame* (vergüenza), recopila algunos de sus más notables textos acerca de esta emoción. De una forma clara y sencilla pero basada en la investigación, la autora hace uso de muchos ejemplos y casos personales para explicarle a un amplio público qué es la vergüenza, por qué se produce y qué nos hace.

Con su primera novela, *La psicóloga*, Flood fue nominada al premio Norwegian Bookseller en 2019. En 2021 publicó su segunda obra, *La comunidad*.

Notas

[1] Todas las citas de *La ópera de dos centavos*, de Bertolt Brecht, proceden de la traducción de Annie Reney y Onofre Lovero. Publicada por Ediciones Losange. Buenos Aires, 1957. (N. del t.). <<